



*Pregúntame  
si me  
importas*  
*-1ª parte-*



*Alejandra Beneyto*

*Pregúntame si me importas I*

Alejandra Beneyto

© Alejandra Beneyto Crespo  
1ª edición, mayo 2017  
ASIN: B072BYYT99  
Diseño de cubierta: Víctor M. Ruiz Sáez

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*A vosotros, mis Ollis, por ser el punto de apoyo  
que necesitaba para hacer girar mi mundo.*

*«Somewhere over the rainbow, way up high  
There's a land that I've heard of once in a lullaby.»*

«En algún lugar más allá del arcoíris, en lo alto,  
hay una tierra de la que escuché hablar una vez  
en una canción de cuna.»

# Índice

Índice

Sinopsis

Nota de la autora

Prólogo

1 ¿Quién inventó las casualidades?

2 ¿Qué tienes que me llama tanto?

3 ¿Qué piensas de eso?

4 ¿Qué es esto?

5 ¿Qué quiero decirte?

6 ¿Y si sí significa algo?

7 ¿Quiero algo más?

8 ¿La vida en color o en blanco y negro?

9 ¿Bailamos bajo la lluvia?

10 ¿En mis venas?

11 ¿Prorrogamos la burbuja?

12 ¿La mejor semana de nuestras vidas?

13 ¿Qué hay aquí que antes no estaba?

14 ¿Debo salvarme?

15 ¿Fuiste mío alguna vez?

Epílogo

Agradecimientos

## SINOPSIS

Olivia cree que lo tiene todo... o casi. Tiene a su lado a sus amigos de siempre, aquellos con los que se siente en casa. Es independiente, alegre y gracias a su trabajo va pagando las facturas. No cree que el amor sea para ella, así que intenta que su búsqueda no le condicione la vida.

Will también cree que lo tiene todo... o al menos todo a lo que aspira: una familia que lo apoya, unos amigos bastante entrometidos que siempre consiguen sacarlo de quicio y se realiza cada día a través del trabajo de sus sueños. Sabe que el amor no es para él, así que ni siquiera lo busca.

Ambos son felices con su modo de vida, hasta que se conocen el uno al otro y entonces descubren un mundo lleno de colores nuevos.

Juntos comienzan a recorrer un camino inesperado. Todo parecía irles bien, hasta que los miedos, las decisiones, las circunstancias y los interrogantes se interponen entre ellos.

¿Conseguirán hacer frente a esos obstáculos con tal de no perderse? ¿Será lo que han ido construyendo juntos suficiente como para lograrlo?

Su historia empieza como muchas otras que nos cuentan: fruto de la casualidad, pero ¿serán ellos realmente especiales?

¿Te atreves a preguntártelo?

## NOTA DE LA AUTORA

La historia de Will y Olivia surgió de la nada. Un momento no estaban, y unos minutos más tarde su trama tomó fuerza en mi cabeza. Lo sabía todo de ellos. O casi todo. Sabía cómo eran, quiénes eran sus amigos, qué iba a pasarles... Era septiembre de 2014, y hasta julio de 2016 no llegó la hora de poner fin.

¿Por qué te cuento esto? Para explicarte la razón de que en tus manos tengas la primera parte de una bilogía y no una novela única.

Cuando empecé a escribir *Pregúntame si me importas*, tenía claro que quería que fuera una sola obra. La trama, la estructura en sí, fue concebida para que así lo fuera. Jamás fue mi intención partirla. De hecho, el día que fui al Registro de la Propiedad Intelectual a inscribirla, era un único libro: *Pregúntame si me importas*, más de 228.000 palabras, 493 páginas impresas en formato Word. Casi dos años de mi vida.

Supongo que parte de mí siempre soñó con verla publicada. Para mí esta historia es especial y creo que merece la pena que se le dé una oportunidad. Pero cuando me metí en el mundillo de la autopublicación, me di cuenta de que tenía un problema bastante grande: era muy larga. Demasiado larga. Tanto que su comercialización en formato papel era inviable. Así que, aconsejada por gente que sabe del tema mucho más que yo, tomé la decisión de dividirla. Dos partes. Una bilogía. Pero una sola historia.

Hoy ha llegado a ti de esta manera, y me gustaría pedirte entendieras la trama como dos partes de un mismo todo porque, para mí, esa siempre será su estructura original.

Espero, de todo corazón, que la disfrutes.

Gracias por haber decidido darle una oportunidad.

**W&O**

## Prólogo

*Brooklyn, 14 de septiembre de 2014.*

### William

Llevo por lo menos diez minutos aquí parado decidiendo si entro en la cafetería o no. Aunque no tengo la certeza de que ella vaya a estar dentro, el nudo que se me ha instalado en la boca del estómago me dice que sí que estará; que estoy a solo unos metros de Olivia.

En las últimas horas he pasado por todos los estados de ánimo posibles mientras miles de pensamientos cruzaban mi cabeza. He estado nervioso, seguro de mí mismo, he querido darme cabezazos contra la pared y me he sentido tentado a no venir. Y ahora que por fin estoy aquí parado, solo puedo pensar en ella. En ella, y en la incertidumbre sobre lo que va a pasar a partir de hoy. Es un sentimiento tan rotundo que hace temblar las pocas certezas que tengo en la vida. Supongo que eso es lo que ocurre cuando uno va a reencontrarse con la mujer de su vida tras un año sin verla.

Me paso nerviosamente la mano por el pelo y cierro los ojos durante dos segundos. No puedo, ni quiero, retrasarlo más. Así que, tras respirar hondo, abro la puerta doble y entro en la cafetería.

El local, conocido como The New, es bastante espacioso. Está iluminado por la luz natural que entra desde la calle y algunas lámparas que cuelgan del techo. Varios cuadros con imágenes de ciudades del mundo en blanco y negro decoran las paredes de madera, y los clásicos del rock flotan en el ambiente a través del hilo musical. Al ser domingo por la tarde, la estancia está repleta de familias que han salido a merendar con los niños, de grupos de amigos riendo y de parejas compartiendo sonrisas frente a unas tazas que esperan humeantes. No puedo evitar que me invada la nostalgia. El olor del café mezclado con el característico aroma que desprende la bollería recién hecha hace que vuelva atrás en el tiempo. Solo he estado aquí en un par de ocasiones, pero guardo muy buenos recuerdos de esos ratos. Este lugar desprende familiaridad y calidez, y yo llevo mucho tiempo deseando sentirme en casa.

Doy una vuelta de reconocimiento por el local, sorteando las mesas de madera y a los camareros que se desplazan con bandejas en la mano, hasta que por fin la veo. Está al final de la estancia sentada con sus amigos y se está riendo. Se ríe con mi risa favorita: esa que le nace desde el fondo del

estómago y hace vibrar las aletas de su nariz. Ella no se percata de mi presencia, lo que me da tiempo para observarla a mis anchas. Solo con verla tengo la sensación de sentirme mejor; de que vuelvo a sentir de nuevo. Pero esa sensación se me escapa a los pocos segundos, cuando recuerdo que lo que nos separan no son solo unos metros, sino un enorme abismo plagado de errores y dudas.

Resuena en mí el eco de nuestra despedida. De las últimas cosas que nos dijimos y de la última vez que nos tocamos. De la última vez que la miré, mientras dormía entre mis brazos.

Mi cerebro también se ve inundado por imágenes de cosas que en realidad no llegaron a pasar, como promesas que no hice o palabras que nunca pude pronunciar.

Siento una tensión en mi pecho que me resulta prácticamente insoportable, y lo único que es capaz de aplacarla es atreverme a soñar que todo puede ir bien. Bueno, todo lo bien que pueden ir las cosas en una situación como esta. Conozco a Olivia, y sé que no me lo va a poner fácil. Pero aun así, mantengo la esperanza de que en un futuro no muy lejano la situación mejore.

Me apoyo en una columna, mezclándome con un grupo de gente que está esperando para sentarse en una mesa, y me quedo prácticamente embobado mirándola. Lleva un vestido color verde caqui con un collar que está enrollando en sus dedos y su largo cabello castaño peinado en una trenza. Se la nota a gusto y de buen humor, pasando una tarde de domingo con sus amigos de toda la vida, esos a los que llama familia.

No puedo evitar fijarme en que hay algo diferente en ella. Apenas es perceptible porque su esencia sigue estando presente, pero yo sé que está ahí. Me recuerdo a mí mismo que hace mucho tiempo que no la veo y que no sé nada de cómo es su vida ahora. Un año es mucho tiempo en la vida de una persona, y si no que me lo digan a mí.

De repente un pinchazo me agujonea el estómago al caer en la cuenta de lo que implica realmente haberme perdido un año de su vida; un año que no volverá. Es como si durante este tiempo me hubiera dedicado a pensar en Olivia sin más, sin pararme a pensar que su vida, como la mía, ha seguido hacia delante y que el tiempo también ha hecho mella en ella. Ahora que la tengo cerca, siento como si me hubieran tirado un cubo de agua helada por encima, obligándome a despertarme y rendirme a la evidencia de que su mundo ha seguido avanzando y que yo me lo he perdido. Que me he perdido sus problemas, sus alegrías y sus decisiones. Que no sé qué la ha hecho reír ni

qué la ha hecho llorar en este tiempo. Que esta Olivia puede ser una persona ligeramente distinta a la que conozco o la misma a la que dejé mientras dormía en su cama tal día como hoy, un año atrás.

El camino que han ido tomando mis pensamientos ha terminado de ponerme nervioso. Noto cómo empiezan a sudarme las manos y diría que el ritmo de mis pulsaciones ha aumentado ligeramente. Me ajusto las gafas, que me molestan horrores. No estoy acostumbrado a llevarlas por la calle porque las uso solo para leer y para estar con el ordenador, pero después del vuelo tenía la cabeza tan embotada que he decidido que lo mejor era no quitármelas. Echo un vistazo a la puerta, por donde sigue entrando más gente, pero enseguida centro de nuevo mi atención en la mesa de Olivia y sus amigos.

Dudo durante varios minutos más si acercarme o no. Se la ve muy serena y sé que encontrarse conmigo no la dejará indiferente, al fin y al cabo, hace muchos meses que no hablamos y ni siquiera sabe que he vuelto a Nueva York.

De pronto, una de sus amigas se da cuenta de que alguien los está observando desde el otro extremo de la sala; mira hacia mí y me reconoce al instante. Abre los ojos como platos y ahoga un grito de sorpresa desde su asiento, que se esfuerza en disimular a toda prisa. La veo disculparse con el resto del grupo y se aproxima hacia donde estoy yo, haciéndome señas para que nos apartemos a un lugar menos expuesto, justo al otro lado de la columna donde permanezco apoyado.

—¿Qué estás haciendo aquí? —me pregunta con los ojos entrecerrados cuando se sitúa frente a mí.

—Hola, Christina. Cuánto tiempo —contesto, pasando por alto su pregunta.

—Eh, bueno, sí. Hola —dice con incomodidad—. No sé qué pretendes viniendo aquí, pero a ella no le gustará verte.

Alzo las cejas y la miro a los ojos durante unos segundos. Quiero explicarle a Christina que el hecho de que los haya encontrado en la cafetería es una casualidad, aunque técnicamente no es del todo cierto. He aterrizado en el JFK apenas cuatro horas antes y me he dirigido aquí con la esperanza de encontrarme con Olivia, pues sé que ella y sus amigos solían pasar allí muchas tardes de domingo. Me alegra comprobar que, al menos, su vida no ha cambiado tanto en el tiempo que llevamos sin vernos.

—Solo tenía pensado decirle hola, ver qué tal estaba —digo con voz firme. Debo mostrar seguridad ante la chica pero al mismo tiempo ser amable—. Ha pasado mucho tiempo...

—Sí, así es. Pero ella está bien, de hecho está muy contenta esta tarde. — Me recorre la cara con la mirada, sin ocultarme lo que está pensando: «verte podría echarlo a perder»—. ¿Cuándo has vuelto?

—Hace muy poco. —No quiero que sepa que acabo de llegar y que mi primera idea ha sido venir, solo, al lugar en el que muy probablemente Olivia estaría—. He vuelto para quedarme —añado y evalúo su expresión, que pasa de sorprendida a sarcástica en medio segundo.

Christina se echa a reír y se pellizca el puente de la nariz con dos dedos. Yo frunzo el ceño porque no entiendo a qué se debe su reacción.

—Parece que tienes el don de la oportunidad, William. No podrías haber elegido un momento mejor. —Sus palabras están cargadas de ironía y se me forma un nudo en la garganta.

¿Por qué dice eso? ¿Estará saliendo con alguien? ¿Habrá habido algún problema en su familia o en el trabajo?

—¿A qué te refieres? —pregunto, sin conseguir ocultar la tensión en mi voz.

—Liv se marcha, William. Se va de Nueva York.

Se me hiela la sangre. ¿Irse?

—¿A dónde? ¿Cuándo? ¿Por qué? —escupo pregunta por pregunta, sin molestarme siquiera en ser discreto o educado.

Christina arquea las cejas, fulminándome con la mirada. No parecen gustarle mis técnicas de conversación. Está claro que piensa que no tengo derecho a preguntar nada sobre Olivia. Parece que no entiende que tengo todo el jodido derecho del mundo.

Me paso la mano por el pelo y lanzo un suspiro frustrado, porque en el fondo sé que no es así.

—Eso no es asunto tuyo, amigo —contesta Christina, con un punto de chulería en la voz—. Solo debes saber que se va el sábado que viene; una cosa de trabajo que no puede rechazar —elige cuidadosamente las palabras y ni a ella ni a mí se nos pasa por alto lo irónico de la situación.

Cruza los brazos por debajo del pecho y me mira con reprobación. Yo le aguanto la mirada. Estoy seguro de que tengo el rostro desencajado. ¿Cómo se va a ir el sábado? Pero si estamos a domingo...

Observo a Christina detenidamente. La chica tiene carácter, eso está claro. Nosotros nos caímos bien en su día, es una de esas personas que no se anda con rodeos y que es terriblemente leal a sus amigos. Si no me viera afectado por su actitud en este momento, la admiraría por tratar de proteger a su amiga.

Suspiro de nuevo. No era así, para nada, como imaginaba que iba a ir esto. Tampoco soy idiota, nunca llegué a pensar, ni en mis mejores sueños, que iba a ser una batalla fácil. En mi cabeza nos reencontraríamos y, aunque ella no me lo pondría fácil, tarde o temprano volveríamos a conectar. Dedicaría semanas, meses incluso, a acercarme a ella. A ganarme el derecho de estar en su vida de nuevo. La llevaría a cenar, al cine y me convertiría en su amigo, en alguien con quien ella sintiera que puede contar. Cuando hubiéramos creado una base sólida, le abriría mi corazón y le diría todo lo que debería haberle dicho hace más de un año. Iba a construirnos una segunda oportunidad. Pero está claro que al destino le gusta la ironía y que el karma existe. Tener menos de una semana para reencontrarme con ella y que luego se marche complica mucho las cosas.

Christina debe de ver en mi cara que lo que me ha dicho no son buenas noticias, porque empieza a relajar su pose de amiga protectora. Suaviza un poco la mirada y me habla con más delicadeza:

—Mira, entiendo que ahora que estás aquí te apetezca verla, pero de verdad que no es un buen momento. Ahora por fin está bien, está ilusionada con lo de Vancouver y que tú aparezcas durante unos días en su vida le hará más mal que bien. Tienes que entenderlo.

Me quedo callado. De todo lo que ha dicho, dos cosas se repiten en mi mente: Vancouver y *por fin* está bien. O sea, que también ha estado mal pero ya no lo está. No es que no me alegre de ello pero, ¿significará que me ha olvidado del todo? Dios sabe que yo no he podido. Ni creo que pueda.

Agacho la cabeza y me pongo a pensar. Me guste o no, Christina tiene razón. La conoce bien, y si ella dice que Olivia está bien pero que verme puede trastocarla es porque, efectivamente, así es. Yo no quiero causarle más problemas, y si realmente ella se marcha y no vamos a tener la oportunidad de volver a acercarnos, no tiene sentido hacer nada en este momento. Mi presencia la desestabilizará y no avanzaremos.

Suelto aire ruidosamente, sin apartar la vista del suelo. Sé que esto es lo mejor, pero no puedo evitar sentirme como una mierda. Es como si me hubiera estado preparando para una carrera de fondo durante meses, con la incertidumbre de si podría alcanzar la meta en algún momento, y al llegar a la línea de salida me dijeran que no voy a tener la oportunidad de correr.

Todas las esperanzas que tenía puestas en mi reencuentro con Olivia desaparecen frente a mis ojos como una nube de humo. Lo que más me duele es que ni siquiera he podido hablar con ella, ni tampoco sabrá que he venido a

buscarla. Y sigue estando tan cerca... Con andar solo unos pasos me la encontraría de frente. Pero no lo haré, porque en el fondo sé que de momento lo mejor para ella es esperar. Y ya le he hecho demasiado daño en el pasado como para empezar de nuevo haciéndolo todo mal.

—¿Cuánto tiempo se marcha? —pregunto, levantando por fin la cabeza.

—En principio solo tres meses, pero nunca se sabe...

—Está bien. —Encajo los hombros, tratando de serenarme, y saco mi cartera del bolsillo—. No quiero causarle molestias si va a dejar la ciudad, pero te agradecería que me avisaras cuando vuelva de Vancouver. —Saco una tarjeta con mis datos de mi cartera y se la alcanzo. Ella frunce el ceño y mira mi mano, recelosa—. Venga Christina, no quiero inmiscuirme en su vida ahora porque entiendo que no es un buen momento, pero eso no significa que no quiera acercarme a ella nunca más. Te lo pido por favor.

La miro a los ojos, tratando de que vea que estoy siendo sincero y lo importante que es esto para mí. Ella mira mi mano de nuevo y después vuelve a mirarme a la cara. Veo en sus ojos su lucha interna unos segundos más, pero al final la acepta.

—Está bien y gracias, William, por mantener las distancias. Después de todo lo que ha pasado, el gesto te honra. —Hace un amago de sonrisa y se guarda la tarjeta en el bolsillo trasero de su pantalón—. Ahora tengo que volver a la mesa.

Se despide de mí, se da la vuelta y se dirige de nuevo a su mesa, dejándome solo en el rincón de la cafetería, perdido en mis pensamientos.

Cuando pasan unos minutos me acerco al lugar donde estaba antes y, con cuidado de no ser visto, me permito observar a Olivia una vez más. La trenza ha desaparecido y ahora es una especie de moño. Sonrío. Es una costumbre que tiene, cambiarse de peinado cuando nota algún desperfecto.

Está hablando, contando alguna anécdota divertida al resto de sus interlocutores. La chispa que tiene es contagiosa, una de las cosas que primero me llamaron la atención de ella. Su naturalidad, su manera de hablar, cómo gesticula y su lucha por encontrar el equilibrio entre la paradoja de su sencillez y su complejidad. Sus ojos color miel tienen luz propia, y recuerdo que la última vez que los vi estaban apagados. Me alegra ser testigo de que vuelven a ser los que eran. Eso refuerza mi decisión. Me doy media vuelta y cruzo el local en dirección a la salida. Ya llegará nuestro momento.

\*\*\*

## Olivia

Cuando salimos de la cafetería está empezando a oscurecer y la tarde ha refrescado considerablemente. Se ha levantado aire y, a juzgar por las nubes que cubren el cielo, diría que está a punto de desatarse una de esas tormentas de final de verano. De las que llegan sin avisar y duran lo suficiente como para manchar los cristales de las ventanas y de los coches, pero que no se quedan demasiado tiempo.

Por suerte, yo siempre llevo medio armario en mi bolso, así que saco una rebeca de punto y me la pongo en cuanto noto que se me empieza a poner la carne de gallina. Mis amigos dicen que me paso de precavida, pero los miro y sé que en estos momentos echan en falta algo de abrigo. Veo que Claire empieza a toser, así que saco un pañuelo para el cuello que llevo encima y se lo doy. Ella me sonrío mientras se lo pone.

—Dios, ¿qué vamos a hacer sin ti?

De todos mis amigos, Claire es la más sensible. Para ella, que me vaya tres meses lejos es algo así como el fin de una era. Lo cual es totalmente ridículo a ojos del resto porque son solo tres meses y cuando vuelva retomaré mi vida exactamente donde la he dejado. Pero ella es así, tierna y emotiva. Y yo la adoro por ello.

—Pues lo que hacemos siempre —dice Matt—. Pero con la diferencia de que podremos salir hasta las tantas un jueves y cosas de esas que hacen los jóvenes, sin tener a Pepito Grillo susurrándonos al oído «mañana madrugamos».

Le dedico una mueca burlona y Christina, Claire y Neal se ríen, porque saben que está bromeando.

No es que yo haya sido nunca el colmo de la responsabilidad, pero desde que empecé en mi nuevo trabajo estoy un poco obsesionada con la puntualidad y con rendir por las mañanas. En la oficina todo marcha con la precisión de un reloj suizo y cualquier muestra de no andar por el mismo camino suele ser motivo de sanción.

Miro a Matt. Va de duro, pero en el fondo es el más sentimental de todos. Tiene en su mente una especie de proyecto en el que todos vivimos en la misma manzana y llevamos a nuestros hijos juntos al colegio.

—Cuando dentro de unos días llores por su ausencia volveremos a hablar del tema —bromea Neal, que siempre suele ponerse de mi parte en este tipo

de situaciones.

En seis días me voy a Vancouver. Mi empresa ha decidido trasladarme allí durante unos meses para «explorar» un puesto vacante en la sede de allí. Que en realidad no quiere decir otra cosa que falta por cubrir un puesto y prefieren traspasar temporalmente a alguien de la plantilla de Nueva York, que es la oficina más concurrida, y no contratar a alguien nuevo.

No es que me haga especial ilusión irme. Después de todo, mi vida aquí me gusta. Pero reconozco que tomar un poco de distancia con la ciudad me vendrá muy bien. Después de un año complicado, un cambio de aires podría ser lo que ayude definitivamente a cicatrizar algunas heridas.

Serán solo tres meses, tras los que retomaré mi puesto en Manhattan y reanudaré los proyectos que tengo aquí empezados. Ni siquiera voy a dejar el piso donde vivo de alquiler durante este tiempo. En Vancouver viviré en un estudio cerca de las oficinas. Por supuesto, el alquiler, las facturas y los gastos del traslado corren a cuenta de la empresa, lo que hizo más fácil tomar la decisión de marcharme. Según me han dicho mis superiores, mis tareas serán similares a las que hago aquí. Será una experiencia nueva y un reto a nivel profesional que quedará muy bien en mi currículum.

Los últimos días he estado de los nervios, lo cual no es de extrañar si tenemos en cuenta que ha pasado todo en menos de un mes. Un día, sin más, mi jefa me pidió que fuera a hablar con ella al terminar la jornada. Sinceramente: me acojoné. Pensaba que iba a expresarme su descontento con mi último trabajo, o a reducirme las horas o a despedirme o yo qué sé. Pero no. Entré a su despacho hecha un manojo de nervios y me tranquilizó enseguida al decirme que estaban muy contentos con mi rendimiento. Acto seguido, me planteó la posibilidad de irme tres meses a Vancouver a trabajar en un proyecto que estaba a punto de empezar y que necesitaba gente. Bueno, quedó como que me *planteaba la posibilidad*, porque en realidad estaba claro que rechazarlo no era una opción. Me dio un fin de semana para que lo meditase, pero fue por mero protocolo. La decisión ya estaba tomada. El traslado tendría lugar a mediados de septiembre, por lo que solo contábamos con un mes para arreglarlo todo. Por suerte, no tengo nada que me ate en exceso a Nueva York y tuve que hacer pocas gestiones para dejar en orden todos mis asuntos aquí.

Conforme se ha ido acercando la fecha me he puesto más nerviosa. Durante estas semanas, reconozco que me he dejado llevar por los acontecimientos sin pararme a dar muchas vueltas sobre lo que estaba pasando, y eso que dar vueltas a la cabeza es mi especialidad. Pero en esta

ocasión puse el piloto automático desde el principio y fui siguiendo los pasos para mi traslado uno detrás de otro, así que cuando me quise dar cuenta tenía la mitad de mis cosas repartidas entre cajas y maletas y el billete de avión para dentro de diez días en la mano. Cuando el viernes me despedí de mis compañeros de trabajo y caí en la cuenta de lo cerca que estaba mi marcha, por poco no me desmayo allí mismo.

He pasado la mayor parte del fin de semana a caballo entre un extraño estado de exaltación y una actitud muy zen (esto último, lo confieso, ha llegado a última hora). Lo que me ha tenido inquieta no es el hecho de dejar la ciudad. Eso no es una aventura nueva para mí, que con dieciocho años dejé mi casa y me fui a la universidad, lejos de mi familia y de todo lo que me hacía sentir segura. En esta ocasión mi estado está más relacionado con la sensación de inquietud que me provoca plantearme la velocidad a la que a veces ocurren cosas significativas en la vida. Tras unos meses de cambios y de situaciones dolorosas, hace poco he vuelto a encontrar mi sitio, alcanzando el equilibrio entre la Olivia que siempre había sido y la que soy ahora. Y la perspectiva de una ráfaga de viento soplando en el horizonte... aún me provoca temblores de anticipación.

Tal vez el ritmo trepidante de los acontecimientos del traslado me alcanzó tarde porque lo asumí desde el principio sin más vuelta de hoja. Durante unos angustiosos momentos este fin de semana, temí que un cambio así pudiera desubicarme en la estabilidad que he construido en los últimos meses. Pero sé que no es así. Porque el eje central de esa estabilidad soy yo misma, y no necesariamente las circunstancias a mi alrededor. Así que, tras varias charlas interminables con mis amigos y mi hermano, y más copas de vino de las que quiero confesar, creo que he puesto las cosas en perspectiva y he decidido aprovechar esta nueva experiencia al máximo.

Echo una mirada a mis amigos, que caminan a mi lado. Christina le está contando algo a Neal sobre su trabajo en la universidad y Claire y Matt quieren saber si he leído alguna crítica sobre una película que quieren ir a ver. Vamos hablando del tema mientras caminamos a la boca de metro más cercana. Las calles están bastante concurridas para ser un domingo de septiembre a última hora de la tarde. Esta zona de Brooklyn me gusta. Está a media hora andando de mi casa y siempre hay un ambiente muy agradable. Hay muchos parques y cafeterías como The New, de la que somos clientes asiduos. Los domingos solemos reunirnos allí los cinco, cual consejo de sabios tratando de arreglar el mundo. Sin duda, es uno de mis momentos favoritos de la semana.

Cuando nos despedimos de Claire y Christina en la parada del metro empiezan a caer las primeras gotas de lluvia y el estruendo de un trueno nos anuncia la llegada de la tormenta, por lo que Neal, Matt y yo decidimos compartir un taxi de regreso a casa.

Nada más entrar en mi piso, me doy cuenta de que me he dejado la bolsa con la ropa que me ha prestado Claire en la cafetería. Por Dios, qué tonta estoy. Seguro que la he dejado debajo de la mesa. De verdad, a veces pienso que si no llevara la cabeza pegada a los hombros ya la habría perdido en más de una ocasión. Suelto un resoplido que inunda el pequeño salón mientras consulto mi reloj de muñeca. Aún son las ocho y media, así que si me doy prisa seguro que llego antes de que cierren. Busco una chaqueta más abrigada que la que llevo ahora y un paraguas entre las cajas con mis cosas que en estos días decoran el salón. A continuación salgo de mi casa, entro al ascensor y bajo a toda prisa las escaleras de piedra del edificio que conectan con la calle.

Afortunadamente, el taxi que nos ha traído sigue aparcado aquí enfrente. Así que me subo y le doy la dirección de The New. A pesar del tráfico, en quince minutos he llegado.

Entro con paso ligero dentro del local, que está bastante más vacío que antes. La mayoría de los camareros están recogiendo las mesas, mientras otros se encargan de servir los últimos cafés del día. Detrás de la barra solo hay dos trabajadores, uno secando vasos y otro haciendo cuentas delante de la caja registradora. Me dirijo hacia allí y les pregunto, pero nadie sabe nada de mi bolsa.

—Hola, Liv, ¿qué pasa? —me pregunta Peter, el camarero que siempre nos atiende, que acaba de salir del almacén sosteniendo un par de cajas.

—Creo que me he dejado una bolsa aquí esta tarde, pero no la han visto —le contesto.

—Todavía no hemos limpiado por la zona donde estabais sentados porque aún hay gente. ¿Por qué no te acercas y echas un vistazo?

Le doy las gracias con una sonrisa y hago lo que me dice, pero en cuanto doblo la esquina y visualizo la mesa me freno en seco. Me quedo completamente paralizada, notando el suelo hundirse bajo mis pies, sintiéndome morir.

Está ahí. Él. El hombre en el que llevo trescientos sesenta y cinco días tratando de no pensar. El mismo al que no puedo sacar de mi sistema.

Parpadeo varias veces para asegurarme de que es él y no una ilusión óptica producto del estrés. Pero no, no lo es. Es él. ÉL.

Un escalofrío me recorre la espalda y juro que empieza a faltarme el aire. ¿Pero qué hace aquí? ¿En Brooklyn? La última vez que lo comprobé estaba a miles de kilómetros de Hong Kong. En la otra maldita punta del mapamundi. Empiezan a temblarme las piernas y un ruido sordo me aturulla los oídos. Doy dos pasos atrás y me apoyo en una columna para no caerme. Noto mi corazón latir tan deprisa dentro de mi pecho que temo que todos los que están en la cafetería puedan oírlo.

Dios mío, ¿pero por qué ahora?

Él no me ha visto, pero yo no puedo quitarle los ojos de encima. El muy maldito es mucho más guapo de lo que recordaba. Lleva una camiseta de manga corta azul marino de cuyo cuello cuelgan sus gafas de vista y su pelo está totalmente revuelto. Parece que no se haya afeitado en días y observa su botellín de cerveza como si entrañase todos los secretos del universo. Está solo, ocupando el mismo lugar en el que yo me he sentado esta tarde.

Exhalo el aire muy lentamente. No estoy nada —NADA— preparada para esto. Una parte de mí se muere de ganas de preguntarle qué demonios está haciendo aquí y cuándo ha llegado y por qué y hasta cuándo y mil cosas más. Pero mi parte sensata, la que sobrevivió al huracán Will, me pide desesperadamente que me dé media vuelta y me marche corriendo a mi casa. No he llegado tan lejos en los últimos meses para ponerme a dar ahora pasos de cangrejo. Pero al parecer mi cerebro ha olvidado cómo ejecutar movimientos, porque no soy capaz de moverme.

Mientras lo miro, desfilan por mi mente cientos de imágenes de los dos meses que estuvimos juntos. Recuerdo las risas, las confidencias, los besos y las charlas sin fin. Recuerdo los últimos días juntos, antes de que todo se rompiera frente a nuestros ojos. Recuerdo la última vez que lo vi. Pero, ante todo, recuerdo la desesperación que se apoderó de mí cuando se marchó.

Todavía me duele por dentro.

Me llevo una mano a la frente y cierro los ojos con fuerza. Tengo que irme de aquí ahora mismo. En pocos días empiezo una nueva etapa. ¿Qué sentido puede tener nada de esto ahora?

Me decido a mirarlo una última vez cuando reparo en que junto a sus pies, debajo de la mesa, está la bolsa con los jerséis de Claire. Me río de mí misma. Está claro que en otra vida hice algo muy malo a alguien, porque es la única explicación que se me ocurre para que esté pasando esto. Si fuera una

compra hecha por mí, esa bolsa sería totalmente prescindible. Pero Claire me ha prestado esos jerséis para llevármelos a Vancouver, no puedo perderlos así sin más.

Me giro para buscar a Peter con la mirada y pedirle que la coja él pero, como no podía ser de otra forma, no lo veo por ninguna parte. Empiezo a moverme nerviosa en mi sitio, valorando mis opciones, cuando Will levanta la cabeza.

Soy consciente del momento exacto en el que me ve y me reconoce. En cuanto sus ojos encuentran los míos, mi corazón se salta un latido y vuelve a faltarme el aire.

Sé que debería moverme. Sé que debería darme la vuelta e irme sin perder más tiempo. Lo sé. Pero sus ojos se me clavan como puñales, impidiéndome moverme de donde estoy.

Noto el paso de los minutos, pero no sé cuánto tiempo permanecemos así. Mirándonos el uno al otro. Inmóviles. Como si tuviéramos miedo de que al mover un solo músculo el otro fuera a desaparecer delante de nuestros ojos.

Él es el primero en reaccionar. Me parece detectar en su rostro una muestra de alivio, como si acabaran de quitarle un peso de encima. Sus hombros se relajan visiblemente, y por alguna razón eso provoca que yo me ponga rígida como una tabla. De pronto su mirada se dulcifica y esboza una de sus demoledoras sonrisas. Maldito estúpido. Yo no sé qué emoción debo de estar reflejando, pero siento tantas cosas en este momento que empiezo a dudar que mi cara sea capaz de mostrar alguna de ellas.

De repente, Will separa la silla de la mesa y se levanta. Cuando veo que empieza a rodear la mesa y que se dirige hacia mí con paso inseguro, empiezo a reaccionar yo. Me paso las manos húmedas por la falda de mi vestido y agarro el bolso con fuerza. Al llegar frente a donde estoy, Will se detiene. No puedo evitar fijarme en cómo traga con dificultad. Está solo a unos pasos de distancia. Si extendiera el brazo podría tocarlo con la punta de mis dedos, pero obviamente no voy a hacerlo. Él me mira intensamente, recorriendo mi rostro como si me viera por primera vez en su vida, pero no dice nada.

«Habla, Olivia, por Dios», me digo a mí misma. «Di algo. Lo que sea».

De alguna manera consigo que me salga la voz a través del nudo que se me ha formado en la garganta.

—Hola, Will. Cuánto tiempo —digo al fin, tratando de sonar indiferente. Evidentemente no lo consigo.

Dios, ¿pero por qué me sonrío así? Por un momento creo que va a tocarme,

pero supongo que detecta en mi cara que no será bien recibido porque no lo hace. Solo sigue sonriendo.

—Olivia, menos mal. Pensé que no tendría la oportunidad de verte —dice con voz profunda, y la sonrisa desaparece lentamente de su cara. Pero no de sus ojos.

## ¿Quién inventó las casualidades?

*Lunes, 8 de julio de 2013*

*Un año y diez semanas antes.*

Normalmente los lunes no entraba hasta mitad de la mañana, pero aquel lunes en concreto tenía una reunión con todos los miembros del departamento a primera hora. Por suerte, mi reloj biológico me había despertado con tiempo suficiente para que me diera tiempo a arreglarme y poder llegar a una hora más o menos decente, porque la noche anterior no había programado bien la alarma.

En cuanto vi la hora que era, salí de un salto de la cama y me metí en el baño. Me duché a toda prisa y al salir, aún envuelta en la toalla, recogí del sofá los documentos que había estado repasando la noche anterior y los dejé en la barra de la cocina, justo al lado del portátil. No me daba tiempo a desayunar ni de casualidad, así que me vestí sin más dilación, eligiendo un vestido estampado de espalda cruzada y las sandalias negras, y luego volví al baño para terminar de adecentarme.

Dentro del metro parecía haberse desatado el caos. Había muchísima gente con maletas, que supongo que venían de pasar fuera la fiesta del 4 de julio, y muchísima más gente con aspecto de ir a trabajar que recorría la estación a zancadas, seguramente porque tendrían tanta prisa como yo. Aparte, parece ser que estaban de obras en no sé qué parte de la ciudad y la línea que yo solía coger estaba más saturada de lo normal. Maldiciendo las obras, el metro neoyorquino y a mí misma por no programar adecuadamente la alarma, me dispuse a hacer la cola de la diminuta cafetería que había dentro de la estación. Daba igual que la hilera de gente pareciese no tener fin, no podía renunciar al primer café del día porque sin él no funciono.

Yo trabajaba en una pequeña empresa dedicada al sector del turismo en la Costa Este. Había empezado a trabajar allí casi un año antes, tras finalizar mis estudios de posgrado. Tenía un puesto en el departamento de *Marketing* y Publicidad y, aunque mi perfil se adaptaba claramente a la parte creativa del proceso publicitario, casi todas mis funciones estaban relacionadas con tareas de *marketing*. Para ser mi primer trabajo serio no estaba mal; el ambiente de trabajo era agradable y el sueldo me permitía subsistir en la ciudad, aunque tampoco nadaba en la abundancia. A veces echaba en falta explotar mi lado creativo, pero tenía esperanzas de que tarde o temprano el señor Thomson, mi

jefe, se diera cuenta de que podía resultarle más valiosa ayudando con los diseños que analizando estrategias de *marketing* estratégico.

La reunión de aquella mañana fue horrible, de esas con millones de datos y fechas límites imposibles de cumplir. Como estábamos en pleno verano, había que tratar de adaptar algunos de los servicios de la empresa para sacarles el máximo partido durante esos meses y parecía que el tiempo se nos echaba encima.

Cuando por fin salí de la sala de juntas y miré el reloj, me di cuenta de que casi era la hora de comer. Había estado allí toda la mañana. Me dirigí con aire distraído a los ascensores y volví a mi planta, mientras organizaba mentalmente el resto del día.

La central de la empresa estaba situada en el barrio de Chelsea, uno de los más importantes de Manhattan. Dominaba tres pisos de un edificio de oficinas bastante famoso de la zona, a solo diez minutos de High Line. El departamento de *Marketing* y Publicidad era uno de los más pequeños. Se trataba de un espacio abierto con paredes blancas, mobiliario minimalista y suelos de metacrilato que ocupaba la tercera parte de una de las plantas.

Dejé los documentos en mi escritorio y el maletín en el cajón del lateral, cerrado con llave. Escuché a mi estómago quejarse. Se había hecho bastante tarde y la gente con la que yo solía bajar a comer había salido ya, así que decidí comprar la comida y subirla para comer en mi mesa y no perder tanto tiempo.

El restaurante que estaba en la esquina era un establecimiento elegante pero discreto al que acudía con frecuencia. La mayoría de clientes eran gente que trabajaba por la zona y que hacían buen uso de su servicio de comida para llevar, como era mi caso. Aquel día las mesas estaban más ocupadas de lo habitual, así que tuve que esperar un rato a que me tomaran nota. Cuando el camarero se acercó, pedí lo de siempre y me quedé esperando apoyada en la barra mientras preparaban mi pedido.

No llevaba ni cinco minutos mirando el correo en el móvil para matar el tiempo, cuando una mano me tocó la espalda.

—¿Liv?

Me giré y me encontré con la sonrisa de mi buen amigo George. Sonreí. Hacía meses que no lo veía, pero como siempre que nos encontrábamos me alegré mucho de verlo. Vestía un traje muy elegante, iba perfectamente afeitado y me miraba con cariño.

—¡George! —exclamé, dándole un abrazo—. Hacía mucho que no sabía de ti. Mi madre me dijo que estabas en Chicago. Pensaba que seguías allí.

—Volví hace unas semanas, el bufete se hundía sin mí —bromeó, y yo le sonreí de nuevo—. ¿Qué tal estás tú? Se te ve estupenda. ¿Cómo te tratan en el trabajo?

—Muy bien, ahora con bastante ajetreo con la campaña de verano.

Pasamos unos minutos hablando, poniéndonos brevemente al día y riéndonos al recordar alguna anécdota. George es el hijo de unos amigos de mis padres. Es unos pocos años mayor que mi hermano y que yo. Crecimos en la misma ciudad y siempre nos hemos llevado bien con él, aunque al entrar en la universidad perdimos relación. Años más tarde, él vino a vivir a Nueva York y desde que yo me mudé aquí habíamos retomado el contacto.

Me explicó que estaba en el restaurante por una comida informal de negocios y señaló con la cabeza a dos hombres situados en la puerta del restaurante, que eran los dos clientes con los que había venido.

Uno de ellos se dio cuenta de que George y yo mirábamos en su dirección y, tras decirle algo al otro, empezó a caminar lentamente hacia donde estábamos. Le eché una mirada rápida, pero captó mi atención de inmediato y me resultó imposible apartar la vista en el tiempo que tardó en pararse frente a nosotros. Era un chico alto, ni muy delgado ni demasiado corpulento. Más o menos de la edad de George. Vestía también traje, pero llevaba la corbata aflojada y la americana en la mano. Caminaba firme y seguro, haciendo sonar sus pasos en el suelo de mármol. Su pelo era de un color castaño más claro que el mío y una sombra de barba cubría su mandíbula. Cuando estuvo más cerca me fijé en sus ojos azules, que destacaban entre las espesas pestañas y unas cejas oscuras. Vi cómo pasaba una mano de dedos largos por su garganta, en un movimiento que me pareció más estudiado de lo que parecía a simple vista. Observé que un esbozo de sonrisa parecía esconderse detrás de aquel aire misterioso que desprendía, al tiempo que me miraba con una expresión de curiosidad mal disimulada. Madre mía. Me impactó tanto que por un momento hasta olvidé coger aire para seguir respirando.

Se paró al llegar a donde estábamos y se metió las manos en los bolsillos del pantalón. No pude evitar que mis ojos siguieran aquella dirección y se perdieran por sus piernas durante un par de segundos. Noté cómo ardían mis mejillas.

—George —dijo, mirando hacia mí de reojo. Su voz, profunda y masculina, resonó en mis oídos y me trajo a la realidad—. La mesa ya está

lista.

George asintió y puso cara de disculpa, cogiéndome la mano.

—Lo siento, Liv, debo irme.

—No te preocupes —aseguré yo sonriendo—, ahora mismo tengo que volver a la oficina.

Me re Coloqué el bolso en el hombro y me pasé un mechón de pelo por detrás de la oreja.

—Bueno —dijo el desconocido de pronto, con una sonrisa jovial—, si queréis seguir hablando, en la mesa hay sitio para uno más. Después de todo, estamos entre amigos, ¿no?.

Tanto George como yo lo miramos sorprendidos, aunque por razones distintas.

—Gracias. —Me giré hacia él para mirarle por primera vez de frente. Con sus ojos clavados en los míos por poco no me olvidé de hablar—. Pero ya he pedido mi comida para llevar, y de verdad que debo volver a la oficina enseguida.

—¿Seguro? —preguntó George, poniéndome una mano en el hombro para que lo mirara a él de nuevo. Al ver que asentía decidió no insistir—. Bueno, podemos tomar algo un día de estos. Puedes llamar a Matt y los demás, me apetece verlos.

Le sonreí y le dije que lo llamaría esa semana. Por el rabillo del ojo me percaté de que el otro hombre se cruzaba de brazos y se golpeaba el brazo izquierdo con los dedos derechos, como esperando algo. George se dio cuenta y añadió rápidamente:

—Por cierto, Liv, este es Will, un cliente y amigo. William Hannigan, ella es Olivia Gallagher, amiga de la infancia.

Will y yo nos estrechamos la mano y nos sonreímos, tal vez más de la cuenta. Me puse inexplicablemente nerviosa, y traté de convencerme de que no se debía a que la suya era una de las sonrisas más bonitas que había visto en mi vida. Recuerdo que al apretarnos las manos sentí un escalofrío que me erizó el vello de la nuca. Su piel, aunque estaba fría, por alguna razón me transmitió una oleada de calor que me encendió por dentro. Tuve que apartar la mano enseguida.

—Es un placer —dijo él, mirándome a los ojos y enseñándome sus dientes perfectos.

Vale, realmente tenía una sonrisa de infarto; le iluminaba la mirada, haciéndole parecer mucho más atractivo. Parecía afable y dulce, pero con un

punto de picardía que seguro que había roto más de un corazón.

—Lo mismo digo —afirmé yo, sonriendo como una boba y sin apartar mis ojos de los suyos.

A mi lado, George permanecía quieto, observando la escena como si fuera un mero espectador y no un participante activo de esta. Me obligué a apartar la mirada del sonriente Will y volverme hacia él. No quería que mi repentina turbación mental fuera evidente. Decidí que tenía que irme de allí antes de decir ninguna tontería o ponerme a parlotear como un mono, mi especialidad en los momentos en que me pongo nerviosa. Por suerte, en ese momento el camarero me hizo una señal para indicarme que podía recoger mi comida.

—Bueno, será mejor que vaya a pagar—. Encogí los hombros a modo de disculpa y les sonreí a ambos—. Te llamo en estos días George.

Le di un breve abrazo a él, me despedí de Will con un gesto de la mano y me dirigí a la caja.

La tarde en la oficina pasó volando, afortunadamente. Como la reunión había ocupado toda la mañana, tuve que ponerme al día con las llamadas y el papeleo atrasado de la jornada y aquello ayudó a que apenas me enterase del paso de las horas. A última hora mi mesa estaba llena de papeles. El teclado del ordenador estaba sepultado bajo un montón de hojas y lo único que se distinguía eran los portarretratos que decoraban mi mesa. Cuando di por terminado el día, ordené todo y metí en mi cartera un par de documentos con los que tendría que trabajar esa noche en casa.

Cerca de las seis de la tarde salí a la calle, donde seguía haciendo un calor de mil demonios. Caminé tranquilamente, maletín en mano, hacia la tienda de Macy's más cercana. Al día siguiente era el cumpleaños de mi amiga Claire y teníamos encargada una chaqueta que vimos un día y le gustó. Hacíamos el regalo entre todos y, como nos parecía poca cosa, habíamos pensado completarlo con un bolso. Bueno, *habíamos* no, yo había pensado. Como siempre pasa con mis amigos, yo era la encargada de encontrar un regalo que fuera tan bonito como funcional para el cumpleaños de turno.

Pasé por lo menos media hora mirando bolsos (no solo para Claire, debo admitir). Siempre he sido un poco pesada para comprar, pero aquella tarde estaba especialmente espesa. Unos me parecían muy grandes, otros demasiado pequeños y otros demasiado oscuros. Por fin, vi uno que me gustaba para Claire y me di por vencida para encontrar alguno para mí.

Mientras esperaba a que la dependienta sacara un ejemplar del elegido del

almacén y buscaba el ticket de la reserva de la chaqueta en el bolso, una mano me dio dos golpecitos suaves en mi hombro. Me di la vuelta distraídamente y me quedé sin habla.

—Hola, Olivia. —Era Will, sonriéndome de oreja a oreja—. Qué casualidad encontrarnos de nuevo.

Le devolví la sonrisa, mientras intentaba recordar cómo formar una frase con sentido. Se le veía más cansado que cuando nos habíamos visto horas atrás y llevaba puestas unas gafas de pasta que esa mañana no tenía y que le quedaban tan bien que no parecía ni real. Su pelo estaba mucho más despeinado y la sombra de la barba más pronunciada que antes. La corbata había desaparecido, llevaba la americana en la mano y las mangas de la camisa blanca arremangadas, dejando al descubierto sus antebrazos. Estaba tan guapo que tuve que parpadear varias veces para asegurarme de que no estaba teniendo una alucinación.

—Sí que es una casualidad —dije por fin, desplazando mi atención de sus brazos a su cara—. Manhattan es muy grande y ya van dos veces en el mismo día.

—Seguro que es algún tipo de señal, la probabilidad es mínima.

Dijo aquello guiñándome un ojo y a mí me dieron ganas de lanzarle los brazos al cuello y morderle hasta dejarle marca. ¿Pero qué demonios me pasaba? Ni que fuera la primera vez en mi vida que coincidía con un chico guapo, por el amor de Dios. Traté de esbozar lo más parecido que pude a una sonrisita sexi, cuando los dos bolsos de mujer que sostenía en su mano derecha captaron mi atención. Evidentemente los acababa de coger de las estanterías. Y evidentemente no eran para él. Lo primero que pensé es que posiblemente fueran un regalo para su novia, y lo segundo, que incluso podían ser para su esposa. Miré disimuladamente en busca de un anillo de casado en su mano izquierda, pero ni rastro de ninguno. No lograba entender qué mosca me había picado, pero lo cierto era que la posibilidad de que tuviera pareja no me hacía ninguna gracia.

Will debió de darse cuenta de hacia dónde estaba mirando y qué estaba pensando, porque enseguida empezó a explicarse:

—Estoy eligiendo un regalo de cumpleaños para mi madre —comentó tranquilamente, elevando los bolsos casi a la altura de mis ojos—. Su cumpleaños es mañana. Comemos juntos y, como siempre, he dejado el tema del regalo para última hora.

Puso cara de disculpa y se encogió de hombros, y yo no pude evitar

sonreír abiertamente. ¿A qué venía ese repentino alivio? Para empezar, aún podía tener novia aunque el bolso no fuera para ella. Y para terminar, ¿a mí qué más me daba?

—Estoy en la misma situación, mañana es el cumpleaños de mi amiga Claire y aún no teníamos el regalo.

—¿Teníamos? —Entrecerró los ojos y arrugó un poco la nariz, algo descolocado. Parece que yo no era la única que sacaba conclusiones precipitadas, y en mi interior me alegré un poco.

—Sí —expliqué con una sonrisa—, mis amigos y yo. Hacemos regalos conjuntos, lo que significa que ellos suelen darme el dinero y yo me encargo de todo. Pero en el fondo lo prefiero, suelo dar en el clavo. —Bajé la voz y dije con complicidad—: pero nunca digas que he dicho eso.

Él soltó una carcajada mientras se pasaba una mano por la nuca. Se le veía divertido y relajado. Cómodo en su propia piel. Y, al parecer, cómodo allí conmigo.

—Pues si eres tan buena eligiendo regalos, te agradecería que me echases una mano con el de mi madre. No estoy acostumbrado a hacer regalos a una mujer y no quiero llevarle algo que no le vaya a gustar.

Me miró y se acercó un poco más. Bajó la voz, e imitando el tono cómplice que había empleado yo, añadió:

—En mi familia soy de los que dan el dinero y deja que mi hermana se encargue de todo. Ella siempre da en el clavo. Pero no digas nunca que he dicho eso.

Entonces fui yo la que solté una carcajada. A continuación, accedí a ayudarle con el regalo. «Estoy en tus manos», dijo con picardía. Traté de no contestarle lo primero que me vino a la cabeza como respuesta a esa frase, y me tomé mi tarea muy en serio. Con las compras yo no bromeo.

Lo primero que hice fue devolver los bolsos que tenía en la mano a sus respectivas estanterías, porque eran terribles. No porque fueran feos, sino porque se trataba de los típicos bolsos que quedan muy bien en un escaparate pero que nunca se tiene ocasión de combinar con nada y acaban ocupando espacio en el fondo de un armario. Obviamente yo no conocía a su madre, pero usé como referencia a la mía propia para ayudarle a escoger algo adecuado.

Will se dejó aconsejar y al final fuimos juntos a la caja para pagar los regalos que habíamos escogido. Los empaquetaron, los envolvieron y nos dieron una bolsa a cada uno. Después insistió en acompañarme a recoger la chaqueta de Claire que completaba el regalo, así que nos paseamos uno al

lado del otro por el departamento de ropa para mujer de Macy's; yo peleándome con las dependientas para que me dieran una chaqueta que no tuviera ningún desperfecto y Will cargando con su bolsa y con la mía, que se había empeñado en llevar.

Cuando salimos a la calle eran más de las ocho. Llevaba todo el día fuera de casa y tenía que pasar a limpio un borrador para el día siguiente. Pero no me apetecía volver aún a mi apartamento, por razones obvias.

Había mucha gente por aquella zona disfrutando de la buena temperatura y de las mesas al aire libre. Manhattan está lleno en cualquier época del año, pero en los meses de verano se respira otro ambiente. Hay más vida en la calle, sonidos nuevos e incluso la ciudad huele distinta. Will observó pensativo cómo un grupo de gente tomaba asiento en una terraza próxima y luego se volvió hacia mí, luciendo su enigmática sonrisa:

—Bueno, Olivia, debo comunicarte que he decidido interpretar nuestro encuentro como una oportunidad para invitarte a cenar algo, ya que esta mañana no has podido comer con nosotros.

Me miró detenidamente. Su forma de decirlo transmitía seguridad. No me lo estaba preguntando, pero tampoco lo exigía. Simplemente expuso los hechos y confiaba lo suficiente en sus posibilidades como para no mostrarse vacilante y seguir sonriendo.

—No creo que... Yo... —empecé a decir, pero me detuve a tiempo. A ver, ¿yo qué? ¿Acaso era idiota y pensaba negarme? Por Dios, era lo más interesante que me había pasado en meses. Y ese chico me gustaba, cómo negarlo. Era guapo, dulce y me hacía reír—. Está bien, pero te advierto que tengo mucha hambre y que puedo perder las formas de señorita que ves en mí.

Se rio ante mi comentario y me hizo señas para que caminara en la misma dirección que él.

—Veo mucho más en ti que tus formas de señorita. Además, donde tengo pensado llevarte no creo que tengas opción siquiera de dejarlas salir a la superficie.

Treinta minutos, cinco manzanas y dos cervezas después, estábamos esperando a que nos trajeran la cena en la que Will me aseguró que era la mejor hamburguesería de Manhattan. Era un local bastante pequeño, pero que estaba a rebosar para ser un lunes por la noche. Las mesas eran de madera oscura y las paredes estaban decoradas con retratos de gente famosa que alguna vez habían ido a comer allí. Hablábamos animadamente en una mesa

pegada a la ventana y nos reíamos, recordando la cruzada que había emprendido esa tarde para que me dieran una chaqueta en condiciones para Claire.

Will es uno de esos hombres que hacen que su interlocutor se sienta cómodo, o por lo menos eso me pasaba a mí. Como ocurre cuando me siento en confianza, hablaba sin parar. De todo un poco, nada demasiado personal, pero la conversación fluía entre nosotros y facilitó que nos sintiéramos relajados y empezáramos a conocernos.

Él me escuchaba con atención, como si estuviera hablándole de cosas de trascendencia universal y no de nimiedades. Y eso me gustaba.

Yo soy consciente de que hablo mucho. En mi día a día, a menudo tengo la sensación de que tengo que filtrar. No porque no sea capaz de controlar lo que digo, sino porque hablo mucho en general. Aunque me controlo para no decir cosas indebidas, mis discursos suelen ser largos, enlazo unos temas con otros y me voy por la tangente. Según dice la gente que me conoce bien, cuento las cosas a tiempo real, explicándolo todo con muchos detalles. Y claro, depende de con quién hable eso no siempre es bienvenido, así que he tenido que aprender a mordirme la lengua y hablar lo justo en según qué situaciones. Pero cuando estoy en confianza soy yo misma. Con mis amigos y mi familia no tengo por qué cohibirme, porque ellos saben que es mi manera de expresarme y me escuchan (y en el caso de que me pase hablando y decidan dejar de escucharme, han aprendido a fingir muy bien). Por eso, que Will se mostrara interesado en escucharme hizo que me gustara un poquito más. Él también hablaba, por supuesto. Me hacía preguntas, contestaba a las que yo planteaba y sacaba todo tipo de temas. Y tenía un sentido del humor que me volvía loca.

Para cuando llegaron las patatas fritas y la cerveza se nos había subido a la cabeza, bromeábamos como si nos conociéramos de toda la vida. Él también parecía sentirse bien conmigo y apenas me quitaba los ojos de encima, lo cual me infundía una especie de seguridad que me ayudaba a dejarme llevar y ser yo misma.

—Entonces, ¿fuiste a Brown? —preguntó con interés, metiéndose tres patatas fritas a la vez en la boca.

—Sí. Eché solicitudes por todo el país, pero el programa de Brown era el que me llamaba más la atención y además no está muy lejos de mi casa.

Le conté cosas sobre mi experiencia universitaria, lo que me gustaba de mi carrera, los cursos que había hecho y algunos *hobbies* que tenía en esa época. Le hablé sobre lo que hacía en mi trabajo actual, dejando caer que aunque no

me sentía del todo descontenta, me gustaría que cambiaran algunas cosas. Él me contó que estudió en el MIT. Hacía poco más de tres años que trabajaba en una empresa nacional muy importante especializada en la investigación de energías renovables. Estaba satisfecho con su puesto porque le permitía iniciar sus propios trabajos de investigación y explorar nuevos campos. Se notaba que su trabajo le apasionaba, y me produjo una especie de melancolía porque era algo a lo que yo también aspiraba: trabajar en algo que me inspirara y que me hiciera sentir realizada y feliz.

Un rato después llegó la hamburguesa. Llevaba de todo, era enorme y tenía una pinta que me hizo ponerme a salivar en el acto. Antes de atacar, busqué una goma en mi bolso con la que recogerme el pelo; para comer más cómoda y porque desde que había salido del piso aquella mañana lo llevaba suelto, y sospechaba que a esas alturas tendría un aspecto terrible. Por aquel entonces llevaba el pelo por debajo de los hombros, así que al recogerlo en alto me quedaba una coletita pequeña. Me di cuenta de que Will me observaba atentamente mientras realizaba el proceso. Tenía dibujada una pequeña sonrisa en la cara, pero permanecía callado.

Cuando colgué de nuevo mi bolso en la silla y me re Coloqué en mi asiento me miró con diversión y, sosteniendo su hamburguesa entre sus manos, hizo un gesto con las cejas, como preguntándome si había terminado con el ritual y podíamos empezar a comer.

Solté una pequeña carcajada mientras cogía mi hamburguesa del plato y asentí, mirándolo fijamente. Madre mía, qué guapo era. Y simpático. Y me hacía reír. Y era muy dulce. Y... Dios, la lista a esas alturas ya era enorme, y apenas hacía unas horas que lo conocía.

Aunque no sabía a ciencia cierta si él también sentía nuestra conexión, di gracias al cosmos por que existieran las casualidades y por que el día a día a veces trajese sorpresas.

Con la cabeza más allá que acá, di el primer bocado a la hamburguesa, con tan mala suerte que el queso decidió no cortarse y quedó unido al trozo que me había metido a la boca y al resto de la hamburguesa al mismo tiempo, estirado como si fuera un chicle. Hice movimientos con la cabeza para intentar cortarlo con los dientes, sin éxito.

«Genial. Muy bien, Olivia. Muy sofisticado».

Will empezó a reírse al ver mi lucha para separarlo. Al final decidí valerme de mis dedos para conseguirlo. Me limpié la boca con la servilleta y tragué a toda prisa, casi sin masticar y sin mirarlo a la cara.

—Te dije que no iba a parecerte una señorita —dije riéndome de mí misma. Cogí otra servilleta y me tapé la cara con ella.

—No me importa, me gusta que seas así. —Sonó risueño, aunque no pudiera verlo. Acto seguido me quitó la servilleta de la mano con delicadeza para que no siguiera escondiéndome de él—. Eres... auténtica.

Me recorrió la cara con los ojos y esbozó una sonrisa que casi consiguió deslumbrarme.

Y me derretí, claro.

Me aclaré la garganta dando un trago a mi bebida y traté de recomponerme. Recuperé mi servilleta de entre sus dedos y compuse mi característica sonrisa traviesa, esa que uso cuando trazo algún plan secreto o cuando meto la pata.

Después de eso continuamos con nuestra charla sobre todo y nada el resto de la cena, afortunadamente sin ningún contratiempo más por mi parte. Solo Will y yo charlando, cenando y conociéndonos. Eso, y comiéndonos con los ojos de vez en cuando, cuando creíamos que no era evidente para el otro que lo hacíamos.

Pasaron las horas y el local se fue vaciando poco a poco, hasta que llegó un punto en el que lo único que se escuchaba era la música que sonaba por los altavoces y el sonido de nuestras risas.

Más tarde de las once salimos de la hamburguesería. El tiempo esa noche se había pasado volando y yo tenía aún mil cosas que preparar para el día siguiente. Pero una velada como aquella bien merecía que me acostara a las tantas pasando borradores.

Will me acompañó a coger un taxi mientras quedábamos en que nos contaríamos si tenían éxito los regalos que habíamos comprado. Caminamos lentamente uno al lado del otro, como si quisiéramos alargar el momento de decir adiós. Apenas había gente por la calle, así que cuando llegamos a la parada no nos sorprendió ver una fila de cinco taxis amarillos esperando que subiera alguien a quien llevar a su destino. Él vivía cerca de donde estábamos, así que comentó que volvería andando a su casa.

—Lo he pasado muy bien, Olivia, de verdad —dijo, deteniéndose cerca de la parada del taxi—. Me gustaría volver a verte. ¿Tal vez mañana?

Así, sin rodeos. Lo miré fijamente, incapaz de disimular mi sorpresa. Él esperaba mi respuesta con una sonrisa que le formaba unas adorables arruguitas en los ojos. Lógicamente, yo también quería volver a verlo.

—Mañana no puedo, tengo el cumpleaños de Claire. —Señalé las bolsas que contenían los regalos, que aún llevaba él—. ¿Quieres que comamos juntos el miércoles?

Puso cara pensativa, como si consultara mentalmente su agenda, y se sacó el móvil del bolsillo del pantalón.

—Para comer no puedo, pero puedo recogerte cuando salgas por la tarde y vamos a cenar algo. —Me tendió su móvil—. ¿Puedes apuntar tu teléfono?

Yo lo cogí, tecleé algo torpemente mi número, y se lo devolví.

—Me parece bien, el miércoles salgo a las siete.

Le di la dirección exacta y cogí de sus manos mis bolsas de Macy's, rozando sus dedos en el proceso. Nos acercamos más a la parada y nos situamos ante un taxi libre. Él me abrió la puerta de atrás, pero bloqueaba la entrada con su cuerpo.

—Bueno, Olivia, realmente ha sido un placer. Nos vemos el miércoles. Cualquier cambio te aviso.

Se acercó más a mí, me puso una mano en la cintura y me dio un suave beso en la mejilla que duró más de lo que yo esperaba. Sentía el calor de su mano a través de la tela de mi vestido y a la distancia a la que estábamos una bofetada de su olor inundó mis fosas nasales. De pronto fui consciente de que mi respiración se estaba acelerando y de que la sangre circulaba por mi organismo a una temperatura más alta de lo normal. Me quedé quieta como una estatua. ¿Era normal que prácticamente un desconocido me provocase eso? No, para mí no lo era.

Cuando reaccioné, Will se apartó para dejarme entrar al taxi, luciendo una expresión enigmática. Como si él supiera algo que yo no. Algo aturdida, me moví y entré en el taxi. Antes de cerrar la puerta le sonreí y le dije:

—Yo también lo he pasado muy bien, Will. Muchas gracias por la cena. Nos vemos el miércoles.

Llevaba unos minutos de trayecto cuando fruncí el ceño al caer en la cuenta de que yo no tenía su número y que no podría avisarle si surgía algún cambio. Pero justo en ese momento, mi móvil se iluminó y apareció en la pantalla una notificación de *iMessage* de un número que no conocía:

*<Espero que tú y tus formas de señorita lleguéis de una pieza a casa. Estoy deseando que sea miércoles.>*

Aquello me hizo sonreír como una tonta.

Y así fue como Will entró en mi vida.

## ¿Qué tienes que me llama tanto?

Caminé con paso ligero las pocas manzanas que separaban mi casa de la parada del taxi. Las calles estaban relativamente vacías y lo único que se escuchaba eran algunos murmullos lejanos y mis pasos sobre el asfalto. Parecía que la temperatura había descendido algunos grados por primera vez en el día, pero no corría ni una gota de aire. Las hojas de los árboles permanecían quietas en las ramas, en contraste con lo que ocurría en mi cabeza, donde mis pensamientos rebotaban los unos contra los otros hasta volver a la misma idea.

Olivia Gallagher.

Me puse a recordar aquella mañana, cuando la vi en el restaurante hablando con George. Lo primero que pensé cuando me fijé en ella, porque no pude evitar fijarme en ella, era que tenía un lenguaje corporal muy peculiar. Hablaba con desparpajo, gesticulando y sonriendo mucho. Me pareció natural y sexi al mismo tiempo, y ya no fui capaz de retirar la mirada. ¿Por qué? Pues no lo sé, ni tampoco lo supe entonces. Yo veía mujeres a diario: mujeres atractivas, dicharacheras y de todas clases. Entonces, ¿qué tenía aquella que, sin haberla visto de cerca siquiera, me tenía completamente embobado? ¿Eran sus piernas? ¿Sería la manera que tenía de moverse mientras hablaba? ¿O era su risa? ¿Sería todo ello junto y, a la vez, nada en particular?

Reconozco que me quedé descolocado. Había despertado mi curiosidad, aunque enseguida un pensamiento cruzó mi cabeza: ¿tendría algo con George? Sabía que George conocía a muchas mujeres, y en un principio no supe en qué categoría meter a esa chica: pareja, expareja, follamiga, rollo de una noche, amiga o candidata a cualquiera de esas opciones. Pero al poco tiempo de haber comenzado mi escrutinio del comportamiento de ambos, me di cuenta de que, si bien se notaba que tenían confianza, no parecía haber nada romántico entre ellos.

Cuando al cabo de un rato de estar hablando vi que miraban en mi dirección, algo me obligó a empezar a andar y acercarme. Noté que ella también me miraba, y durante un inquietante momento sentí que podía ver a través de mí.

Mantuvimos el contacto visual todo el rato hasta que llegué donde estaban. Al pararme junto a ellos, le dije a George que nuestra mesa estaba lista. Lo

dije por decir algo, porque en ese momento la reserva para comer me importaba bien poco. Ante ese comentario, Olivia anunció que ya se marchaba y, sin saber muy bien por qué, me encontré a mí mismo invitándola a comer con nosotros. La cara que puso George fue un poema. Aunque no se trataba de la típica comida formal de negocios, teníamos temas importantes que tratar y que convenía resolver cuanto antes.

Por desgracia, Olivia declinó amablemente la invitación, y al hacerlo tuvimos la oportunidad de mirarnos por primera vez a la cara de cerca. Y... Dios, qué guapa era. Puede que no fuera una de esas chicas que la gente se gira para mirar por la calle, pero era tan sencilla y natural que era imposible no encontrarla bonita. Porque lo era. Y mucho. Era más joven de lo que me había parecido de lejos, debía de tener unos pocos años menos que yo y lucía un *look* profesional pero juvenil que le quedaba como anillo al dedo.

George hizo las presentaciones y Olivia y yo nos estrechamos las manos, mirándonos sin disimulo el uno al otro durante varios segundos. Tuve la sensación, con ella allí sonriéndome dulcemente, que de repente estábamos solos en el restaurante. Estuve en trance durante ese brevísimo espacio de tiempo. Podría haber caído una bomba allí mismo, pero nada me habría hecho apartar la mirada de sus ojos color miel que brillaban con curiosidad. La misma que debía de haber reflejada en los míos.

Después de eso apenas permaneció con nosotros unos minutos más. Recogió su pedido y se fue de vuelta al trabajo, dejándonos allí a los dos. Yo extrañamente aturdido y George mirándome con una mueca de confusión en la cara.

Cuando terminamos de comer y Jimmy, mi compañero que también había asistido a la comida, se excusó para irse a otra reunión, comencé a preguntarle cosas a George sobre ella. Empecé con los típicos «cómo os conocisteis» y «a qué se dedica». Al principio me contó que era una amiga de la familia y que su hermano y él habían sido buenos amigos toda la vida, pero conforme continué con mi interrogatorio, empezó a mostrarse más evasivo.

—¿Qué mosca te ha picado, Hannigan? —me preguntó intrigado, mientras se servía otra copa de vino blanco—. No voy a darte más información. Forma parte de la intimidad de Olivia.

—Está bien... —Me rasqué la mandíbula y decidí probar una última cosa—. ¿Podrías, al menos, darme su teléfono? Le diré quién soy, y si ella está interesada en verme, podré hacerle todas estas preguntas en persona.

George dejó la botella lentamente en la mesa y me miró alzando ambas

cejas. Me observó durante un rato y sumó dos y dos. Le había costado entenderlo, y eso que era obvio.

—Ella no es tu tipo, Will —sentenció de pronto.

Lo miré con el ceño fruncido. ¿Que no era mi tipo? ¿Simpática, dulce y preciosa? ¿Por qué demonios no iba a ser mi tipo?

—No sé por qué dices eso, George, pero tu tono no me gusta.

Él sonrió enigmáticamente mientras daba un sorbo a su bebida. Parecía estar buscando las palabras adecuadas para tratar aquel asunto. George y yo nos llevábamos bien, y por lo visto Olivia era importante para él, así que quería ser cuidadoso con el tema. Al final dejó su copa en la mesa y me miró, hablándome con franqueza y a la vez tratando de quitarle hierro al asunto. Jodido abogado.

—Mira, Will, Liv es una buena chica. Responsable, trabajadora y centrada. No se parece en nada al tipo de chicas con las que tú sueles... —me echó una mirada rápida— quedar. Creo que busca otro tipo de compañía.

Abrí los ojos ligeramente. ¿Qué estaba intentando decirme? Punto uno: no había dicho que fuera a iniciar nada en concreto con ella. Punto dos: yo no tengo un prototipo de mujer, ni reglas establecidas sobre qué relaciones tener con ellas. Y punto tres: aunque así fuera, ¿qué tenía nada de eso que ver con que quisiera conocer a Olivia? En un principio me molestó su actitud, y reflexioné sobre el tema.

Conocí a George el año anterior en una fiesta que organizaba su bufete. Nos caímos bien y habíamos salido de copas de vez en cuando. Nuestros caminos profesionales se cruzaban con frecuencia, por lo que manteníamos un contacto más o menos regular. Yo no soy ningún hipócrita, y en el fondo sabía perfectamente qué intentaba dejar entrever con todo eso. Habíamos salido juntos las suficientes veces para que él supiera que yo no solía mantener relaciones largas con ninguna de las mujeres que frecuentaba. No es que fuera un casanova ni que me viera con más de una mujer a la vez, pero sí que es cierto que en pocas ocasiones mantenía el contacto con la misma chica durante más de unas semanas. No se debía a nada en especial, simplemente... así era mi vida por aquel entonces.

Era lógico que si Olivia era prácticamente familia para él, quisiera dejar las cosas claras desde el principio. Le sonreí, entrecerrando los ojos, y fingí que no me importaba tanto la conversación que manteníamos.

—Está bien, George. Ya veo por dónde van los tiros. Solo digo que es una

pena no poder conocerla. Me ha parecido realmente interesante.

Cuál fue mi sorpresa cuando, horas más tarde, la encontré deambulando sola por la misma planta de Macy's donde estaba yo. No perdí ni un minuto. Me acerqué a ella enseguida, decidido a aprovechar la oportunidad.

Fue una velada increíble. Olivia no era solo una cara bonita, era lista, divertida e increíblemente sexi. Era sencilla y compleja al mismo tiempo. Me gustaba. Me quedaba medio gilipollas oyéndola hablar (y hablaba mucho). Pero no era un discurso egocéntrico, como el de otras chicas que había conocido. Simplemente esa era su forma de expresarse. Me gustaba cómo hablaba, cómo se movía y lo que decía. Tenía un estilo muy personal que tardé muy poco en descubrir de dónde surgía: Olivia era auténtica.

En mi opinión, la naturalidad está infravalorada en nuestros días. Vivimos en un mundo en el que la imagen lo es todo, y creo que la preocupación acerca de la imagen de nosotros mismos que damos a los demás se nos ha ido de las manos. Instagram, Twitter, Facebook. Estamos constantemente preocupados por exhibirnos ante los demás y a veces olvidamos ser nosotros mismos en el proceso. No me pareció que Olivia quisiera aparentar nada, se mostraba tal como era. Puede que eso fuera lo que me enganchó a ella. Su forma de ser, su naturalidad, que se mostrase como es y que estuviera cómoda con ella misma.

Olivia era lo que se veía. Y lo que se veía me gustaba.

Fui reproduciendo los acontecimientos del día una y otra vez en mi cabeza hasta que llegué a mi casa. Sonreí de nuevo al recordar la despedida. Creo que mi nada sutil manera de pedirle una segunda cita no le dejó lugar a dudas sobre que pretendía seguir conociéndola. No tenía ninguna intención de dejarla escapar. Habíamos conectado.

Por fin llegué a mi edificio. Al meter la mano en el bolsillo de mi pantalón, el tintineo de las llaves chocando entre ellas se entremezcló con la notificación de un mensaje que acababa de llegar. Entré en mi apartamento, cerré la puerta y saqué el móvil: *<Yo en casa de una pieza. Mis formas de señorita se me han debido de perder por el camino. Nos vemos el miércoles.>*

Solté una carcajada que resonó en el amplio salón de mi apartamento, y me pasé la mano por el pelo. Ya había perdido la cuenta de las veces que Olivia me había hecho reír en unas pocas horas.

\*\*\*

Al día siguiente llegué al restaurante donde iba a comer con mi madre y Ed, su marido, un rato antes de lo previsto. El camarero me dirigió a la mesa para que esperara allí y pedí una copa de vino mientras llegaban.

Ed nos invitaba a un restaurante cerca de donde viven ellos en Park Avenue, lo que había supuesto ponerme traje por segundo día consecutivo. Normalmente iba a trabajar vestido más informal, camisa y pantalones vaqueros. Mi trabajo solía exigir que fuera siempre de aquí para allá y muchas veces me acercaba a supervisar sobre el terreno, a los talleres o al almacén, por lo que no me gustaba ir excesivamente arreglado. En las contadas ocasiones que tenía reuniones o algún evento que exigía un aspecto más formal, no tenía más remedio que ir en traje. Y definitivamente, comer con mi madre y mi padrastro en algún restaurante pijo del Upper East Side era una de esas ocasiones. Aunque me negué a llevar corbata para ello.

El restaurante era uno de los más populares del momento, así que supuse que para conseguir mesa para aquel día Ed había tenido que reservarla con bastante antelación. Miré a mi alrededor mientras esperaba a que me trajeran la copa. El lugar era muy elegante, con las paredes blancas decoradas por algunas cenefas oscuras, suelos de color marfil y techos altos. El salón principal, donde estaba nuestra mesa, estaba enmarcado por columnas y arcos de estilo clásico. Del techo colgaba una majestuosa lámpara con cristales de Swarovski, franqueada por cuatro lámparas iguales pero de menor tamaño.

El sitio era una pasada, pero no entraba dentro de la categoría de los restaurantes que acostumbraba a frecuentar. A pesar de que mi sueldo me permitía vivir bastante holgado en una zona relativamente buena de Manhattan, nunca he sido de gastos excéntricos ni me he movido en estos círculos.

Mamá y Ed llegaron puntuales, ambos impecablemente vestidos. Mi madre cumplía cincuenta y siete años, pero no los aparentaba. Llevaba un vestido bastante juvenil sin mangas color crema y un collar de perlas que le otorgaba un aspecto muy sofisticado. Así era ella: elegante y pizpireta. Edward es un par de años menor. Ese día vestía traje y corbata y la llevaba de su brazo con una amplia sonrisa. Se veía a la legua que la adoraba, y me alegré de que así fuera.

Mi madre dejó a mi padre cuando yo tenía diecisiete años, el verano antes de que yo iniciara el último año de instituto. Por aquel entonces mis hermanos ya se habían marchado a la universidad y vivían fuera del domicilio familiar.

Fue una época de mi vida que me marcó y en la que trato de no pensar mucho a día de hoy, porque de una manera o de otra, aún me hace daño.

Pasó una tarde de verano, unas semanas antes de que empezaran las clases del último curso. Yo volvía de pasar el día con mis amigos cuando al subir las escaleras del porche empecé a escuchar gritos. Entré en silencio en casa, me serví un vaso de limonada que mi madre había hecho esa misma tarde, y me quedé en la cocina, sentado en una vieja silla de madera que estaba coja, tratando de no escuchar y, a la vez, sin poder evitar hacerlo.

Mi madre bajó un rato después, tambaleándose a causa de los sollozos y los nervios. Se acercó a mí cuando me vio petrificado en la cocina. Me dijo que ya me lo explicaría todo y me pidió que la perdonase. Apenas unos minutos más tarde, salió de la casa para no volver.

Los primeros días mi padre y yo estuvimos en estado de *shock*. Apenas nos dirigíamos la palabra el uno al otro, salvo por lo esencial. Creo que ambos deseábamos tanto que se tratase solo de un mal sueño que no nos atrevíamos a decir algo que nos trajese de golpe a la realidad.

Mi madre había conocido al doctor Edward Maine en una exposición en Manhattan tiempo atrás. Se gustaron y al poco tiempo iniciaron una aventura que duró más o menos un año. Lo poco que sé del tema es que él, después de mucho tiempo viéndose en secreto, le dio el ultimátum: todo o nada. Mi madre no le dio demasiadas vueltas al asunto; se había enamorado. Poco tiempo después se sinceró con mi padre, dejó nuestra casa y se fue a vivir con él.

Viví solo un año entero con mi padre, un hombre profundamente herido y que había sido abandonado por quien consideraba el amor de su vida. Estábamos solos los dos. Él pasó días completos sin salir apenas de su habitación y se ausentó de su trabajo durante unas semanas. Yo me ocupé de la casa, de la comida y de lavarnos la ropa. Lidiaba con su dolor y con el mío propio. Tuve que madurar de golpe porque sabía que no podíamos permitirnos el lujo de hundirnos ambos a la vez. Así que aprendí a llevar la casa y a hacer frente a situaciones para las que un chico de diecisiete años no suele estar preparado.

Un par de semanas después de haberse marchado, mi madre trató de ponerse en contacto conmigo, pero la rechacé. Me sentía dolido por sentirme abandonado por mi madre, y aún más por ver el estado en el que había dejado a mi padre.

Tras varias discusiones con ella, le pedí que dejara de llamarme. Pasamos mucho tiempo sin saber nada el uno del otro, a petición mía. No estoy orgulloso de ello, pero era un niño de diecisiete años inmerso en una crisis personal y familiar para la que no tenía herramientas. No supe hacerlo mejor.

Durante ese año me uní más a mi padre. Siempre habíamos tenido una buena relación, pero vivir aquello los dos solos nos acercó como nunca. Él sabía que había días en los que era mejor ni hablarme. Yo sabía que había días en los que él necesitaba encerrarse en sí mismo y únicamente bajar a comer. Crecimos a nivel personal y fortalecimos nuestra relación. Y salimos adelante.

Con el tiempo, mis hermanos insistieron en que arreglara las cosas con mi madre. Ben y Lizzie habían vivido la situación de una forma muy diferente a como la viví yo. Como es lógico, lo pasaron mal por el divorcio. No es plato de buen gusto que tus padres se separen, da igual la edad que tengas. Les dolió la situación familiar, el sufrimiento de mi padre y el mío. Pero no fue lo mismo. Ellos ya eran mayores y no vivían en casa. No se sintieron abandonados por nuestra madre porque ellos tenían una vida fuera de Providence. Y tampoco vivieron en primera persona la situación de mi padre.

Poco tiempo después, accedí finalmente. Tuvimos una conversación dolorosa en la que le dije muchas verdades que ella no tuvo más remedio que aceptar. Fue un proceso lento y pasó bastante tiempo hasta que retomamos nuestra relación con naturalidad. Pero me alegro de haberlo hecho.

Ed se ganó mis respetos cuando me enteré de que le propuso matrimonio una vez que ella había recuperado la relación conmigo. Eso dijo mucho de él. Realmente nunca lo culpé de nada, porque no tenía la culpa de nada en realidad. Con el tiempo aprendí que mis padres habían descuidado su relación y habían dejado de estar enamorados. Y luego Ed conoció a mi madre, se enamoró y luchó por ella. Con nosotros siempre ha sido muy respetuoso y atento, y hace feliz a mi madre. Son cosas que pasan en la vida. Puede que tardase en aceptar a Ed como parte de mi vida y que no haya pasado largas temporadas con ellos, pero a día de hoy trato de verlos con frecuencia y sé que cuento con los dos.

Cuando ya estaban a pocos metros de la mesa donde íbamos a comer los tres aquel día, sacudí la cabeza para deshacerme de mis pensamientos y volver al presente.

Eché mi silla para atrás y me levanté para recibirlos.

—William, hijo, qué guapo estás —dijo mi madre cuando llegó a la mesa, dándome un fuerte abrazo y besándome la mejilla—. Aunque deberías hacer algo con ese pelo...

—Gracias, mamá. Feliz cumpleaños. Tú sí que estás guapa, parece que cumplas los años para atrás y te estés acercando a los cuarenta de nuevo.

—Qué tonto eres, Will. No exageres —dijo coqueta, acariciándome la

mejilla con cariño.

La comida transcurrió con normalidad. Pedimos más vino y unos entrantes con nombres impronunciables, pero que estaban exquisitos. De vez en cuando alguien que entraba al restaurante se acercaba a nuestra mesa e intercambiaban con ellos algunas frases de cortesía. Unos saludaban solo a Ed, algunos también a mi madre y otros se mostraban interesados en saber quién era yo. Cuando se iban me explicaban quién era quién: vecinos, conocidos, amigos, pacientes de Ed... La mayoría pertenecientes a distinguidos grupos de la alta sociedad neoyorkina.

Durante el plato principal les hablé de las últimas novedades en el trabajo y ellos me contaron que tenían pensado hacer un viaje a Italia a finales de verano. En los postres, mi madre sacó el tema del cumpleaños, intrigada por qué guardaba esa bolsa de Macy's que descansaba a los pies de mi silla de forma poco sutil.

—Tus hermanos me han felicitado esta mañana —comentó mi madre, tamborileando sus uñas con una perfecta manicura francesa sobre el mantel blanco de lino—. Ben y Emily me han mandado un ramo de flores con una tarjeta y Lizzie un vale para un día de spa.

—Yo también tengo algo para ti, mamá —dije mientras me agachaba a coger la bolsa.

Ella me sonrió con picardía. Sacó el paquete perfectamente embalado de la bolsa y lo desenvolvió, haciéndose la interesante. Cuando lo hubo sacado lo miró sorprendida. Me dio la impresión de que le gustaba de verdad.

—William, ¿desde cuándo este gusto tan refinado en artículos femeninos? —Se inclinó y me dio un beso—. Muchas gracias, hijo, es precioso.

Miré la cartera que me ayudó a escoger Olivia. Era pequeña, en tonos dorados y marrones. Según ella, combinable tanto con ropa de vestir como más informal. Yo no tenía ni idea de lo que me decía, pero me dejé aconsejar. Y parecía que había acertado, a juzgar por la expresión encantada que lucía mi madre.

—¿De verdad te gusta, mamá? Podemos cambiarlo si buscas otra cosa

—¿Bromeas? Me encanta. De verdad que sí.

Parecía sincera. Me dio otro beso y yo le sonreí. Pensé en Olivia, y decidí que en acabar la comida lo primero que haría sería mandarle un mensaje de agradecimiento. Sonreí para mí. Cualquier excusa era buena para volver a hablar con ella.

Mi madre se había quedado observándome, pensativa. Yo conocía esa

mirada. Sabía lo que venía a continuación.

—Y dime, Will, ¿has tenido asesoramiento femenino para este regalo? Porque sé que esta vez tu hermana no te ha ayudado...

O bien era cierto eso de que las madres tienen un sexto sentido en todo lo referente a sus hijos, o simplemente consideraba que había llegado el momento de sacar el tema de nuevo. De vez en cuando, mi familia se turnaba para investigar sobre mi vida sentimental. Ed puso los ojos en blanco desde su asiento. Creo que era el único que entendía y respetaba que ese asunto solo me concernía a mí y que nadie más que yo tenía vela en ese entierro.

—¿No consideras que tengo el suficiente buen gusto como para comprar algo adecuado a mi propia madre? —pregunté con sorna.

—Eso por una parte —admitió divertida, y después se paró a estudiar detenidamente mi expresión—. Pero es que tengo la impresión de que hay algo diferente en ti esta mañana...

Una hora más tarde estaba de vuelta en la oficina. Me deshice de la americana, que coloqué con cuidado en la silla, y me arremangué la camisa. Eran las cuatro de la tarde y hacía un calor insoportable. Cogí mi móvil y abrí la ventana de conversación con Olivia sin perder más tiempo:

*<El regalo ha sido un éxito. Ahora entiendo que tus amigos dejen que te encargues de todo.>*

Dejé el móvil a un lado mientras encendía el ordenador y preparaba las cosas para trabajar. Unos minutos más tarde, vibró con la respuesta:

*<Ya te dije que siempre acertaba. Pero no vayas contándolo por ahí o se me acumulará el trabajo. Me alegro mucho de que le haya gustado.>*

Sonreí y teclé inmediatamente mi respuesta: *<Muchas gracias, de verdad. Voy a ir pensando dónde te invitaré mañana en señal de agradecimiento.>*

De pronto tuve la sensación de que el miércoles no podía llegar lo suficientemente deprisa.

Me recliné hacia atrás en mi silla y me quedé pensativo durante varios segundos mirando mi móvil sobre la mesa de madera, observando cómo la pantalla iba perdiendo brillo hasta apagarse del todo.

## ¿Qué piensas de eso?

—También vendrá George a la cena de Claire —le dije a Christina, que me daba conversación el martes en mi hora del almuerzo al otro lado de la línea telefónica.

—Ah... Genial.

Christina y George habían tenido un romance unos años atrás. Bueno, tal vez romance sea una palabra exagerada. Se habían acostado. Varias veces. La cosa no había pasado de ahí porque a ninguno de los dos les interesaba el otro lo suficiente como para plantearse tener algo más serio. Se conocían de toda la vida. En la ciudad donde crecimos todo el mundo acababa conociendo a todo el mundo y ellos, además, tenían amigos en común, por lo que coincidían a menudo en fiestas o cenas.

Un verano, una cosa llevó a la otra, se gustaron y habían acabado intimando. Ambos cesaron la relación de mutuo acuerdo y habían coincidido varias veces después de eso, pero aun así creí conveniente avisar a Christina de que George estaría en el cumpleaños de Claire aquella noche. Ya se sabe, el código de las chicas siempre vigente. Y más en amigas como nosotras.

Me puse a contarle que me lo había encontrado el día anterior a la hora de la comida y que quedamos en llamarnos para esa semana. Cuando llamé a Claire por la mañana para felicitarla, le había comentado que lo había visto y que quería quedar con todos, así que le pareció buena idea que lo invitáramos a la cena de su cumpleaños.

—Igual es hasta una buena idea verlo, lo mismo tengo suerte y lo convezco para que me acompañe a casa después, tú ya me entiendes. No vendría mal recordar viejos tiempos con alguien que sabe lo que se hace —dijo Cristina en tono de broma, aunque no descartaba que lo dijese en serio—. Te lo juro, Liv, necesito conocer gente. Últimamente solo hablo con los ratones y con mis compañeros, que ya sabes que están en la categoría de «prohibido tocar».

Solté una carcajada en plena calle que atrajo la mirada de más de uno que pasaba por allí.

Christina acababa de finalizar un posgrado de Neurociencia en la Universidad de Columbia que la tenía totalmente absorbida. Iba a empezar el doctorado en septiembre, así que pasaba allí más horas de las que eran razonables. Al terminar la jornada muchos días continuaba trabajando al llegar

a casa. No paraba.

Christina no tenía pareja; de hecho, no había tenido un novio serio en su vida, pero de vez en cuando salía con chicos y le gustaba conocer gente diferente. También tenía varios amigos especiales (o follamigos, como los llama ella), pero nunca le ha gustado mezclarse con gente del trabajo porque dice que nada bueno puede salir de una relación con alguien con quien pasas horas en un laboratorio minúsculo, apestando a cloroformo y a excrementos de animales.

El resto de la mañana siguió su curso: una lista interminable de cosas que hacer, un artículo sobre técnicas de ventas que «interesaba leer», millones de llamadas telefónicas y salir corriendo a casa porque iba fatal de tiempo para preparar todo para el cumpleaños de Claire.

Cuando llegué, me dirigí directamente a mi habitación para coger la ropa que iba a ponerme esa noche (un pantalón corto blanco y una blusa sin mangas color verde menta con un estampado muy sencillo). Acto seguido me enclaustré en el baño (mi centro de operaciones), en el que entro cada mañana pareciendo un vampiro incapaz de soportar la luz del sol y del que salgo unos cuantos minutos después con aspecto de persona humana.

Me encanta mi piso. Es bastante pequeño, pero está situado en una zona relativamente céntrica de Brooklyn. Solo tiene una habitación, el cuarto de aseo y un salón-comedor que conecta con la cocina a través de una ancha barra de granito, en la que tengo costumbre de descargar todos los trastos. Tanto el baño como mi habitación están ubicados a mano izquierda conforme entras por la puerta, al fondo del pequeño salón, así que la casa queda muy recogida porque no hay pasillo.

Cuando terminé de arreglarme, dejé todo un poco por en medio por mi habitación, porque no me daba tiempo a recoger, y me dirigí a la cocina para quitar el *post-it* de la nevera que me recordaba que tenía que coger el regalo de Claire. Parecerá una tontería, pero no sería la primera vez que me presentaba en una celebración de cumpleaños sin el regalo. Después cambié de bolso a toda prisa, cogí las bolsas de Macy's que descansaban sobre la mesa grande del comedor y me fui velozmente en dirección al metro.

La cena de esa noche era en casa de Claire. Su familia posee un amplio apartamento en Manhattan al que ella se trasladó cuando empezó en la empresa de organización de eventos en la que trabajaba. El piso es una maravilla, de esos con portero y plaza de garaje, en la zona de East Village. La familia de Claire vive en Nueva Jersey, por lo que dispone del apartamento para ella

sola, por lo menos hasta que sus hermanas crezcan. El resto de nosotros tenemos viviendas más modestas. Matt y Neal comparten un pequeño piso en Brooklyn, no muy lejos de mi casa y Christina vive alquilada en un piso de estudiantes, cerca del campus de Columbia, al que llamamos piso por llamarlo de alguna forma. Es incluso más pequeño que el mío, que ya es decir. La vivienda dispone de un salón-comedor-cocina que hace las veces de dormitorio principal. Ella insiste en que no necesita nada más porque lo único que hace allí es dormir y subirse algún chico a casa de vez en cuando; el resto del tiempo se lo pasa en la universidad o en casa de alguno de nosotros.

Claire se había empeñado en encargarse de todo lo referente a la cena ella misma, sin ayuda de nadie, por lo que sospecho que pasó toda la tarde limpiando y cocinando. El salón es muy amplio y tiene una enorme mesa de comedor en la que cupimos todos cómodamente. Como el de mi casa, tiene dos ambientes, aunque el suyo con muchos más metros cuadrados. De hecho, todo mi apartamento cabría en su salón.

El piso está decorado en colores claros, muebles blancos y color crema y paredes en tonos pastel que Claire se dedica a pintar en cada cambio de estación. Aquella noche había puesto la mesa para que cenáramos los seis como si de una recepción de honor se tratara, con distintos tipos de cubiertos, copas para el vino, vasos para otras bebidas y tres platos por cabeza.

A Claire la habían contratado en una empresa de relaciones públicas y organización de eventos nada más acabar la carrera, aunque su pasión era la decoración de interiores, que era para lo que había estudiado. Así que todo eso del protocolo y la decoración se le da de miedo. Ese día había acondicionado la casa con velas y guirnaldas de colores y de fondo sonaba un disco de The Foundations (Claire tiene predilección por los musicales y la música pasada de moda, y es firme defensora de que cada momento debe ser acompañado por una banda sonora concreta). La atmósfera que se había creado en el salón era elegante de una manera informal y ella estaba guapísima con sus ondas castañas recogidas en un moño del que escapaban varios mechones y un vestido vaporoso color púrpura.

En la mesa todos hablábamos, bebíamos y reíamos compartiendo viejas historias de nuestra adolescencia y otras nuevas del día a día que nos ocupaba. Cualquiera diría que hacía meses que no veíamos a George. Siempre me había gustado eso de él; podía pasar largas temporadas sin vernos pero cuando se unía al cotarro era como si el tiempo no hubiera pasado. Trajo un regalo para Claire, se puso brevemente al día con los chicos y flirteaba sutilmente con

Christina.

A Claire le encantaron nuestros regalos; la chaqueta, que ya sabíamos que le gustaría porque fue ella quien la fichó, y el bolso, que dijo que había estado buscando uno parecido. Al recordar mi excursión a Macy's, Will me vino a la cabeza. No es que fuera una novedad. Aquel día prácticamente no pensé en otra cosa. Mientras estaba atendiendo llamadas del equipo de cocina de la empresa, recordaba nuestro primer encuentro en el restaurante; a la hora de la comida, recordé mi episodio con el queso de la hamburguesa y al coger el metro para venir hasta casa de Claire, nuestra despedida acudió a mi mente: aquel beso inocente pero prometedor, su sonrisa y su mano en mi cintura. Cuando me mandó un mensaje aquella tarde para darme las gracias por lo del regalo por poco no tuve un microinfarto allí mismo. A raíz de eso, intercambiamos varios mensajes que me ilusionaron bastante más de lo que estaba dispuesta a admitir. Quería pensar que sería culpa del verano, las hormonas y aquellos ojos increíbles que parecían guardar un secreto, porque yo no solía ser así. Nunca he sido de las que se entusiasman con facilidad.

George estaba sentado justo a mi lado, y entre el rumbo que habían tomado mis pensamientos y mi actitud dicharachera y parlanchina potenciada por el vino, decidí que era buena idea hablar de Will con George mientras probábamos la tarta que había hecho Claire.

—¿Cómo conociste a Will, George? Parece un tío genial.

George me miró, tratando de ocultar que le sorprendía que hiciera esa pregunta.

—Lo conocí en una fiesta del bufete hace algún tiempo. Su empresa es cliente habitual y hemos salido un par de veces —comentó mientras hacía girar en su mano la copa de vino—. ¿Por qué lo preguntas?

—Cené con él anoche —respondí, muy posiblemente sonriendo más de la cuenta.

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Cómo ha dado contigo?

—Pues nos encontramos... —Un momento, pensé, ¿qué dice?—. ¿A qué te refieres con «cómo ha dado conmigo?».

Fruncí el ceño. No supe si era por el vino, pero de pronto no tenía ni idea de lo que estábamos hablando. Tal vez no debería haber sacado ese tema. Cogí el vaso de agua que había usado en la cena y le di un largo trago, con la absurda esperanza de que diluyera el alcohol de mi cuerpo al instante. Él me miró durante unos segundos que se me hicieron eternos. Parecía que estuviera valorando mentalmente cómo abordar el tema.

—Ayer cuando te fuiste del restaurante se mostró interesado en conocerte. —Trató de que no se notase que se sentía algo escéptico ante el tema, pero supongo que yo no era la única a la que el vino había hecho efecto, porque no lo consiguió—. Me pidió tu número, pero no se lo di. No me parecía bien darle tu teléfono a un desconocido. Así que me parece curioso que al final os vierais.

Yo lo miré con la boca abierta y él, poco a poco, empezó a elevar las comisuras de su boca hasta formar una sonrisa burlona. Esbocé una sonrisa traviesa como respuesta. Le di las gracias a George por respetar mi intimidad mientras trataba de procesar aquella revelación. Así que él también se fijó en mí en el restaurante... Vaya, vaya. Parece que fue amor a primera vista. «Ay, Dios, Olivia. Qué tonta eres». ¿Cómo iba a ser amor a primera vista? Fue lo que se llama un fichaje en toda regla. O, en todo caso, un flechazo. No, eso también era presuntuoso. Fichaje estaba bien.

—Pues nos encontramos por la tarde en Macy's. Estuvimos hablando y luego salimos a cenar algo y parece que... conectamos —expliqué, tratando por todos los medios de no ruborizarme. No mucho, al menos.

—Sí, Will tiene don de gentes. Es divertido y un gran conversador. —Se rascó la mandíbula con aire pensativo—. Tú también eres simpática, supongo que no es de extrañar que conectarais.

Al otro lado de la mesa, Matt estaba contando un problema con una vecina y Christina le decía algo sobre el respeto a la tercera edad. De fondo sonaba *Build me up buttercup* y yo tarareaba distraídamente la letra mientras miraba de reojo a George, quien claramente quería añadir algo más acerca del tema de Will. Lo dejé estar unos segundos, pero al final le hice saber con mi mirada que esperaba que continuase hablando.

—No sé si Will es tu tipo, Liv. A él le van las relaciones más... desenfadadas.

Lo miré confusa. ¿Relaciones *desenfadadas*? ¿Qué se supone que quería decir con eso?

—No estoy segura de entenderte, George.

—Pues que Will, aunque es un gran tipo, no parece ser partidario de las relaciones de pareja. Creo que no es lo suyo —dijo mirándome fijamente, y juraría que estaba algo incómodo.

—¿Te refieres a que va con muchas mujeres a la vez?

—No, no —aclaró rápidamente, negando con la cabeza—, no es eso a lo que me refiero. No creo que sea de esos hombres que piquen de distintos

platos al mismo tiempo. —Me colocó una mano en el brazo y me habló con delicadeza—. Lo que quiero decir es que no suele durarle la misma chica mucho tiempo. Sus relaciones no trascienden más allá de un par de semanas de citas y diversión sin compromiso.

No supe cómo tomármelo. Bebí más agua. Obviamente no estaba pensando en comprometerme a largo plazo con Will, pero tampoco puede decirse que estuviera cerrada en banda a la posibilidad de algo serio con alguien en un futuro. No es que esperase iniciar un tipo de relación determinada, siempre he pensado que dependería de con qué persona me relacione. Si surge o no surge. En ese momento no me preocupaba demasiado eso para con Will. Por Dios, apenas lo había visto unas horas. Traté de hacérselo entender a George.

—Bueno, tampoco es que esté pensando en casarme con él —dije, tratando de sonar «desenfadada»—. Lo pasamos bien juntos y me apetece seguir conociéndolo. Nada más.

George me observó con curiosidad y por fin pareció entenderlo. Estaba claro que para él seguía siendo la pequeña Livvy, que salió con su novio del instituto durante años y que solo está interesada en tener una vida estable. No había contemplado la posibilidad de que me había convertido en una mujer adulta, con una carrera profesional en auge, a la que podría apetecerle explorar distintas formas de relacionarse con el sexo opuesto.

Me sonrió y se relajó un poco, dándole un largo trago a su copa.

—Vale, vale. Entiendo. No estás buscando una casa con la valla blanca y un monovolumen para llevar a los niños —bromeó. Yo negué con la cabeza, sonriendo algo tensa—. Todo claro, entonces. Solo te interesa conocerlo. ¿Habéis vuelto a quedar?

—Sí, mañana me recoge del trabajo —contesté sin dar muestra de querer seguir hablando del tema—. De todas formas, gracias por avisarme de cómo van las cosas.

—Tampoco era un aviso, Liv. Solo una observación. Como te he dicho, Will es un buen tío. Con él siempre sabes a qué atenerte, tanto en lo profesional como en lo personal. Es muy claro con lo que quiere, si solo le interesas para divertirse una pequeña temporada, estoy seguro de que tendrá la decencia de comunicártelo.

Le dediqué una última sonrisa y decidí dar por terminada la conversación. Aunque me llevaba bien con George, no tenía tanta confianza con él como con Matt y Neal. Y no me apetecía tampoco profundizar con él en cómo sería una hipotética relación entre su amigo y yo. Primero, porque no tenía sentido

plantearse nada. Y segundo, porque no es algo que fuera a consultar con él, si se diera el caso.

Afortunadamente, Christina, que sé que llevaba un rato observándonos cuchichear, me preguntó algo referente al trabajo y me rescató, introduciéndome de nuevo en la conversación que reinaba en la mesa.

George fue el primero en marcharse a casa después de un rato más de conversación animada. Miré burlonamente a Christina mientras se despedía de él, y ella me sacó la lengua. Su plan nocturno no había cuajado, aunque no me pareció afectada por ello.

En cuanto George desapareció por la puerta, mi amiga tardó medio segundo en plantarse a mi lado.

—Bueno, Liv... ¿Vas a contarnos qué os traíais entre manos?

Me giré hacia ella, mostrándole una sonrisa irónica. Christina es un lince, no se le escapa una y sabía que había novedades en el horizonte. Y a mí no me hace falta mucho para ponerme a cantar como un canario.

Un rato más tarde, cuando ya estaba todo lo de la cena recogido y nos habíamos acomodado repartidos por los sillones del salón, les conté brevemente los últimos acontecimientos. Empezando por cuando conocí a Will el día anterior en el restaurante y terminando por la conversación que había mantenido con George hacía un rato.

—No entiendo a qué viene tanto lío —dijo Matt, cambiándose de sitio y sentándose en el suelo—. Ha conocido a un chico, le gusta y lleva mucho tiempo de sequía. Yo lo veo claro. ¿Qué más da lo que insinuara George?

Nosotros somos así: nos hablamos con sinceridad. Somos los confidentes los unos de los otros, y para más inri, en ese momento estábamos todos solteros, por lo que estábamos aún más pendientes si cabe de la vida amorosa de los demás.

Matt siempre ha tenido una visión práctica de lo que puede llegar a ser relacionarse con el sexo opuesto. Mantiene relaciones sin compromiso con más frecuencia que el resto de nosotros y no se complica en darle mayor importancia al sexo; dice que es joven y que si por el momento no aparece nadie especial, no ve por qué no puede pasarlo bien conociendo a varias personas.

Debo reconocer que en ese momento tenía razón. Desde que terminé con Nick varios meses antes de aquello, había quedado puntualmente con algún chico, pero la cosa no había ido a mayores. En resumidas cuentas: llevaba casi un año sin acostarme con nadie. Y no es que me importase demasiado, no iba a

hacerlo con alguien solo por sumar experiencias, pero tampoco pretendía permanecer así indefinidamente hasta conocer un príncipe azul que bien podría no llegar nunca.

—Tampoco os montéis tantas películas, fue solo una cena improvisada — contesté yo en un tono fingidamente despreocupado.

—Sí, bueno, una cena improvisada ayer y otra organizada mañana — comentó Christina—. A la que dice que también va a invitarte. El chico parece que va a por todas, nena. Hazme caso, que yo de esto sé mucho.

—El chico y Liv también —añadió Matt, haciendo gala de esa sonrisa socarrona que sabe que me saca de quicio—. Mirad qué carita de tonta pone.

Ay, Dios. ¿Por qué mi cara tenía que ser un libro abierto?

Seamos claros: a mí a esas alturas ya me interesaba Will. Pero no quería que se me viera el plumero tan pronto. Al fin y al cabo, hacía veinticuatro horas que lo conocía. No quería darle importancia delante de mis amigos porque en el fondo pensaba que lo más probable era que la cosa quedase ahí, especialmente después de haber hablado con George. Maldita la hora en la que decidí preguntarle nada a George delante de ellos; podría haberme ahorrado aquellas conversaciones que no tenían sentido ni nos llevaban a ninguna parte. Y malditas también fuésemos yo y mi lengua sin filtro. Les había contado todo con pelos y señales y ahora ellos creían que lo sabían todo del tema y que tenían carta blanca para opinar. Eso me pasaba por bocazas.

—Pues yo creo —intervino Neal, que hasta ahora no se había pronunciado —, que está claro que el tal Will quiere meterse en tus bragas, Liv. —Me giré hacia él con los ojos muy abiertos. Noté que Claire ponía mala cara desde su asiento, pero no dijo nada—. Te echó el ojo en el restaurante y le pidió tu teléfono a George. Luego, cuando os encontrasteis, te invitó a cenar y ha vuelto a pedirte una cita para esta misma semana. Solo se me ocurre una explicación posible...

Puso una expresión de triunfo y cruzó los brazos detrás de la cabeza. Christina y Matt hicieron señas de estar completamente de acuerdo con él y yo puse los ojos en blanco, tratando de ignorar unas mariposillas que aleteaban perezosamente en mi estómago. ¿Desde cuándo estaban allí?

Miré a Claire, que hacía un rato que estaba bastante callada sentada en el sillón que quedaba en diagonal a mí. Estaba concentrada en el plato que sostenía entre sus manos con restos de la tarta de cumpleaños. La observé hasta que ella reparó en que lo hacía y que claramente esperaba a que dijera algo. Ella siempre suele saber qué decir en este tipo de situaciones. Matt y

Christina son los más abiertos de mente para estos temas, Neal es el pragmático y Claire la romántica. Y ya que estábamos en esas, quería saber la opinión de los cuatro.

—Bueno, sea como sea, Liv, tú no caigas demasiado deprimida —sentenció, volviendo la vista a su plato.

Y se quedó tan pancha la tía.

¿Caer deprimida, yo? Allí todos sabían perfectamente que solo me había acostado con tres chicos en mi vida y que no soy de las que dan el paso a la ligera. Tampoco entendía por qué contestaba tan tajante, no era típico de ella. ¿Acaso había llegado a decir en voz alta que aquel hombre me gustaba para algo más que para salir a cenar y que me dejaría subir la falda a la primera de cambio? No, no había bebido tanto.

—En serio, creo que estamos exagerando. Puede que esto no sea nada. Igual ni siquiera le intereso de ese modo.

—No seas ingenua, Liv. Cuando un hombre se interesa así por una chica, solo hay una explicación —canturreó Matt, arqueando las cejas provocativamente—. No creas que lo has engatusado por tus habilidades comunicativas.

Maldito. Christina soltó una carcajada y Neal se mordió los labios para no reírse. Malditos ellos también. Claire levantó la mirada de su plato y la dirigió a mí, dulcificando su expresión.

—¿Qué crees que quería decir George con eso de las relaciones *desenfadadas*?

Dios, empezaba a odiar esa palabra.

—¿Pues qué va a ser, Clairens? Pues que el chico sabe lo que hace —intervino Christina, mirándola como si la respuesta a eso fuera obvia.

—¿Y qué piensas de eso, Liv?

Por Dios santo.

—Pienso que lo conocí ayer y que voy a cenar con él mañana. No pienso nada más por el momento.

—Bueno, nena, no te alteres —dijo Christina, poniéndome una mano en la rodilla—. Si solo es una cena, una cena. Si solo es un polvo, es un polvo. Si acaba siendo algo más, ya se verá. Sé tú misma, Liv. Tu punto fuerte es tu chispa, ya lo sabes. Si te gusta, brilla hasta dejarle ciego.

La miré y no pude evitar reírme relajadamente. Christina Sanders: neurocientífica y filósofa.

Todos mostraron su acuerdo con ella, especialmente Claire. Después

cambiamos de tema, aunque yo me quedé algo pensativa y me dediqué a contemplarlos a todos desde mi asiento, valorando lo que habían aportado cada uno a la conversación.

Mis amigos son un caso. Cada uno de su padre y de su madre, pero de alguna manera encajamos y hemos conseguido crear una familia entre nosotros. Ellos, junto con mis padres y mi hermano, Aiden, siempre han sido las personas más importantes de mi vida. Si se me diera la oportunidad de volver a elegir a mi familia no cambiaría la que tengo, pero sí los incluiría a ellos.

Conocí a Claire y Christina el primer día de colegio en Nueva Jersey. Fuimos juntas durante el colegio y también en el instituto. Hemos crecido juntas, nos hemos querido, ayudado, odiado, salvado y perdonado tanto a lo largo de los años que hemos creado un vínculo a prueba de fuego. El primer año de instituto conocimos a Matt. Era del grupo de amigos de mi hermano y por azares del destino acabó haciéndose íntimo amigo de nosotras tres. No nos hemos separado de él desde entonces. En la universidad, Matt conoció a Neal. Desde el principio congeniaron y durante los años siguientes muchas veces lo acompañaba a casa en vacaciones, y así fue como lo conocimos nosotras. Cuando acabamos la universidad, todos vinimos a vivir a Nueva York, a continuar con los estudios, a buscar trabajo y a crear proyectos de vida. Desde entonces, los cinco éramos familia en el más amplio sentido de la palabra.

Cada uno aportamos nuestras peculiaridades y encajamos con el resto. Matt es el típico amigo sarcástico y bromista que en el fondo es un pedazo de pan que nos defendería con uñas y dientes de darse el caso. Christina es resuelta, leal y la que nos dice todo de manera directa, tanto si queremos escucharlo como si no. Neal es risueño y optimista; el que tiene la palabra correcta en el momento adecuado y nos ayuda a ver el lado bueno de cada situación. Claire es dulce, cariñosa y siempre consigue hacernos sentir en casa; es la que sufre por todos en plan madre y aporta el sentido común cuando el resto desvariarnos. Y luego estoy yo, que necesito hablar hasta que nadie me escucha, pero que a la vez sé escucharlos a ellos y estar ahí cuando tienen problemas. Soy la que da los consejos sinceros en momentos de crisis, porque siempre trato de mantener la mente abierta, entender y no juzgar. Y soy la encargada de los regalos, claro.

Un rato después de haber finalizado la conversación sobre el tema de Will, nos fuimos de casa de Claire; era martes y todos teníamos que madrugar al día siguiente. Ya en la calle decidimos compartir un taxi de vuelta a casa, pero Neal nos sorprendió diciendo que tenía asuntos pendientes por la zona y que

no iba a volver aún a Brooklyn. Lo dijo en un tono que no daba pie a preguntas, así que ninguno comentamos nada al respecto. Una vez en el taxi bromeamos sobre el tema, suponiendo que se habría echado alguna amiguita *desenfadada* en la ciudad.

Ya en mi casa, mientras me preparaba para acostarme, me puse a darle vueltas al tema de mi trayectoria sentimental hasta la fecha. No me consideraba ninguna experta en hombres, pero tampoco una ignorante total. En mis casi veinticuatro años, solo había tenido relaciones largas con dos chicos. El primero, Luke, era mi novio del instituto. Nuestra relación terminó por lo que terminan la mayoría de relaciones a esa edad: la universidad (y eso que fuimos a la misma). Él era del grupo de amigos de Aiden y empezamos a salir cuando teníamos dieciséis años. Al entrar en la universidad decidimos, de mutuo acuerdo, que no seríamos una de esas parejas que se pierden experiencias de la vida universitaria, así que nos dimos algo de espacio para hacer cada uno nuestras cosas. Con el tiempo descubrimos que el espacio que necesitábamos cada uno era diferente. Luke también valoraba tener su espacio para explorar, pero no hasta el punto que yo lo necesitaba. Yo quería ser yo. Descubrirme, probar cosas nuevas, saber quién era sin Aiden, sin Christina, sin Claire, sin Matt. Y también sin Luke. ¿Qué podía conseguir Olivia sin su red de apoyo? Mi hermano y yo nacimos en el mismo año y siempre habíamos ido a la misma clase, salido con la misma gente y llevado vidas paralelas. Así que, de alguna manera, siempre me he sentido bajo su protección. Supongo que no es de extrañar que haya un puntito dependiente dentro de mí, que siempre necesita hablar, compartir y sentir a mi gente cerca. Por ello quería ponerme a prueba durante la universidad y conocer mis límites en ese sentido.

En el segundo año, los problemas que teníamos acabaron cayendo por su propio peso. Lógicamente, con el tiempo él también acabó yendo a la suya así que cuando nos quisimos dar cuenta llevábamos vidas muy separadas y los conflictos nos estaban pasando factura. Finalmente él decidió irse a estudiar un semestre fuera y antes de marcharse finalizamos la relación.

A día de hoy, haciendo lectura de lo que pasó, creo que no supimos crecer individualmente y a la vez mantenernos como pareja. No supimos ser dos siendo uno. A pesar de que esas conclusiones llegaron con los años, la nuestra no fue una ruptura de esas traumáticas. Aun así, resultó duro empezar una vida de la que Luke no formaba parte.

Estuve soltera hasta que conocí a Owen. Era mi orientador en un curso que hice de fotografía y nos gustamos al instante, aunque no empezamos a salir

hasta que terminó el curso. Al principio las cosas entre los dos fueron muy intensas, sobre todo a nivel físico, y creo que eso no me dejó ver con claridad qué pasaba. Él se enamoró de mí bastante pronto, y tonta yo que no me di cuenta. A mí él me gustaba muchísimo, pero nunca llegué a enamorarme. Él lo sabía, claro, pero «estaba dispuesto a esperar a que el amor llegase». Estuvimos juntos durante casi un año. Lo pasábamos genial, teníamos mil cosas en común y el sexo era muy, muy bueno, pero a mí me faltaba algo. Así soy yo. No sentía que la cosa fuera a durar ni lo veía como mi pareja a largo plazo. Me sentía mal por él, porque sabía que seguía esperando algo que no podía darle. Y saberlo era algo que ejercía presión sobre mí y me agobiaba.

Nuestro fin llegó el día que decidí empezar una nueva vida en Nueva York.

Después de eso pasé una buena temporada sin tener nada con nadie. Reflexioné mucho sobre mí misma y cómo me sentía cuando estaba en una relación. Ya era la segunda vez que me pasaba esa sensación de tocar techo en una relación con un gran chico que me quería y con quien funcionaba bien en el día a día. Di muchas vueltas al tema. ¿Tendría algún problema que me impedía saber estar en pareja o encontrar a alguien con quien estar bien? ¿Tenía siquiera la capacidad de enamorarme de verdad, de querer incondicionalmente a alguien y de estar dispuesta a compartir mi vida sin reservas? Con la facilidad que tengo para abrirme con la gente que considero cercana, no entendía por qué con ningún chico llegaba a sentirme lo suficientemente cómoda como para ser yo del todo. Fue algo que me preocupó una buena temporada. Después me di cuenta de que igual el problema era que aún no había encontrado a alguien para mí y salí puntualmente con algún chico, pero la cosa no había ido a mayores hasta que conocí a Nick, un estudiante que hacía las prácticas en la misma empresa en la que yo hice las mías. Mantuvimos durante unos meses amistad con derecho a roce. Yo nunca había hecho nada parecido, pero tenía curiosidad por ver cómo era y él resultó ser el candidato perfecto. Nos llevábamos bien y durante esos meses ambos entendimos lo que podíamos esperar del otro. Cuando acabó su contrato de prácticas volvió a Boston y ahí terminó todo. Sin mayor repercusión.

Ese era mi currículum sentimental hasta la fecha. Nada del otro mundo. De aquellas experiencias había aprendido mucho acerca de mí misma y había reforzado la idea de que no soy lo que se dice una persona romántica. No es que no creyese en el amor, sabía que existía porque lo veía a diario en la gente que me rodeaba. Mis padres, sin ir más lejos, eran un claro ejemplo de que el amor existe y que puede durar toda la vida. Yo misma quise a Luke en su día,

aunque de una manera más inmadura. Pero a veces no podía evitar preguntarme si el amor duradero era para mí, si habría alguien ahí fuera que encajase conmigo lo suficiente como para quedarse en mi vida.

Después de dar vueltas a todo aquello, me metí en la cama y volví a pensar en Will. Había algo en él que me atraía de una manera que no alcanzaba a entender. Lo conocía muy poco, pero me interesaba mucho. Era extraño. También volví a reflexionar un rato más acerca de lo que había dicho George.

Me di la vuelta sobre el colchón, poniéndome de lado, y finalmente decidí que pensar en todo aquello apenas veinticuatro horas después de nuestro primer (y único) encuentro no me llevaría a ninguna parte. No tenía sentido. No sé qué ganaba esa noche yendo por ahí y presuponiendo cosas de alguien a quien apenas conocía, influenciada por lo que me había llegado por terceras personas. Igual era buena idea seguir conociéndolo sin más y dejar de lado mis comederos de cabeza. Qué más daba. Lo acababa de conocer. Solo pretendía salir con él y pasarlo bien. Parecía un chico con el que podía congeniar a corto plazo. Cenaría con él al día siguiente, me dejaría llevar y punto. Si la cosa progresaba, probablemente en unas semanas acabaría y yo volvería a mi vida normal, sin complicaciones ni implicaciones de ningún tipo.

Cerré los ojos y traté de dormirme, sin sospechar que estaba a punto de dar con la horma de mi zapato.

## ¿Qué es esto?

Me encontraba en la calle a la sombra de un árbol esperando a que Olivia bajara cuando me llegó su mensaje: *<Dame cinco minutos, por favor. Lo sientooo.>*

Estaba justo en la puerta de donde ella trabajaba. Un edificio de por lo menos treinta pisos en pleno centro del barrio de Chelsea, muy cerca de High Line. Tras leer el mensaje, decidí pasar dentro para esperarla en el vestíbulo. Al cruzar la imponente puerta de cristal me quedé bastante sorprendido. El sitio por dentro era impresionante. Según pude leer en una placa que encontré en la entrada, albergaba las oficinas de numerosos negocios y firmas importantes que tenían sede en la capital neoyorkina.

La decoración era sofisticada pero moderna, con suelos oscuros y una estética regida por colores metalizados. Había una enorme mesa de recepción en el centro de la sala y algunos sillones de cuero negro, donde tomé asiento hasta que ella bajara.

Al poco de haber recibido su mensaje, la puerta del ascensor del fondo se abrió y Olivia salió de él con aire distraído. Aceleró el paso en dirección al exterior, sin reparar en mi presencia. Aproveché esos pocos segundos para observarla a mis anchas. Lucía un vestido de media manga azul marino que le sentaba de maravilla, dejando ver aquellas piernas que no me había quitado de la cabeza desde el lunes. Estaba muy guapa, con el pelo recogido y la expresión de quien sabe que llega tarde.

Sonreí al verla meter un espejito en su bolso, en el que imaginé que se había mirado para comprobar su estado. Al ver que se alisaba la falda del vestido y que cogía aire, como para serenarse, una inesperada oleada de calor se extendió por todo mi pecho, pillándome desprevenido.

Me levanté del sofá y caminé hacia la izquierda, de manera que quedase dentro de su campo de visión. Tras andar un par de pasos más, Olivia se encontró conmigo casi de frente y me miró sorprendida. Enseguida sus labios se curvaron en una preciosa sonrisa que produjo un cosquilleo en mi interior.

—Will, no te había visto.

La saludé sonriente y acto seguido se agarró a mi brazo para elevarse y darme un beso en la mejilla. No sé quién de los dos se sorprendió más por aquel gesto, si ella o yo.

—Siento haber tardado, un contratiempo con el ordenador de última hora —dijo, fingiendo que no acababa de hacer nada reseñable.

—No te preocupes. Ha sido muy poco rato —le aseguré. Sin dejar de sonreírle añadí—: Estás muy guapa, por cierto.

Y me quedaba corto.

Nos observamos el uno al otro unos segundos. La miré de arriba abajo con cierto disimulo, como si estuviese admirando su vestuario. Supongo que ella era consciente de que era atractiva y estaría acostumbrada a que los hombres la miraran. Yo no quería parecerle un baboso, pero quería que tuviera claro que me gustaba lo que veía, si es que aún no lo sabía.

Olivia sonrió, dedicándome una caída de pestañas que no me dejó indiferente.

—Gracias, William. Tú tampoco estás mal.

Le sonreí de lado. Me había puesto mi camisa favorita aquella noche. Era de cuadros azules, rojos y blancos y la había escogido a conciencia.

—La ocasión lo merecía —contesté guiñándole el ojo, mientras le sujetaba la pesada puerta de cristal para que saliera al exterior.

Como pasó por delante de mí, tuve la oportunidad de volver a observarla disimuladamente. Me entretuve en la imagen de su silueta: su espalda estrecha, su culo perfecto y sus piernas, que lucían un bronceado de principios de verano. Algo se tensó en mi abdomen al contemplar el movimiento de sus caderas y su manera de gesticular, tan despreocupada.

Cuando salimos de nuevo al calor asfixiante de la calle, me paré junto a ella y le conté mi plan:

—He reservado mesa en el Da Pietro, ¿lo conoces?

—Sí, pero no he ido nunca. Solo sé que es italiano y que no puedo irme sin probar la *panna cotta*.

Sonreí.

—Pues ya sabemos qué pediremos de postre.

Caminamos en dirección al restaurante, en la otra punta del barrio. Pasamos por las oficinas de Google y por el mercado de Chelsea. Fuimos paseando uno al lado del otro por aquellas calles llenas de árboles, edificios de ladrillos rojos y escaleras de piedra. Al principio intercambiamos las típicas frases para romper el hielo, pero pocos minutos más tarde ambos estábamos relajados, en el mismo punto donde nos habíamos despedido un par de días antes.

Recorrimos todo el barrio, que ella conocía como la palma de su mano.

Siempre me ha gustado esa zona. No podía permitirme vivir allí, puesto que es una de las más caras de Manhattan, pero me gustaban las actividades de ocio que ofrecía y su estética pseudovanguardista.

Un par de calles antes del restaurante al que nos dirigíamos, se detuvo en el escaparate de una antigua joyería. Señaló un reloj que dijo que era una versión moderna de uno que tenía su abuela cuando ella era pequeña. Era de platino y con la esfera gris oscuro. Era precioso. Elegante pero informal, como Olivia.

—Adoraba ese reloj. Muchas veces me lo ponía a escondidas y mi abuela se ponía de los nervios —me contó con nostalgia cuando retomamos el paso—. Nunca salía sin él, pero nada más entrar en casa lo dejaba sobre la cómoda de su habitación. A mí me encantaba. A veces, lo cogía sin permiso y me lo ponía para jugar. Las broncas que me caían cuando me pillaban trasteando con él eran de las que se recuerdan. Se rompió cuando era muy pequeña, pero aún no lo he olvidado. ¿No te ha pasado nunca con algún objeto de tu infancia?

Y así empezó la conversación que nos acompañó hasta que llegamos al restaurante, durante la que hablamos sobre cosas que nos gustaban de pequeños, regalos especiales y recuerdos que no se borran.

—¿Por qué te resulta raro que te llame Olivia? Es tu nombre, ¿no?

Estábamos en el Da Pietro, donde nos habían dado mesa justo a la hora acordada. Era un restaurante de cocina casera italiana que se había puesto de moda en los últimos meses. La comida estaba deliciosa, tenían buen servicio y los precios no eran desorbitados. Tenía un reservado en la planta de arriba y una sala bastante espaciosa, que era donde estábamos nosotros. Las paredes eran de piedra, de un color parecido al oro viejo. Las mesas y las sillas eran todas negras y los manteles del blanco más impoluto. Había imágenes de plazas famosas italianas repartidas por las paredes y enredaderas en algunos rincones. La gente hablaba con calma mientras sonaba música antigua italiana de fondo, poniéndole la guinda al ambiente. Era como estar metido en una de esas películas clásicas italianas que tanto le gusta ver a mi padre.

Acababan de traernos un vaso de vermut para cada uno, recomendación de la casa para acompañar los entrantes. Estábamos sentados uno en frente del otro, en una mesa algo apartada. Olivia cogía algo dentro de su enorme bolso, sin dejar de prestarme atención.

—No sé, supongo que estoy acostumbrada a que solo me llame Olivia la gente con la que tengo un trato formal. Y mis padres, por supuesto. A ellos

nunca los escucharás llamarme Liv. —Se enganchó un mechón de pelo con una horquilla que había sacado del bolso, y continuó hablando—. Mi hermano, mis amigos y el resto de la gente que considero cercana suele llamarme Liv o Livvy. Supongo que por eso se me hace raro que tú me llames Olivia.

Me hacía gracia esa costumbre que tenía de arreglarse el pelo de repente, como si lo tuviera automatizado. Le sonreí mientras cogía un panecillo de la cesta que nos habían traído y decidí provocarla un poco, para tantear el terreno.

—¿Intentas decirme con eso que me consideras alguien cercano?

Se me quedó mirando mientras una sonrisita muy sexi se extendía en su rostro. Se inclinó hacia adelante con complicidad y contestó:

—No pretenderás que te meta en la categoría de trato formal, ¿no?

Su sonrisa y el brillo juguetón de sus ojos color miel no me dejaron ninguna duda: ella también estaba interesada en el jueguito del flirteo. Negué con la cabeza y le guiñé un ojo, que hizo que su sonrisa resplandeciera aún más.

La noche siguió su curso. Entablamos algo de conversación acerca de nuestra infancia y nuestras familias. La otra vez que quedamos habíamos hablado de nuestros trabajos, nuestros estudios y nuestra vida actual, pero no tenía ni idea de dónde había crecido ni de cómo era su familia. Me sorprendí cuando me contó que ella y Aiden, su hermano, nacieron el mismo año con once meses de diferencia.

—Mis padres no perdieron el tiempo —bromeó—. Mi madre dice que fue como tener gemelos, pero con el inconveniente de dos periodos de gestación y dos partos. Yo soy la pequeña.

Olivia había nacido y crecido en Nueva Jersey, en un hogar de clase media como el mío. Su padre trabajaba en una importante compañía de seguros de la zona y su madre era odontóloga. Llevaban juntos toda la vida y estaban viviendo su segunda adolescencia tras la marcha de sus hijos.

—Yo tengo dos hermanos mayores. Ben, que vive en Providence con su mujer y su hijo, y Lizzie, que vive en Chicago con su prometido.

Le conté que mi padre vivía en Providence, en la misma casa donde habíamos crecido, y que mi madre vivía en Manhattan con su marido, mencionando de pasada que mis padres no estaban juntos desde hacía años.

Después hablamos sobre algunos temas de actualidad, de lo mucho que los dos odiábamos la programación de la tele y de la clase de libros que nos gustaba leer. Resulta que teníamos gustos muy parecidos en cine, series y

música. Era fácil hablar con ella. Enlazábamos unos temas con otros y el sentido del humor brillaba en todas nuestras conversaciones, como había pasado el lunes por la noche. Le conté que me gustaba salir a correr, pero que odiaba los gimnasios. Que prefería practicar deporte al aire libre antes que en sitios cerrados. Ella habló largo y tendido sobre su vena creativa. Me habló de que le gustaba pintar, aunque no se le daba bien dibujar, y que últimamente donde más tiempo invertía era en la fotografía.

—¿Fotografía? —pregunté yo—. ¿A nivel profesional?

Se rio, como si hubiera dicho una locura.

—No, qué va. Totalmente *amateur*. Es una especie de búsqueda de inspiración, ¿sabes? Me gusta fotografiar aquello que me llama la atención y que me inspira para crear otras cosas.

Asentí, mirándola con interés.

—¿Y qué tipo de fotografías haces? ¿De paisajes, personas...?

—Lo que más fotografío es la ciudad, claro. Lo que me llama la atención cuando voy por la calle o las vistas desde distintas perspectivas —dijo radiante. Se notaba que aquello la ilusionaba—. A veces también comida, el interior de algunos sitios... Personas es lo que menos fotografío. Aunque hay veces que veo escenas que me conmueven y me dicen cosas—. Me lanzó una mirada rápida y fijó la vista en una mesa que quedaba detrás de mí, un par de mesas en diagonal de donde estábamos situados nosotros—. Por ejemplo, ¿ves esa pareja de ahí?

Me di la vuelta sin mucho disimulo y Olivia se echó a reír, haciendo que me girara bruscamente hacia ella de nuevo.

—Gírate con cuidado o se darán cuenta de que los miramos —murmuró con complicidad, haciéndome un gesto para alentarme a que lo hiciera así.

Hice lo que me decía hasta tener dentro de mi campo de visión a una pareja de unos cuarenta años que compartía una ensalada. Se notaba que llevaban años juntos por la familiaridad con la que se tocaban y se hablaban. Su lenguaje corporal evidenciaba que se encontraban cómodos, con la seguridad de quien sabe que es querido y que ha encontrado su lugar en el mundo.

—Esa complicidad, esa adoración con la que se miran, me remueve cosas —susurró—. En el fondo creo que todos buscamos algo así en la vida, ¿no? Querer y que nos quieran de esa manera. Y ver un ejemplo de que existe transmite un mensaje que quiero capturar.

Se me formó un nudo en la garganta al oírla hablar con tanta intensidad de

un tema que me resonaba por dentro más de lo que nunca admitiría, ni siquiera ante mí mismo. Perdí la vista en esa imagen durante unos segundos. Cuando me giré de nuevo, ella estaba dando un bocado a su panecillo. Su mirada penetrante estaba clavada en mi rostro, con un brillo iluminando esos ojos suyos que parecían ver a través de mí. Mi cuerpo entero respondió al instante: una extraña tensión me apretó las costillas, empezaron a sudarme las manos y hasta mi entrepierna se estremeció. «Menudo panorama».

—Es una idea con la que quiero quedarme —continuó diciendo—, y que me sirva como inspiración, para algún trabajo o cualquier otra cosa. O aunque solo sea para tenerlo presente.

La escuché añadir aquello último, pero no fui capaz de responder nada que mereciese la pena. Ella me miró, extrañada ante mi repentino silencio.

—¿Qué piensas, Will? ¿He dicho algo malo?

—No, no —dije, negando enérgicamente con la cabeza para dar mayor énfasis a mis palabras. No quería que viera lo afectado que estaba de repente—. Reflexionaba sobre lo que has dicho. Es... profundo.

Me miró fijamente y me pareció que entendía que me sentía fuera de mi elemento y que no sabía por dónde salir. Relajó su expresión.

—No hay para tanto, Will. A veces fotografío puestos de helados—. Se rio y yo también, agradeciéndole en silencio que tratara de distender el ambiente—. Simplemente fotografío cosas que me dicen cosas.

En ese momento llegó el camarero y cambió el vermut por dos copas de vino blanco. Depositó nuestros platos en la mesa, que resaltaron en el blanco mantel. Todo olía de maravilla y tenía una pinta aún mejor. El camarero sustituyó mi cuchillo por uno especial para carne y se ofreció a rallar un poco de queso sobre los tallarines de Olivia. Le dedicó una sonrisa y por fin se marchó, dejándonos solos de nuevo con aquella aura desconcertante que nos envolvía.

Mientras esperábamos a que se enfriara la cena, vi claramente cómo Olivia se estrujaba el cerebro buscando algún tema de conversación que nos alejase de manera definitiva de aquel momento extrañamente intenso y nos transportase de nuevo al punto donde estábamos antes. Al final encontró un tema, que en un primer momento podría parecer neutral, pero que me afectó más que el anterior.

—Anoche cené con George —dijo de pronto—. También vino a la cena.

«Mierda».

Me miró disimuladamente y por un momento no supe qué decir. Ella se

calló también, dejando claro que estuvieron hablando de mí. No supe muy bien cómo tomármelo. ¿Qué le habría dicho George? Me puse algo nervioso y estoy seguro de que eso también se notó.

George y yo no es que fuésemos íntimos, pero nos llevábamos bien y no creía que le hubiera insinuado que soy mala compañía ni nada por el estilo. Ahora bien, tampoco podía descartar la idea de que compartiese con ella lo que habíamos hablado el otro día sobre mi supuesta falta de compromiso.

Joder. Necesitaba salir de dudas.

—¿Debo suponer que hablasteis de mí? —pregunté, esforzándome todo lo que pude por sonar tranquilo.

Olivia asintió, componiendo una sonrisita triunfante que me relajó un poco, pero no lo suficiente. Sopló sobre su comida para enfriarla, se llevó el tenedor a la boca y me miró en silencio.

Siendo claros, me preocupaba bastante que George pudiera haberle hablado de ese tema por su cuenta, aportando su versión de lo que creía que me interesaba. De nuevo me sentí descolocado. Joder. ¿Por qué me preocupaba? Con las otras mujeres que había salido siempre era un alivio que estuvieran enteradas de cómo iba la cosa. No quería que Olivia tuviera esa idea de mí. Me agobiaba pensar que si veía lo poco que podía tener yo que ofrecer en ese aspecto no quisiera volver a verme. Algo me decía que ella no era de las que se contentan con dos revolcones y si te he visto no me acuerdo. Y por alguna razón, parte de mí empezaba a sospechar que tal vez con ella yo tampoco tuviera bastante con eso.

—¿Vas a decirme qué te dijo exactamente? —Sonreí tenso, e hice acopio de todas mis fuerzas para no sonar irritado al plantearle esa pregunta, aunque no fui capaz de eliminar de mi voz todo rastro de la inquietud que de pronto sentía .

—Pues me dijo muchas cosas. —La vi masticar los tallarines que acababa de llevarse a la boca con una lentitud exasperante—. Me habló de cómo os conocisteis, de que salís juntos de vez en cuando y de que le pediste mi teléfono cuando salí del restaurante.

«Joder con George».

Alcé las cejas al oír aquello y la observé mientras ella enrollaba más tallarines en el tenedor, fingiendo que aquello no la complacía y que no la hacía sentirse halagada. No pude evitar sonreír.

—Sí, ¿eh? George es un poco bocazas. —Corté un pedazo de la milanesa a la napolitana que tenía en mi plato, mientras decidía cómo encauzar la

conversación. Más me valía sacar a relucir ya mismo la seguridad que siempre había tenido tratando con el sexo opuesto—. Supongo que no es un secreto que despertaste mi interés enseguida. Al fin y al cabo, te invité a unirme a una comida de trabajo.

Olivia soltó una carcajada que consiguió deshacer parte de la tensión que en los últimos minutos se había instalado entre los dos.

—A George casi le dio un infarto —dijo, y ambos sonreímos—. Si te soy sincera, si no se hubiera tratado de una comida de negocios, me habría gustado mucho quedarme. Y no para seguir hablando con George.

Nos sonreímos con complicidad ante esa revelación, como si fuéramos dos niños que se confiesan por primera vez que se gustan. A esas alturas creo que era obvio para ambos que el interés era recíproco, pero sentí como si nos lo hubiéramos dicho en voz alta y algo burbujeó dentro de mí.

Ella pasó a contarme cosas de la conversación con George, durante la que le había comentado que nos encontramos en Macy's, lo de la hamburguesería y la cita de hoy.

—Está bien, todo claro entonces. —Seguí comiendo, pero algo me decía que el tema no había acabado—. Y dime, ¿hay algo más que dijera George que deba saber?

Su expresión cambió casi imperceptiblemente cuando dije aquello, aunque pude ver con claridad que sus ojos se oscurecían un poco.

Resultó evidente que se debatía entre si contarme o no lo que fuera que le rondara por la cabeza. Prácticamente podía oírla mantener un debate interno con ella misma. Seguimos comiendo hasta que finalmente, una expresión de decisión se dibujó en su cara y adoptó una postura distinta en su silla, preparándose para afrontar aquella cuestión con todas las de la ley.

—A decir verdad sí, también me habló de ti y de... bueno... —empezó a titubear—. Dijo que no suele durarte mucho la misma chica. Relaciones desenfadadas, creo que las llamó. —Se esforzó por mantenerme la mirada, a pesar de que de repente estaba claramente incómoda.

Me quedé mirándola, con los ojos entrecerrados y una sonrisa de medio lado. No sabría decir quién tenía menos pelos en la lengua: si George, por hablar de eso con Olivia, o ella, por decidirse a tratar el tema sin tapujos conmigo sin apenas conocerme.

Yo siempre he sido muy sincero sobre lo que quiero o espero de cualquier relación; personal, profesional o de lo que sea. Y el hecho de que saliera ese tema me daba la oportunidad de explicarme ante Olivia y corregir cualquier

mala percepción que le hubiera llegado por otros medios. Ser claro con ella desde el principio era sin duda lo mejor para seguir avanzando por buen camino. Y de paso, igual también conseguía algo de información acerca de cómo era ella en esa faceta de su vida.

Di un largo trago a mi bebida y me preparé para lo que iba a decir, confiando plenamente en mi capacidad dialéctica y las opciones que tenía.

—Veo que dio de sí la cena —bromeé para aliviar un poco la tensión—. Está claro que a George le tienes que importar mucho para que decidiera desvelarte todos mis secretos en una sola noche.

Ella esbozó una sonrisa algo tensa, no con la naturalidad a la que ya me había acostumbrado.

—Sí, parece que sí. Creo que se ha tomado la licencia de hermano protector por su cuenta mientras el mío está fuera.

Se quedó callada de nuevo, aunque se notaba que quería seguir hablando del tema. Yo pensaba hacerlo, pero esperé a que preguntara ella lo que quisiera; algo me decía que lo haría. Quería que llevase la iniciativa y que encontrara un punto en el que se sintiera lo suficientemente cómoda para preguntarme lo que quisiera saber. Me gustaba que fuera así; demostraba que tenía carácter y que le gustaban las cosas claras, como a mí.

—¿Entonces es cierto? ¿No suele durarte mucho la misma chica?

Me gustó cómo formuló la pregunta. Me gustaba Olivia, en general. Directa, sincera, sin dobles sentidos. Preguntando lo que quería saber en el momento adecuado.

—Es totalmente cierto, sí. Pero no por las razones que George se piensa. Es cierto que en los últimos años no he tenido una relación de pareja y que he salido con bastantes chicas, pero no porque tenga fobia al compromiso ni porque me interese llevar una vida de desenfreno. —Sonreí, y ella volvió a componer esa especie de mueca que era su sonrisa tensa—. La razón es que nadie ha mantenido mi interés durante el tiempo suficiente como para plantearme llevar la relación al siguiente nivel. Creo que las relaciones de pareja son algo muy serio y delicado y, personalmente, prefiero tener las cosas claras antes de meterme en algo así con alguien. Así que cuando veo que no tengo el interés que debo tener, que la otra persona siente más que yo o que no somos compatibles en algo, corto por lo sano. De ahí que me duren tan poco. No es una cuestión de no querer tener una relación. Es que no he encontrado a una chica con quien quiera tenerla. —Y total, ya que estábamos, decidí añadir —: Todavía.

Ella asintió, procesando mis palabras y formando la imagen en su cabeza. Sin mostrar ninguna reacción en particular. Yo solté aire lentamente y me llevé de nuevo la copa a los labios.

—Entiendo —dijo, lo que me pareció una eternidad después—. Me parece muy lógico lo que dices.

—Me alegro de que lo hayas entendido. —Le sonreí ampliamente—. Bueno, ¿y qué hay de ti? Después de todo lo que sabes de mí ahora, tengo curiosidad. ¿Eres monógama en serie, ligas cada fin de semana en discotecas o aconsejas sobre regalos a cualquiera que veas perdido por Macy's?

Olivia sonrió, por fin de verdad. Sin tensiones y haciendo gala de su chispeante naturalidad. ¿Era posible que hubiera echado de menos verla sonreír así durante cinco minutos?

—Supongo que todo a la vez y nada en particular. —La miré enarcando las cejas y ella se apresuró a añadir—: Bueno, menos lo de ligar cada fin de semana con uno distinto. —Ambos sonreímos—. A decir verdad, mi vida sentimental es bastante poco interesante.

—Permíteme que lo dude —dije sarcásticamente, mirándola de arriba abajo sin ningún disimulo. Ella se rio divertida—. Venga, eres preciosa. Es imposible que no tengas candidatos llamando a tu puerta cada semana.

—No se trata de eso, es más una cuestión mía. —Se refrescó la boca y se recolocó en su asiento. Me hizo gracia, porque parecía que se preparaba para darme una conferencia sobre la vida amorosa de Olivia Gallagher. Una conferencia de la que yo pretendía tomar notas hasta que me salieran callos en los dedos, dicho sea de paso—. En el fondo creo que me pasa como a ti, me cuesta encontrar a una persona con la que conectar de verdad, y eso me lleva a tocar techo enseguida en las relaciones que mantengo. He tenido dos relaciones largas en mi vida, una en el instituto que duró hasta el segundo año de universidad y otra en la universidad, un tiempo después. En ambas me acabó pasando lo mismo: tuve la sensación de haberlas explotado al máximo, ¿sabes? Y no me parece justo seguir con alguien en esas circunstancias, así que se pone fin y ya. —Hizo esas revelaciones con su estilo atolondrado pero tranquilo. Hablaba con honestidad y sin sentirse incómoda. Tras una pequeña pausa, siguió explicando—: Después de eso ha habido otros chicos, rollos más informales, citas y, bueno, a veces algo más. No arrastro traumas de relaciones pasadas ni nada, pero no he encontrado a nadie que me aporte lo suficiente, así que supongo que estoy en una especie de búsqueda; no excesivamente activa, pero sin cerrarme en banda a nada.

Asentí sin dejar de mirarla. Había captado al vuelo lo que quería decir. Su particular forma de hablar otorgaba un aire muy personal a aquello que exponía y me hacía entenderla por completo. Como si me dejara entrar en su cabeza para que comprendiese cada matiz, cada mensaje escondido entre dos ideas.

—Me parece que George tiene una idea bastante idealizada de cómo soy en ese tema, de ahí que decidiera hablarme de ti y de tus... relaciones desenfadadas. Él guarda el recuerdo de mis años de adolescencia, que pasé enteros con el mismo chico. Supongo que no se plantea que puedo haber evolucionado y que ya no solo me interesa tener un novio para siempre.

—¿Estás diciendo que buscas más de uno? —pregunté provocándola.

—No, no. Yo soy monógama total, es de las pocas cosas que mantengo de unas relaciones a otras. No me gusta andar a dos bandas, porque no va conmigo. Y no puedo estar con alguien que no lo vea así. Si te gusto yo, bien. Si te gusto yo y otras, bien también, pero a mí no me interesa compartir, así que adiós. No estoy cómoda en una relación abierta. No lo juzgo, que conste, simplemente no va conmigo.

Asentí y mostré mi acuerdo con aquello que decía. Yo tenía una visión muy parecida a la suya acerca de la monogamia, pero ella no preguntó y yo no la compartí. Le había dejado ver demasiado de mí aquella noche, y no me había pasado desapercibido que Olivia era muy perspicaz y que tenía en cuenta toda la información que yo dejaba caer. Tampoco iba a desvelarle todos mis misterios en aquella cena.

Después de mantener esa conversación, las cosas entre nosotros se volvieron más fáciles aún. Hablamos de temas delicados que hasta ahora no habíamos tocado relacionados con el amor y el sexo (sin volver a entrar en revelaciones personales); incluso superamos la barrera física y nos tocábamos de vez en cuando, dentro de aquel coqueteo que cada vez era menos inocente.

Para cuando nos terminamos la cena, el ambiente se había caldeado bastante. No cabían malas interpretaciones de aquello: los dos nos gustábamos y nos gustábamos bastante. Le dije lo guapa, lista y divertida que me parecía unas veinte veces. Ella me confesó que le había parecido muy sexi la otra tarde con mis gafas de vista y también dijo que nunca unos ojos le habían gustado tanto como los míos: «Tienen algo... Calidez. Y ternura. Pero están contenidas». Joder. La chica era perceptiva (y muy sincera tras un par de copas).

Insistí en que compartiésemos el postre, la famosa *panna cotta* que

teníamos que probar sí o sí antes de irnos. Nos trajeron una ración generosa servida en un plato de porcelana blanco, con dos cucharas plateadas apoyadas. Por lo visto, la *panna cotta* no era más que nata cocida, pero al ver la presentación, que consistía en una pequeña montañita de aquello decorada con sirope y moras, se nos hizo la boca agua y tardamos lo que se fue el camarero en atacar el plato compartido.

A ambos nos sorprendió lo bueno que estaba y nos reíamos como críos cada vez que nuestros cubiertos chocaban al coger un pedazo. Olivia me miraba inocentemente, deslumbrándome con su sonrisa cuando le cedía los trozos más grandes. Aquello parecía un duelo de cucharas, en el que yo me dejaba siempre vencer. No sabría decir por qué, pero cada vez que se llevaba la cuchara con la *panna cotta* a la boca y me miraba en el proceso, mi entrepierna reaccionaba, cobrando vida dentro de mis pantalones ante la imagen. Joder. ¿Es que tenía quince años? No estaba haciendo nada que pudiera calificarse como seductor, pero tenía algo... que me excitaba. No sabía si culpar a su mirada, a su sonrisa juguetona o a aquella maldita dulzura que destilaba por cada poro de su piel. Pero algo en ella me atraía de una manera que no podía identificar con nada que hubiera sentido hasta entonces.

—¿Quieres otra copa? —pregunté de pronto, por decir algo y no limitarme a mirarla como un gilipollas.

—Si no quieres llevarme en brazos hasta el taxi, lo mejor será que pare aquí.

Solté una carcajada. Al parecer, ella se empeñaba en que yo sacara a relucir al adolescente que tenía dentro de mí. La miré, componiendo en mis labios una sonrisa descarada.

—Tampoco me importaría hacerlo —dije desafiándola, buscando provocarla.

Ella me miró con los ojos entrecerrados, tratando de reprimir, sin éxito, una sonrisa. Entró en el desafío y llamó al camarero, el mismo chico que nos había atendido durante toda la noche y que por lo visto también encontraba muy interesante a mi acompañante. Olivia le sonrió cuando llegó a nuestro lado y, señalando nuestras copas vacías, dijo:

—Dos más, por favor.

Después de aquellas dos últimas copas, muchas más risas y una lucha frustrada por su parte para pagar la cuenta a medias, salimos al exterior, donde la ciudad nos recibió con menos ruido del habitual para tratarse de una noche de verano.

Al final no tuve que llevarla en brazos; aunque me ofrecí caballerosamente, ella se negó entre risas. Pero estaba un poco aturdida por el alcohol, así que en vez de coger un taxi en la puerta del restaurante, decidimos caminar unas calles más para que se despejara.

La zona era tranquila, no muy lejos de la parte residencial del barrio. Un par de manzanas más allá se veían los primeros bloques de edificios donde vivían los bienaventurados neoyorkinos residentes en el barrio de Chelsea. La temperatura era excelente. Había descendido unos grados desde última hora de la tarde, pero no resultaba molesto.

Con aquello de que estaba un poco afectada por las copas que había tomado, íbamos paseando despacio agarrados por la cintura, caminando todo lo cerca que era posible el uno del otro.

—Pensarás que soy una exagerada. Te juro que suelo tolerar bien el alcohol, pero es que ese vino estaba muy fuerte —dijo cuando ya llevábamos recorridas varias manzanas.

—Por mí no te preocupes, es una excusa buenísima para llevarte cogida. ¿No crees? —Apreté sobre su cintura la mano que la envolvía y ella me sonrió con picardía.

Más adelante me animé a acariciarle el brazo. Me moría de ganas de conocer el tacto de su piel. El vestido que llevaba era de manga al codo y decidí pasear mi dedo índice por ahí hasta descubrir una pequeña cicatriz justo en aquella zona. Su brazo era increíblemente suave, solo estropeado por la rugosidad de aquella herida, a la que parecía que habían tenido que darle puntos. Le pregunté cómo se la hizo.

—Me gustaría poder decirte que me la hice en el colegio o algo así, pero no quiero engañarte. Fue en las rebajas de invierno del año pasado. Acababa de cobrar mi primera paga extra y fui a Bloomingdale's a primera hora del primer día de rebajas, y bueno, aquello era la jungla. Iba como una loca buscando una blusa que había fichado en temporada y me tropecé con una percha cuando la vi y empecé a correr por la tienda. Me caí al suelo de una manera muy poco elegante y me di con una estantería. Me dieron dos puntos. —Intenté no reírme, pero al ver que ella se reía no pude reprimir una leve carcajada—. Es mejor que sepas quién soy y hasta dónde soy capaz de llegar por una blusa de oferta antes de que sea demasiado tarde.

Me fascinaba esa manera que tenía de contar las cosas. Me transportaba al lugar y es como si pudiera verla, buscando distraída aquella blusa en el primer día de las rebajas y que del ansia tropezara. También me fascinaba cómo

hablaba; lo mucho que hablaba y la manera que tenía de hacerlo. Hablaba de una manera que me incitaba a escucharla. Podía hablarme del tiempo o del sexo de los ángeles que ya se encargaba ella de hacer que la escuchara embelesado, sin perderme ningún detalle. No sé si era por su voz, por lo mucho que gesticulaba o porque hablaba como atolondrada pero transmitiendo serenidad al mismo tiempo. El caso era que me encantaba oírle hablar de cualquier cosa.

—¿Siempre has sido así? —pregunté de repente, bajando el ritmo de mis pasos hasta detenerme.

—¿Así, cómo? —preguntó ella a su vez con curiosidad, parándose también a mi lado.

Nos quedamos mirándonos de frente el uno al otro, en aquella calle desierta y mal iluminada.

—No sabría definirlo. Tienes... algo que no se ve en todo el mundo.

Recorrí su cara con mi mirada, despacio, como si estuviera acariciándola. Me detuve en su boca, que pedía a gritos que la besara de una maldita vez. Yo sabía que había llegado el momento. No iba a ser capaz de aguantar mucho más sin saber cómo era sentir su boca sobre la mía.

Olivia esbozó una de sus sonrisas traviesas.

—Vaya, sí que se te da bien esto —dijo en tono cómplice, adivinando mis intenciones.

Otro ejemplo de lo peculiar que era. Cualquiera chica se haría la interesante o estaría más cortada. Era evidente que iba a besarla. De hecho, era evidente que la habría besado nada más recogerla. La habría besado incluso la otra noche. Y en cambio allí estaba, mirándome a los ojos, con una sonrisita que buscaba provocarme y bromeando, haciendo explícita la cuestión. Tratando de que yo no notase lo mucho que ella deseaba también que la besara, ni lo nerviosa que la ponía que estuviéramos tan cerca. ¿Qué tendría esa mujer que empezaba a volverme loco sin apenas conocerla? No lo sabía, pero estaba claro que pensaba averiguarlo.

—Parece que sacas lo mejor de mí.

Sin más preámbulos la agarré por la cintura hasta pegarla del todo a mi pecho. No había ni una sola parte su cuerpo que no estuviera en contacto con el mío. Olivia levantó la cara para poder seguir mirándome a los ojos. Aunque llevara tacones, yo seguía siendo más alto que ella. Su mirada no abandonó la mía ni un segundo y no me avergonzaba que notara lo excitado que estaba únicamente ante la posibilidad de poder besarla por fin.

Ambos sonreíamos, sabiendo lo que iba a pasar a continuación. Aún no la había besado y aquel ya se había convertido en el primer beso más especial que había dado en mi vida.

La ciudad se había quedado en silencio. Las estrellas, que nunca se dejaban ver en Manhattan, brillaban con fuerza esa noche. Era como si el mundo entero hubiera cambiado para hacer único ese momento. Y ella y yo nos mirábamos, perdidos el uno en el otro. Nunca había dado un beso sonriendo con aquella complicidad. Nunca nadie me había sonreído así antes de descubrir mi sabor por primera vez. La magia que nos envolvía me era hasta entonces desconocida, y hacía que mi estómago se contrajera por la anticipación de descubrirla.

Desplacé mi mano izquierda de su cintura a su rostro, que acaricié con cuidado antes de acunarla para acercarla a mí. Entre los dos cubrimos los escasos centímetros que nos separaban y cerramos los ojos. Su boca acarició la mía tímidamente y una corriente de electricidad atravesó cada rincón de mi cuerpo. Notaba cómo nuestros alientos se mezclaban y se confundían, hasta que deslicé mi lengua entre sus labios para conquistar su interior.

Juro que cuando su lengua entró en contacto con la mía saltaron chispas. Ambas se unieron, rozándose, bailando la una con la otra en una dimensión en la que parecía no existir el tiempo.

Olivia se agarró a mis codos con fuerza y yo subí la otra mano para sujetarle con las dos la cara. Aumenté la fuerza del beso y la acaricié con los pulgares, tratando de robarle algún escalofrío que la hiciera estremecerse una ínfima parte de lo que me estaba estremeciendo yo al sentirla tan cerca.

Seguimos besándonos allí, en mitad de la noche, en una calle cualquiera en pleno corazón del barrio de Chelsea. No podría decir cuánto duró aquel beso que parecía haber detenido el tiempo, pero sé que cuando acabó ambos seguíamos sonriendo.

Nos separamos poco a poco y nos miramos a los ojos. La besé en la frente, en la punta de la nariz y de nuevo en los labios, mientras notaba la calidez que transmitía su cuerpo traspasar la tela de mi camisa.

Olivia me recompensó con su mirada juguetonamente inocente y con una sonrisa de las suyas, de las que me removían por dentro de los pies a la cabeza.

—Vaya por Dios, sí que se te da bien —susurró.

La miré fijamente y no pude evitar reírme ante esa forma que tenía de romper el hielo. Ella se unió a mi risa y se agarró de nuevo a mi cuerpo para

volver a besarme. Y la besé tanto como me dejó que la besara, hasta que un rato después fuimos a por su taxi.

## ¿Qué quiero decirte?

Cuando éramos pequeños mis padres organizaban un fin de semana especial al mes. No es que el resto del tiempo no hiciéramos cosas juntos, pero los «fines de semana Gallagher» solían ser un acontecimiento porque aquellas salidas solían incluir excursiones o escapadas de un par de días lejos de Nueva Jersey. Mis padres elegían una fecha y montaban el plan, que permanecía en secreto hasta unas horas antes, coincidiendo con el límite de la paciencia que Aiden y yo teníamos. Recuerdo como si fuera ayer que pasábamos los días previos a la fecha señalada trazando hipótesis, exaltados e ilusionados ante la expectativa de lo que vendría.

Pues bien, aquella semana de julio que William Hannigan entró en mi vida volví a sentir algo muy parecido a aquello. Una curiosidad que desprendía ilusión a raudales, una sucesión de pensamientos que montaban escenarios alternativos acerca de cómo continuaría la historia y un entusiasmo traducido en sonrisas intermitentes, que difícilmente pasaban desapercibidas. A eso había que sumarle una serie de elementos que diferenciaban aquello que estaba sintiendo de mi entusiasmo infantil, como el centenar de mariposas que aleteaban con fuerza en mi interior cada vez que algo me recordaba el tema y otras expectativas de corte más bien... adulto, que hacían vibrar mi ropa interior.

No podía explicar a qué se debía mi estado. Juro que no me reconocía. No sé qué tenía que me atraía tanto. Puede que no fuera algo concreto, razonaba conmigo misma varias veces al día. Era como un ovillo con hilos de distintos colores, en el que todos se mezclan con todos hasta crear una tonalidad multicolor.

Al sentarme en mi mesa el viernes, una buena pila de papeles me esperaba dentro de una horrible carpeta negra. Me senté resignada en mi silla y pasé toda la mañana haciendo cosas que me motivaban más bien poco. Fui viendo pasar las horas a la velocidad de la tortuga en el reloj del ordenador, hasta que antes de la hora de comer la vibración de mi móvil me trajo de nuevo al mundo, lejos del plan de *marketing* que llevaba entre manos: <Comité de crisis esta tarde en mi casa. Que alguien traiga vino.>

Al llegar a casa de Claire unas horas más tarde, Christina ya estaba en el salón, enseñándole las compras que había hecho esa tarde. Había decidido

destinar una buena parte del sueldo del mes a repoblar su armario.

Claire había preparado un pequeño tentempié en la mesa del centro. Sugirió que comiéramos algo allí y que más tarde bajásemos a tomar algo. Advertí que había cambiado la distribución del salón después del martes. Había movido los muebles en el sentido de las agujas del reloj, de manera que estaba sentada en el lugar que antes ocupaba el televisor. Dice que leyó en una revista que es bueno hacer ese tipo de cambios para reactivar el *feng shui* o algo así.

Claire había tomado asiento en el único sillón de la sala. Estaba seria. Demasiado seria para tratarse de ella. Desde que leí las palabras «comité de crisis», había estado devanándome los sesos pensando qué podría ser aquello que la había llevado a convocarnos con urgencia en su casa. Bajo ese nombre habíamos realizado reuniones que trataban desde qué ponernos para una boda, líos de penes o problemas laborales. Así que no tenía ni idea de qué podía ser lo que la había llevado a montar aquella reunión de un momento para otro.

Claire se entretuvo cambiando la colocación de los platos en silencio desde su asiento, y yo aproveché para intercambiar una mirada de curiosidad con Christina, que negó con la cabeza para hacerme saber que ella tampoco tenía ni idea de qué pasaba. El mantel de plástico amortiguaba el sonido de los platos chocando con el cristal de la mesa, así que en el salón solo se escuchaba el ruido lejano de los vehículos que circulaban por la calle, once pisos más abajo. Ni siquiera había puesta música de fondo.

Cuando Claire levantó la cabeza y se echó hacia atrás en su asiento de cuero azul cielo, se percató de que ambas teníamos clavadas nuestras miradas en ella.

—No os preocupéis, estoy bien —dijo, haciendo un esfuerzo por sonreírnos con su dulzura habitual—. Empieza contando tú, Liv. Después yo.

No quise insistir, así que hice lo que me dijo. Les conté la cita de la noche anterior con Will. Como no era de extrañar, les relaté todo con pelos y señales. Algún día aprendería a simplificar mis historias, pero desde luego ese día aún no había llegado. Les hablé de nuestro juegucillo inocente, su manera explícita pero elegante de flirtear, mi propia manera de flirtear yo con él y la conversación que salió a colación del bocazas de George. Por último les conté sobre aquel primer beso que me había llegado dentro y que había amenazado con hacer arder mi ropa interior.

Ellas, como siempre, fueron unas fantásticas interlocutoras que se dejaban contagiar con facilidad por mi narración con aires teatrales. Claire llevándolo

a su terreno, peliculero y romántico, y Christina al suyo, con sus «ahí hay química de la buena» y «si solo con besarte te hace sentir así, ese tiene que saber cómo se folla de verdad». En fin. Estuvimos diciendo tonterías durante unos minutos más hasta que Claire volvió a quedarse en silencio, mirando en trance hacia la gran mesa del comedor que quedaba en diagonal a ella. Christina y yo volvimos a intercambiar una mirada de curiosidad, cada vez más ansiosa.

Como Claire no nos miraba, fingí tener tos para llamar su atención. Se giró hacia nosotras y Christina la instó a hablar con la mirada. Claire exhaló lentamente y se recolocó en su asiento, preparándose para hablar. Siguió en silencio unos segundos más, y al final arrancó:

—Me he acostado con Neal.

Se hizo el silencio en el comedor.

—¿Neal? —pregunté, llevándome una patata a la boca con aire distraído —. ¿Quién es Neal?

Claire agachó la cabeza y Christina abrió los ojos como platos, clavándolos en ella al caer en la cuenta de a quién se refería. Yo las miré a una y a otra mientras masticaba, sin terminar de entender, hasta que se me iluminó la bombilla. Mi expresión cambió de golpe y tragué a toda prisa lo que tenía en la boca.

—¿Estás hablando de Neal, Neal? ¿Nuestro Neal? —pregunté con voz chillona.

Claire no dijo nada, pero no hizo falta. Quedó claro.

Me levanté sin decir nada y me dirigí a la cocina a coger el vino, porque íbamos a necesitarlo. Descorché la botella, cogí tres copas y volví al salón, donde ambas seguían en silencio sepulcral. Claire como si estuviera teniendo una experiencia disociativa, y Christina con sus enormes ojos castaños clavados en ella con consternación.

Depositó las copas sobre la mesa y las llené. Bien cargadas, por si acaso.

—¿Cuándo? —le pregunté sin más, tendiéndole su bebida.

Claire la cogió, sonriéndome para darme las gracias y tragó saliva. Yo tomé asiento de nuevo.

—El martes por la noche, el día de mi cumpleaños.

—Así que, ¿tú eras el asunto pendiente que tenía en Manhattan? —preguntó Christina, con un tono de voz bastante neutral.

Ella asintió, paseando su mirada de una a otra. No parecía que fuese a darnos más información, así que había que activar el modo sacacorchos para

tratar de poner las piezas en su sitio.

—Claire, cielo —comencé a decir con delicadeza—, creo que necesitamos un poco de contexto, ¿sabes? Acabas de soltarnos una bomba, esto nos ha pillado desprevenidas; te aseguro que no lo veíamos venir.

Ella sonrió, algo melancólica, y se puso de pie sin soltar su copa.

—Supongo que no puede decirse que haya surgido de la nada, pero tampoco esperaba este giro de los acontecimientos tan radical. Y menos con lo de Aaron estando tan reciente.

Aaron había sido el novio de Claire durante cinco años. Varios meses antes de aquello, Aaron había dejado a Claire. Le dijo que ya no sentía lo mismo, que su relación se había estancado y que necesitaba empezar una nueva vida lejos de ella. Le juró una y mil veces que no la había engañado con nadie, pero al poco tiempo nos enteramos de que estaba saliendo con otra y, aparentemente, la cosa iba en serio. Fueron unos meses complicados en los que todos estuvimos ahí para ella. Yo tenía conocimiento de que había estado pasando mucho tiempo con Neal, pero nunca tuve motivos para ver más allá.

Christina y yo nos miramos, sin saber qué decir. Todo ese misterio no era típico de Claire. No es que fuera como yo, del tipo «acontecimiento-llamada inmediata», pero tampoco solía guardarse la información de lo que le pasaba para ella. Nos contaba todo lo importante que ocurría en su vida, e indudablemente esto lo era. ¿Qué narices estaría pasando?

—Ya sabéis que después de lo de Aaron he estado muy sensible. Y que os he necesitado a todos mucho. Justo cuando empecé a mejorar me enteré de lo de esa otra chica, y bueno, ya sabéis —dijo agitando la mano a la altura del pecho, como si intentase borrar ese recuerdo—. La misma noche que me enteré me encontré con Neal por la calle. Me desahugué con él y fue muy tierno conmigo. Durante los días siguientes me mandaba mensajes para ver cómo estaba y así fuimos estableciendo una especie de rutina en la que hablábamos todos los días.

Dejó la copa vacía en la mesa y se sirvió otra. Después se sentó de nuevo en el sillón.

—Cuando digo que hablamos todos los días, no me refiero a que nos enviemos algún mensaje puntual a lo largo de la jornada. Me refiero a darnos los buenos días, las buenas noches y a informarnos el uno al otro de nuestros movimientos. Si me surge algún imprevisto en el trabajo, me escapo al baño para hacérselo saber. Si salgo antes, le mando un mensaje por si existe la posibilidad de vernos. Así todos los días. —Agitó la cabeza, nerviosa.

Nosotras seguíamos sin hacer ningún comentario. Ni siquiera nos movíamos—. Hemos alcanzado unos niveles de dependencia y comunicación que nunca tuve con Aaron. Como mucho con vosotras.

—Eh... Nena, creo que ni con nosotras hablas tanto —la interrumpió Christina—. Es verdad que hablamos todos los días y que sabemos qué pasa con la vida de las otras, pero lo que nos estás contando es otro nivel.

Claire sonrió con cierto aire de tristeza que me llegó al alma. Sabía que mi amiga era fuerte, pero había sufrido mucho en esos últimos meses y su corazón aún estaba frágil. Había recuperado la sonrisa y me preocupaba que volviesen a hacerle daño. No tenía ni idea de cómo iba a acabar la historia que nos contaba, pero por su cara se podía intuir que no estaba contenta.

—Digamos que nos hemos hecho íntimos. Me gusta mucho estar con él. Como podéis imaginar, hemos quedado regularmente los dos solos. Me ha recogido del trabajo para llevarme a comer o yo lo he esperado a la salida para dar una vuelta antes de que tuviera que coger el metro. Todo iba muy bien hasta hace un par de semanas. —Se detuvo y dejó la segunda copa, ya vacía, en la mesa. Afortunadamente no se sirvió más; la tolerancia de Claire al alcohol es bastante limitada—. Una tarde que fuimos al cine, a la salida me dijo que una chica de su trabajo le había pedido una cita y que se lo estaba pensando, que no estaba seguro de si aceptar o no. Creo que me lo preguntó para evaluar mi reacción. —Cerró los ojos con fuerza—. Os mentiría si dijera que no me molestó la idea de que se viera con esa chica, pero, ¿qué le iba a decir? Se suponía que solo éramos amigos.

Se calló de repente. Parecía que habíamos llegado al punto de inflexión de la historia. Nos miró a Christina y a mí y nosotras la animamos con la mirada a que continuase. Le sonreí y Christina, que la tenía más cerca, le apretó la rodilla con la mano.

—Él había pasado los últimos meses conmigo y hasta entonces nunca me había hablado de ninguna chica. Pensaba que no era justo para él tenerme solo a mí en su vida y yo no quería ser egoísta ni posesiva, por poco que me gustase la idea; así que lo animé a que saliera con ella. Creo que se molestó un poco. Hablamos menos durante los días siguientes y él acudió a la cita. —Se tapó la cara con las manos, como si estuviera lloriqueando—. Yo estaba de un humor de perros la siguiente vez que nos vimos. No esperaba que me sentase tan mal y no entendía a qué se debía aquello. Es decir, yo no estaba ni estoy preparada para empezar nada serio con alguien y soy consciente de que Neal no puede estar toda la vida a mi lado sin más. Pero me sentía posesiva con él,

no quería que se alejara de mí. Por eso, cuando me dijo que la cita había ido bien y que posiblemente volverían a verse... Digamos que no reaccioné bien.

—¿Qué le dijiste? —pregunté yo bruscamente, sin poder contenerme.

Estaba quedándome de piedra con todo lo que contaba y no podía creerme que hubiese pasado todo delante de nuestras narices sin que ninguno fuésemos capaces de verlo. A día de hoy aún no me lo explico.

—Realmente no me acuerdo, pero sé que llegué a criticar a la chica por haber llevado la iniciativa con él. Se me fue la cabeza. Discutimos, y fue entonces cuando me dijo que no tenía ningún derecho a estar celosa cuando fui yo la que lo animé a salir con ella. Fue tan arrogante... Deberíais haberlo visto. ¿Celosa, yo?

Christina y yo nos miramos, mostrando cara de resignación. Claire es una bellísima persona, dulce y cariñosa, pero puede ser muy orgullosa cuando le hieren su ego. Estaba claro que Neal la conoce y se valió de ello para provocarla. Evidentemente dio en el clavo, porque los celos de Claire resultaron obvios incluso entonces, semanas después mientras nos relataba su historia.

—Me sentó tan mal que lo dejé allí plantado, en el bar donde estábamos. Y apenas le hablé durante dos días. Al final vino a buscarme un día a la salida del trabajo para hacer las paces, pero yo aún buscaba guerra. A pesar de haber sido tan paciente y encantador conmigo en estos meses, Neal tiene mucho genio. Y no le gusta que la gente juegue con él. Me lo dejó todo muy claro. Me dijo que prácticamente me había pedido permiso para salir con ella, a pesar de que no tenía por qué. Y que si yo no hubiera querido que saliera con ella, solo habría tenido que decírselo. Yo no me di por satisfecha y seguí tirando del hilo. —Se pellizó el puente de la nariz y chasqueó la lengua, como si aún no pudiese creerse lo que había pasado—. Al final me besó. Creo que para hacerme ver la realidad.

Ahogué un grito desde mi sitio y me tapé la boca, como una maruja que se entera del cotilleo de turno. Pero es que... menuda escena. Joder. Me parecía increíble que fueran Claire y Neal los que habían vivido eso. Si no me lo hubiera contado ella, no me lo habría creído.

Claire sonrió tensa y Christina puso los ojos en blanco, como si yo fuera una chiquilla que no sabe comportarse.

—Sí... Al principio no me lo esperaba y no sabía qué hacer. Me besó de una manera... No sé si alguien me ha besado así alguna vez. Me quedé muy quieta, pero enseguida me dejé llevar. Lo peor de todo, es que hasta ese

momento no me había dado cuenta de cuánto deseaba que lo hiciera. No podía creerlo. Cuando acabó, me bloqueé tanto que salí de allí corriendo. No volví a verlo hasta el martes, la noche de mi cumpleaños. Traté de actuar con normalidad con todos vosotros por aquí, pero está claro que aún quedaba mucho por decir. Así que cuando os fuisteis, él volvió para que pudiésemos hablar. Me dijo que sentía algo por mí. Luego discutimos, una cosa llevó a la otra y... Bueno, ya sabéis cómo acabó la noche.

Claire se calló y se encogió de hombros con tristeza. Yo tenía los ojos abiertos de par en par, clavados en ella. Mi cabeza iba tan rápido que no podía extraer ninguna frase con sentido de mi cerebro.

—Y... ¿qué tal fue en la cama? —preguntó secamente Christina, como si aquello fuera la parte de preguntas del protocolo de una sus investigaciones.

Miré fugazmente a Christina, que observaba a Claire muy seria. Enseguida pasé mi mirada de una a otra. Acomodé mi espalda en el asiento y crucé las piernas para estar más cómoda, preparándome para escuchar su contestación. La respuesta a esa pregunta podía ser muy esclarecedora.

Claire se había sonrojado muchísimo, diría que más que nunca en su vida, por lo menos que yo hubiese visto. Tardó unos segundos en volver a hablar.

—Fue increíble —dijo, como si aún le costara creerlo—. Estuvimos toda la noche... Ya sabéis. No sé qué esperaba yo, pero desde luego no eso.

Abrí la boca y la cerré. Y después la volví a abrir, pero no dije nada. Christina se me adelantó:

—Joder, Claire. ¿Y ahora qué? —preguntó, ahora totalmente fuera de su rol de investigadora.

A juzgar por la cara que puso, ahí venía la parte difícil. Claire nos explicó que ella no quería empezar nada con Neal, pero él había dejado constancia de que sentía algo por ella. Conozco a Claire Wallace como si la hubiera parido y sé que nunca se habría acostado con Neal si no sintiera algo por él. Nunca. Christina también lo sabía, así que confrontó el tema directamente. Claire no lo negó, pero desvió el tema citando todas las razones por las que creía que no debía avanzar por ese camino con él. Aunque me parecía que tenía razón en algunas cosas, como por ejemplo que su amistad podría verse comprometida si las cosas no salían bien, me pareció que una gran parte de ella tenía miedo. Lo dejé caer y eso no lo negó tampoco.

—Creo que necesito un tiempo para estar sola, para mí —explicó—. Con Neal las cosas se pondrían serias enseguida, y... no tengo tan claro que debamos ir por ahí.

Nosotras asentimos con comprensión, pero su expresión se tornó triste después de ese último comentario. Sus ojos azules se inundaron de pena y agachó la cabeza, como si eso pudiera evitar que se desatara la tormenta que claramente estaba creciendo en su interior.

—¿Qué pasa, Clairens? —preguntó Christina inclinándose hacia delante y apoyando sus manos en las rodillas de Claire—. Dinos lo que te preocupa de verdad.

Yo me levanté de mi sitio y me dirigí al lado del sillón donde estaba ella sentada. Me senté sobre mis rodillas, sintiendo el frío del mármol del suelo en mi piel al apoyarme. Enrosqué mi brazo en una de sus piernas, tratando de infundirle algo de calma y la miré desde abajo con ternura.

—Tengo mucho miedo de perderlo. Me he portado de forma horrible con él.

Nos contó que tuvo una reacción un tanto violenta a la mañana siguiente y que él parecía destrozado cuando salió de su piso. Empezaron a resbalarle lágrimas silenciosas por las mejillas que ella recogía con cuidado. De vez en cuando tomaba bocanadas de aire y las iba soltando lentamente, tratando de tranquilizarse.

—Escucha, Claire, es Neal de quien estamos hablando —dijo Christina con cariño—. No vas a perderlo.

—Claro que no —convine yo—. Es todo corazón, sabrá entenderte y encontrareis la manera de arreglarlo.

Pensé en Neal. Hacía ya seis años que lo conocíamos, pero había sido en los dos últimos años cuando se había convertido en familia de verdad. Era un chico risueño, detallista y bondadoso. Pero todos sabíamos que sí rascábamos un poquito su superficie, encontraríamos a un chico triste, con ganas de querer y ser querido. Él nunca nos había hablado de su infancia largo y tendido, pero a través de los retazos de información que había ido dejando caer a lo largo de los años, sabíamos que su relación con su familia era complicada.

Siempre he pensado que el día que Neal se enamorara lo haría en serio y para siempre. Yo no había hablado de él sobre sus sentimientos hacia Claire, pero algo me decía que si había llegado tan lejos con ella era porque sentía algo profundo.

Pasamos el resto de la tarde hablando del tema, como aquellas tardes cuando éramos niñas y pasábamos horas encerradas en una habitación leyendo nuestras primeras revistas, hablando de música y de los primeros chicos que nos gustaban.

Compartir momentos como aquel siempre ha tenido un efecto tranquilizante en mí que necesito sentir de vez en cuando. Para mí siempre ha sido muy importante hablar de mis cosas, desde que entré en la adolescencia y empecé a sentir la necesidad de comunicarme con gente de mi edad. Esos benditos años en los que empiezas a descubrir cómo eres a través de los ojos de los demás y que experimentas patrones de relación y comunicación bajo los que te construyes a ti mismo.

Aquella tarde de julio en la que hablamos de Will y de mí y de Claire y Neal por primera vez, conectamos una vez más con esas niñas de doce años que de alguna manera siempre vivirían dentro de nosotras. Y así pasaron las horas. Hablando, comprendiéndonos, regañándonos y respetándonos como habíamos hecho siempre y como siempre haríamos, pasase lo que pasase.

Al final acabamos las tres sentadas en el suelo, y hasta que no necesitamos encender una luz para seguir viéndonos las caras no nos dimos cuenta de lo tarde que era.

\*\*\*

El sábado por la tarde, mientras me preparaba para encontrarme con Will, tuve mi segunda regresión a la adolescencia en veinticuatro horas. Concretamente, a aquella tarde de primavera en la que decidía qué ponerme para mi primera cita con un chico.

Will me había mandado un mensaje el día anterior mientras yo estaba con las chicas para proponerme ir a cenar a un local de jazz que había en el centro. Le dije que sí, claro. Y desde entonces apenas había conseguido dejar de darle vueltas a un montón de ideas acerca de lo que pasaría o no entre nosotros.

Resumiendo: estaba nerviosa e indecisa. Me había cambiado de ropa unas cinco veces y había desechado todos esos conjuntos. No quería arreglarme en exceso, pero tampoco quería ir demasiado sencilla. Buscaba algún *look* que dijera: «Hola, Will. Me gustas. Quiero que en un futuro no muy lejano me quites la ropa, pero no te emociones pensando que va a ser hoy». Pero no era el único mensaje que quería mandarle, también quería transmitir algo como: «Estoy muy a gusto a tu lado. Me ilusiona esto que hay entre nosotros. Pero tampoco te creas que pierdo el culo por ti».

Me reí por lo bajo. Estaba loca, ¿verdad? La ropa no habla. Y en el caso de que hablara, dudo mucho que el cerebro masculino tuviera la capacidad de entender el lenguaje.

El caso era que, loca o no, yo sabía que la ropa que llevara era importante. La imagen no lo es todo, pero creo que dice mucho de nosotros: si eres aseado, un poco guarrete, si eres compulsivo, detallista o pasas del tema. Y bueno, yo siempre me lo he tomado en serio y me gusta vestir bien, dentro del estilo actual pero tirando al polo menos innovador.

En fin. Como siempre, me desvíó del tema: ¿qué me ponía esa noche? Me planté delante del armario y me puse a reevaluar mis opciones. Después de darle muchas vueltas, me decidí por un vestido de rayas marineras negras y blancas. Era ceñido del pecho, pero la falda tenía vuelo. Me puse unas sandalias negras planas, aparte de porque iba infinitamente más cómoda, porque la falda era un poco corta. Quedaba a mitad de los muslos. No es que enseñara más de lo que se considera decoroso, pero tampoco me la pondría para ir a trabajar, y temía que la combinación de la falda con unos tacones crease una imagen de *femme fatal* con el claro mensaje de: «Hazme tuya hoy mismo».

Creo que todas estas ideas que me montó sobre el *dresscode* son defecto profesional. Demasiadas horas asistiendo a reuniones que hablaban de *marketing* y de que toda imagen o concepto encierra un mensaje mucho más profundo. Podía dejar a Olivia fuera del *marketing*, pero no dejar el *marketing* fuera de Olivia. O algo así fue la conclusión a la que llegué.

Después de vestirme, me maquillé discretamente; lo justo para realzar mis ojos y que mi piel se viera unificada y con un color saludable. Me dejé el pelo suelto pero guardé un coiletero dentro del bolso, puesto que esa tarde hacía mucho viento y no quería acabar pareciendo el Tío Eso de la familia Addams.

Cuando bajé en la parada de metro Will ya estaba allí, mirando distraído el móvil junto a un árbol. Estaba muy guapo. Más informal de lo que lo había visto nunca (una observación absurda por mi parte, porque era la tercera vez que lo veía). Llevaba unos vaqueros y una camisa verde caqui arremangada hasta los codos. Estaba juvenil, arreglado y endemoniadamente sexi. Estaba para comérselo. ¿Qué diría esa ropa de él? Yo no sé si pensaba decir algo con ella, pero sí que sé lo que pensaba yo al verlo tan guapo, o al menos esa parte de mí que se arrepentía de haberse dejado los tacones en casa.

Solo había dado dos pasos cuando se percató de mi presencia. Su cara se dividió en una deslumbrante sonrisa que enseñaba sus dientes perfectos. Guardó el móvil en el bolsillo de su pantalón y me tendió la mano. Yo sonreí casi con vergüenza al ver cómo me miraba, pensando mientras me acercaba a él si nos besaríamos en la boca o en la mejilla. Alargué mi brazo para aceptar

su mano, sintiendo esa especie de electricidad que me recorría cada vez que mi piel entraba en contacto con la suya. Will tiró de mí y con el brazo libre me rodeó la cintura. No lo pensé demasiado: fui yo la que lo besé. Mi intención era darle un beso corto, pero él tenía otros planes. Hundió su lengua en mi boca con delicadeza y yo me olvidé de que estábamos en medio de la calle, en una de las zonas más concurridas de Manhattan. Pero es que si Will me besaba así, se ve que a mí me costaba razonar.

Nos separamos unos centímetros, con su mano aún asiéndome la cintura. Yo no sabía qué decir. «Hola» ya no tenía mucho sentido; «qué tal», casi que tampoco. Pero como no soy muy amiga del silencio, hice un comentario absurdo, sugiriendo que podíamos ser detenidos por escándalo público si seguía tocándome de ese modo.

—Tú sí que sabes romper el hielo —se carcajeó.

Había sido obvio, ¿no? Lo miré aleteando las pestañas, en un intento de parecer adorable. Él esbozó una sonrisa y me hizo señas para que empezáramos a andar.

Media hora después entrábamos por la puerta de un conocido local de Manhattan donde cada noche sonaban piezas de jazz y soul para acompañar las cenas. Para ser sábado por la noche estaba relativamente vacío. Supusimos que se debía a que ya era tarde y que el artista principal que tocaba aquel día habría terminado su presentación. Casi todo lo que quedaban en el local eran parejas que aprovechaban la baja iluminación y el ambiente íntimo que procuraba la música para hablarse a muy corta distancia. La idea de si Will me habría traído justo allí para crear ambiente, me pasó por la cabeza. Todo a nuestro alrededor rezumaba sensualidad y romanticismo; desde la pobre iluminación hasta la suave música que salía de los altavoces. Creo que en algún momento incluso me pareció escuchar de fondo *Unchained Melody*, la canción de la banda sonora de *Ghost*. Con eso lo digo todo.

Nos ubicaron en el centro de la sala, en una mesa redonda con un mantel de tela de damasco color azul eléctrico que llegaba hasta el suelo. Nos sentamos uno al lado del otro. Ambas sillas estaban situadas juntas para ver el escenario y no nos molestamos en cambiarlas, a pesar de que a esas horas no hubiera nadie sobre él. Así estábamos más cerca.

Estuvimos hablando durante un buen rato sobre cosas como qué música nos gustaba y cuál no soportábamos. De con qué frecuencia salíamos a bailar con nuestros amigos. Del tipo de planes que solíamos hacer los fines de semana. Hablamos de nuestras rutinas, de cosas que queríamos hacer antes de

cumplir los treinta y lugares que queríamos visitar. Le hablé de mi fijación por conocer el Perito Moreno y él de la suya por recorrer Europa.

Me encantaba hablar con él, reír con él, estar con él. Siempre tenía algún comentario ingenioso o alguna pregunta que me hacía reflexionar. Íbamos ganando en comodidad y cercanía. Tocar al otro nos iba saliendo de una forma más natural cada rato que pasaba, y ya había perdido la cuenta de los besos espontáneos que nos habíamos dado.

Si hubiera tenido que decir esa noche qué era lo que más me atraía de él, creo que habría dicho que su mirada. Will tenía una manera de mirar que en ocasiones me dejaba sin respiración. Tenía unos ojos preciosos, brillantes e impactantes, que me contaban muchas cosas sobre él.

No me considero una persona tímida, ni mucho menos, pero tampoco soy de las que se sienten cómodas siendo abiertamente estudiadas. Extrañamente, con Will eso no era algo que me incomodara, pese a que estaba pendiente de cada uno de mis movimientos. Pronto aprendí que él era así: observador, analítico incluso. Me gustaba que cuando hablábamos me mirara a los ojos. Siempre atento a lo que yo hacía o decía, siempre haciéndome sentir importante.

—Creo que lo justo es que paguemos a medias —le dije un buen rato después, cuando ya nos habían traído los platos con los entrantes que íbamos a compartir.

Era la tercera vez que salíamos y no me dejaba pagar nada. De hecho, no quería ni oír hablar del tema. Y aunque le agradecía el detalle, no terminaba de sentirme cómoda. Qué menos que ofrecerme a pagar a medias, ¿no?

—Me parece que no, Olivia. Mi padre no me dirigiría la palabra en meses si se enterara.

Sonó tan serio al decirlo que me dio la risa.

—¿Por qué?

Will se encogió de hombros mientras partía algo en su plato y se explicó:

—Se toma muy en serio los consejos de seducción que me ha dado a lo largo de los años.

Mis ojos se cerraron y se abrieron, en un prolongado pestañeo. Dejé de masticar en el acto y tragué deprisa.

—Perdona, ¿has dicho seducción?

Soltó una carcajada muy sexi.

—He dicho seducción, sí. —Sonrió divertido y sopló lo que acababa de pinchar con su tenedor—. Así llama mi padre a todo el ritual de conquistar a

una chica: citas, charlas, flores. Para él, que consiguiera o no llevarte a la cama, sería lo de menos. No es el fin en sí mismo, solo un medio.

Me quede mirándolo desde mi asiento con la boca abierta. ¿Que el sexo era un medio y no el fin en sí mismo? Estaba bromeando, claro. ¿O no? Fuera como fuese, la bromita le había venido de perlas para poner la carta del sexo sobre la mesa disimuladamente.

Me serví un poco de ensalada y un pedazo de pollo en mi plato sin saber muy bien lo que hacía. De repente me venían *flashes* de él y yo en una cama, desnudos y muy cerca. Sentí calor en mi cuello.

Él me miraba mientras masticaba, sin mostrar ninguna expresión en especial. Traté de no cegarme. Pinché un tomatito *cherry* y desvié el tema.

—Pues te informo de que no soy una chica de flores. —Nos sonreímos con esa complicidad que ya era característica de nosotros—. Y de que a mí me enseñaron que nunca debía dar por sentado que un hombre pagaría la cena. Es presuntuoso y un poquito retrógrado. Por educación, debo ofrecerme a pagar al menos mi parte.

Will giró su cuerpo para mirarme de frente y al hacerlo sentí la tela de su pantalón rozar mi rodilla desnuda. Di un largo trago a la bebida y después acomodé disimuladamente la servilleta de tela blanca que descansaba sobre mis muslos.

—Y te agradezco que te ofrezcas, de verdad. No todo el mundo lo hace. — Se pasó una mano por su espesa mata de pelo, alborotándolo ligeramente—. El caso es que, al margen de los consejos de mi padre, me gusta invitarte. Déjame portarme como un caballero contigo.

Me dedicó una miradita inocente que, por supuesto, no me creí. Negué con la cabeza sonriendo y me aventuré a entrar un poco en el juego.

—Entonces, ¿debo esperar que de aquí en adelante seas un caballero conmigo?

—Sí, así es. Aunque no puedo prometerte que lo sea las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana. Hay ocasiones en las que es más divertido no serlo —contestó, guiñándome un ojo con la elegancia digna de un actor de Hollywood de los 70.

Dios. Qué sofoco me dio de repente. Will sonrió enigmáticamente, disfrutando de las expresiones nada sutiles que iban apareciendo en mi cara. Yo dirigí de nuevo la copa a mis labios, intentando a mi vez ocultar mi reacción.

Continuamos comiendo hasta acabar el contenido de nuestros platos,

comentando lo que nos parecía la comida y mirándonos de vez en cuando sin disimular demasiado.

—Mira, para que te quedes tranquila, podemos hacer una cosa. —Se limpió la boca con su servilleta, la volvió a dejar sobre sus piernas y retiró su plato—. Yo pago la cena y luego, si nos apetece un helado del puesto ese que hay en la esquina, puedes comprarlos tú. ¿Qué te parece?

Reprimí una carcajada.

—¿Eres consciente de que estás usando una estrategia de influencia social con alguien que se dedica al *marketing*?

—¿Disculpa? —Frunció el ceño y dibujó una sonrisa despistada.

—Sí, eso que acabas de hacer se llama «portazo en la cara» y es una estrategia de *marketing* muy utilizada para contentar al consumidor —expresé con soltura—. ¿No lo sabías?

Me miró divertido, alzando ambas cejas. Obviamente no tenía ni idea de lo que estaba diciendo. Negó con la cabeza y se acomodó en su asiento echándose hacia atrás, con todo su cuerpo apuntando hacia mí.

—A ver, ilumíname.

—Es una técnica basada en un principio de reciprocidad —empecé a explicarle, intentando no sonar resabiada—. Se hace una petición elevada y si la otra persona la rechaza, se ofrece otra opción que case mejor con sus expectativas. Al rebajar uno la exigencia, el otro se siente en la obligación de ceder también. Se supone que como tú has hecho la concesión de dejarme pagar el helado, yo estoy en deuda contigo y debo aceptar que pagues la cena sin rechistar.

Lo vi asentir, asimilando mis palabras. Sonrió de nuevo.

—Interesante... ¿Y todas las técnicas tienen esa clase de nombres? —Se rascó la barba de dos días que llevaba, pensativo—. ¿Hay alguna que se llame, no sé, ventana en las narices?

Me reí.

—Bueno, hay otra conocida como «pie en la puerta».

Él se carcajeó, como si pensase que me lo acababa de inventar. Pero no, existía de verdad.

—¿Y a ti te preocupa no explotar tu vena creativa en tu trabajo? Con esos nombres seguro que hay opciones.

—Ese es el problema —dije, incapaz de evitar imprimir un deje de fastidio en mi voz—. Analizar el impacto de esas técnicas forma parte de mi trabajo, pero no crear sus contenidos. Me paso el día rodeada de estadísticas y

estudios de mercado y poco tiempo pensando en cómo aplicarlas a un servicio determinado.

Chasqué la lengua con un leve resquicio de resignación y después le sonreí, tratando de quitarle hierro al asunto.

Él continuó mirándome. Creo que captó lo que quería decir. Asintió con comprensión y me pidió que le hablase más de mi trabajo.

El camarero se acercó unos minutos después y nos retiró los platos. Como había buen ambiente decidimos quedarnos allí un rato más. Nos trajeron la carta de los postres y de los cócteles y pedimos de nuevo. A esa hora el local estaba bastante más lleno y empezaban a verse los primeros intrépidos que salían a la pista de baile que quedaba frente al escenario. El espacio para bailar era bastante reducido, pero dado que la mayoría de participantes eran parejas que buscaban estar lo más apretadas posible, la falta de sitio no parecía que fuese a ser un problema.

Y así siguió la noche. Postres tamaño degustación. Copa va, copa viene. Música de la que pone los pelos de punta envolviéndolo todo. Conversaciones entre los dos y monólogos de los míos, de los de los mil detalles y contarlos todo a tiempo real.

—Ay, Dios. No paro de hablar. Lo siento.

Llevaba como quince minutos haciéndole una exposición detallada de uno de los proyectos en los que me hallaba inmersa en esos días. Y detallada implicaba dar a conocer cifras, estrategias y objetivos. Y él aguantando. Asintiendo y sin interrumpirme prácticamente. Escuchando y sonriéndome como si no supiese cómo evitarlo. Igual se trataba del hombre de mis sueños y yo aún no lo sabía. ¿Dónde estaba el truco?

—No te preocupes, me gusta mucho escuchar tu voz.

Me quedé mirándolo como una tonta. La luz procedente de la pista arrancaba destellos a su pelo y hacía que sus ojos pareciesen de un azul mucho más claro. Señor, qué guapo era. Y cómo me gustó que dijera algo así, sin una nota de aburrimiento en su voz después de escucharme divagar durante tanto rato. Volví a notar calor en mi cuello y le devolví la sonrisa, con una emoción inesperada burbujeándome en el estómago.

En ese momento sonaba Otis Redding hablando de sus brazos, que se sentían solos y tristes, y Will me miraba de una forma tan intensa que me nublaba la mente. Así que entre eso, el ambiente cómplice que habíamos creado a lo largo de la noche y el alcohol que circulaba libremente por mi organismo, no medí mis palabras cuando volví a hablar.

—Pues espera a oírme en la cama, a veces también me da por no callarme.

Dejé de respirar al instante. Ambos nos quedamos muy quietos y se hizo un silencio pesado en la mesa por primera vez desde que habíamos llegado.

«Vamos a ver, Olivia. VAMOS A VER. ¿Es que no tienes autocontrol?».

Me quedé muda durante unos segundos eternos, con los ojos a punto de salirse de las órbitas mientras Will me miraba entre sorprendido y divertido.

—Madre mía, lo siento. No sé por qué he dicho eso. No quiero acostarme contigo. —Will alzó las cejas, no sé si porque le ofendí o porque era obvio que mentía—. Quiero decir que sí que quiero, pero no hoy. —Ay, Dios, eso era casi peor—. No... ¿Puedes matarme, por favor?

Will soltó una sonora carcajada que hizo vibrar su garganta y la parte alta de su pecho. Yo me tragué el bochorno como pude para seguir mirándole a la cara, dispuesta a no caer en la tentación de esconderme debajo de la mesa para no tener que verlo. Me rodeó la espalda con un brazo y me acercó a él para darme un beso en la sien. Jugó un poco con un mechón que había escapado de mi moño improvisado y al final yo me eché a reír también. ¿Qué otra cosa me quedaba?

—Perdona. No deberías dejarme beber más en tu presencia —dije con una risita, esperando que no fuera muy evidente lo nerviosa que estaba.

—¿Y privarme de estos momentos? No, gracias. Me gustan demasiado.

Me soltó y se giró un poco para quedar frente a mí, observándome con diversión.

—Así que hablas durante el sexo...

Vaya, por lo visto íbamos a hablar del tema. Qué bien. Conecté con mi fuente zen interior para tranquilizarme un poco y no parecer idiota al hablar.

—No siempre. Hasta yo sé que a veces hay que callar.

Asintió y siguió mirándome. Sus ojos brillaban como los relámpagos que trae consigo la tormenta y casi consiguieron que me olvidara de mi metedura de pata. Casi.

—Entonces tú también crees que esto acabará contigo y conmigo entre las sábanas...

No me lo preguntó. Estaba afirmándolo. Tragué saliva con fuerza.

A ver, «sábana» no es una palabra erótica, no nos engañemos. Pero juro por Dios que pronunciada por él en ese momento tuvo el mismo efecto en mí que si me hubiera dicho que iba a arrancarme la ropa y montárselo conmigo encima de la mesa.

Sentí algo cálido formarse en mi vientre. En cuestión de segundos, ese algo produjo un eco en todo mi cuerpo y sentí cómo se enrojecían mis mejillas y aumentaba la temperatura de mi piel.

—Sí, pero no hoy —contesté, tratando de parecer segura de mí misma.

—¿Y tienes idea de cuándo podría ser? —preguntó él, inclinando la cabeza y tomando una postura claramente provocadora.

Ay, ay. Qué hombre, cielo santo. Todo él emanaba un aura sensual que me atraía demasiado para mi propio bien. Yo tenía muy claro que no quería que pasara nada aquella noche, pero por Dios que algo en él parecía obligarme a entrar en el juego y adoptar una actitud bastante más sugerente de lo que era propio de mí.

—Cuando no podamos aguantarnos más. —Sonreí con complicidad y me acerqué un poco más a él (de forma totalmente involuntaria, claro).

Le vi abrir la boca ligeramente y no pude evitar deslizar mis ojos de su boca a la piel de su garganta, donde se hacía evidente que yo no era la única que estaba experimentando consecuencias fisiológicas producto de nuestro tonto.

—¿Y si te dijera que no creo que pueda aguantar mucho? —Sus ojos se oscurecieron peligrosamente cuando preguntó aquello.

«Ay, madre...».

—Te diría que la espera es la clave de la seducción.

—No podría estar más de acuerdo.

Me cogió la mano y, sin separar sus ojos de los míos, la besó con ternura mientras su dedo índice acariciaba el interior de mi muñeca, lanzando una descarga que conectó con mi entrepierna en el acto.

Me daba a mí que este de seducir sabía bastante... Y yo que soy más bien impresionable, pues ya me contaréis.

\*\*\*

—¿Y no intentó nada más? —preguntó Christina sorprendida.

Yo negué con la cabeza, al tiempo que removía con la pajita el batido de chocolate que me había pedido. Neal, Christina, Claire y Matt me observaban con interés después de que les relatara (por encima) la noche anterior, mientras merendábamos en The New como cada domingo.

—Ese tío es mi héroe —comentó Matt con tono burlón—. O un idiota, aún no lo tengo claro.

Christina soltó una carcajada y Neal, a su lado, trató de ocultar una sonrisa agachando la cabeza. Claire, que estaba sentada junto a mí, les lanzó una mirada inquisitiva a los tres. Apenas había hablado desde que nos habíamos sentado. Estaba rígida como una tabla, enrollando un mechón de su pelo en un dedo con tanta fuerza que a veces se le llegaba a poner blanco. Se encontraba visiblemente incómoda, tratando por todos los medios de esquivar la mirada de Neal, quien por su parte hacía todo lo posible para que ella le mirara a la cara.

Mi amiga apretó con cariño mi brazo y decidió interceder por mí.

—Pues a mí me parece muy bien que ella se pusiera en su sitio y que él la respetara.

Yo permanecí en silencio. Me llevé la pajita a los labios y di un largo trago, con la mirada fija en el collar que llevaba Christina, que lanzaba destellos dorados. Sabía que ahora venía la parte en la que ellos creían saberlo todo y debatían buscando en consenso algo que sirviera de explicación a los acontecimientos.

—Yo creo que sabe perfectamente lo que está haciendo —dijo Christina, y todos la miramos para que se explicara mejor—. Se está trabajando el terreno, asegurándose de que cuando quiera avanzar en serio, que Liv se eche atrás no sea una opción.

—Qué retorcida eres —intervino Claire de nuevo—. ¿No crees que pueda gustarle de verdad y que quiera ir con calma?

Sonreí al recordar la noche anterior por millonésima vez ese día. Sabía que tanto Christina como Claire podían tener razón. Ponía la mano en el fuego por la opción de Christina: Will se estaba preparando el terreno. No tenía ninguna duda de ello. Su forma de comportarse conmigo aquella noche llevaba una trayectoria clara, que tampoco se esforzaba en ocultar. Pero no parecía empeñado. Parecía disfrutar el proceso de «seducción», como lo había llamado. Quería conocerme; su interés en lo que a mí respectaba me parecía genuino, lo cual me llevaba a valorar la opción de Claire: ¿le gustaba yo de verdad y quería hacer las cosas bien, con calma?

Will tenía algo especial. Algo que por alguna razón casaba conmigo a la perfección y me despertaba sensaciones nuevas y diferentes. ¿El qué?, me preguntaba yo, y cada vez reflexionaba sobre el tema casi me faltaban dedos para enumerar los motivos: su mirada en la mía, su sonrisa de dientes perfectos, su forma de hablar, cuando yo no callaba y él me escuchaba como si no hubiera nada en el mundo que le interesase más, las chispas que saltaban

cuando nos tocábamos, que me hiciera reír... Siempre he tenido debilidad por los chicos que me hacen reír. Las hay a las que les gusta que les escriban poemas de amor, que les regalen flores o que las lleven a cenar a restaurantes de cinco tenedores. Y yo adoro que me hagan reír. Y Will había aprendido en un tiempo alarmantemente corto cómo hacerlo, con ese toque pillo tan suyo. Y si encima al besarme se paraba el mundo, supongo que no era de extrañar que en nuestra tercera cita yo ya estuviese perdida.

Me removí en mi asiento y centré mi atención de nuevo en la mesa.

—Claro que puede ser eso. —Esta vez el que habló fue Neal, y todos lo miramos con atención porque era la primera vez que se dirigía a Claire en lo que iba de tarde—. Pero no olvidemos que este chico no es de los que se echan novia. No digo que Liv no le interese de verdad, solo que no hay que perder eso de vista.

Por un momento pensé que Claire no le contestaría, pero se irguió en su asiento y la vi crujirse un dedo en su regazo (signo inequívoco en ella de que estaba cogiendo fuerzas para algo). Se apartó el pelo del hombro y ladeó la cabeza sutilmente.

—A mí me parece que Liv dejó claro que necesitaba tiempo y él se lo ha dado. Así, cuando pase algo, será porque ambos lo tienen claro y no porque se dejasen llevar más de la cuenta.

Ninguno contestamos. Nadie se movió durante los siguientes segundos. Puede que ni siquiera respirásemos hasta que fue estrictamente necesario. Matt agachó la cabeza, Christina miró a Claire con los ojos abiertos de par en par y yo miré de reojo a Neal, que tenía pinta de que le hubieran pegado con un bate en la cabeza.

Pensé que lo dejaría pasar. Neal nunca se metía en temas espinosos, y mucho menos con Claire. Siempre defendía su postura pero evitaba los conflictos que no veía necesarios, a excepción de tal vez con Matt. Pero es que Matt puede ser muy tocapelotas cuando quiere y hay que saber pararle los pies. La observó durante un tiempo, mientras Claire se esforzaba por mantenerle la mirada. Creo que ella era consciente de que lo que había dicho había sido un golpe bajo, y posiblemente a esas alturas ya se estaba arrepintiendo. Seguramente Neal también lo había percibido, pero aun así le contestó.

—Desde luego. Tener las cosas claras en estos casos es de gran ayuda, ahorra muchos problemas.

Lo dijo de una manera tan elegante que no pude más que sentirme orgullosa

de él. No pasó por alto aquel ataque gratuito de Claire y defendió su postura, pero no la dejó en evidencia.

Claire no volvió a abrir la boca en toda la tarde.

Di por zanjado el tema de Will muy pronto. Entre Matt, Christina y yo distendimos el ambiente, hablando de otras cosas. Aunque más o menos conseguimos desviar la atención de ellos, el resto de la tarde fue tenso y puedo decir que todos nos sentimos incómodos a nuestra manera. Y eso rara vez nos pasaba.

Cuando Claire y Christina se fueron al metro a final de la tarde, los chicos y yo decidimos cenar en una pequeña pizzería que hay a medio camino entre su casa y la mía. Pedimos dos pizzas tamaño familiar para compartir (porque ellos comen como cerdos) y tratamos de seguir con una conversación neutral, pero enseguida Neal se vino abajo. Se quedó callado, con la mirada perdida en los trozos de piña que se habían caído de la porción de pizza que estaba comiendo. Matt y yo intercambiamos una mirada de preocupación. No habíamos hablado entre nosotros del tema, pero ambos teníamos claro que el otro estaba al tanto de lo que estaba ocurriendo. Era imposible que Neal no lo hubiera hablado con su mejor amigo y compañero de piso, igual que no era posible que Claire se hubiera callado algo así.

—Venga, tío —dijo Matt, poniéndole una mano en el hombro—. Podría haber ido peor.

Neal levantó la mirada, observándolo con cierto aire cínico impropio de él.

—Sí, supongo que podría haberme tirado su bebida por la cabeza. —Se volvió hacia mí, esforzándose por que su cara no reflejara el disgusto que tenía encima—. Imagino que estaréis al tanto.

Yo asentí; no tenía sentido negarlo. Durante un breve momento me sentí violenta. Estaba segura de que en mi cara se traducían la creciente preocupación que me despertaba este tema. Era evidente que los dos lo estaban pasando mal, y esa tarde el ambiente había llegado a ponerse muy tenso entre ellos, contagiándonos al resto.

—Estuvimos con ella el viernes por la tarde.

—Entiendo. —Dio un largo trago a su Coca-Cola—. Yo pasé a verla ayer. Apenas había sabido nada de ella desde el miércoles por la mañana, pero la cosa no fue muy bien que digamos.

No contesté; de hecho, en los siguientes minutos ninguno hablamos. A pesar de las risas y conversaciones que se escuchaban en la pizzería, los

pensamientos de los tres se hacían oír en nuestras cabezas, dando vueltas al mismo tema. No era el fin del mundo, obviamente. Pero era una situación nueva para todos. El simple hecho de que Claire y Neal hubieran llegado tan lejos era reseñable. Y según pintaba la situación, las cosas iban a volverse muy complicadas.

En ese momento creo que todos empezábamos a sospechar que Claire y Neal no iban por el mismo camino, y la actitud pasivo-agresiva que estaba tomando Claire no ayudaba a suavizar las cosas.

No sabía exactamente de qué habrían hablado el día anterior, pero estaba claro que no habían solucionado nada. Claire no nos había contado nada al respecto, así que solo se me ocurría que no debía de estar muy orgullosa de sus acciones. Cuando ella se pone a la defensiva, como esa tarde, suele deberse a que está muy herida o a que es consciente de que está actuando mal. Y conociendo a Neal como lo conozco, y viendo la expresión de tristeza que no lo abandonaba, estaba casi segura de por dónde iban los tiros.

Matt no dejaba de revolverse en su asiento, callado pero visiblemente nervioso. Podía imaginar perfectamente lo que pasaba por su cabeza. Para él, nosotros cuatro somos su familia. Es un sentimiento que todos compartimos, pero su caso es diferente. Matt es hijo único y la única referencia que tiene del amor fraternal es la nuestra. Lleva con nosotras tres desde los trece años. Es a nosotras a quien ha acudido en todas sus grandes decisiones y problemas. Neal, por otra parte, es un hermano para él. Desde que se conocieron el primer año de universidad no se han separado, mantienen una relación muy estrecha y comparten todo, así que me jugaba un dedo a que para él esa situación era muy desagradable porque representaba una amenaza; la amenaza de que hubiera problemas en nuestra pequeña familia.

A Matt le gusta dárselas de tipo duro, aunque debería saber que no nos engaña a ninguno. No obstante, a pesar de toda esa sensibilidad que guarda en su interior, mi amigo no es conocido por su tacto. Así que sus intentos por calmar las aguas esa noche resultaron algo... torpes.

—Ya le he dicho que no la presione y que trate de no cagarla. De ninguna manera voy a permitir que pasemos a ser uno de esos grupos de amigos que tienen que quedar por separado.

—Ya te he dicho que eso no va a suceder —respondió Neal tajante, fulminando a Matt con la mirada—. Haré todo lo que esté en mi mano por evitar que eso pase, si tengo que tragar esa mierda de solo amigos, lo haré. Pero no voy a alejarme de ella. Y desde luego no quiero que vosotros os veáis

perjudicados por esto.

Se me encogió el corazón al verlo hablar así. Matt compuso una extraña mueca, como si le hubieran puesto bajo la nariz algo que desprendía un olor nauseabundo. Desplacé incómoda la vista hacia mi plato y pegué un buen bocado a la porción de pizza que tenía a medias.

Neal es un chico alegre, y ese día parecía estar totalmente destrozado. Abatido. Y me sentía mal por él. Di otro bocado y lo miré abiertamente, mientras él fingía no darse cuenta de que lo hacía. Quise preguntarle directamente qué sentía por Claire, y juro que tuve que morderme la lengua muy fuerte para no hacerlo. Y yo no soy de las que se callan sus observaciones, y menos cuando estoy en confianza.

Había algo en su expresión, en su rostro y en la tensión que emanaba de su cuerpo, que me decía que Neal no estaba confundido como lo estaba Claire. Neal sentía algo por ella, algo a lo que él era capaz de ponerle nombre y apellidos. Mantuve un diálogo interno conmigo misma acerca de por qué indagar en el tema no era un movimiento inteligente. Primero, cabía la posibilidad de que Neal ni siquiera me contestara. Al fin y al cabo, él sabía que por mucho que lo quisiera (y yo lo quería mucho) para mí Claire era mi hermana. Y aunque yo podía prometerle que no le contaría nada acerca de lo que él me confiara, él nunca estaría cien por cien seguro de mi silencio.

También estaba la opción de que él me contestara, yo jurara sobre el retrato de mi familia no hablar jamás del tema, y tuviera que vivir con el secreto de ahí en adelante, escondiendo a Claire una información por la que ella bien podría someterme a una tortura china con tal de obtener.

La tercera situación posible era que Neal me contestara sin mayor vuelta de hoja, y que yo no supiera qué hacer con la información por si acaso provocaba un mal mayor. Luego estaba la alternativa en la que él me confesaba sus sentimientos, yo se lo decía a Claire y ella me odiaba por decírselo.

Llegó un punto en el que perdí la cuenta de los posibles escenarios que podían producirse. Me parecía un terreno demasiado complicado como para meterme en camisas de once varas y arriesgarme a meter la pata hasta el fondo en algo que implicaba a dos personas imprescindibles en mi vida. Agité la cabeza, confusa, pero decidida a no preguntar nada peliagudo.

—Simplemente hay que dar tiempo a que las cosas vuelvan a la normalidad —prosiguió Neal, sin dirigirse a nadie en particular—. Esta ha sido la primera vez que nos juntamos todos desde... Bueno, ya sabéis.

Le apreté el brazo con cariño y le sonreí, tratando de infundirle algo de

ánimo. Sabía que para él mi postura era importante, porque valoraba mi opinión como amiga suya, y también como amiga de Claire que era de toda la vida.

—Dale tiempo, Neal —dije con dulzura—. Todo esto es nuevo para ella. Ahora está muy confundida, por eso actúa así.

Asintió muy despacio, con los ojos brillantes.

Entonces me di cuenta. Él la conocía como la palma de su mano y también había llegado a esa conclusión. Claire tenía tanto miedo de lo que sentía que la confusión se había apoderado de ella.

O por lo menos, eso era lo que Neal necesitaba creer para no darse por vencido.

## ¿Y si sí significa algo?

El verano era una de las épocas más complicadas en mi empresa. Las ventajas que proporciona el horario estival y las consiguientes horas de luz han de ser aprovechadas al máximo, por lo que el trabajo parecía multiplicarse. Por esa razón, muchas veces me tocaba adelantar tareas los domingos y por eso aquel domingo en concreto lo pasé encerrado hasta última hora de la tarde, cuando decidí salir un rato para despejarme con mis amigos.

Me levanté de la silla cuando los vi entrar por la puerta del pub diez minutos más tarde de la hora acordada. Colin y Larry eran mis compañeros de la universidad. Nos conocimos el primer año y habíamos sido amigos desde entonces. Esa noche Colin venía acompañado de Cassie, que era su novia desde el último curso de la carrera.

Aunque Cassie también era amiga nuestra desde hacía años, muchas de las veces que quedábamos para tomar algo ella no venía. «Los chicos necesitáis espacio para hacer y decir cosas de chicos», decía, y las veces que sí nos acompañaba no se comportaba como la novia de un amigo, era una más. Cassie era la única mujer en mi vida a la que yo consideraba amiga con todas las letras. Teníamos la suficiente confianza con ella como para que nos metiese caña a Larry y a mí cuando creía que nos lo merecíamos, que por lo general solía ser bastante a menudo.

Una vez estuvimos los cuatro sentados alrededor de la mesa de madera oscura, pedimos un poco de todo y nos fuimos poniendo tranquilamente al día, hasta que el peso de la conversación recayó en Colin y Cassie, que en esos días estaban haciendo obras en su casa.

—En principio solo íbamos a arreglar el salón, pero encontraron un problema con los azulejos de la cocina y al final nos hemos metido en eso también —explicaba Cassie, interrumpiéndose de vez en cuando para comer algo o dar un trago a su cerveza de importación—. Así que entre las obras y la fecha del estreno tan cerca, llevamos un mes horrible.

Cierto, la obra de Cassie estaba al caer.

—¿Cuándo era la obra? —quise saber yo—. ¿El sábado que viene o el domingo?

—El viernes, Will. El viernes a las seis. ¿No habrás hecho planes, verdad? —preguntó de pronto alarmada—. Si faltas al estreno de mi primera

obra, acabaré contigo.

Apuntó en mi dirección con el dedo índice en modo acusador y yo repasé mentalmente mi agenda de la semana, aliviado de tener la tarde del viernes libre de compromisos.

Cassie trabajaba en el mundo editorial, pero su gran pasión siempre había sido escribir guiones. Hacía cosa de un año había decidido meter cabeza en el teatro valiéndose de los contactos que había desarrollado gracias a su trabajo. Estaba a punto de estrenar su primera obra con un grupo de teatro local. Era un pasito pequeño, decía. Pero era un comienzo del que se sentía orgullosa.

—No, no. Tranquila. —Le dediqué una cálida sonrisa—. Claro que iré.

Asintió con firmeza y relajó un poco su pose. Cassie es un encanto, pero tiene mucho genio.

Larry y Colin empezaron a hablar de algo de la pretemporada de los Nicks y yo trataba de atender, aunque no estaba muy puesto en el tema. Cassie, por su parte, tenía la mirada fija en sus uñas pintadas de rojo que tamborileaban con fingida despreocupación sobre la madera de la mesa. De vez en cuando me miraba a través de sus espesas pestañas y supuse que estaba a punto de lanzar alguna de las suyas.

—¿Sabes, Will? También estará mi prima Nina. El día de la obra, digo.

Alzó las cejas con intención y su mirada guasona me inquietó. ¿Quién diablos era Nina?

—Perdona, ¿quién dices?

—Mi prima Nina, Will. La conociste en la fiesta que dimos en nuestro piso hace un par de meses. ¿No te acuerdas?

Mi cara no reflejó ninguna señal de reconocimiento porque, sinceramente, no recordaba a nadie en concreto de los asistentes a esa fiesta además de aquellos a los que ya conocía de antes.

—Sí, tío. La pelirroja tetona —soltó Colin, llevándose una mirada flageladora de su novia en el acto.

Yo negué con la cabeza. No caía.

—Que contó que trabajaba en Barney's.

Fruncí los labios. Ni idea.

—Que dijo que había hecho el crucero por los Fiordos Noruegos.

—Ah, joder. —Asentí al fin al recordar vagamente una conversación sobre dicho viaje en su apartamento—. Sí. ¿Qué pasa con ella?

—Que le preguntó a Cassie si ibas a venir.

Lo miré sin entender cuando puso su sonrisa de «no me digas que no es la

hostia, tío».

—Parece que le gustaste, Will —comentó Cassie, entrelazando sus dedos con los de Colin encima de la mesa—. Soltaste ese encanto tuyo delante de ella y ya sabes lo que pasa —acompañó el tonito impertinente con esa sonrisa suya que dejaba entrever que yo era algo así como un seductor nato—. Quiere que os conozcáis mejor.

Alcé las cejas con sarcasmo. Conocernos mejor implicaría que nos conociésemos algo, y yo no podía ni recordar su cara. Suspiré, queriendo cortar el tema de raíz.

—Chicos... dejadlo. Recuerdo que me pareció buena chica, pero nada más. No estoy buscando nada en este momento.

—William, tú nunca estás buscando nada. Eso no es ninguna novedad —apuntó Larry divertido.

—Sí, tío. Larry tiene razón. Tal vez deberías verte con Nina. Es una chica estupenda.

—No lo pongo en duda, pero de verdad que no es el momento.

Los tres se enzarzaron de pronto en una batalla contra mí, argumentando cosas como que para mí nunca era buen momento, que siempre encontraba excusas para lo que no me interesaba y que debería ser más flexible en este tipo de cuestiones.

Nunca me ha gustado que intenten organizar mi vida sentimental. Resoplé en mi silla antes de llevarme una patata a la boca y a continuación sentí una extraña satisfacción cuando salí en mi propia defensa, dispuesto a cerrarles el pico a los tres.

—No es el momento porque he conocido a alguien.

Mi comentario provocó que en la mesa se instalase un silencio artificial. Los tres se quedaron quietos, mirándome extrañados, como si hubiera dicho que había decidido dedicar mi vida a Dios y practicar el celibato hasta el fin de mis días.

Después de unos segundos, Cassie rompió el silencio.

—Will, si no te interesa mi prima no tienes por qué inventarte ninguna excusa —dijo ofendida—. Dilo y ya está.

Los chicos no dijeron nada, pero en sus caras pude ver que estaban de parte de Cassie. ¿Es que acaso no me creían? La situación me pareció absurda, y noté cómo una carcajada quedaba atascada en mi garganta. ¿En serio pensaban que mentiría sobre algo así con tal de evitar tener un acercamiento con la tal Nina?

Con una mueca divertida en mi rostro, desplacé mis brazos que descansaban sobre la mesa hasta mi regazo. Me erguí en mi asiento.

—No es ninguna excusa. Os lo digo de verdad. He conocido a una chica que... Bueno... —Joder, ¿cómo explicarlo?—. Me gusta.

Noté los tres pares de ojos clavados en mí, centelleando con curiosidad.

—¿Te pone o te gusta, Will? —preguntó Larry—. Son cosas distintas.

—Me gusta —contesté muy serio—. Bueno, también me pone. Pero me gusta.

Aquello debió de sonar muy gracioso viniendo de mí, porque la carcajada que soltó Colin a continuación resonó en todo el pub.

—Esto sí que es una novedad, William —dijo entre risas—. Tú, colado por una mujer.

Me pasé la mano por el pelo, que no me había molestado en arreglar demasiado antes de salir de casa, y lo despeiné aún más. Notaba cómo se endurecía mi gesto, perdiendo levemente el buen humor con el que había sacado el tema.

—¿Tienes quince años, Colin? Cállate y déjale en paz —le reprendió Cassie.

—Tráela. Tenemos que conocerla —dispuso Larry con rotundidad.

Fruncí el ceño, estrechando los ojos hasta convertirlos en una fina franja color azul. Quise aclarar las cosas de inmediato.

—Chicos, no. No os volváis locos. No va a haber una presentación en sociedad ni nada que se le parezca. Acabo de conocerla.

—¿Cuánto hace que la conoces? —preguntó Larry.

—La conocí el lunes.

—¿El lunes? Entonces ya te la habrás tirado, ¿no? Estamos a domingo. —La sonrisa mordaz con la que Larry acompañó esas palabras me sentó como un insulto.

Tirármela... Me parecía una palabra demasiado sórdida para todo lo que Olivia me despertaba. Sí, me gustaba a rabiar. Sí, me moría de ganas de acostarme con ella. Pero no era solo sexo lo que nos acercaba. Entre nosotros había algo más. Cada vez que pensaba en ello lo veía más claro.

—No, no me he acostado con ella —contesté secamente.

Sus expresiones fueron realmente cómicas entonces y casi llegué a sentirme ofendido, aunque en su defensa debo reconocer que prácticamente desde que me conocían, cuando me había gustado alguna chica no había pasado tanto tiempo hasta que la había llevado a la cama. No es que quiera

ponerme una medalla por ello, pero era la verdad. Normalmente, cuando una mujer me interesaba la cosa progresaba bastante rápido. Lo habitual era que en la primera o segunda salida cayesen. Y con Olivia, la cosa no solo no había avanzado al ritmo habitual, sino que estaba hablándoles de ella como si tuviésemos algo. Sonreí para mis adentros. En el fondo, hasta podía entender sus caras.

—A ver si lo he entendido... —dijo Colin alargando la frase con su característico tono socarrón—. La conociste el lunes, no te has acostado con ella todavía, pero nos hablas de ella como si estuvierais juntos.

Dejó la frase flotando en la mesa cuando el camarero se acercó para reponer las bebidas y preguntarnos si queríamos algo más. Mientras observaba cómo el muchacho quitaba la chapa de mi nuevo botellín de cerveza, me di un minuto para pensar qué podía decir para explicarme, pero no se me ocurrió gran cosa.

—Os he hablado de ella porque no me habéis dejado otra opción. No me tomabais en serio. Si no, no habría dicho nada. Sabéis que odio este tercer grado.

Me crucé de brazos y ese gesto me recordó al de un adolescente que se enfurruña con facilidad. No considero que sea de los que se cabrean por nada, pero tampoco soy un hombre paciente. Y ese tema hacía que me sintiera especialmente irascible.

—Dejadle en paz, chicos. No lo agobiéis. ¿Quieres hablarnos de ella, Will? —propuso Cassie con un tono extrañamente dulce.

¿Hablar...de Olivia? La miré confuso.

Una parte de mí no quería hablar de ella. Aún no le había hablado a nadie de que la había conocido y me gustaba que fuera así, como si de esa forma pudiera fingir que Olivia solo existía en un universo alternativo únicamente poblado por los dos, donde todo era nuestro y de nadie más. Como si al hablar de Olivia en voz alta se fuera a perder esa parte de mí que ella había despertado y que nadie más conocía. ¿Tenía lógica? Supongo que no, pero la verdad era que me aterraba dejar de sentirme así si al hablar de ella con otra persona de pronto despertaba para descubrir que todo había sido un sueño. O que todo era menos real. O, por el contrario, la realidad me engullía y desaparecía la magia. No sé. Sabía que no tenía sentido pensar así, pero nada de lo que sentía desde que la conocí tenía demasiado sentido para mí.

Además, ¿qué iba a decirles?

Su sonrisa hace que se me acelere la respiración. Cuando estamos muy

cerca mi pulso se vuelve loco. Cuando la escucho hablar siento un calor dentro de mi pecho que podría derretir los polos.

Suspiré. Conociéndolos, me llevarían a las Vegas contra mi voluntad esa misma noche y me obligarían a hacerla mi esposa. Por otra parte, me negaba a admitir todo aquello que se me pasaba por la cabeza en voz alta delante de nadie. Posiblemente solo estaba confuso y esas sensaciones acabarían desapareciendo. ¿Para qué traducirlas a palabras? ¿Qué ganaba yo? ¿Qué ganaban ellos?

Agité la cabeza, tratando de deshacerme de esos pensamientos, y me decidí por lo básico, sabedor de que insistirían hasta sacarme algo de información.

—No sé muy bien qué queréis saber... Se llama Olivia. Es de Nueva Jersey. Vive en Brooklyn. Trabaja en *marketing* y... no sé. Es... diferente.

Lo dije todo mirando a Cassie, porque estaba delante de mí y porque si alguno de mis amigos tenía un interés genuino en el tema, más allá de darme un rato la tabarra, era ella. Clavó sus enormes ojos azules en los míos y cuando me escuchó pronunciar la palabra «diferente» con un tono demasiado agudo para mí, las comisuras de su boca se elevaron lentamente hasta formar una sonrisa. Después de eso, se limitó a observarme detenidamente durante un rato mientras devoraba una grasienta alita de pollo, hasta que por fin se enderezó en su asiento, dispuesta a decir lo que fuera que le rondara la cabeza.

—Creo que deberías traerla a la obra. —Lo dijo con una determinación apabullante, como si fuera la estrategia más inteligente de cara a un plan concreto que yo desconocía.

Compuse una mueca de espanto. ¿Llevarla a la obra? ¿Cómo iba a presentarle a mis amigos?

—Cassie, no... No creo que sea buena idea. Es demasiado pronto. Y no... No.

—Quita esa cara de susto, tonto. —Se rio sonoramente—. No digo que se lo vendas como que vas a presentarle a tus amigos, solo... Mira, yo necesito gente que vaya a ver la obra y tú necesitarás quitarte a Nina de encima. Dile que una amiga tuya estrena su primera obra y que necesita llenar el aforo lo máximo posible.

Eché un vistazo a mis amigos que parecían estar de acuerdo con la idea de Cassie, pero ninguno añadió nada más por el momento.

A nuestro alrededor el pub seguía llenándose de gente. Había comenzado la hora feliz, en la que podías beber dos cervezas al precio de una, y un

montón de jóvenes se habían acercado para disfrutar de la música británica y de la bebida barata.

En la mesa en la que estábamos sentados nosotros, reinaba de pronto el silencio. Me rasqué la barbilla pasándome los dedos con cuidado por la barba que la cubría, mientras Larry se excusaba para ir al servicio. Colin le dijo algo al oído a su novia, y yo aproveché que había dejado de ser el centro de atención para mirar mi móvil. Abrí la ventana de conversación con Olivia y releí algunos de los mensajes que habíamos intercambiado ese mismo día.

*<Esta noche hacen El Mago de Oz. ¿Crees que debería verla?>*, me había mandado a la hora de comer.

*El Mago de Oz* era mi película favorita de niño. Se lo había dicho en una de nuestras salidas.

*<No es que crea, es que TIENES que verla. De principio a fin. Puedo ir a verla contigo, si eso te ayuda a decidirte...>*, había contestado yo.

*<¿Te pondrías esas gafas tan sexis?>*

Mientras deslizaba el dedo por la pantalla recordando nuestras conversaciones una sonrisa se negaba a abandonar mis labios, como me pasaba cada vez que pensaba en ella. En las últimas veinticuatro horas no había conseguido sacármela de la cabeza, a pesar de haber pasado el día dedicado a sacar adelante el trabajo pendiente. No era capaz de deshacerme del deseo que se había instalado dentro de mi pecho de pasar más horas a su lado, de hacerle mil preguntas para saberlo todo de ella, de ganarme el derecho a que estuviéramos tan cerca como fuera posible.

Volví a guardar mi móvil en el bolsillo y alcé la vista, captando justo en ese momento la imagen de Cassie y Colin riéndose y mirándose el uno al otro con adoración. Nunca me había incomodado ver lo mucho que se querían, pero ser testigo de sus gestos de cariño esa tarde me aturdió un poco.

Mientras Larry regresaba del aseo y tomaba asiento de nuevo a mi lado, mi cerebro empezó a funcionar a mil por hora, disparando un millón de pensamientos y rescatando una conversación que había tenido con Olivia unos días antes: «Esa complicidad, esa adoración con la que se miran, me remueve cosas. En el fondo creo que todos buscamos algo así en la vida, ¿no? Querer y que nos quieran de esa manera. Y ver un ejemplo de que existe, transmite un mensaje que quiero capturar».

Respiré hondo, notando cómo se producía el cambio de chip en mi cabeza. Quería seguir viéndola. Quería pasar más tiempo con ella.

Aclaré mi garganta y para sorpresa de todos, dije con voz firme y segura:

—Está bien... Lo pensaré.

Para ser sincero, no tuve mucho que pensar. La siguiente vez que la vi fue ese mismo martes a la hora de la comida. Y después el miércoles, al día siguiente. Como ya me temía, esa semana había empezado fuerte en el trabajo y estaba de reuniones y mierdas hasta el cuello, así que solo pude aprovechar esos dos huecos para comer con ella.

El del martes fue un encuentro bastante rápido, porque disponíamos de poco tiempo. El miércoles, en cambio, sí que pudimos extendernos. Yo logré llegar un poquito antes y ella irse más tarde.

Fueron dos ratos que dieron para mucho. No me considero una persona fácil de conocer. Quitando a algunos amigos y mi familia, el resto de relaciones que mantengo son bastante superficiales. Sin embargo, cada día que veía a Olivia me encontraba a mí mismo mostrándole más y más de mí. No tenía ni puta idea de por qué, era como si su mirada fuera fundiendo las capas que me envolvían hasta dejarme desprovisto de ellas y yo no tuviera más remedio que dejarla asomarse para encontrar qué había debajo. Había sido así desde el primer día. Algo me obligaba a ser yo mismo con ella, al igual que tenía la certeza de que ella era ella misma conmigo. Era como si mi cerebro reaccionara a esa forma de ser tan suya. Acción-reacción; causa-consecuencia.

Fue mientras la dejaba en la puerta de su edificio después de nuestro encuentro del miércoles cuando decidí que iba a invitarla al teatro. Quería hacerlo. Al fin y al cabo, ¿qué podía pasar? Si tomaba el consejo de Cassie, era un plan como otro cualquiera. Y era una excusa perfectamente válida para asegurarme de pasar con ella la noche del viernes.

Así que el viernes por la tarde quedé con Olivia en una parada de metro de Harlem y fuimos juntos caminando hasta el pequeño teatro donde tendría lugar la representación.

Hablamos animadamente mientras pasábamos por calles con las características fachadas de ladrillos rojos y por una conocida iglesia baptista, donde los domingos por la mañana tenía lugar una misa góspel.

No podía negar que estaba un poco nervioso ante la perspectiva de aquella tarde. Aunque no era una presentación de la chica con la que salía a mis amigos al uso, era un terreno completamente desconocido para mí. Tenía que plantear la situación de la manera más distendida posible. Nada de un solemne «Hola, chicos, esta es Olivia», rodeando sus hombros y mirándola con orgullo. Nada de «¿cómo os conocisteis?». Nada demasiado formal. Nada que

denotase nada. Un simple encuentro entre una chica y mis tres mejores amigos, que debían de ser, de lejos, las personas menos discretas de todo el estado.

En mi vida adulta nunca me había visto en una situación parecida a esa. Guardaba el recuerdo de los años de universidad en los que la chica de turno me acompañaba a alguna fiesta en la que también estaban mis amigos, o el haber intimado más de la cuenta con alguien que pertenecía al mismo círculo de gente que yo en un momento determinado de mi vida. Pero lo de esa tarde, llevar a Olivia a un lugar donde por narices coincidiría con mis amigos, era algo totalmente distinto. Por tantas razones que no quería ni pensarlas.

Cuando al llegar a la puerta del lugar nos encontramos con Larry sonriendo como un niño de siete años la mañana de Navidad, supe que no iba a ser sencillo. Era culpa mía. Si no hubiera reaccionado así el domingo pasado cuando les hablé de ella, todo podría haber quedado como algo mucho más casual. Una amiga cualquiera que me acompañaba a ver una obra para hacer bulto en la sala.

Hice acopio de todas mis fuerzas para mostrarme normal cuando presenté a Larry y Olivia. Sonreí como siempre, hablé risueño como siempre, haciendo caso omiso de lo aguda que sonaba mi voz y de lo húmedas que se encontraban mis manos de repente.

Me alegró comprobar que Olivia no solo era extrovertida conmigo y que la presencia de Larry no la incomodaba en absoluto. Mejor, porque no se separó de nosotros en toda la tarde. Esperamos con él allí hasta entrar, y una vez dentro, su butaca estaba justo al lado de las nuestras. Después de la charla introductoria de rigor, la búsqueda de los asientos y un saludo ciertamente incómodo a la prima de Cassie, con quien coincidimos dentro del teatro, dio comienzo la función. La verdadera razón de aquella tarde *sui generis*.

La obra resultó ser un éxito. No sé por qué esperaba encontrarme con un guion ligero con tintes cómicos, pero para mi sorpresa se trató de una historia compleja y muy bien construida, que rozaba lo dramático. Recuerdo que estuvimos aplaudiendo durante minutos una vez que finalizó y que me sentí verdaderamente feliz por mi amiga.

Pocas cosas pueden compararse a esa sensación de admiración y orgullo que se siente al ver a tus seres queridos triunfar en sus sueños.

Tras una especie de travesía para conseguir salir del teatro y poner un pie de nuevo en el calor de la calle, nos mezclamos con la masa de gente que se había aglomerado en la entrada y esperamos para saludar a Colin y Cassie. Volví a ponerme algo nervioso por el tema de Olivia. De mis amigos, Larry

era el más discreto y con él todo había ido bien. Eran los otros dos los que me preocupaban, y al verlos acercarse hacia nosotros, con unas inquietantes sonrisas dirigidas a Olivia, me pregunté si lo más sensato no habría sido salir de allí huyendo a la primera de cambio.

Para bien o para mal, no tuve que presentarlos. Después de saludarnos a Larry y a mí, que estábamos colocados antes, ellos mismos saludaron a Olivia como si la conocieran de toda la vida.

—¡Olivia! ¡Cuánto me alegro de conocerte!

Olivia rio, algo cortada, y aceptó el abrazo de Cassie, dándole la enhorabuena por la obra.

A continuación, le tocó el turno al cabrón de Colin. Quise pensar que fue la emoción por el éxito de la obra, que lo tenía en una nube, lo que le llevó a estrechar entre sus enormes brazos a Olivia, que parecía diminuta al lado de su metro noventa y pico de estatura.

—Hemos oído hablar mucho de ti. Todo bueno, no te creas. Parece que has impresionado a nuestro chico.

Puse los ojos en blanco desde mi posición, pero decidí no intervenir para no echar más leña al fuego. Permanecimos unos minutos más allí, intercambiando comentarios relacionados con la obra, hasta que puse una mano en la espalda de Olivia para decirle que nos marchábamos ya. No quería tentar a la suerte. Lo mejor era que nos fuéramos por nuestra parte.

—Venid a tomar una copa —propuso Cassie alegremente cuando leyó en mi cara la intención de separar nuestros caminos.

Todos, incluida Olivia, clavaron sus ojos en mí esperando una respuesta. Yo parpadeé, evitando poner mala cara ni sonar estúpido.

—Eh... No, Cassie. Tenemos planes.

—¿Y qué? Nosotros también. Tenemos una cena en un rato con la gente de la obra. Solo es una copa rápida antes de cenar. No seas aguafiestas.

Arqué las cejas con sarcasmo. Aguafiestas... Aguafiestas era ella que sabía perfectamente que no quería que se diera una situación como esa. Fue lo primero que le dije cuando, después de confirmarle que iría acompañado, se mostró entusiasmada en exceso.

Colin y Larry, por supuesto, estaban de parte de Cassie y me daban palmaditas en el hombro animándome a que accediera. Olivia me miraba con los hombros encogidos y una falsa expresión de disculpa que daba a entender que por ella estaba todo bien.

—¿Te parece bien ir con ellos? —le pregunté.

—Claro, ¿por qué no?

—Va, tío, no seas egoísta. No es para ti solo, ¿sabes?. Nosotros también queremos conocerla —dijo guasonamente Colin, con un movimiento de cejas que arrancó una carcajada al resto.

Maldije en silencio a toda su estirpe antes de dejarme arrastrar al pub más cercano.

Nos dieron una mesa para cinco justo al lado de la puerta y nos hicieron pagar las bebidas nada más traerlas. La música estaba bastante alta, obligándonos a mantener un tono de voz algo elevado.

Yo me encontraba en la cabecera de la mesa, presidiendo el encuentro. A mi derecha estaba Olivia y a la izquierda Larry. Escuché a Olivia hablar con Cassie sobre la obra, analizándola como si la hubiera visto miles de veces y no solo una. Viendo a las dos hablar cómodamente, como si fueran viejas amigas, me permití relajarme un poco y unirme a la conversación de Larry y Colin.

—Cuánto me alegro de que hayas decidido venir —oí a Cassie decir a Olivia cuando ya íbamos por la segunda consumición—. Es un placer no ser la única chica por una vez. Siempre estoy sola con esta panda de impresentables. El peor, el tuyo.

Casi me atraganto con un cacahuete al escuchar de pasada el comentario de Cassie, a pesar de no estar incluido en la conversación. El suyo... *Suyo*. De Olivia. La miré de reojo para calibrar su reacción, pero no me pareció afectada por el comentario, solo rio en respuesta. Decidí hacer caso omiso de la sensación extraña que me habían despertado las palabras de Cassie.

—Es broma. El peor todos sabemos que es el mío —continuó Cassie, dirigiendo una mirada socarrona a su novio.

Colin se defendió del ataque cómplice de Cassie y así los chicos fuimos incluidos en su conversación, iniciando un diálogo los cinco. Hablamos sobre el éxito de la obra, de los cotilleos de algunos de los actores y de la presencia de la prensa local a última hora, que había puesto a Cassie de los nervios. Fue un rato sorprendentemente divertido. Tuvimos una conversación como un grupo de amigos normal de nuestra edad, y yo no hacía más que maravillarme por la adaptación de Olivia. Contó algunas anécdotas que hicieron reír a carcajadas a mis amigos, participó en todas las conversaciones e incluso flirteó abiertamente conmigo delante de todos. Conforme avanzaban las manecillas del reloj, la reticencia que había albergado acerca del encuentro fue desapareciendo de mi mente. Simplemente aprendí a disfrutar del hecho de

tomar algo con mis amigos de toda la vida y la chica que me gustaba.

Mis amigos parecían encantados con mi acompañante. Le hacían todo tipo de preguntas y la escuchaban con atención. En ocasiones parecía una entrevista para algún puesto determinado. Eso, o que estaban realmente interesados en averiguar qué tenía aquella chica para que mi fascinación por ella fuera tan evidente.

Después de un buen rato de conversación y risas, Olivia se excusó para ir al aseo. La seguí con la mirada mientras sorteaba las pequeñas mesas hasta llegar a la barra, donde supongo que preguntó dónde se encontraban los servicios. No dejé de mirarla hasta que reanudó la marcha y desapareció por el estrecho pasillo del fondo de la sala.

Esa noche llevaba un vestidito de lunares que le sentaba como si lo hubiesen diseñado exclusivamente para ella. ¿Tenía alguna prenda de ropa esta mujer que no le quedara bien? Hasta la fecha solo había llevado pantalón el miércoles a la hora de la comida, y pasé parte del tiempo frustrado porque eché de menos ver sus piernas. Hoy estaba feliz de volver a verlas. Agradecí en silencio su evidente predilección por las faldas, que me permitía admirar sus piernas y fantasear con perderme por su piel durante horas.

Decidí abandonar esa línea de pensamiento y al girarme de nuevo hacia la mesa, me di cuenta de que mis amigos me observaban sonriendo como idiotas. Era obvio que me habían pillado mirándola embobado. Tardé una milésima de segundo en volver a sentirme incómodo.

—Ahorraos lo que sea que vayáis a decir —advertí, acabándome de un trago lo que quedaba de mi cerveza.

—William... estás muy pillado —dijo Colin dando una palmada en el aire, como si su equipo favorito acabase de anotar un tanto.

Resoplé con cierto fastidio.

—No digas gilipollices, anda. Apenas la conozco.

—Entonces, ¿te importa que le pida su número? —intervino Larry con una sonrisita insolente.

¿Es que acaso era idiota?

—En tus sueños, capullo —le contesté bruscamente.

—Sí, en los húmedos, no te jode. Es una preciosidad.

¿Qué coño...? Endurecí mi gesto.

—No te pases.

Los tres estallaron en carcajadas ante mi reacción y entendí que estaban de coña. Pasé la mano por mi pelo, deslizándola hasta detenerla en la nuca. Con

la otra mano daba vueltas a mi vaso vacío, sin despegar mi mirada de sus caras.

—¿No ves que se está quedando contigo, tonto? —se rio Cassie—. Y tú estás picando.

—Sí. Se te ve el plumero, chaval —intervino Colin con una sonrisa—. Pero no te culpo. Es fantástica.

Larry y Cassie asintieron, visiblemente de acuerdo con dicha afirmación. Ni yo pude contener una sonrisa entonces, porque era completamente cierto. Pero tampoco quería darles más coba; a mis amigos les das la mano y te cogen el brazo entero. Si decía en voz alta todo lo que me pasaba por la cabeza no me dejarían en paz. Nunca. Y lo que era peor, no confiaba en que fueran discretos respecto al tema cuando Olivia regresara del aseo.

—Cortad el rollo, en serio —dije con mejor humor—. Esto no entraba en los planes. Ya lo sabíais.

Cuando les informé de que había decidido invitar a Olivia al teatro les advertí de que no quería ningún numerito, ni comentarios incómodos, ni propuestas de planes conjuntos. Aunque no podía negar que lo había pasado bien, ahora que empezaba a ver la situación desde su perspectiva me preocupaba el mensaje que podía estar lanzando. Olivia no era mi novia. No sabía siquiera si quería que llegara a serlo algún día. Y no quería que nadie, empezando por mí mismo, sacara conclusiones precipitadas de esa noche.

Hasta que Olivia volvió a la mesa, los muy críos siguieron mirándome con sonrisitas, como si yo fuera un espectáculo digno de admirar. Apenas se había sentado de nuevo cuando yo anuncié que nos marchábamos de allí. Me miró extrañada, pero no comentó nada. Yo no quería arriesgarme a que mis amigos se aventuraran a poner palabras a todas aquellas ideas románticas absurdas que rondaban por sus cabezas y que prácticamente podía oír desde mi asiento. No. Hasta ahí había llegado el experimento.

Olivia se despidió afectuosamente de todos y les dijo que les había encantado conocerlos.

—Estoy seguro de que volveremos a vernos —le dijo Colin con una misteriosa sonrisa.

Puse los ojos en blanco y antes de pararme a pensar lo que hacía, entrelacé mis dedos con los de Olivia y salimos del pub.

Un rato después estábamos sentados el uno frente al otro en el pequeño restaurante donde habíamos decidido cenar. Y digo pequeño porque había seis mesas en total. Era un sitio modesto que pasaba desapercibido entre tantos

bares y restaurantes como había en esa zona, que era una de las más céntricas de Harlem.

Mientras estudiábamos la carta, Olivia me miró y me preguntó si me pasaba algo. Había estado bastante pensativo desde que habíamos dejado a mis amigos.

—A mis amigos les has gustado —contesté yo, obviando lo que me había preguntado en realidad.

—¿Y eso es malo? —Sonrió, algo desconcertada.

—Claro que no. Aunque siento la encerrona, no entraba en los planes.

Creo que fue mi tono serio al decir esa última frase lo que me delató. Ella me miró y supo perfectamente a qué me refería, y posiblemente también el porqué.

—Lo sé. Tranquilo, sé perfectamente de qué iba lo de hoy. No creas que pienso que significa algo que no es. —Me sonrió con franqueza—. Ha estado bien, pero los amigos, al fin y al cabo, son... familia. Y nosotros acabamos de conocernos.

La miré y me di cuenta de que era sincera, y de que era tan comedida para según qué temas como yo. Me ganó un poquito más con ese comentario, porque supe que no pediría nunca más de mí de lo que yo quisiera darle. Continué mirándola fijamente durante unos segundos más. Joder, era una chica increíble. Divertida, sexi, dulce, lista. Era un puto sueño.

—Gracias por entenderlo —le dije mirándola a esos ojos suyos que tan hechizado me tenían—. Aunque tienes que saber que me ha gustado tenerte con nosotros. Te los has metido a los tres en el bolsillo, ¿sabes? Dime, ¿hay alguien a quien no le gustes de entrada?

Soltó una carcajada y me miró con su ya típica caída de pestañas, imprimiendo un toque de flirteo a la conversación.

—Ah, pero... ¿es que a ti te gusto?

Me reí en respuesta y le dediqué una mirada que no dejó lugar a dudas.

Pedimos la cena y una copa de vino rosado. Mientras esperábamos a que nos sirvieran, me percaté de que mi camisa se había quedado enganchada en una de las varillas de la silla de madera. Con sumo cuidado traté de liberarla, esforzándome por lograr que no se rasgara o que le quedara algún enganchón que estropeará el tejido azul marino.

—¡Eso es el karma! —dijo Olivia reclinando la cabeza hacia atrás, riéndose a carcajadas.

Desplacé mi mirada de mi camisa hacia ella y solo pude contestar de la

misma manera. Lo decía porque cuando habíamos tomado asiento había cambiado mi silla por la de la mesa de al lado al darme cuenta de que estaba coja y el señor que se había sentado en ella un rato después había tenido que poner una servilleta doblada bajo la pata de la mesa para cenar tranquilo. Según ella, el karma había actuado y por eso había estado a punto de perder una buena camisa.

Después de unos cuantos minutos de sutil forcejeo conseguí resolver el asunto. Solo quedó un pequeño enganchón apenas perceptible.

—Muy graciosa —dije con una sonrisa, mientras me acomodaba de nuevo con cuidado en la silla—. ¿Crees en esas cosas?

Me miró con cierto aire travieso, mientras masticaba una aceituna. Como era habitual en ella, a esas alturas ya se había recogido el pelo. En esa ocasión, una graciosa coletita descansaba en lo alto de su cabeza.

Fingió estar reflexionando brevemente y, antes de hablar, apoyó la cabeza en sus manos.

—Soy de la creencia de que algo rige el cosmos. No creo en el destino, ni en que estemos predestinados, ni nada de eso. Creo que elegimos nuestros caminos, pero que con el tiempo se puede hacer una lectura cósmica de las decisiones que hemos ido tomando. Pero sí que creo en el karma. Justicia cósmica, si lo prefieres.

Di un trago a mi bebida y la miré divertido. Esa mujer era una caja de sorpresas. Lo mismo me hablaba de las estrategias de *marketing* que utilizan las grandes multinacionales, se ponía tierna hablando de la familia o me salía con filosofía mística.

—Explícame eso de la lectura cósmica, por favor —le pedí con una sonrisa.

Asintió animadamente.

—A veces se nos presentan dos posibles caminos y tenemos que decidirnos por uno, que trae situaciones específicas. O a veces nos ocurren cosas a las que no les vemos sentido, pero que traen consecuencias necesarias para un cometido concreto. Con el tiempo ves la imagen completa y entiendes que gracias a algo que viviste en el pasado, has llegado a donde estás ahora.

—Hizo una pausa para darle un trago de su bebida. Se limpió la boca con la servilleta de tela y prosiguió—. Por ejemplo, yo siempre soy muy previsor, porque soy un poco desastre, más que nada, y como me conozco, pues intento organizarme con tiempo. Aun así, la semana pasada, no sé por qué razón, dejé para último momento ir a por el regalo de Claire. Ahora veo que si no lo

hubiera hecho así, tú y yo nunca habríamos coincidido en Macy's. No habríamos salido a cenar y ahora no estaríamos aquí. Ese sería un caso de lectura cósmica a pequeña escala. ¿Qué te parece?

Pues que bendito fuera el karma, el cosmos o como quisiera llamarlo. Y benditas fueran también las casualidades. Prefería no pensar en lo cerca que habíamos estado de no coincidir aquella tarde. Todo podría haber quedado en un encuentro con una chica a la que vi dos segundos en un restaurante y nada más.

Aparté mi vista del vaso y la dirigí hacia Olivia. Ella tenía su mirada fija en mí, como siempre que hablábamos. Como si estuviera intentando descifrarme ayudándose de las microexpresiones que se formaban en mi cara en todo momento. Por alguna razón, yo disfrutaba sintiéndome observado por ella. Supuse que porque yo hacía lo mismo. Si Olivia estaba delante de mí, yo era incapaz de apartar la vista de ella porque necesitaba ser testigo de todas sus reacciones y sus gestos para conseguir conocerla mejor.

—Ya entiendo. En ese caso le debo una muy buena al cosmos. Sin duda conocerte es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo.

Sonrió maliciosamente.

—Sí, ¿eh?

Su mirada juguetona me ponía malo. Era como si tuviera una línea directa con el mecanismo que aceleraba los latidos de mi corazón y con el que inyectaba vida a mi entrepierna. Dos cosas que nunca había pensado que tenían por qué funcionar unidas, pero que, por alguna razón, con ella no podían ir separadas.

—Sí. —Me aclaré la garganta y acomodé disimuladamente mis pantalones—. Entonces algo muy bueno he debido de hacer en el pasado para que el karma me recompensara, ¿no es así?

—O algo muy malo te ha pasado y el universo ha querido equilibrar las cosas.

Solté una carcajada.

—¿Dedicas mucho tiempo a pensar en estas cosas?

—No, claro que no. Solo creo que todo pasa por algo, aunque no sepamos ver el porqué en el momento.

Los ratos con Olivia siempre eran divertidos. Tenía el don de distender el ambiente y al mismo tiempo abordar las conversaciones con el grado de profundidad adecuado para dos personas que buscan conocerse mejor. Me gustaba. Lo hacíamos fácil, hablando de todo un poco, haciéndonos reír,

tonteando abiertamente. Estuvimos comentando cómo había sido la tarde con mis amigos y después abordamos el tema de qué planes teníamos los próximos días, tanteando así si volveríamos a vernos pronto.

—Mañana tengo una reunión fuera de la ciudad a primera hora —le dije.

Abrió los ojos de manera que sus largas pestañas casi le acariciaron las cejas. Tardé un segundo en entender que estaba analizando las implicaciones que ese hecho tenía de cara a sus expectativas acerca del final de la noche. Sonreí al ver que no era el único que había pensado en el tema.

Olivia pestañeó rápidamente y continuó cortando su filete con salsa de pimienta como si tal cosa.

—Podrías venir a Brooklyn por la tarde.

—¿Y pasar juntos el resto del fin de semana? —me atreví a preguntar.

Levantó la mirada de su plato y se cambió de posición en su silla, acomodándose para estudiar mi expresión.

—¿Eso no es suponer demasiado, caballero? —me preguntó burlona.

—No lo sé. Dímelo tú ¿Qué has sentido cuando te he dicho que mañana tengo que irme pronto de la ciudad?

Le sonreí con intención y las cejas en alto y ella volvió a reírse, revelando con su reacción que a ella también la decepcionaba que no pudiéramos irnos a casa juntos esa noche. Me sonrió y nos quedamos un rato mirándonos, siempre envueltos en esa atmósfera con un toque misterioso. Con la complicidad de quienes guardan un secreto que no pueden nombrar en voz alta.

Con Olivia me pasaba algo extraño. Cada vez que salíamos me debatía entre mis ganas de llevarla a mi casa y follármela durante horas, y la necesidad que sentía de estar simplemente cerca de ella y conocerla en los otros aspectos de su vida. Solo ella y yo, hablando, pasando las horas. Acercándonos a niveles profundos que no había explorado antes con nadie.

Habían pasado once días desde que la conocí. Las otras veces que habíamos salido habíamos acabado compartiendo besos a oscuras y tocamientos por encima de la ropa en algún lugar discreto, pero para dos adultos activos y sin compromisos como éramos nosotros, eso es algo que muy pronto deja de ser suficiente. Entre nosotros existía una potente química a nivel físico imposible de obviar.

Lo que más me descolocaba de todo este asunto, era que yo mismo hubiese querido esperar un poco. Con cualquier otra, haría días que la hubiera tenido entre mis sábanas. Pero por alguna razón no era eso lo que yo buscaba. Quería llevarnos a ambos al límite para que cuando ocurriera fuera especial, y así que

ella notara hasta qué punto se me estaba metiendo dentro. Lo que teníamos era diferente y quería actuar en consecuencia a ello, por eso ni se me pasó por la cabeza proponerle que viniera conmigo a mi casa esa misma noche. Al día siguiente debía levantarme muy temprano. Demasiado temprano para ser un sábado. Y demasiado temprano para ser la primera mañana que despertásemos juntos.

Después de nuestras confesiones encubiertas y después de habernos terminado el postre, salimos de nuevo a la calidez de la calle, que a esa hora estaba completamente desierta. Debíamos de ser los últimos que quedaban en todos los locales de la zona. Caminamos un par de metros en silencio cogidos de la mano, y tuve la sensación de que prácticamente podíamos oír pensar al otro.

Al doblar la primera esquina me detuve al notar las palabras que quería decirle ardiéndome en la garganta. Olivia se paró justo enfrente de mí. Acaricié su pelo con una mano y con la otra toqué su mejilla, tratando de tranquilizarme un poco y, a la vez, buscando el nervio suficiente para poder transmitirle lo que sentía.

—Me alegro mucho de haberte conocido, ¿sabes?

Una sonrisa preciosa se desplegó en su rostro.

—Yo también me alegro, Will. De verdad que sí.

—Me gusta estar contigo —dije muy serio, clavando mis ojos en sus pupilas dilatadas—. Hacía muchísimo tiempo que no disfrutaba tanto el aspecto no sexual de estar con una chica.

Soltó una carcajada, a la que yo contesté con una sonrisa ladeada. ¿Había sido demasiado claro? La miré. Dios, me encantaba su risa. Y me encantaba cuando al reírse se movían las aletas de su nariz.

Apoyó su delicada mano en mi pecho y solo sentir el calor de su palma a través de la fina tela de mi camisa, me excitó. Así de grave estaba.

—No irás a decirme que me ves como una amiga, ¿no? —preguntó con picardía, sabedora de la respuesta a esa pregunta.

—Claro que no. —La acerqué a mí, dibujando con mis manos el contorno de su silueta—. Me gustas de verdad. Toda tú. Todo lo que quieras darme.

Mi tono de voz fue más intenso de lo que pretendía. Olivia se limitó a mirarme con los ojos ligeramente entornados, pero no contestó. Tampoco sé qué esperaba yo que dijera, la verdad. Posiblemente un «quiero dártelo todo» me habría puesto los huevos de corbata por aquel entonces. Pero juro que en mi interior estaba siendo sincero. Creo que ahí una parte de mí ya sospechaba

que acabaría queriéndolo todo de ella.

—Menos mal, porque empiezo a notar los efectos de la espera de la seducción.

No me sorprendió oírle decir algo así. Ya me había acostumbrado a su exquisita espontaneidad y a esa forma que tenía de romper el hielo, valiéndose del primer comentario que viniera a su cabeza.

—Dicen que todo lo bueno se hace esperar —susurré, acariciando la delicada piel de su cuello.

—Ya, eso he oído.

—Te prometo que sí.

No quería decirle abiertamente que, aunque me muriese de ganas, no iba a llevarla a mi casa esa noche. Entre otras cosas, porque si ella hacía algún comentario intentando disuadirme yo cedería. La deseaba tanto que empezaba a costarme pensar con claridad. Pero seguía teniendo claro que no era buena idea. Yo no quería un aquí te pillo aquí te mato. Quería durar toda la noche y parte de la mañana, y no me gustaba la idea de dejarla sola en mi casa al día siguiente ni marcharme de su casa como un cabrón escurridizo antes de que ella se despertara.

Miré a mi alrededor para asegurarme de que no había gente por la zona, y nos acerqué a la pared de ladrillo rojo que quedaba justo detrás de nosotros. Necesitaba tenerla más cerca y, de paso, despejar cualquier duda que ella pudiera albergar acerca de mis intenciones. En cuanto la apreté entre la pared y mi cuerpo, sus labios se curvaron maliciosamente en una sonrisa. Acerqué mi boca a la suya y nos besamos. Lento al principio, más intenso después. Su boca conservaba el regusto de la tarta de chocolate que había pedido de postre. Sus labios eran suaves y encajaban con los míos a la perfección. Pensar en eso me aceleró. La escuché gemir contra mi boca y acabamos besándonos de manera casi desesperada contra la pared, dejando perfectamente claro que la espera sí que era clave en la seducción y que ambos deseábamos que llegase a su fin.

Fueron besos profundos, hambrientos y necesitados. Olivia enredó sus dedos en mi pelo, dando pequeños tirones de vez en cuando que me volvían loco. Mi cerebro parecía que se hubiera desconectado de repente, inundado como estaba de sensaciones que no dejaban espacio para nada más. Me encontraba inmerso en una neblina que me consumía y que solo permitía que actuara por instinto. No recordaba haberme entregado tanto a un beso y a unas cuantas caricias en la vida, y menos en plena calle. Llegó un punto en el que ya

no pensaba, solo era capaz de sentir. Sentía su piel caliente contra la mía, las suaves curvas de su cuerpo bajo mis manos, su dulce lengua dentro de mi boca y los sonidos que a ambos se nos escapaban sin poder evitarlo.

Deslicé mis manos hacia su trasero, que hacía días que soñaba con tocar de verdad. Acaricié sus muslos y el principio de la deliciosa piel de sus nalgas, que asomaba bajo la tela de su ropa interior. Hundí mis dedos en su carne con fuerza y a ambos se nos escapó un jadeo.

Olivia estaba tan desatada como yo. Respondía a mis caricias con dulces lamentos que me encendían todavía más. Acarició mi pecho con impaciencia y se apretó aún más contra mí, presionando tanto su vientre contra mi erección que por un momento temí acabar corriéndome en los pantalones. La tenía tan dura que era imposible que ella no notara el enorme esfuerzo que estaba haciendo por no arrastrarla al portal más cercano y metérsela allí mismo.

Tras minutos de dejarnos llevar, me obligué a relajar el asunto antes de hacer ninguna tontería. Ambos suspiramos y poco a poco fuimos rebajando la intensidad del beso. Aquello estaba cogiendo un ritmo que nos transportaría pronto a un punto de no retorno. Alejamos nuestras bocas, sin separar del todo nuestros cuerpos. A los dos nos faltaba el aire cuando nuestras miradas se encontraron, ambas empañadas por la fuerza del deseo que nos envolvía.

Mis manos abandonaron su cintura y se desplazaron a su cara. Le sonreí y deposité un casto beso en su frente, antes de susurrarle con voz trémula:

—Por si aún no lo sabías, te deseo con locura.

Olivia asintió, haciéndome entender sin palabras que el sentimiento era recíproco. Se apretó la coleta con las manos y alisó la falda de su vestido y la tela de mi camisa. Paseó de nuevo la palma de su mano por mi pecho, y sonriendo murmuró una de esas frases suyas para romper el hielo que nos hizo estallar en carcajadas.

Le pasé una mano por los hombros y acto seguido reanudamos el paso. Caminamos unos cuantos metros en silencio, recuperando poco a poco la normalidad.

Nos detuvimos cuando llegamos a la calle principal más cercana, donde ella cogió su taxi.

—Entonces, ¿nos despedimos aquí? —preguntó, ya frente a la puerta de un taxi amarillo.

Miré el reloj. Las dos de la madrugada.

—Hasta dentro de dieciséis horas, sí.

—Te va a encantar Brooklyn.

Le sonreí de medio lado y la volví a besar.

—Seguro que sí.

Seguimos mirándonos mientras ella se sentaba dentro del taxi y cerraba la puerta. Yo me quedé allí de pie, observando cómo el vehículo doblaba en la primera esquina hasta desaparecer de mi vista. Suspiré hondamente.

De mañana no pasaba. Y ambos lo sabíamos.

## ¿Quiero algo más?

Cuando vi que Will ya estaba esperándome en la parada del metro de Borough Hall, quise darme cabezazos contra la pared. Lo mío tenía delito. Siempre, siempre, llegaba él antes, para entonces ya lo tenía asumido. Pero que viviendo yo en Brooklyn también tuviera que esperarme, me dio hasta vergüenza. Daba igual con cuánta antelación empezase a prepararme, que ya me las apañaba yo para llegar cinco minutos tarde. Era una maldición. Miré mi reloj dorado de muñeca y vi que la aguja solo pasaba tres minutos de las seis. Eso me tranquilizó. Aligeré un poco el paso hasta llegar a él que, situado de espaldas a mí, echaba un vistazo de reconocimiento a la zona.

Me detuve al llegar donde estaba y le tapé los ojos, aprovechando que no me había visto. Noté cómo sonreía. El muy bobo empezó a decir nombres de chica al azar, bromeando como si intentara adivinar de quién se trataba. Me reí pegada a su cuello y acto seguido se dio la vuelta para poder acercarme más a su cuerpo.

—No sabes las ganas que tenía de volver a verte —susurró en mi oído.

—Me viste hace unas horas.

—Las más largas de mi vida, sin duda.

Yo no sé si es que estaba especialmente sensible o que había estado recreándome más de la cuenta pensando en las ganas que tenía de él, pero al escuchar su voz sentí una corriente recorriendo mi piel y una oleada de calor por todo mi cuerpo, que nada tenía que ver con los treinta y cinco grados de temperatura que había en esa tarde de sábado.

Nos miramos y nos besamos despacio, conteniendo las ganas de hacerlo durar. Al separarnos yo dije alguna tontería, y a continuación iniciamos una improvisada excursión cogidos de la mano, que acabó llevándonos hasta el maravilloso paraje que era Brooklyn Heights Promenade.

Fuimos avanzando despacio por esa zona, admirando la naturaleza y las vistas que lo rodeaban. Le conté todo lo que había leído sobre el barrio de Brooklyn Heights que aún recordaba, como que es considerado históricamente el primer suburbio del país o que Truman Capote vivía allí cuando escribió *Desayuno con diamantes*.

Nos detuvimos en uno de esos lugares que para mí era especial: el mirador a orillas del Río Este. Desde allí se podía apreciar unas fantásticas vistas del

Bajo Manhattan, que nos saludaba al otro lado del río. Me apoyé en la barandilla de hierro para apreciar el increíble perfil de los edificios que constituyen Wall Street, el Ayuntamiento y la Zona Cero. Daba igual cuántas veces hubiera disfrutado de aquella panorámica, siempre me quedaba embobada mirándola.

Aún quedaba un rato para la puesta de sol, pero el cielo empezaba a mostrar los tintes rosáceos de última hora de la tarde. Los rayos dorados empezaban a resultar molestos a la vista debido a su resplandor. Aunque había sacado cientos de fotos desde esa misma posición, no pude evitar sacar mi móvil para capturar ese momento. Toda la vida he sido de la creencia de que no se pueden obtener dos fotografías iguales. Aunque estés en el mismo lugar exacto y a la misma hora, siempre habrá matices diferentes. El sol brillará con distinta fuerza, un mayor o menor número de nubes ocuparán el cielo o el agua brillará más o menos, reflejando un día el azul del cielo y otro, los rayos del sol. Además, la fotografía que me disponía a sacar aquella tarde tenía algo que la hacía única entre todas las demás que había hecho hasta la fecha: tenía a Will.

Pensaba que se situaría a mi lado para admirar las vistas, pero me sorprendió abrazándome por detrás y apoyando su barbilla en mi hombro. Entrecerré los ojos en una especie de ronroneo y me dejé llevar por la sensación que me producía tenerlo pegado a mi cuerpo. Empezó a decir cosas en mi oído para hacerme reír hasta que por fin me di la vuelta. Nos miramos a los ojos y nuestras bocas se buscaron, atraídas como dos imanes de cargas opuestas. Nos deshicimos en un beso húmedo que me puso a mil. Nos provocamos jugando con la lengua. Nos acariciamos con los labios con extremada dulzura. Apretamos nuestros cuerpos para estar más cerca. Dios, qué ganas tenía de él.

No sabría decir cuánto tiempo estuvimos allí; besándonos tranquilamente, sin prisas. Solo su boca y la mía conociéndose un poco más, descubriendo nuevos rincones. Solo sé que para cuando conseguimos separarnos, ambos respirábamos entrecortadamente.

Compartimos una mirada cómplice y sin más, reanudamos nuestro paseo, caminando sin prisas hasta llegar a la zona donde yo vivía mientras le hablaba de sitios de Brooklyn que poca gente conocía, como una librería muy antigua donde venden ejemplares de segunda mano o esa cafetería diminuta, cerca del Jardín Botánico, regentada por una adorable pareja de ancianos que hornean sus tartas a la vista de la clientela.

Un rato después, cuando empezábamos a debatir sobre posibles lugares donde cenar, chocamos con un grupo de niños que venían a toda velocidad en dirección contraria a la nuestra. Tuve la mala suerte de impactar con uno que llevaba en las manos un granizado de limón, cuyo contenido acabó desparramado sobre mí.

Mi blusa blanca fue la principal afectada, pero poco a poco el líquido empezó a chorrear, poniéndome perdida también de cintura para abajo. Me miré. Dios, mi blusa favorita. La había comprado el año pasado. En temporada. Intenté respirar hondo para no montar en cólera.

—Lo siento, señora.

Cerré los ojos. No sé si me sentó peor que toda mi ropa estuviera empapada y apestando a cítrico o el hecho de que yo pudiese aparentar la edad suficiente como para ser llamada señora. Traté de calmarme y con toda la suavidad que pude le aseguré que no pasaba nada. El niño volvió a pedirme disculpas y él y todo su grupito huyeron de nosotros, dejándonos al lado de un charco que seguía creciendo gracias a las gotas que resbalaban de mi ropa hasta acabar en el suelo.

Evalué el estado de mi indumentaria. La camiseta blanca estaba totalmente pegada a mi cuerpo, clareando la piel de mi estómago y mi sujetador. Mis pantaloncitos cortos goteaban líquido por mis piernas. Mis pies chapoteaban dentro de las sandalias. Miré a Will, que me observaba sin decir nada.

Pensé que no estaba en condiciones de ir a cenar a ningún sitio con esas pintas. Olía a limón que echaba para atrás, la ropa estaba sucia y empezaba a sentirme pegajosa. Hasta mi bolso se había visto perjudicado por el pequeño accidente. Como no estábamos muy lejos de mi casa, le pregunté a Will si le importaba que fuésemos un momento a que me cambiara. Él me dijo que en absoluto.

—Está a solo diez minutos andando —le aseguré.

Caminamos en dirección a mi casa sin hablar demasiado y un ratito después entraba en el ascensor de mi edificio, seguida de Will. Dentro hacía muchísimo calor y en el techo una bombilla parpadeaba insistentemente, cambiando la iluminación cada pocos segundos. Hasta que no se cerraron las puertas no me di cuenta de lo delicado de la situación. Estábamos en un espacio muy estrecho. Solos. A mí se me transparentaba la ropa interior y nos dirigíamos a mi casa. El hecho de que llevaba lencería bajo la ropa era una obviedad. Miré a Will y vi que él me observaba con una expresión especialmente intensa. Pensé en el increíble beso que nos habíamos dado en el

mirador. Y en el que nos dimos la noche anterior, conmigo apoyada contra la fachada de piedra. Recordé su pene pulsar contra mi vientre dentro de los pantalones. Pensé en lo mucho que lo deseaba. Se me aceleró el pulso. De repente no me llegaba suficiente aire a los pulmones. El ambiente se había cargado de esa electricidad sexual que ambos desprendíamos y que nos envolvía por completo cuando estábamos juntos, acercándonos el uno al otro.

Si no pasaba ahora no iba a pasar nunca. Will me dirigió una sonrisa enigmática y se acercó a mí, hasta atraparme entre su cuerpo y el espejo.

Para cuando las puertas de aluminio se abrieron en mi planta, nos besábamos desesperados en el interior del ascensor. Enroscados el uno al otro. A punto de estallar. Antes de que me diera cuenta, habíamos conseguido entrar en mi casa y nos devorábamos contra la pared del salón. Descontrolados. Como si hubiésemos esperado aquello durante años y por fin nos hubieran dado permiso para hacerlo.

Mis manos se deslizaron por su espalda, fuerte y cálida bajo la vasta tela del polo. Disfruté de la sensación de acariciarle con la yema de mis dedos. Lo acerqué a mí hasta notar que su erección se me clavaba con fuerza en el estómago y gemí. Saber que tenía ese efecto en él, avivó el fuego que él había encendido en mi interior. Se separó unos centímetros de mí, sin dejar de mirarme. De un movimiento se deshizo de mi blusa empapada y yo la dejé caer al suelo. Hundió la cabeza entre mis pechos y los recorrió con la lengua, besando mi piel húmeda. Se me escapó otro gemido. «Oh, Dios...».

Tiré fuerte de su camiseta hacia arriba y se la quité. Demasiada ropa. Demasiadas ganas. Le besé el cuello y jugueteé con el lóbulo de su oreja de la manera más provocativa que supe. Él se estremeció y me apretó más contra su cuerpo. De un saltito, me levantó a peso y me apoyó en la pared. Mis piernas, por voluntad propia, le rodearon las caderas. Sentía la pared fría en mi espalda y el cierre del sujetador clavándose en mi piel, pero cuando Will volvió a besarme, dejé de sentir nada que no fueran él y su lengua, que ahora sabía al limón que había bañado mi piel y que acababa de saborear en mí directamente.

—Olivia... Ya no puedo aguantarme más.

A través de la niebla que inundaba mi cerebro, pude entender que aquello era un guiño a esa conversación que tuvimos unos días atrás, en la que dijimos que nos acostaríamos cuando no pudiéramos aguantarnos. Sonreí en su boca y mientras dirigía mis manos al botón de su pantalón, le susurré al oído que yo tampoco podía más. El gruñido que soltó como contestación resonó en mi

pequeño salón.

Le hice señas como pude para indicarle dónde estaba mi habitación, aunque no es que hubiera muchas opciones. Dio unos pocos pasos conmigo en brazos y ya estábamos dentro. Había bajado las persianas antes de salir para evitar que entrara mucho sol, así que la habitación estaba iluminada con la cantidad justa de luz para que nos viéramos sin problemas, pero sin llegar a deslumbrarnos.

Will me tumbó en la cama con impaciencia y sin más se abalanzó sobre mí. Nos besamos con su torso y el mío desnudos, y gemí cuando al rozarnos sentí su calor en todo mi cuerpo.

Clavé mis dedos con fuerza en la piel de su espalda y después dirigí mis manos hasta su parte delantera para desabrocharle del todo los pantalones y deshacerme de ellos, rozando por el camino el tentador bulto que latía dentro. Dejé escapar un jadeo mientras él hacía lo mismo con los míos. Sacó el botón y los deslizó lentamente por mis piernas. Contuve la respiración mientras miraba cómo lo hacía, con esa expresión de saber exactamente qué era lo que yo necesitaba.

Nuestra ropa acabó en el suelo. Sin dejar de mirarme, recorrió mis muslos con su boca, lamiendo lentamente y mordiendo esa piel tan sensible. Me estremecí de placer. Joder con Will. Si seguía así me correría antes de que tuviera tiempo de quitarme las bragas.

Apoyó los brazos en el colchón y siguió torturándome durante lo que me parecieron horas. Se entretuvo paseando la boca por la cara interna de uno de mis muslos, consiguiendo arrancarme un jadeo ahogado procedente de lo más hondo de mí. Me mordí el labio inferior, tratando de contenerme un poco, pero no lo conseguí. Era demasiado intenso como para pensar siquiera.

A continuación se quedó de rodillas frente a mí, con su maravilloso pecho al descubierto y sus boxers negros conteniendo su pene endurecido, al que ya se le habían escapado las primeras gotas de humedad. Me embebí de la imagen de ver su cuerpo casi desnudo por primera vez. Sus hombros perfectos, su pecho definido pero natural. Sus brazos torneados y su vientre, que me incitaba a morderle muy fuerte y a pasar la lengua por la línea de vello que descendía hasta desaparecer.

Sin apartar su mirada de mí, sonrió con esa picardía tan suya que conseguía desarmarme. Dios mío, qué visión. Me retorcí sobre mis sábanas de algodón malva, de puras ganas que tenía. Will me miró y pareció entenderlo. No nos conocíamos casi, pero era como si fuera capaz de anticipar lo que

necesitaba. Volvió a tumbarse encima de mí y nos besamos. Su lengua se movió hambrienta junto a la mía y mis manos reptaron sin descanso por todo su cuerpo, sintiendo en la yema de mis dedos cómo temblaba a causa de la excitación. Necesitaba sentir cada centímetro de él en contacto conmigo. Era superior a mis fuerzas, y pensé que jamás había tenido una primera vez con ningún hombre que me hiciera sentir tan anhelante y desinhibida al mismo tiempo.

Will subió las manos hacia mis pechos, acariciándome por encima de la tela empapada, susurrando contra mi piel palabras sobre lo excitado que estaba y lo mucho que me deseaba. Yo ni palabras tenía, lo cual es mucho decir viniendo de mí. Con dedos ágiles coló sus manos entre mi piel y el colchón para desabrocharme el sujetador. Entre los dos nos deshicimos de él y lo lanzamos al suelo junto con el resto de nuestra ropa.

Will se incorporó un poco para poder mirarme. Era su turno. Sentí sus ojos pasearse por mi cuerpo desnudo, incendiando cada milímetro de mi piel a su paso. Volvió a sonreír. Yo solo llevaba puestas las bragas y me estremecí al contemplar su expresión

—Joder, eres preciosa. Quiero hacerte tantas cosas que temo perder la cabeza.

Intenté responder algo, pero cuando empezó a tocarme de nuevo, lo único que salía de mi garganta eran gemidos. Lo noté sonreír contra mi cuerpo. Se deslizó hacia abajo para seguir besándome mientras sus dedos se paseaban por el encaje de mis braguitas. Menos mal que había elegido la ropa interior a conciencia ese día.

Cuando sus manos se aventuraron a tocar mi sexo de verdad, suspiré temblorosa y cerré los ojos. Sus largos dedos acariciaron lentamente mi clítoris y uno de ellos siguió bajando hasta la entrada, que lo recibió más húmeda de lo que recordaba que hubiera estado jamás. Will gruñó al notar lo. Metió el dedo corazón dentro de mí, y al llegar al final lo arqueó. A continuación metió otro y yo me revolví sobre la cama. Los sacó de nuevo y volvió a empezar. Acarició mi clítoris y empezó a tocarme con suavidad y firmeza, imponiendo la presión suficiente como para que yo no tardara mucho en irme del todo.

Poco más duró aquello. Notaba mi cuerpo más sensible que en toda mi vida. Sentía calor por todas partes. Creí que explotaría. Will me acariciaba con la mano que tenía libre, mientras la otra continuaba persiguiendo mi placer. Sus labios me besaban en cada rincón que encontraba y sus ojos

buscaban identificar mis reacciones, observando cómo yo me iba entregando más y más a aquello. De vez en cuando susurraba cosas, como que necesitaba ver cómo disfrutaba o que podría correrse solo con mirarme.

Cerré los ojos con fuerza cuando él aumentó el ritmo de sus caricias y a los pocos segundos me corrí entre gemidos, sintiendo su mirada sobre mí durante todo el rato que duró aquella explosión de placer.

Respiré profundamente para intentar recuperarme. No había sido normal. Tardé unos segundos en abrir los ojos de nuevo. Cuando lo hice, Will me miraba fijamente. Como en trance. Con los ojos vidriosos y la boca ligeramente abierta. En la habitación solo se escuchaba el ruido de nuestras respiraciones trabajosas. No llegaba ni un solo sonido de la calle. Parecía que estuviéramos solos en el mundo. No supe qué decir, así que, con la respiración aún agitada, murmuré algo como que era cierto eso de que todo lo bueno se hace esperar. Will soltó una carcajada que hizo vibrar su pecho. Apoyó su frente en la mía, en un gesto que irradiaba ternura. Sonreí y él me devolvió una sonrisa que decía muchas cosas, como que había disfrutado tanto como yo y que él también necesitaba sentirse ir, conmigo.

Me incorporé algo temblorosa y me senté a horcajadas encima de él. Me envolvió con sus brazos y nos besamos de nuevo. Primero con suavidad, solo acariciándonos. Pero enseguida el beso cobró vida y se convirtió en algo mucho más demandante. Sus manos cubrieron mi espalda, acercándome más a él. El deseo de sentirle dentro se adueñó de mí. Quería que él también disfrutase conmigo. Necesitaba tenerle dentro ya. Jamás había sentido un impulso como aquel de una manera tan desesperada. Seguía estando excitada y Will... Bueno, Will parecía que fuese a explotar de un momento a otro. Tenía que pasar ya.

Tiré de sus calzoncillos hacia abajo hasta quitárselos y me acomodé sobre él besándole el cuello. Sus manos me tocaban la espalda desnuda y el trasero, y su boca jugaba con el pezón de mi pecho izquierdo. Notaba su pene palpitar contra mi sexo húmedo. Me dirigí hacia ahí y lo sostuve entre mis manos, acariciándole arriba y abajo durante unos segundos. Como respuesta, Will gruñó bajito, intentando controlar el placer que sentía.

Escucharle gemir así me puso los pelos de punta. Enseguida cogió mis manos para que dejara de moverlas y con voz trémula susurró en mi oído:

—Coge un condón o te la meto a pelo. No puedo más.

Ay, Dios.

Le volví a besar antes de estirarme para coger un preservativo de la caja

que guardaba en la mesita de noche. Lo abrí rápidamente y él me lo quitó de las manos.

—No tentemos a la suerte —dijo con una sonrisa peligrosa.

Lo miré mientras se lo colocaba. Tragué saliva. El chico iba bien cargadito... Observé el proceso fascinada, a pesar de que ya iba quedando poca luz en la habitación. Cuando acabó de enfundárselo me besó de nuevo y me obligó a tumbarme.

Cuando lo tuve entre mis piernas, mi pulso se aceleró. Vi cómo sus ojos me estudiaban y mis labios dejaron escapar un suspiro prolongado.

—Va a ser fuerte, Olivia. No he pensado en otra cosa que en estar dentro de ti desde que te conocí.

Madre de Dios. Todo lo que se me removió por dentro al escucharle decir eso. Aunque Will no estaba siendo precisamente delicado, notaba un punto de veneración en su forma de besarme y de tocarme que me hacía sentir segura y confiada.

No me veía capaz de esperar más tiempo, así yo misma agarré su pene en mis manos y poco a poco lo dirigí hacia mi interior. Por el gruñido que soltó, diría que le gustó que tomase la iniciativa. Paseé la punta por la entrada, que lo esperaba impaciente. Levanté la vista y vi que me miraba intensamente, aunque esa sonrisa canalla que tanto me gustaba permanecía perenne en su rostro.

Will se agarró con una mano al cabecero de la cama, y empezó a empujar con mucho cuidado, moviendo las caderas hasta introducirse por completo en mi interior. Noté cómo mi cuerpo iba cediendo poco a poco para dejarle entrar. Decidí disfrutar de esa sensación de mi cuerpo acoplándose al suyo. Hacía bastante tiempo desde la última vez que me había acostado con alguien, así que al principio sentí una leve presión que fue desapareciendo a los pocos segundos.

Ambos gemimos con fuerza cuando entró por completo en mi interior. Nos miramos a los ojos antes de volver a besarnos. Fue un beso extrañamente dulce que sentí reverberar en cada terminación de mi cuerpo. La pasión con la que nos besábamos de repente me pilló un poco por sorpresa sacudiéndome por dentro, mucho más allá del punto de unión de nuestros cuerpos.

—Si supieras todo lo que me provocas, Olivia...

Empezamos a movernos los dos, buscando un ritmo de las embestidas en el que ambos disfrutáramos. Will me besaba y me apretaba contra él todo cuanto podía, atento a mis ojos y a mis reacciones. Hasta la fecha, siempre me había

costado llegar a un punto donde me sintiese lo suficientemente cómoda para expresar todo lo que sentía durante el sexo. Aun así, aquella tarde en la que Will y yo nos acostamos por primera vez, yo me sentía extrañamente salvaje y confiada, como si llevásemos juntos mucho tiempo. Fui... expresiva. Como lo era en cada faceta de mi vida cuando estaba en confianza. Así que grité, gemí; clavándole uñas y dientes cuando daba con un punto especialmente sensible, que era bastante a menudo.

Cada vez que lo escuchaba murmurar cosas con la respiración entrecortada, yo me desataba. Y de paso perdía un poquito más la cordura.

—Sabía que me iba a gustar follarte, pero esto es de otro mundo.

Le clavé los dientes en el hombro como respuesta, sin preocuparme por medir la intensidad.

Will siguió empujando con fuerza, aunque algo me decía que se estaba conteniendo. Yo no quería que se contuviese. Quería que se dejase llevar y que disfrutase sin medida. Sentía un nuevo orgasmo crearse en mi vientre, como un nudo muy apretado que se va a soltar de un momento a otro. Le mordí la oreja y susurré en su oído que lo hiciera más fuerte, porque estaba a punto de correrme.

Eso le puso como una moto. Maldijo en voz alta, hundió aún más sus dedos en mi piel y empezó a embestirme con más fuerza, haciendo chocar nuestros cuerpos una y otra vez. La habitación se llenó de nuestros sonidos desesperados, que nos envolvían en la penumbra que ya se había instalado a nuestro alrededor.

A la siguiente embestida me corrí a lo bruto, desbaratándome en un orgasmo que me revolvió entera y que no me molesté en esconder. Will se fue justo después que yo, bombeando con más fuerza para liberar su orgasmo a la vez que alargaba el mío. Cuando terminó, dejó salir un sonido ronco de su garganta y yo solté aire con brusquedad. A continuación cerré los ojos, concentrándome solo en seguir respirando.

Will se quedó suspendido encima de mí con los ojos también cerrados, aguantando el peso sobre sus brazos y con su frente apoyada en la mía. Se quitó el preservativo, le hizo un nudo y lo dejó con cuidado en el suelo. Después me dio un beso y se dejó caer a mi lado. Buscó mi mano, entrelazó nuestros dedos y se giró para mirarme. Abrí los ojos. Su intensa mirada me taladraba las retinas y de pronto me sentí expuesta, desnuda en todos los sentidos. Maldije en silencio por no haber abierto la cama para tener algo con lo que cubrirme mínimamente.

Le sonreí, buscando algún comentario que ayudase a distender ese ambiente de repentina intimidad que se respiraba entre nosotros:

—Al final perder mi blusa favorita ha merecido la pena.

Soltó una carcajada y negó con la cabeza. No dijo nada al respecto, pero yo sé que estaba pensando eso que me había dicho varias veces: que digo cualquier cosa con tal de romper el hielo. Creo que no me había dado cuenta de lo a menudo que lo hago hasta que lo conocí.

—Ha sido una puta pasada —dijo sin más.

Miró hacia mi boca, se acercó hacia mí y yo hice lo mismo. Nos besamos, muy apretados y muy lentamente y, sin más, supe que con él jamás me sentiría fuera de sitio.

Dos horas después estábamos en el mejicano que está debajo de mi casa. Uno de mis sitios preferidos de Brooklyn, de Nueva York y del mundo entero. Me gustaba ir a cenar allí mínimo un par de veces al mes; a veces incluso más si conseguía convencer a mis amigos. Como se nos había hecho bastante tarde entre unas cosas y otras, me pareció que la mejor opción era bajar a cenar allí.

Era un local bastante grande para estar ubicado en un barrio pequeño como el mío. El mobiliario era sencillo, por lo que la decoración mejicana destacaba de manera más obvia en el ambiente. Miraras donde miraras, veías guirnaldas, sombreros típicos y manteles de colores.

Al ser sábado por la noche el restaurante estaba abarrotado de gente y hacía aún más evidente por qué El Cactus nunca estaría en la lista de los restaurantes más tranquilos del estado de Nueva York. Allí siempre había ruido, aunque solo hubiera dos mesas ocupadas. Entre las rancheras que sonaban sin descanso, los comentarios ingeniosos del personal y los numeritos improvisados de ukelele, hablar en un tono normal y que tu acompañante te escuchara era misión imposible.

El camarero que nos atendió, al que por supuesto ya conocía, tuvo el acierto de acomodarnos en una mesa bastante apartada, rodeados de otras parejas.

La mesa tenía un banco con asientos de cuero marrón chocolate que hacía esquina, de manera que pudimos sentarnos uno junto al otro. Los murmullos y risas de la gente eran la banda sonora de fondo para la conversación que manteníamos Will y yo en nuestro rincón. Ambos estábamos muy relajados. Sentía como si me hubieran quitado un peso de encima. Si hubiéramos ido a cenar antes de que pasara algo entre nosotros, creo que no habría disfrutado

tanto la cena. Habría estado ansiosa y dando vueltas a qué vendría después y, conociéndome, se me habría notado. Ahora podía ser yo misma. Ya nos habíamos acostado. Y lo único que podía pasar era que tuviera la suerte de que él quisiera volver a subir y repetir. Otra vez. Supondría el asalto número tres y el orgasmo número ¿cuatro? ¿cinco?. Ya había perdido la cuenta. Antes de bajar, habíamos vuelto a hacerlo. Ese beso que había empezado como algo inocente había seguido conmigo frotándome encima de él sin disimulo y terminado con un polvo alucinante, en el que yo había estado encima y durante el que creo que me corrí dos veces. Will tenía una capacidad de recuperación que, francamente, me dejaba pasmada. Y yo estaba empezando a entender el significado de la palabra «multiorgásmica» en todo su esplendor. Sonreí. Sí, todo aquello había contribuido a que me sintiera excepcionalmente relajada durante la cena.

—Qué sonriente está usted, señorita Gallagher. ¿Ha pasado buena tarde?  
—preguntó con una sonrisa ladeada que por poco no me deshizo.

—Ahora que lo dices, sí. Ha sido una tarde muy productiva.

—Eso me ha parecido.

Ambos nos sonreímos con complicidad.

—¿Qué me ha delatado? ¿Mis gritos? ¿Cuándo te he mordido el hombro?

—Son tus ojos —contestó—. Brillan más que nunca.

Supongo que lo decía como frase de su repertorio de seducción o como quiera que se llamase, pero aun así sentí algo retorciéndose dentro de mí.

—Nunca he sido buena ocultando mis reacciones —dije haciéndome la interesante mientras fingía estudiar la carta, cuyo contenido conocía de memoria.

—Sí, ya lo he notado. —Me cogió la mano y depositó un suave beso en el dorso—. Pero me encanta, y cada faceta tuya nueva en la que descubro lo expresiva que eres, hace que me gustes más.

—Más, ¿eh?

—Mucho más.

Pues mira por dónde, ya éramos dos.

Pasamos el resto de la cena riéndonos y hablando como siempre, aunque con matices ciertamente distintos a las otras veces que habíamos salido juntos, como las caricias para mayores de dieciocho por debajo de la mesa, los besos cada dos minutos y el hecho de que no dejásemos de tocarnos ni para montar las fajitas.

Me moría de ganas de preguntarle qué le había parecido a él la tarde, pero

me contuve. No quería parecer una loca. Me conformé con leer entre líneas: su sonrisa, sus comentarios y el hecho de que no me quitase las manos de encima. Todo él transmitía sin necesidad de palabras aquello que yo quería escuchar.

Will dejó que pidiera todo lo que se me antojase, y me decidí por un menú de introducción a la comida mejicana que, no es por nada, pero fue un éxito. También pedimos margaritas para los dos. A juzgar por el entusiasmo que mostró Will durante la cena, esa noche me aseguré un nuevo acompañante para mis noches mejicanas.

Mientras esperábamos a que llegase el postre, Will jugaba con el final de mi falda, que me llegaba hasta mitad de los muslos. Tras salir de la ducha me había cambiado de ropa y me había puesto un vestido sencillo para bajar a cenar, así que estaba bastante accesible para él y su mano larga. Una de las veces, se aventuró un poquito más arriba del bajo del vestido, en un intento claro de provocarme. Lo miré pestañeando mucho y me dedicó una sonrisa que consiguió que mis pezones se clavaran de nuevo en la copa de mi sujetador.

—Cada vez que has llevado falda he querido hacer esto —susurró en mi oído—. Ahora ya no tengo por qué contenerme.

Solté una risita nerviosa.

—Eres un guarro. Estamos en un sitio público.

—No veo que apartes la mano.

No, ¿eh? Muy bien. Yo también sabía jugar a eso. Lo miré, entrecerrando los ojos, y dirigí la mano bajo de la mesa hasta la parte delantera de su pantalón, donde encontré que empezaba a tensarse de nuevo. Pasé mi mano con delicadeza por la zona, sin apartar mi mirada de la suya, hasta que noté frío de nuevo en mis muslos cuando él despegó su mano de allí y fue al encuentro de la mía. Entrelazó sus dedos con los míos y subió ambas manos de nuevo a la mesa, en territorio seguro. Se acercó y me besó.

—Me tienes loco.

Cuando salimos de nuevo a la calle era bastante tarde. Aún hacía calor, pero no tanto como horas atrás. Miré a mi alrededor y vi que seguía habiendo movimiento por el barrio. Esa zona está cerca de varios pubs y bares frecuentados por gente joven, en los que nunca falta clientela. Me situé al lado de Will y tanteé el terreno, a ver qué le apetecía hacer. Crucé los dedos para que la noche no acabara pronto.

—¿Quieres tomarte algo? Aquí cerca hay un sitio que está bastante bien.

Me cogió de la cintura y me pegó a él bastante más de lo que deben estar pegadas dos personas en público.

—¿Existe la opción de tomar algo en tu casa?

Le miré sonriente, y noté cómo algo se tensaba dentro de mí ante la perspectiva de volver a tenerlo entre mis piernas.

—Existe.

Empezamos a devorarnos en el ascensor, como si no nos hubiéramos tocado en días. Pensé que llegaríamos desnudos a mi casa, pero no, solo era un quinto. Eso sí, nada más cruzar el umbral y cerrar la puerta con llave, Will se deshizo de mi vestido sin más preámbulos. Me cogió en brazos y me llevó de nuevo a la cama.

Esa vez follamos de verdad. Sexo salvaje. Parecía que ya nos veíamos con la confianza suficiente como para dejarnos llevar y no controlarnos tanto. Lo hicimos en varias posturas diferentes hasta que ambos acabamos explotando en los brazos del otro.

Después permanecemos tumbados, con los cuerpos pegados y sin decir nada. No sé si porque no hacía falta, o porque ninguno sabíamos qué decir. Me incorporé para encender el ventilador del techo, porque el ambiente en mi habitación estaba bastante cargado a pesar de que las ventanas estuvieran abiertas. Will se incorporó también y me besó el hombro, mientras me decía cosas como lo mucho que le gustaba follarme conmigo. Yo me reía. Nadie me había dicho eso de la manera que lo hacía él, siendo tan poco poético y a la vez destilando una intimidad para la que no sabía si estábamos preparados.

Miré el reloj y vi que eran más de las dos de la madrugada. Con ese chico el tiempo pasaba a una velocidad que no sabía si calificar como rápida o lenta. Parecía que el tiempo tomaba una dimensión distinta a su lado. Salí de la cama y me puse unas bragas limpias. Después abrí el cajón de mi mesita de noche y cogí una vieja camiseta gris de la empresa donde trabajaba mi padre que me cubría justo hasta el culo. Will me miró durante todo el proceso sin decir nada, con una sonrisita de niño travieso en los labios.

—¿Te quieres quedar a dormir? —le pregunté mientras me recogía el pelo.

Will deslizó su mirada por todo mi cuerpo, desde mis pezones que se marcaban bajo la fina tela de mi camiseta hasta mis piernas desnudas.

—Si vas a llevar eso creo que no querré salir de aquí en la vida.

Solté una carcajada y le di un casto beso en los labios. Cogí el preservativo anudado que descansaba en el suelo y fui hacia la cocina.

Volví unos minutos después con una tarrina de helado de caramelo con nueces de macadamia y dos cucharas. Me senté en la cama al lado de Will, que ya había recuperado los calzoncillos y me esperaba con las piernas

flexionadas y la almohada en la espalda. Había cogido los dos portarretratos que descansaban en mi mesita de noche y los miraba con interés. Mientras nos acomodábamos en la cama revuelta para compartir el helado, le hablé de esas fotos. Una de ellas era de mis padres, Aiden y yo en la graduación de mi hermano en la Universidad de San Diego. Le conté que después de la graduación me quedé unos días allí con él para ayudarle con la mudanza y que aprovechamos para ir de viaje con sus amigos a Disneyland. Le relaté algunas situaciones estúpidas que ocurrieron en ese viaje, entre ellas mi brillante idea de montar varias veces seguidas en el *Space Mountain* después de comer, que trajo un final bastante catastrófico. La otra foto era de mi último cumpleaños. En ella salimos (de izquierda a derecha) Neal, Claire, Aiden, yo, Christina y Matt en el salón de mi casa.

—¿Por qué lleváis todos gorros de Navidad? —preguntó Will.

—Mi cumpleaños es la víspera de Nochebuena y el de Aiden el 5 de enero, así que todos los años mi madre monta una especie de fiesta navideña disfrazada de cumpleaños, que en realidad es la excusa perfecta para saltarse el régimen y sacar la vajilla buena.

Mientras terminábamos el helado le conté algunos de los cumpleaños más memorables que habíamos celebrado en la residencia Gallagher, como el año que cumplí dieciocho, en el que a mi tía Grace, la hermana de mi madre, se le ocurrió traer un karaoke portátil y todos acabamos cantando la discografía de los Beatles en una interpretación lamentable, patrocinada por el minibar de mi padre. O la fiesta temática del año que Aiden cumplió los veintiuno, en la que había que ir disfrazados, y cuyo desenlace apenas recuerdo.

Will me habló de algunas navidades que recordaba de cuando era pequeño, del año que le regalaron su primera bici y de cómo las cosas cambiaron tras el divorcio de sus padres. Confesó que hacía años que la Navidad le era bastante indiferente, pero que con la llegada de su sobrinito volvió a ilusionarse con las fiestas.

Seguimos contándonos cosas tumbados juntos en mi cama, con las sábanas prácticamente en el suelo y la lámpara de mi mesita de noche como único punto de luz.

—Hacía años que no hacía esto —confesó Will, acariciando mis piernas.

—¿El qué? ¿Comer en una cama?

Él negó levemente con la cabeza, conteniendo una sonrisa de esas suyas que mostraba su dentadura perfecta.

—Hablar después del sexo. Conversación de almohada, ya sabes.

—¿Y qué te parece la experiencia?

—Me gusta. Pero porque es contigo. —Parpadeó, y la expresión de su cara se volvió algo seria de repente—. ¿Qué tienes, Olivia? ¿Qué me haces?

Tragué saliva. No esperaba ese pequeño giro de la conversación, y tampoco sabía muy bien a qué se refería.

—No... No lo sé —murmuré, algo confusa—. ¿Qué hago?

—Creo que esa es la cuestión. No haces nada. Eres así. No tienes que hacer nada más que ser tú misma. Eso es suficiente para volverme loco.

Loca me volvía yo cuando hacía esos comentarios. Su mano no cesaba la caricia en mis muslos desnudos y su dulce mirada no abandonaba la mía. Ese comentario me provocó cierta ternura que fundió por completo mi filtro mental, algo perjudicado ya de por sí a esas horas de la noche. Pasé mi mano con cariño por su barba de tres días y, a media voz, me animé a decir:

—¿Puedo confesarte algo?

—Lo que quieras.

—Nunca me he sentido así con nadie antes. Con esta libertad para ser yo misma tan pronto, quiero decir. Contigo, soy yo como lo soy con mi familia o mis amigos. Salvando las distancias, claro. —Nos sonreímos con complicidad—. A veces siento que te conozco desde siempre. Lo que quiero decir con esto, es que si me siento tan bien mostrándome como soy, en parte es gracias a ti.

Will se me quedó mirando, sin decir nada de entrada. Vi cómo sus pupilas se dilataban más aún, convirtiendo sus ojos en una mancha negra brillante rodeada de un filo azul. Poco a poco una sonrisa preciosa se extendió en sus labios, quitando el protagonismo a cualquier otra parte de su cara que yo quisiera mirar.

—Gracias por decírmelo.

Me acercó a él y me besó en la frente.

—De nada —contesté yo en un susurro.

Me acurruqué en su pecho y él me rodeó con un brazo. Escuché el latido firme de su corazón bajo mi oreja. Sonreí, medio adormilada. Me fui dejando envolver por la calidez que emanaba su cuerpo. Sin pronunciar ni una palabra más, poco a poco nos fuimos quedando dormidos. Juntos, por primera vez.

\*\*\*

A la mañana siguiente nos sentamos uno al lado del otro en una de las

mesitas redondas de The New, la cafetería más especial de todo Brooklyn, a la que acudía cada domingo por la tarde para disfrutar de la compañía de mis amigos. No sé por qué había decidido llevar allí a Will. Bueno, sí que lo sé. Primero, porque sirven la mejor tarta de queso de todo el país. Y segundo, porque me apetecía seguir mostrándole Brooklyn tal y como la veía con mis ojos; donde yo vivía mi vida y aquello que sentía como mío. ¿Qué mejor escenario para nuestro primer desayuno juntos que la cafetería donde sentía que seguía teniendo diecisiete años y que estaba en casa?

A Will pareció gustarle el sitio. Miraba con detenimiento los cuadros que encerraban imágenes de ciudades del mundo entero, revistiendo las paredes del local. Pedimos una porción de tarta para cada uno y un café. Ambos compartíamos la necesidad de ese primer café del día para poder funcionar en la vida.

Mientras leíamos juntos el periódico que nos habíamos encontrado en la mesa, la puerta doble de la cafetería se abrió. Al principio no despegué la vista de la sección de cultura que me tenía absorbida, pero cuando noté dos presencias delante de nuestros asientos, no tuve más remedio que hacerlo.

—Vaya, vaya. Mira a quién tenemos aquí.

Abrí la boca ligeramente. Ante nosotros se encontraban mis amigos, Neal y Matt. Los dos con cara de resaca, el pelo hecho un desastre y un modelito digno de un domingo en la playa. Parecía que se hubieran puesto de acuerdo para lucir exactamente igual antes de salir de casa. Lo único que los diferenciaba eran las expresiones de sus caras. Mientras que Neal sonreía comedidamente, amable como es él, pero discreto, la sonrisa de Matt iba de oreja a oreja, acompañada de una mueca guasona de las suyas.

Temí lo peor.

—Pero... ¿qué hacéis aquí? —les pregunté mientras me daban un beso en la cabeza cada uno.

—Este, que le va a bajar la regla. Le apetecía una magdalena —bromeó Matt, señalando con la cabeza a nuestro amigo.

Neal puso los ojos en blanco y yo lo miré con cariño. Tenía mejor aspecto que la semana anterior y parecía estar de buen humor. A mi lado, Will observaba la escena desde su asiento sin decir nada. Todos nos sorprendimos cuando Matt cogió una de las sillas de la mesa de al lado y se sentó en ella, instando con la mirada a Neal para que hiciese lo mismo en la otra que quedaba libre.

Matt apoyó los codos en la mesa, echó una mirada prolongada a Will y

luego me miró a mí maliciosamente.

—Bueno, deducimos que este es Will. —Ante el asentimiento de este, compuso una sonrisa inquietante—. ¿No vas a presentarnos, Livvy?

Lo miré con sarcasmo y saqué mi sonrisa de batalla.

—Claro. Will, te presento a dos de mis chicos. Matt y Neal.

Will estrechó la mano de ambos por encima de la mesa dedicándoles una sonrisa de las suyas, pero la versión masculina, no la que hacía que yo tuviera ganas de quitarme las bragas.

—¿Dos de tus chicos? —Matt arqueó las cejas divertido—. Joder, Liv, no vayas de *destroyer*. Lo vas a asustar.

Will se carcajeó y ni siquiera Neal pudo ocultar su sonrisa. Había que reconocer que, pese a todo, Matt tenía su gracia.

—Lo decía por Aiden, idiota —me defendí yo, pegándole en el hombro.

Hice un comentario sobre la evidencia de que anoche habían trasnochado, con el fin de dirigir la conversación hacia ellos. Nos contaron que habían salido con unos compañeros de la universidad que vivían aquí y que habían vuelto a casa a las tantas con varios números de teléfono en el bolsillo. Los miré alzando las cejas y Neal enseguida aclaró que no pensaban hacer uso de ellos. Pobrecito mío, no hacía falta que hiciera esa aclaración. Yo lo conocía lo suficiente como para saber que, estando las cosas como estaban con Claire, no haría ninguna tontería. Le dediqué una sonrisa tranquilizadora y le guiñé un ojo.

—Bueno, ¿y vosotros qué? —preguntó de pronto Matt dirigiéndose con sorna a Will y a mí—. ¿Qué tal fue la noche?

Lo fulminé con la mirada ante su tono provocador. Maldito Matt. Neal captó mi expresión de incomodidad y, como siempre, salió en mi rescate.

—Matt, ¿por qué no los dejamos desayunar tranquilos?

—No seas cafre, no lo digo por eso. —Se echó para atrás en su asiento y cruzó los brazos a la altura del pecho, mirándome—. Es evidente cómo acabó, solo hace falta verle la cara de tonta a Liv.

—Matt, por Dios...

Mi amigo fingió una miradita inocente que ninguno de los presentes creyó.

—De verdad, solo quería saber dónde cenasteis y eso.

—Fuimos al mejicano que hay al lado de su piso —intervino Will, claramente divertido con la situación.

Neal y Matt soltaron una carcajada en respuesta, y me miraron negando con la cabeza con falsa reprobación. Me conocían demasiado bien.

—La has cagado, tío. Ahora querrá llevarte siempre. Ese es su truco, te lleva una vez como quien no quiere la cosa y en cuanto te descuides estarás yendo a cenar allí durante el resto de tu vida.

Abrí los ojos como platos. ¿Había dicho durante el resto de su vida? Como acto reflejo le pegué un pisotón por debajo de la mesa, al tiempo que Neal le reprendía por ser el grandísimo bocazas que era.

—¡Au! Es una forma de hablar, joder. Qué susceptibles estáis los dos. Ya supongo que no habrán tenido aún la típica conversación de si van en serio y esas mierdas. Era solo un comentario.

Pensaba que era físicamente imposible que se me abrieran más lo ojos, pero por lo visto me equivoqué.

—Neal... —suplicué, esperando que entendiera que debía llevárselo de allí cuanto antes.

—Sí, vámonos ya. Venga, olvida la magdalena.

Sin más demora, Neal se puso de pie y tiró del brazo de Matt para que se levantara también.

—Jodido Pepito Grillo. Vale. Nos vemos esta tarde. A las seis aquí, como siempre, ¿no? —me preguntó para confirmar mi asistencia a la reunión del Consejo de Sabios de esa tarde.

—Sí.

Los dos estrecharon de nuevo la mano de Will como despedida.

—Un placer, tío. Y suerte con esta.

—Hasta otra, Will.

—Adiós, chicos. Hasta otra.

Los miré discutir en voz baja de camino hasta la puerta, como un viejo matrimonio. Sonreí por dentro. Los adoro, pero en ese momento me sentí aliviada al verlos desaparecer por la puerta doble de la cafetería y perderse por las calles de Brooklyn, rumbo a Dios sabe dónde.

Después de aquel peculiar primer desayuno, nos dirigimos a la parada de metro más cercana para ir a Coney Island. Era una mañana bastante calurosa y ya que a ninguno nos apetecía patear la ciudad bajo aquel sol de justicia, le propuse a Will la opción de pasear cerca del mar. Y en Brooklyn, no había sitio más turístico al lado del mar que Coney Island.

Llegamos cerca del medio día porque llevábamos el horario algo trastocado. Habíamos amanecido más tarde de lo que nos hubiera gustado y luego... digamos que nos habíamos quedado un tiempo extra en la cama. Ya se

sabe, los polvos matutinos tienen algo demasiado tentador como para dejar pasar la oportunidad cuando se tiene delante.

Le enseñé a Will la zona de la feria, famosa por ser el escenario de un montón de películas y series. Paseamos entre las atracciones, viendo cómo los niños suplicaban a sus padres que les dejaran subir en aquellas para las que aún no tenían edad.

Como había traído mi cámara, saqué algunas fotos al paseo marítimo visto desde esa ubicación. Will se situaba a mi lado para ver cómo enfocaba y encuadraba la imagen hasta conseguir la perspectiva que quería. Se interesó por conocer de qué parámetros me valía para obtener el resultado esperado y qué me sugería cada instantánea. Yo le iba explicando todo animadamente.

No recordaba que nadie se hubiera preocupado por saber exactamente en qué me fijaba para tomar una fotografía. Ya no solo qué tenía una imagen de especial en conjunto como para querer capturarla, sino por qué tomaba unas directrices u otras para lograr los matices que buscaba. Ni siquiera mis amigos, que ya estaban acostumbrados a que llevara mi cámara a todas partes, ahondaban en el tema. Con un simple «¿de qué haces la foto?», se quedaban tranquilos. En alguna ocasión se interesaban en por qué me llamaba la atención esa imagen y no otra, pero rara vez profundizábamos.

Para mí, la fotografía era mucho más que capturar una imagen bonita. La mayoría de las veces era el sentimiento que evocaba con lo que quería quedarme. Por ejemplo, la foto que acababa de tomar en ese momento no era una foto del mar sin más. El mar era el telón de fondo de la imagen que me interesaba de verdad: ese abuelo dándole a su nieta un perrito caliente. De ahí la importancia del encuadre, porque si no de ninguna otra manera aparecerían en la foto. Parecía un detalle sin importancia, porque ni siquiera estaban en primer plano y solo se intuían sus siluetas, pero yo sabía que cada vez que mirase esa foto recordaría las innumerables tardes de verano que Aiden y yo habíamos salido a pasear con nuestros abuelos. Lo que buscaba era una especie de simbolismo acerca de la relación tan especial que teníamos con ellos.

Le conté todo eso a Will, divagando sobre el tema, dejándole ver tal vez demasiado.

¿Es que no tenía medida? En ocasiones me veía incapaz de frenar el impulso de hablarle en profundidad de aquello que él se interesaba por saber. Yo hablo mucho en general, eso a estas alturas ya no es un secreto; cuento muchas cosas absurdas. Pero me cuesta dejar entrever qué hay en mi interior.

Siempre me ha resultado difícil abrirme de verdad con gente que no son mis amigos o Aiden. Entonces, ¿qué narices me pasaba con Will? Porque en menos de dos semanas ya le había contado algunas cosas que mis anteriores novios desconocían y no tenía ni idea de cómo había pasado.

Mientras paseábamos de la mano en dirección al paseo marítimo, mi cabecita empezó a dar vueltas. El maldito comentario de Matt había hecho que brotasen en mí un montón de preguntas que yo llevaba días luchando por no hacerme. ¿Qué podíamos esperar de esa nueva relación que había entre nosotros? ¿Sería algo totalmente pasajero? ¿El inicio de algo más? ¿Cómo se sentiría él? ¿De verdad yo era diferente de las otras chicas que habían pasado por su vida? ¿En qué? ¿Por qué? ¿Cómo me sentía yo?

Había hecho el trato conmigo misma de no dar muchas vueltas a las cosas, pero llegados a ese punto en el que nos encontrábamos Will y yo (todo sonrisas, confianzas y sexo increíble), me surgían demasiadas preguntas sobre la situación como para seguir ignorándolas. No es que esperase que lo aclarásemos todo hoy mismo. No hacía ni dos semanas que nos conocíamos. Ni siquiera estaba segura de saber qué quería que pasara entre nosotros. Pero necesitaba alguna señal de que íbamos por el mismo camino, aunque no supiéramos cuál era exactamente.

Nos detuvimos al llegar al paseo y nos apoyamos en la barandilla para ver el mar. Aunque hacía calor, la brisa marina nos revolvió el pelo ligeramente. Se agradecía ese vientecillo fresco que nos hacía olvidar por momentos el sol abrasador que nos quemaba la piel. Ambos permanecimos allí parados, con nuestras miradas perdidas en la arena, que estaba llena de gente.

El agua estaba tan azul como el cielo, y debía de tener una temperatura excelente porque estaba a rebosar de niños chapoteando con sus padres y de gente jugando a la pelota. A mi lado, Will comentaba algo acerca de las olas y del tipo de arena y yo asentía, aunque sin darle mucha conversación. Debió de captar a la legua que mi cabeza no estaba del todo allí, porque de pronto apretó mi cintura y buscó mi cara, interrogante.

Suspiré mientras deslizaba los dedos por unos mechones rebeldes de mi pelo que se me pegaban a la cara. Decidí que lo mejor era soltarlo cuanto antes.

—No quiero que nos veamos con más gente —dije, mirándole fijamente a través del cristal de mis gafas de sol.

Will se quedó petrificado. Era evidente que no se esperaba que dijera algo así; todo su cuerpo dio muestra de ello. Permaneció unos segundos

mirándome, como si tratara de traducirme en una sola palabra. Yo le sostuve la mirada mientras veía cómo, poco a poco, sus labios se curvaban hasta convertirse en una sonrisa despistada.

—¿Cómo?

—Que... Bueno... Ya sé que no soy nadie para pedirte nada, pero si vamos a seguir viéndonos de vez en cuando... Pues eso. No me siento cómoda si existe la opción de que haya terceras personas. No le veo sentido. —Me encogí de hombros y recé por estar transmitiendo una pizca de seguridad mientras decía todo aquello.

La sonrisa de Will se ensanchó más.

—No entiendo. ¿He dicho algo que te haya hecho pensar que yo sí que quiera que nos veamos con otros?

—No, claro que no. —Negué con efusividad—. Pero no es que tú y yo tengamos nada hablado acerca de... algo. Apenas nos conocemos. Igual la semana que viene esto se ha acabado o igual no. No lo sé. Pero mientras dure... prefiero que, aunque sea ese aspecto, esté claro. Si te parece bien.

Me miró tratando de contener una sonrisa que finalmente explotó en una risa masculina y sexi. Me sentí algo confusa por su reacción, pero me gustó tanto verlo reír de ese modo que poco a poco fui notando cómo una sonrisa luchaba por formarse en mi rostro. Dios santo. ¿Qué era esa cascada de sensaciones que notaba por mi vientre al oírlo reír así? ¿Por qué reía yo también de repente? ¿Estaría volviéndome loca?

Will me rodeó con un brazo y me besó en la sien, raspando con su barba mis pómulos calientes por el sol.

—Me parece mejor que bien. La verdad es que no me apetece estar con nadie que no seas tú, y no me gusta la idea de que nadie que no sea yo te toque. Ya veremos adónde nos lleva esto. Pero mientras tanto, me alegro de que eso esté claro.

Lo dijo con tanta seguridad que no pude rebatir nada ni seguir hablando del tema. Asentí despacio y tragué el denso nudo que se había instalado en mi garganta. Dando por zanjado el asunto, Will me cogió la mano y caminamos hacia la entrada de la playa. Nos quitamos el calzado, lo metimos en mi bolso y empezamos a andar sobre la arena.

Sentía cierto alivio después de haber hablado brevemente del tema con Will, pero no me había quedado tranquila del todo. No sé qué esperaba que hubiera dicho, la verdad. «No habrá nadie más. Y, ahora que lo dices, me gustaría que dejáramos claro qué sentimos el uno por el otro y qué esperamos

de esto». Menuda tontería por mi parte. Si ni siquiera yo tenía una opinión formada respecto a eso, ¿cómo podía esperar que la tuviera él?

Nos dirigimos hacia la orilla y caminamos sobre la arena húmeda sintiendo el mar bañando nuestros dedos. Hacía un calor asfixiante, pero como no llevábamos ropa de baño solo nos mojamos los pies y un poquito más arriba cuando alguna ola rompía cerca de nosotros. Will no soltaba mi mano e iba hablando con normalidad, haciendo comentarios de la gente que veíamos y sobre que debíamos de ser las únicas personas con ropa de toda la playa. Se comportaba igual, como si nada. Como si no acabásemos de decidir que nos veríamos en exclusiva, aun sin saber bien qué esperábamos. Pero él estaba tan contento y relajado, que poco a poco me dejé arrastrar por nuestra conversación y fui aparcando el tema en un rinconcito de mi mente, decidida a disfrutar del día.

Estuvimos paseando un rato más por allí y luego comimos en un pequeño bar al lado de la playa con vistas al muelle. Will y yo compartíamos historias de los veranos de nuestra infancia y de un montón de cosas más que no venían a cuento, pero que en ese momento parecían demasiado importantes como para no compartirlas con el otro. Por el altavoz empezó a sonar *Wind of change*, una canción de The Scorpions que me encantaba. Nosotros nos mirábamos embelesados mientras nos escuchábamos hablar. Supuse que pareceríamos una de esas parejas que a veces se ven por la calle y que provocan que se te garrapiñe la sangre por lo tiernos que son.

Guardo un recuerdo muy especial de ese día. Adoraba pasar tiempo con Will. Estar a gusto a su lado era extremadamente fácil, con su pillería y esa forma de meterse de broma conmigo que acababa con una carcajada mía o con un beso. Pasamos un día increíble, tocándonos cada dos minutos y contando batallitas de la universidad, hablando de cuáles eran nuestros libros favoritos o de cualquier otra cosa que surgiese. Me encantaba. Sencillamente, conectábamos.

Cuando se hizo la hora de volver cada uno a su casa, hasta me dio pena. Habíamos pasado un montón de horas juntos en los últimos días y no quería que terminara. Pero había quedado con mis amigos para merendar y tenía que pasar por casa para ducharme antes.

Si desde el primer momento ya tuve bastante claro que Will me gustaba en serio, después de ese día no me quedaba ni una sola duda. En las últimas cuarenta y ocho horas me había encontrado con muchas versiones de Will que escondía dentro de sí mismo y que aún no conocía: Will el amigo de sus

amigos, el cauto, el meditabundo, el que me confesaba que conmigo se sentía diferente, el trabajador, el turista, el amante, el que no quería que estuviéramos con más gente. Y por encima de todos ellos, él mismo. Will, a secas. El hombre que me tenía medio trastornada y que me hacía sentir cosas que no sabía nombrar.

—Gracias por este fin de semana, Olivia —dijo cuando llegamos a la parada del metro.

—Gracias a ti. Ha sido...

—Lo sé. Ven aquí.

Me envolvió con sus brazos y allí, en el centro de Brooklyn a plena luz del día, rodeados de gente, me dio el beso más increíble que me habían dado en público en la vida.

—Voy a subir al metro ya o no querré volver. —Apoyó su frente en la mía cuando conseguimos separarnos y suspiró sonoramente—. Nos vemos el martes.

Yo suspiré también.

Al día siguiente los dos teníamos un día complicado en el trabajo, así que habíamos dicho de vernos para cenar algo cuando saliésemos el martes de trabajar.

Nos dimos un último beso y lo vi descender las escaleras y perderse dentro de la estación del metro. Me quedé allí parada unos minutos más. Ya lo echaba de menos. Dios, qué boba estaba. El calor y las hormonas, mala combinación.

Volví a casa flotando en una nube. No cogí el metro, a pesar de que me encontraba muy lejos de mi casa. Pero necesitaba andar y sentir mis pasos golpeando el asfalto para asegurarme de que, aunque algo en mí se sentía diferente, seguía siendo yo.

\*\*\*

El martes por la tarde tuve una de esas sorpresas que a veces te da el día a día y que son capaces de poner de buen humor a cualquiera. Después de la hora de la comida nos habían informado de que debido a un acto de la empresa al que debían acudir todos los directivos podíamos salir a las cuatro, así que corrí hasta el metro canturreando en cuanto dio por terminada la jornada.

Como no había quedado con Will hasta las ocho, decidí invertir la tarde en mí misma. Vale, en mí misma y en prepararme para nuestro encuentro. Lo

primero que hice cuando entré en mi casa fue quitarme el esmalte de las uñas de las manos y de los pies, porque desde que habíamos estado en la playa dos días antes estaban hechos un desastre. Después entré en la ducha, me lavé el pelo a conciencia, me puse una mascarilla (algo que debería hacer cada día, pero que por falta de tiempo hago de uvas a peras), salí y me sequé. Repasé mi depilación con la maquinilla eléctrica. Me puse crema hidratante por todo el cuerpo, incluso entre los dedos de los pies. Me sequé el pelo con dedicación con el secador, dándole algo de volumen y dejando las puntas para fuera. Después volví a hacerme la manicura y la pedicura, me pinté lo mejor que supe para que no se notase que me había pintado mucho y me vestí con una faldita preciosa que, no sé por qué, apenas me ponía y una camiseta que le hacía conjunto. Cuando miré el reloj, vi que aún me quedaban cuarenta y cinco minutos. Toda una hazaña para tratarse de mí.

No estaba nerviosa por volver a ver a Will después de nuestro intenso fin de semana, pero no podía negar que estaba muy emocionada. En los últimos días me había dedicado a analizar todos los acontecimientos ocurridos entre el viernes y el domingo, y me parecía que ambos estábamos en el mismo punto. Dos personas a las que les cuesta conectar de verdad con otra gente, de repente se conocen y saltan chispas. Porque que saltaban chispas entre nosotros era algo que hasta el más ciego podía ver. No había ninguna otra explicación. No podía decirse que sintiéramos algo profundo el uno por el otro porque no nos conocíamos tanto, pero había química. Complicidad. Electricidad. Fuegos artificiales.

Trataba de no hacerme muchas ilusiones porque, salvo que seríamos exclusivos, no se sabía mucho acerca del perfil de nuestra relación, pero... estaba fracasando estrepitosamente. Estaba más ilusionada de lo que recordaba haber estado en mi vida adulta. Pasaba las horas inquieta como una chiquilla que va a ver en concierto a su grupo favorito, y con unas ganas de volver a verlo que apenas podía contener dentro de mi cuerpo. No me reconocía.

Cuando se hizo la hora de salir de casa, cogí mi móvil, el bolso y las llaves y bajé por el ascensor tarareando una canción de mi infancia. Mientras descendía por las escaleras de piedra de mi portal que daban a la calle, un sonidito me avisó de que tenía un nuevo mensaje en el móvil. Lo saqué del bolso y, aun estando bloqueado, vi en las notificaciones que se trataba de William Hannigan. Por alguna razón, tuve un mal presentimiento. Deslicé mi dedo índice por la pantalla para desbloquearlo y abrí el mensaje para leerlo

completo.

*<Lo siento. No voy a poder quedar esta noche. Un imprevisto en el trabajo. Ya hablaremos.>*

Permanecí quieta como una estatua mientras mis ojos leían una y otra vez esas palabras, deseando haber entendido mal. Pero estaba bastante claro, así que me cagué en todo lo cagable.

Me quedé tan chafada por que hubiera cancelado nuestros planes, que me di hasta pena a mí misma. No por haberme esmerado tanto en arreglarme. No por el conjunto de lencería que estrenaba ese día por si acaso tenía suerte y él me lo acababa quitando. No por mis uñas recién pintadas de granate, que se habían quedado paralizadas sobre la pantalla de mi móvil. Sino porque todo el mundo sabe que «un imprevisto de trabajo» es un eufemismo para no decir «no me apetecer quedar». Y la prueba estaba en que no proponía aplazar el encuentro, ni decía nada acerca de quedar otro día. No. Un estúpido «ya hablaremos». El típico «ya le llamaremos nosotros». Qué hijo de una hiena.

Eso era lo que comúnmente se conoce como dar plantón. Así que ahí me quedé yo, vestida y alborotada en el portal de mi piso.

Me planteé qué opciones tenía. ¿Lo llamaba para pedirle explicaciones? No, el estilo agresivo nunca ha ido conmigo. ¿Le mandaba un mensaje aceptando sus disculpas y proponiendo quedar otro día? No, tampoco era estúpida. Me negué a meterme de nuevo en casa, triste y cabreada, con el esfuerzo que había invertido en arreglarme, así que me fui al metro y de camino llamé a Claire y Christina para una quedada de emergencia. Mis amigas no se hicieron de rogar y en cuestión de media hora organizamos un encuentro de chicas en la zona de Hell's Kitchen.

Pasamos el resto de la tarde y parte de la noche en una terracita muy mona donde nos pusimos hasta el culo de comida basura y cervezas. Despotricamos contra el sexo masculino, los jefes y los precios de la ropa de temporada. Claire nos habló de sus últimos pensamientos respecto al tema de Neal y, aunque no sacamos nada nuevo en claro, le sirvió para desahogarse. Christina nos contó todo lo que había que saber (y más) sobre su último ligue, un guapísimo inglés que aseguraba estar relacionado con la familia real británica. Christina decía que no sabía si realmente sería de la nobleza, pero que no se podía negar que sabía usar la lengua como un rey. Muy gráfico todo, como siempre con ella. Yo les informé sobre lo que había pasado en los últimos días con Will (la versión extendida, porque el parte diario lo tenían ya en forma de mensajes de texto).

Aunque finalmente no conseguimos arreglar el mundo ni entender a los hombres, nos reímos y nos despachamos bien a gusto. Después de ese ratito con mis chicas, volví a mi casa de bastante mejor humor y directamente me metí en la cama; vestida y sin desmaquillarme, que bastante me había costado prepararme. Y milagrosamente, dormí como un bebé.

El miércoles fue un infierno. Como habíamos faltado todos la tarde anterior, el trabajo parecía haberse reproducido en aquella oficina con el suelo de metacrilato. Pasé la mañana enfrascada en datos absurdos, cifras imposibles y llamadas de teléfono exasperantes. Sí, estaba de un humor encantador, lo sé.

No había vuelto a saber nada de Will desde el mensaje que le mandé como respuesta: *<Sin problema. Ya hablaremos.>*

No es en absoluto mi estilo mandar mensajes de cuatro palabras, para qué engañarnos. Pero Christina había insistido en que mostrarse indiferente pero correcta, era lo mejor. Eso saca a los hombres de quicio. Según ella, seguramente Will esperaba alguna explosión de ira por mi parte o un trato de silencio. Con ese mensaje tan poco propio de mí, supuestamente yo quedaba por encima de la situación y le daba una patadita moral a su ego. Él nunca sabría que en realidad tenía ganas de arrancarle los ojos con mis propias manos por plantarme la primera vez que quedábamos después de habernos acostado.

A pesar de la mierda de día, llegué a mi casa a una hora bastante decente. Me puse ropa de estar por casa y encendí el equipo de música. Como hacía mucho tiempo que no pintaba y necesitaba canalizar mis emociones, saqué las acuarelas y unos cuantos mandalas en blanco. Pintar mandalas era una actividad que me daba mucha paz; son unas láminas que representan un combinado de figuras entrelazadas, encerradas dentro de un círculo. Según Claire, que le encanta todo aquello que contenga un puntito esotérico, han sido usados por grupos espirituales desde tiempo atrás. Supuestamente sirve para atraer energía positiva y para conectar con nuestro interior, pero yo los empleaba como técnica de relajación y porque me gustaba lograr un resultado estéticamente conmovedor cuando pintaba sobre ellos.

Cuando lo hube preparado todo sobre la mesa del salón, pude empezar. Pasé el resto de la tarde jugando con los colores hasta conseguir que cada ilustración hablase por sí misma.

En el momento que fui capaz de conectar con mi fuente zen interior, empecé a aclarar mis ideas. Estaba muy dolida por lo de Will. Por el plantón

en sí y por lo que parecía implicar. ¿Y si no volvía a saber de él? Yo no soy una persona orgullosa, y posiblemente acabaría yendo detrás de él para preguntarle qué había pasado, pero no lo haría en un futuro inmediato, de eso estaba segura. Pero, ¿y si todo había acabado ahí? ¿Por qué? Estaba convencida de que lo que había entre nosotros era cosa de dos, no era yo sola. Nadie puede ser tan buen actor. A no ser que fuera un psicópata. Pero no, no lo parecía. Y George me habría avisado de haber sido así. ¿Y si a Will realmente no le interesaba tener nada con nadie? ¿Y si se había acojonado por mi comentario de la exclusividad? En el momento no me lo había parecido, pero vete tú a saber qué piensan los hombres cuando están solos.

Resoplé. «Realmente, Olivia, ¿de qué te sorprendes?». Una parte de mí sabía que acabaría pasando. Que aquello quedaría en una historia pasajera. Si lo pensaba bien, incluso era mejor que pasase ahora que apenas nos conocíamos y no más adelante, cuando me implicase más todavía. Recuerdo que envuelta en aquel discurso de autoconvencimiento, incluso llegué a sentir cierto alivio al no ser yo la que le pusiera fin a aquello, porque lo más seguro era que me acabase pasando, ¿no? En mis contadas experiencias, siempre había sido yo la que tocaba techo primero. ¿Por qué iba a ser esta vez diferente?

Negué con la cabeza para mí misma. ¿A quién quería engañar? No podía asegurar que esa vez fuera a ser como las anteriores. Will me gustaba muchísimo. En todo. En la cama y fuera de ella. Me gustaba él y me gustaba la forma en la que me sentía cuando estábamos juntos: confiada, relajada, libre, yo. Con él yo era yo misma. No recordaba que nadie me hubiera hecho sentirme tan especial como me sentía estando con él. Había algo en eso que teníamos juntos que no se parecía en nada a ninguna de las relaciones que había tenido antes. Will tenía algo diferente, así que cabía esperar que mis reacciones respecto a él fueran imprevisibles.

Una vez me di por satisfecha con mi trabajo de esa tarde, tendí los mandalas para que se secaran y recogí las acuarelas. Después me dirigí al fregadero. Mientras lavaba los vasos que había utilizado para aclarar los pinceles, un sonidito anunció que acababa de llegarme un mensaje. Deseé que fuera Will. Fue lo primero que se me pasó por la cabeza. Me reprendí a mí misma por no gestionar adecuadamente mis expectativas mientras cerraba el grifo. Me sequé las manos con el paño con nubes bordadas que me esperaba hecho un gurrño en la encimera, cogí el móvil y... era Will. Aunque el mensaje me dejó algo perpleja:

<¿Te gusta la comida china?>

Me quedé mirando el teléfono confusa, con los codos apoyados en la barra de la cocina. ¿A qué venía eso? Miré por si acaso me había perdido algún mensaje previo a ese. Pero no, el último de nuestra conversación era el que yo le había mandado la noche anterior.

Toqué la pantalla para abrir el cuadro de texto y con dedos vacilantes tecleé un simple: <Sí.>

Pocos segundos después, aparecieron los puntitos en la pantalla que me indicaban que había empezado a escribir. Su respuesta no tardó en aparecer:

<En dos minutos estoy en tu casa.>

«¿Cómo?».

Miré mi atuendo. Shorts azul marino que no dejaban mucho a la imaginación, camiseta de la universidad del año de la tos y pelo indescriptible. Puse los ojos en blanco y eché la cabeza para abajo para recoger mi melena en una coleta alta. Me miré en el espejo de la entrada para asegurarme de que no quedaban bollos y la até. Acto seguido pellizqué mis mejillas para darles algo de color y limpié de debajo de mis ojos una sombra negra procedente de la pintura que me había puesto esa mañana, y que se había corrido a lo largo del día. No era mi *look* exultante del día anterior, pero podría haber sido peor.

Los golpes en la puerta me avisaron de que ya había llegado. Abrí y nos quedamos mirándonos como dos idiotas. Will me repasó de arriba abajo, entreteniéndolo su mirada en aquellas partes de mi cuerpo que no estaban cubiertas por tela. Él estaba ligeramente despeinado, con la barba recortada y luciendo unos vaqueros junto con una camisa blanca arremangada que le quedaba... sin comentarios. No me convenía ir por ahí.

—¿Qué haces aquí?

Me costó encontrar un tono neutral, algo a caballo entre el mosqueo por que me hubiera plantado el día anterior, que aún me hervía la sangre, y el instinto de que no pareciese precisamente eso. Quería sonar desenfadada, que no supiera hasta qué punto me había molestado.

—Podría decirte eso de que pasaba por el barrio, pero la verdad es que me apetecía verte. —Su maldita sonrisa hizo acto de presencia, decidida a ponerme las cosas un poco más difíciles—. ¿Puedo pasar?

No me pasó inadvertido el gesto de disculpa que se esforzaba por disimular, pero que le salía solo. Ni tampoco cómo sus ojos brillaban cautos. En sus manos cargaba dos bolsas blancas de plástico que reconocí del

restaurante chino que quedaba a dos calles de mi casa.

—Claro.

Me hice a un lado para dejarlo entrar y cerré la puerta mientras veía cómo dejaba las bolsas que había traído en mi estrecha cocina. Se acercó a mí de nuevo y me dio un suave beso en los labios que no pude evitar devolver.

Como no sabía muy bien cómo actuar, dije lo primero que me pasó por la cabeza:

—Si hubiera sabido que venías me habría puesto otra cosa.

—Así estás perfecta.

Tragué saliva.

Avanzamos dos pasos hacia el sofá color berenjena que reinaba en mi pequeño salón. Estaba todo un poco hecho un desastre, nada que ver con el salón impoluto que lo había recibido el fin de semana. En las estanterías del fondo, que quedaban encima del mueble de la tele, había enganchado unos cordeles y con unas pincitas de madera había colgado los mandalas para que se secaran bien. Will se dirigió hacia allí con paso prudente y se puso a mirar mi trabajo de esa tarde con interés.

—¿Qué es eso?

Le expliqué que eran mandalas, que tenía costumbre de pintar de vez en cuando y que había estado esa tarde con ellos. Y así, empecé a hablar como si nada. Mi dichosa lengua sin filtro se hizo cargo de la situación y le conté todo acerca de esa especie de *hobby* mío. Ya puestos, hasta le enseñé la carpeta donde guardaba los que ya tenía acabados y también algunos que aún conservaba en blanco.

Poco a poco, la conversación fue fluyendo y yo conseguí relajarme un poco. No quería perder de vista el enfoque de lo que había pasado el día anterior, pero tampoco me sentía aún lista para hablarlo. Su repentina visita me había descolocado, así que supuse que podía esperar hasta después de la cena.

Will estaba encantador como siempre. De vez en cuando se me quedaba mirando más de la cuenta, con cierto aire pensativo, pero al margen de eso se comportó dentro de la normalidad: haciendo bromas para hacerme reír, contándome qué tal el día y relatando su excursión por Brooklyn para comprar la cena. Por una vez, yo no era la que más hablaba de los dos. No es que estuviera callada, ni mucho menos (seguía siendo yo), pero Will estaba especialmente conversador. De hecho, en más de una ocasión me pregunté si no lo habría malinterpretado yo todo.

¿Habría exagerado con el tema? ¿Prejuzgado la situación? Igual sí que había tenido un problema en el trabajo y solo había tenido tiempo de mandarme ese mensaje tan rancio. ¿Y si había sacado conclusiones precipitadas y me había montado una película rocambolesca en la cabeza sobre que se había agobiado y no sé cuántas cosas más?

Pero entonces lo miraba y me daba cuenta de que había algo ahí que no había estado las veces anteriores que habíamos estado juntos. Había cierto deje cauto en cada comentario que hacía. Las caricias que me dedicaba de vez en cuando no salían naturales, como el fin de semana pasado. Su expresión cuando nos quedábamos mirando a los ojos rozaba lo circunspecto.

Había algo diferente esa noche.

Cenamos en la pequeña mesa de centro del salón que quedaba entre el sofá y el mueble blanco del fondo, en el que estaban la tele y el equipo de música. Montamos ahí el chiringuito y nos sentamos en el suelo para llegar mejor a la comida. Pusimos la televisión de fondo. Echaban un capítulo de reposición de una famosa *sitcom* de los 90 que me encantaba. El capítulo que pasaban aquella noche lo había visto unas doscientas veces, pero seguía haciéndome gracia. Era uno en el que se descubre el romance secreto entre dos de los protagonistas y el resto se compinchan para destaparlo.

Will y yo nos reíamos en las mismas escenas, mirándonos de reojo de vez en cuando mientras compartíamos los tallarines tres delicias.

Cuando terminamos de cenar, recogimos entre los dos y tiramos todo a la basura. Will volvió al salón y yo me enjuagué las manos en el fregadero antes de acompañarlo. Lo encontré esperándome sentado cómodamente en el sofá.

Antes de sentarme también, abrí más las ventanas para que entrara mejor el aire. Los sonidos que provenían de la calle se mezclaron con los de la tele, llenando el piso. Tomé asiento al lado de Will, que de pronto me miraba con una expresión bastante intensa que me hizo sentir un poco incómoda. Supongo que se había dado cuenta de que me pasaba algo. Por mucho que me hubiera esforzado por parecer normal, ya he comentado alguna vez que mi cara es un libro abierto. No soy buena a la hora de esconder mis reacciones. Me considero una persona bastante visceral, así que fingir lo contrario de lo que siento no ha sido nunca lo mío.

Le devolví la mirada y crucé las piernas en el sofá, como una india. Will se revolvió el pelo antes de empezar a hablar.

—Quería disculparme contigo, Olivia. Por haber cancelado nuestros planes de ayer.

«Directo al grano. Bien».

—Ah, ya. Eso...

—Lo siento mucho —me interrumpió. Sus ojos brillaban sinceros y la expresión de su cara era claramente la de alguien que se siente culpable.

—Deduzco por la cara que pones que no fue trabajo lo que te retuvo.

—Tuve un imprevisto de trabajo, eso es cierto. Pero podría haberlo solucionado y haber mantenido nuestros planes. —Sonaba serio, resuelto y sobre todo sincero cuando añadió—: No lo hice porque necesitaba espacio, no porque no quisiera verte.

«Ay, Dios. Espacio, dice. Piensa rápido, Olivia».

Lo miré con los ojos ligeramente más abiertos de lo normal. Pues claro que necesitaba espacio. Lo peor de todo era que sabía perfectamente por qué lo necesitaba, porque yo me había sentido así alguna vez: sobrepasada cuando las cosas se intensifican con alguien que te gusta mucho, pero a quien acabas de conocer.

Busqué en mi mente como loca ejemplos de conversaciones parecidas que había mantenido con anterioridad. Si algo sabía, era que poniéndome a la defensiva no iba a solucionar nada. Tenía que mostrarme comprensiva, y no era que fuese a resultarme difícil, porque en el fondo podía entenderlo. El espacio era bueno, saludable y lógico. Teníamos que definir los límites de aquello que queríamos cada uno, y eso se hace en soledad, no paseando cogidos de la mano por el parque. Que yo tuviera unas inexplicables ganas de estar con él no quería decir que así fuera como tenían que ser las cosas.

Respiré hondo y adopté una pose seria, pero todo lo relajada que pude.

—Está bien. Lo entiendo.

—¿Lo entiendes? —preguntó con una sonrisa irónica—. Pero si no te lo he explicado aún.

—Ya, pero conozco la sensación. A mí también me ha pasado otras veces. Estás bien con alguien, llega el sexo y lo complica todo. Te preocupa que las cosas se pongan íntimas. No te preocupes, créeme que lo entiendo mejor que nadie.

—Olivia... —Sonrió de nuevo, negando con la cabeza—. No es eso.

Cogió el mando de la tele, que descansaba en la mesita, y la puso en silencio. Lo dejó de nuevo en su sitio, haciendo sonar la madera de la mesa. Me miró con cariño a los ojos y me puso detrás de la oreja un mechón de pelo que había escapado de mi coleta .

—No me preocupa que las cosas se pongan íntimas. Lo que me preocupa,

por decirlo de alguna manera, es que yo quiero que se pongan íntimas. No suele pasarme.

«Ay, Dios. ¿Qué?».

—¿Qué?

—No sé cómo explicarlo. Nunca he tenido que hacerlo.

Mis pulsaciones se dispararon a ciento veinte por minuto. Eso ya era taquicardia, ¿no? Notaba el pulso hasta en las sienes, por Dios santo. Me obligué a serenarme y a normalizar mi respiración antes de que fuera evidente para Will que estaba cundiendo el pánico.

—Tranquilo, ¿vale? Puedes decirme lo que sea —Dios... Qué falsa—. Te entenderé y prometo que seré sincera contigo después.

Asintió, manteniendo esa pose seria que nunca antes le había visto. Sin apartar sus ojos de los míos, cogió aire y lo soltó poco a poco antes de hablar.

—Me gustas mucho, Olivia. No solo para un rollo. Quiero más. Quiero estar contigo.

«Peligro. Peligro».

Mierda, ahora me sudaban también las manos. De pronto estaba en estado de *shock*. No esperaba ese giro de los acontecimientos, y menos después de haber pasado las últimas veinticuatro horas pensando que todo había acabado entre nosotros y que él no quería saber nada más de mí. Parecía que me había equivocado con mis suposiciones y que lo que estaba pasando realmente era que él se sentía igual que yo y que estaba confundido porque quería más. Eso eran buenas noticias, ¿no? Entonces, ¿por qué me ponía así? ¿Por qué notaba que no había suficiente aire en la habitación? Mientras me pasaba las manos por la tela de mis pantaloncitos con disimulo, pensé que igual se debía a que ese chico me gustaba de verdad. Y yo sabía que eso era razón de más para andarme con mil ojos. Me asustaba subir demasiado, por si acaso la caída acababa siendo de las grandes.

Como no sabía qué decir, decidí no andarme con rodeos.

—¿Te refieres a que quieres una relación?

—Tanto como una relación, no sé. Es pronto aún para hablar de eso. Quiero salir contigo. Seguir viéndote, conociéndote y ver adónde nos lleva esto. Pero ir en serio. No sé. Es la primera vez en muchos años que quiero algo así. Estoy un poco confuso. —Me miró con sus preciosos ojos azules reflejando las doscientas mil emociones que sentía yo relumbrar en cada una de mis terminaciones nerviosas—. Di algo, por favor.

«Que diga algo, dice. ¡Pero si no sé ni lo que pienso!»

—Has conseguido dejarme sin palabras. Eres muy sincero.

—Ya te dije que lo era.

Nos sonreímos de verdad por primera vez en el día.

—A ver si lo he entendido... —dije, mientras intentaba ordenar las ideas en mi cabeza—. ¿Quieres que salgamos, con todo lo que eso implica? ¿Citas, sexo, hacer cosas juntos? ¿Y si alguien nos pregunta diremos eso de «estoy con alguien»?

—Exacto. —Su sonrisa sincera y esperanzada me derritió un poco.

«A ver, Olivia... Tampoco te está pidiendo matrimonio», pensé. Había dicho que no hablábamos de una relación como tal, porque era demasiado pronto. Pero lo que proponía me sonaba bastante a la antesala de una. Conocernos, salir, la exclusividad ya estaba hablada...

¿A quién quería engañar? La verdad era que el modelo que me estaba proponiendo me apetecía. Yo quería también todas esas cosas. Era justo lo que necesitábamos. Seguir como hasta ahora, teniendo ambos claro que íbamos en serio. Con él, algo así sonaba demasiado bien.

—Creo que me gusta el plan. A mí también me gustas mucho, Will. Tenemos una conexión que... No sé. Hacía tiempo que no sentía. Y también quiero estar contigo.

Suspiró aliviado y entrelazó sus dedos con los míos, llevándolos a su regazo.

—Pero sigo sin entender que tiene que ver todo esto con lo de ayer —seguí diciendo—. ¿Eres de los que se rayan y desaparecen? Porque a mí esas cosas no me gustan. Quiero que lo sepas. Si estás confundido prefiero que lo hables conmigo. Que te escondas de mí complica la situación.

Se revolvió el pelo y asintió con comprensión ante mi último comentario.

—No acostumbro a hacer esas cosas. Solo necesitaba tiempo para entender lo que me pasaba y lo que quería. Ya te lo dije, no suelo involucrarme demasiado y no entendía por qué contigo sí que quiero. Quería reflexionar sobre el tema.

—¿Llegaste a alguna conclusión?

—No. —No pudimos evitar intercambiar una mirada y una sonrisa cómplice que denotaba que ambos estábamos igual—. Pero tranquila, no volverá a pasar.

Apretó con fuerza mi mano y la besó con cariño. Yo me pegué más a él.

—Bueno, tampoco tenemos por qué entenderlo todo ahora. Lo cierto es que a mí me pasa lo mismo, ¿sabes? Tampoco sé por qué me siento como me

siento. Pero igual no tiene sentido que le demos más vueltas a por qué nos pasa. Pasa y punto. Por el momento podemos dejarnos llevar, a ver a dónde nos lleva esto.

—Suenan bien. —Sonrió y sus ojos centellearon al reflejar esa sonrisa.

—Suenan muy bien. —Yo también sonreí. Como una tonta.

—¿Puedo besarte?

Me reí y, como respuesta, me subí a su regazo, rodeé su cuello con mis brazos y lo besé yo misma. Su lengua invadió mi boca antes de que me diera cuenta. Demandante, hambrienta de mí. Enredé mis manos en su pelo mientras él acariciaba la piel de mi espalda y me tocaba el culo, colando su mano por la diminuta pernera de mi pantalón. Enseguida me encendí por dentro. Estar con él así era algo que iba mucho más allá de la mera excitación fisiológica. Notaba algo tensarse dentro de mi pecho, dificultando mi respiración. Notaba tantas ganas de sentirlo dentro que temía acabar volviéndome loca. Notaba un deseo que nacía de lo más profundo de mí de hacer algo juntos que nos marcara a ambos para siempre.

Después de quitarnos las camisetas y besarnos durante un tiempo que no sabría concretar, Will me tumbó en el sofá y se situó encima de mí. Besó mis pechos, mis costillas y mi vientre. Sentí algo vibrar dentro de mis braguitas cuando él se deshizo de mi pantalón. Estaba muy excitada. Will besó mi monte de Venus, presionando suavemente con sus labios. Fue entonces cuando me di cuenta de que llevaba las bragas más feas de todo el cajón. Mierda. Como no esperaba verlo hoy, tras la ducha de esa mañana había cogido lo primero que había pillado: unas braguitas con dibujos de monitos que usaba solo cuando me venía la regla porque me hacían sentir antierótica del todo. «Qué lista eres, Olivia». Dios. ¿Por qué me pasan esas cosas?

Creo que murmuré algo al respecto en voz alta, porque Will empezó a reírse. Se incorporó y volvió a besarme en la boca.

—¿Sabes que leí una vez? —preguntó con voz ronca.

—¿Qué?

—Que si un hombre se acuesta con una mujer que lleva ropa interior bonita, ha sido ella la que lo ha seducido a él.

Me reí sonoramente junto a su boca. Qué verdad más grande. Supe que lo decía porque durante el fin de semana la única ropa interior que me había visto puesta eran conjuntitos sexis y con clase.

Lo miré inocentemente. Me había pillado.

—Pues ahora ya lo sabes.

Se rio también y volvió a besarme.

Y después bajó de nuevo. Besó de nuevo mi vientre. Jugó con su lengua en mi ombligo. Se deshizo de mis bragas. Me tocó con sus largos dedos y me abrió para él. Lamió el interior de mis pliegues, hasta dar con el nudo de terminaciones nerviosas que era mi clítoris. Jugó con su lengua hasta hacerme delirar. Me arrancó tanto placer como pudo. Me hizo gemir. Me hizo gritar. Me hizo explotar en su boca. Y después me llevó a mi cama, donde entre los dos le pusimos un preservativo y lo metimos en mi interior.

Nos movimos juntos, jadeantes, desesperados, hasta que volví a sentirme embargada por un orgasmo que él acompañó al dejarse ir dentro de mí. Después nos quedamos enroscados el uno al otro, y nos quedamos dormidos. Sentando las bases de lo que seríamos a partir de entonces; iniciando un camino que empezaríamos a recorrer juntos, pero que tenía fecha de caducidad.

## 8

### ¿La vida en color o en blanco y negro?

Es curioso cómo los seres humanos registramos el paso del tiempo; las grandes diferencias con otras personas y las diferencias con nosotros mismos en distintos puntos de nuestra vida.

Hay meses enteros que pasan sin pena ni gloria, sin traer ningún acontecimiento que nos marque lo suficiente como para ser recordado el día de mañana. Hay épocas que pueden hacer tambalear los cimientos de tu vida y que se marcan a fuego en tu memoria, por lo que eres capaz de evocar cada sensación y detalle que dio vida a una escena.

El tiempo exacto que compartí con Olivia fueron diez semanas, poco más de dos meses, pero me cambiaron la vida en todos los sentidos posibles.

Supongo que al principio ni ella ni yo éramos plenamente conscientes de que estábamos inmersos en uno de esos acontecimientos que marcan un antes y un después, pero con el tiempo comprendimos que así había sido; que encontrarnos el uno al otro había supuesto un punto de inflexión en nuestra manera de ver la vida.

Nunca llegamos a pronunciar esas palabras en voz alta. Éramos dos personas excesivamente prudentes con lo que nos decíamos, por miedo a expresar algo que nos definiese de una forma demasiado concreta. Ninguno éramos por aquel entonces amigos de las etiquetas, y probablemente seguimos sin serlo a día de hoy.

Recuerdo perfectamente la primera vez que pasamos el fin de semana juntos en mi casa: cociné para ella y salimos a cenar; compartimos botellas de vino y tazas de café; pasamos el rato en casa y recorrimos Tribeca, el barrio donde yo vivía, de punta a punta; nos comimos a besos en todas las esquinas que pudimos y en todas las habitaciones de mi casa. Escuchamos música, hicimos fotos, jugamos al billar y nos perdimos en el cuerpo del otro más veces de las que pueden ser registradas por los dedos de las manos.

Aquellos tres días intensivos fueron increíbles; un anticipo de lo que podía llegar a ser eso nuestro. Experimenté una extraña sensación de familiaridad, como si Olivia llevara años viniendo y cada rincón del piso tuviera su nombre escrito. No se me hacía raro ver cómo sorteaba mis muebles o verla tomar asiento en el sofá cámel con forma de L del salón. Tampoco se me hizo raro tenerla entre mis sábanas, enseñarle algunos de los proyectos que guardaba en

la habitación pequeña que usaba de estudio, despertarme con ella en mi habitación, tomarnos el café juntos en la barra de mi cocina.

No era la primera vez que algo así me pasaba con ella. Era como conocer de nuevo a alguien que conociste en otra vida, de manera que cada detalle nuevo que descubres te resulta familiar. Me sentía como si hubiera pasado toda la vida buscándola y nos hubiéramos reencontrado, porque a pesar de que todo lo que iba conociendo acerca de ella era nuevo, al mismo tiempo desprendía ese halo tranquilizador de lo conocido.

A pesar de que seguí siendo yo, durante esas semanas a su lado descubrí cosas de mí mismo que hasta entonces desconocía. De pronto tenía necesidades que no había tenido nunca, como contarle cosas sin importancia que me pasaban a lo largo del día, mandarle fotos de aquello que pensaba que le haría gracia o enlaces que podrían ser de su interés. Por primera vez en mi vida organizaba mis días teniendo en cuenta a otra persona. Y no porque ella lo demandara, sino porque me salía así. Yo quería compartir mi tiempo con ella. No nos veíamos todos los días, puesto que ambos teníamos trabajos y una vida al margen de lo que se estaba tejiendo entre los dos, pero aun así pasábamos mucho tiempo juntos.

Establecimos una especie de rutina. Si no quedábamos, Olivia tenía la costumbre de llamarme al final del día para contarme los eventos más reseñables de la jornada, y muchas veces también los poco reseñables. Yo la escuchaba con atención y con cierto aire divertido durante los minutos que ella se dedicaba a divagar sobre sus cosas. Se metía con su jefe, se quejaba de las colas del metro o de algunos de sus compañeros que no entendían el concepto de trabajo en equipo. También me hablaba de otras cosas, como del nuevo libro que había salido y que quería leer, de los reportajes que veía en el periódico que cogía en la entrada del metro y de las ocurrencias de sus amigos. Había veces que solo me hacía un resumen de su día y esperaba con ilusión a que yo le contara cosas sobre el mío. Hasta entonces nunca había sido de esa clase de gente que vive pendiente del móvil, pero empecé a estarlo por si acaso tenía noticias suyas.

Los seres humanos somos seres de costumbres, y yo poco a poco empecé a acostumbrarme a todos esos cambios que ella trajo a mi vida.

El primer sábado de agosto, Olivia me dijo que tenía una sorpresa para mí. Quedamos a media tarde en la parada de metro más cercana al Parque del Puente de Brooklyn. Curiosamente, cuando salí del metro ella ya estaba allí,

esperándome junto a un árbol con un vestidito de flores, una coleta alta y un capazo de mimbre colgado del hombro. Como siempre que la veía, algo vibró dentro de mí. Esa sensación de vuelco en el estómago que había escuchado tantas veces y que nunca había terminado de creerme resultaba ser real, y yo la sentía cada vez que me acercaba a ella. A pesar de que ya llevábamos algunas semanas viéndonos, no desaparecía.

Caminé los pocos metros que nos separaban y al llegar a su lado, la estreché en mis brazos antes de besarla. Cuando nos separamos hizo un comentario de esos suyos para romper el hielo después de algún momento intenso y acto seguido me ofrecí a llevarle el capazo, a lo que se negó.

La miré con las cejas curvadas y le pregunté qué era lo que estaba tramando.

—Todo a su debido tiempo, William —dijo con aire misterioso y, cogiendo mi mano, inició el paso hacia dentro del parque.

El Parque del Puente de Brooklyn es uno de los más famosos de Brooklyn y hasta ese día yo nunca había puesto un pie allí. A esa hora de la tarde estaba lleno de visitantes que caminaban de un lado para otro, disfrutando de la naturaleza y de las vistas que se adivinaban de Manhattan a lo lejos.

Fuimos hablando animados, contándonos cosas mientras pasábamos al lado de grupos de amigos, gente haciendo deporte y turistas fotografiando la puesta de sol. Caminamos por los senderos asfaltados hacia un destino concreto que yo desconocía, pero que Olivia parecía tener muy bien localizado.

Nos detuvimos cuando llegamos a un terreno llano rodeado de árboles en el que había varios grupos de personas repartidas por aquel césped perfectamente arreglado. Miré a Olivia, que lucía una sonrisa misteriosa mientras buscaba con la mirada el sitio idóneo para nosotros.

Avanzamos unos pasos, sorteando a toda esa gente que ya había tomado ubicación, hasta que Olivia se detuvo al llegar a una zona despejada. Sin mediar palabra, sacó del capazo algo parecido a un mantel de tela gigante y lo extendió con cuidado sobre el suelo.

—¿Nos vamos de picnic? —pregunté, mirándola divertido desde mi posición.

—No exactamente. —Con expresión risueña, señaló con la mano al espacio que quedaba detrás de mí.

Me di la vuelta y vi que unos metros más allá, en dirección al puente, había una pantalla gigante. Sonreí al comprender que aquello era un cine de

verano. Un cine a orillas del río Este y con el Bajo Manhattan de fondo. Césped, árboles, el puente de Brooklyn sobre nosotros y una pantalla para disfrutar de una película al aire libre. Increíble.

Al girarme de nuevo, Olivia ya estaba sentada sobre el mantel sacando cosas del capazo: botellas de agua, un par de latas de cerveza y *tuppers* con comida casera.

Levantó la mirada para evaluar mi reacción y sonrió al ver que la observaba en silencio.

—¿Has preparado tú todo esto? —le pregunté pasando la mano nerviosamente por mi mandíbula cubierta de una incipiente barba.

La risa que escapó de su boca me dio la respuesta.

—No. Me ha ayudado Claire. —Alzó los hombros y compuso una expresión adorable.

Solté una carcajada.

—Ya decía yo.

Me senté sobre aquel mantel de cuadros azules, sintiendo mis rodillas hundirse entre el césped que cubría el suelo. Acaricié tiernamente su mejilla con mis nudillos y le di un beso corto que me supo a poco.

—Me encanta el plan.

Olivia sonrió complacida de que me gustase y a continuación empezó a contarme qué era cada cosa que había traído.

Poco a poco fue llegando más gente a esa zona del parque que tomaba sitio a nuestro alrededor. Algunos traían sillas; otros, como nosotros, venían con manteles o toallas y cenaban en el suelo. Había parejas de todas las edades, grupos de amigos y familias con niños emocionados de estar en un cine de esas características.

Una vez estuvo todo listo, me cambié de sitio para ver mejor la pantalla y estar más cerca de Olivia. Me pasó una cerveza mientras se abría otra para ella, y dijo que podíamos empezar a comer si tenía hambre; aún quedaba media hora para que empezara la película.

—¿Qué película es? —quise saber.

—*El Mago de Oz*.

La miré sorprendido mientras daba el primer trago a la bebida, que aún se conservaba fresca. Me dio la sensación de que Olivia se sentía ligeramente cohibida, y eso inspiró en mí un repentino ataque de ternura, porque no era una reacción típica en ella. Mis labios se elevaron lentamente, formando una de las sonrisas más sinceras de mi vida. Le daba vergüenza haber preparado

aquella velada que resultaba ser mucho más especial de lo que había podido parecer en un primer momento. Lo había preparado todo pensando en mí. La comida eran platos que yo había comentado que me gustaban, la cerveza era de mi marca preferida y *El Mago de Oz* era mi película favorita de todos los tiempos.

Esa chica cada vez me tenía más loco.

Cuando por fin me miró, una sonrisita inocente reinaba en su cara. Sin soltar mi cerveza, me acerqué más a ella y la besé despacio. Cogí aire y dije:

—¿Dónde narices has estado durante toda mi vida?

Esa noche fue muy especial y cada minuto desde que la recogí en la parada del metro quedó grabado en mi memoria. Era la primera vez que alguien tenía un detalle así conmigo. Puede parecer una tontería, pero que la chica con la que sales prepare una cita hecha a tu medida es algo que no se olvida. Cenamos antes de que empezara la película y pasamos el resto de la noche abrazados, mientras veíamos *El Mago de Oz*.

A ella le encantó la película y yo la vi por enésima vez en mi vida. Recuerdo que con Olivia entre mis brazos, escuchando esos diálogos que me sabía de memoria y con las increíbles vistas de Manhattan iluminado de fondo, me sentí en casa por primera vez en mucho tiempo. Estaba a gusto, como si todos los engranajes por fin encajasen y la maquinaria de mi vida funcionase a la perfección.

De pronto entendí de dónde provenía ese impulso suyo de tomar fotografías para atrapar una idea. Si había alguna instantánea que con solo mirarla evocase todo lo que estaba sintiendo en mi interior desde la llegada de Olivia a mi vida, sin duda era una que capturase ese momento.

En las semanas que vinieron aprendí muchas cosas de ella. Como que le gustaba quedarse en el cine hasta que acababan los títulos de crédito, que iba más veces al baño durante una tarde que yo a lo largo de un día entero, que era lentísima para comprar cualquier cosa, que le encantaba hablar por teléfono y que necesitaba comer algo dulce antes de dormir. Su memoria era un desastre, pero de repente recordaba detalles concretos que me arrancaban sonrisas. Dormía siempre de lado y aunque diera mil vueltas durante la noche, siempre despertaba en la misma postura. Necesitaba el primer café del día como respirar, pero no podía tomarse ninguno más a lo largo de la jornada porque aseguraba que le daba taquicardia. Estaba siempre en contacto con sus amigos, hablaba con sus padres con bastante más frecuencia que yo con los míos y no

había día que no mencionara a su hermano. Le gustaba informarse sobre un montón de temas distintos y debatir conmigo sobre todo lo que se le ocurría. Le importaba conocer cosas sobre mi trabajo, aunque no se enterase de algunos tecnicismos. Era muy inquieta y necesitaba quemar toda esa energía haciendo cosas, aunque a veces era feliz solo pasando el día en casa tirados en la cama, besándonos y viendo películas antiguas. Allá donde fuéramos llevaba la cámara y una libreta en la que apuntaba ideas sin ton ni son, pero que ella afirmaba que tenían sentido. Y aunque era una conversadora incansable, aprendí que también sabía escuchar.

Hablábamos mucho, de todo lo que se nos ocurría. Nos poníamos metafísicos y filosóficos. Comentábamos películas absurdas, de esas que prefieres no confesar haber visto. Relatábamos anécdotas vergonzosas ocurridas años atrás. Me reveló entre risas que tuvo una época salvaje, en la que iba de fiesta en fiesta, mientras recordábamos el primer año de universidad. Nos contamos los que considerábamos que habían sido los momentos más embarazosos de nuestras vidas y la mejor sorpresa que nos habían dado nunca.

Dedicamos muchas horas a descubrir el cuerpo del otro; lo que nos gustaba y lo que nos hacía perder el control. Así conocí a la Olivia que se dejaba llevar por completo y a la que disfrutaba solo dándome placer. Yo me volvía loco cada vez que ella tomaba la iniciativa y hacía vibrar mi cuerpo con sus manos y su dulce boca. Notaba cómo ardía todo mi organismo cada vez que sentía el calor de su piel, llegando a perder la razón cada vez que ella me miraba con esos ojos suyos que conseguían reflejar todo lo que ambos sentíamos cuando estábamos juntos.

Hubo tardes enteras en las que nos besábamos durante horas, solo cediendo a ir más allá cuando ninguno de los dos podía soportarlo. Descubrí así que el sexo podía ser algo mucho más trascendental que un simple acto físico. Olivia se convirtió en esas semanas en la mujer con la que más horas de cama había compartido, lo que le dio una considerable ventaja para saber exactamente qué puntos debía tocar para que yo perdiera la cabeza.

Cada día que pasaba la deseaba más justo por esa razón, porque lo que estábamos aprendiendo juntos garantizaba que cada encuentro entre nosotros sería memorable. Daba igual que fuese rápido, lento, solo con las manos, solo con la boca, penetraciones en horizontal, en vertical, en el suelo o en el sofá. Daba igual, porque éramos nosotros y siempre conseguíamos que fuera único.

Aparte de lo intensas que eran las cosas a nivel físico, nos lo pasábamos

muy bien juntos fuera de la cama. Nos hacíamos reír el uno al otro a carcajadas y eso me volvía casi más loco que hacerla gemir una noche entera.

Poco a poco, Olivia fue sacando esa ternura que se escondía en lo más profundo de mí y que hacía años que no dejaba manifestarse.

Me gustaba pasar el rato mirando cómo hacía sus cosas, dejar besos distraídos en su hombro o en su clavícula mientras veíamos la tele, mirarla a los ojos y decirle una y otra vez lo loco que me volvía o lo mucho que me gustaba el simple hecho de estar a su lado. A pesar de que no era del tipo de chica que se ruboriza con facilidad, en más de una ocasión me enorgullecía al ver cómo mis comentarios conseguían desarmarla; dibujaba una sonrisita pícaro y se subía a mi regazo, o me estampaba contra ella y me comía a besos para ocultar que la había dejado sin palabras. Al final siempre acabábamos riéndonos como tontos o quitándonos la ropa el uno al otro con impaciencia.

En resumidas cuentas: todo nos iba bien. Pero por desgracia, también tenía mis momentos oscuros. A veces me asustaba. Sentía tantas cosas que excedían mis capacidades de gestión que me agobiaba con más frecuencia de la que me gustaría reconocer. No porque ella ejerciera presión sobre mí o pidiera más de lo que yo quería dar, sino porque yo quería dárselo todo. Y no lo entendía.

Durante toda mi vida adulta había sido una persona bastante autosuficiente y reservada. Nunca necesité nada de nadie. Y de pronto, en cuestión de semanas, me encontraba a mí mismo mirando el reloj y el móvil cada hora, deseando que se acercara el momento de hablar con Olivia, de verla, de tenerla a mi lado. Era como una droga. Me había vuelto adicto a ella. A sus locuras, a sus charlas infinitas, al sonido de su risa y al brillo de sus ojos. Me encontraba tan desbordado por lo que sentía, que en ocasiones solo tenía ganas de encerrarme en mi casa y no ver ni hablar con nadie; cosa que, para mi absoluta vergüenza, hice más de una vez. Mi vida entera estaba cambiando. No eran cambios radicales si se veía desde fuera, pero por dentro yo sentía una especie de metamorfosis en los planos más íntimos de mi persona. ¿Cómo era posible que en cuestión de unas pocas semanas notara a alguien tan dentro de mí? No lo comprendía, y juro que pasé horas enteras tratando de dar con una respuesta para los muchos interrogantes que rodeaban mi relación con Olivia y mis sentimientos por ella.

Todo era muy intenso; Olivia cada vez me importaba más y más, y empezaba a tener la certeza de que la necesitaba. Lo paradójico era que no podía evitarlo aunque quisiese. Y digo paradójico porque la verdad era que no quería. No quería controlarme. Algo dentro de mí me impulsaba a dar rienda

suelta a todo lo que sentía por ella porque me hacía sentir cosas increíbles que me daba miedo dejar de sentir.

Mi experiencia en gestionar una situación sentimental como la que teníamos era prácticamente nula, y había días en los que necesitaba mantener la distancia por ese mismo motivo, para disponer de un espacio propio donde reflexionar sobre tantos cambios y sobre cómo proceder. Me encerraba en el trabajo con tal de agarrarme a alguna excusa que me impidiera verla y me dedicaba a escuchar a esa parte de mí que no terminaba de sentirse cómoda con cómo estaban yendo las cosas. Pero entonces... Olivia me llamaba para decirme cualquier cosa y yo me perdía en sus palabras una vez más. Volvía a obnubilarme con sus ocurrencias, y acababa entrando de nuevo en mi puta burbuja. Me invadía de nuevo la necesidad de sentirla cerca, y la siguiente vez que quedábamos, me tocaba, la besaba y volvía a notar que todo lo que me pasaba con ella tenía sentido. Y así ponía fin al tiempo de rumiación.

Era como si ella supiera exactamente qué debía hacer y decir para hacerme sentir mejor. Sabía llevarme. Y gracias a eso, yo reforzaba esa sensación que había nacido en mí de que éramos el uno para el otro. De que conectábamos de verdad y funcionábamos juntos. Sentía que podía llegar a ser real.

Y me di por perdido.

Una de las cosas que más me sorprendieron de estar con Olivia era esa necesidad que tenía de hablar de sus cosas, que contrastaba bastante con mi naturaleza reservada. Me hablaba de temas que la preocupaban y me ponía al día de cada anécdota que le ocurría. Era lo que Olivia llamaba «entrar en el círculo».

—Ha sido un día de mierda —dijo un día nada más entrar en mi casa, mientras dejaba su enorme bolso sobre la mesa del comedor—. Otra vez. A veces creo que me dedicaré al *marketing* estadístico toda la vida.

Saqué una cerveza para ella y otra para mí, y nos la tomamos apoyados en la barra de mi cocina, mientras ella relataba los acontecimientos del día. Como ya había pasado varias veces en las últimas semanas, su jefe había faltado a su palabra. Después de varios días de insistencia por parte de Olivia, le había prometido que la incluiría en las tareas del equipo creativo referentes a una promoción especial de final de verano para que ella fuera adquiriendo tablas en ese departamento. El mismo día que ella pensaba que metería cabeza, le había salido con una excusa de última hora para tenerla

haciendo números y evitar así su asistencia a la reunión en cuestión.

—¿Por qué no intentas hablar con tu jefe de verdad? No lo abordes como un cambio de puesto tal cual. Prueba a aplicar las mismas técnicas de influencia y negociación implícita que usáis con los clientes. —Me miró sonriendo con la cerveza en la mano al darse cuenta de que la escuchaba cuando hablaba—. Piénsalo, podrías vendérselo como que quieres seguir trabajando en *marketing*, pero dentro del proceso creativo. No tanto en las estadísticas.

—Él ya sabe lo que pienso del tema. Se lo he dicho en cada reunión que he tenido la oportunidad. Pero empiezo a pensar que nunca me traspasará. He empezado en esa empresa en un puesto concreto, he aprendido mis funciones y ya no ven que mi perfil se pueda adaptar a otro equipo.

La miré, jugueteando con el botellín casi vacío entre mis manos. No era la primera vez que me contaba una situación parecida. Para mí, era obvio que ella no estaba a gusto en su trabajo, pero creo que necesitaba un empujón para tomar la decisión de dejarlo. Normalmente empezaba a contar la historia quejándose de su jefe, pero acababa justificándolo todo para no tener que tomar una determinación.

—¿No te has planteado cambiar de trabajo? Empezar de cero en otra empresa. Enfocarte a lo que te gusta de verdad.

Me miró unos segundos, y enseguida desvió la mirada a sus manos, como si buscara estudiar la esfera dorada de su reloj.

—Ahora mismo no entra en mis planes tomar una decisión tan radical. Necesito el dinero, no tengo los ahorros suficientes como para estar sin trabajo hasta que encuentre otro empleo. Además, no soy yo mucho de decisiones drásticas. Tengo que estar muy segura antes de dar un paso como ese.

Asentí, mirándola fijamente. No estaba preparada para un cambio así, pero sabía que ese trabajo no era para ella. Era cuestión de tiempo que la situación cayese por su propio peso.

—Date un tiempo, entonces. Si sigues descontenta, puedes ir mirando ofertas aunque sigas trabajando allí. Pero no te cierres, aún eres muy joven.

Me dio las gracias por mis palabras y enseguida cambió de tema. Después de eso vino un rato de risas... y me encantó ver que podía ayudarla a mejorar su humor. Qué extraña satisfacción me producía sentir que tenía la capacidad de servirle de apoyo moral en un momento dado, y hacer que se olvidara de todo un segundo después.

En eso se convirtió mi vida. Mis días, hasta entonces planos y sin nada conmovedor, pasaron a llenarse de luz y sonidos nuevos. Todo con ella era fácil, o al menos así me lo parecía a mí. O simplemente, igual eso es lo que se siente cuando das con alguien que parece estar hecho para ti.

Y así fueron pasando los días. Muchas risas. Muchos besos. Mucha conversación, mucho sexo y mucha complicidad. Mucho tiempo dedicado únicamente a conocernos.

Recuerdo una tarde de sábado que corrimos a refugiarnos en un Earl of Sandwich. Habíamos pasado la tarde recorriendo la Sexta Avenida, paseando por lugares míticos como el Radio City Music Hall o el Rockefeller Center, pero de pronto se levantó viento y el cielo se llenó de nubes negras, así que buscamos un sitio donde poder tomarnos algo tranquilamente. Pedimos un sándwich para cada uno y dos coca-colas, y tuvimos la típica conversación que tienen en sus inicios todas las parejas: el currículum sentimental.

Olivia me habló de los chicos con los que había estado, haciendo hincapié en un tal Luke, que había sido su novio durante cuatro años. Yo le hablé de pasada de algunas chicas a las que había conocido a lo largo de los años, sin resaltar a nadie en concreto, porque de pronto nadie me parecía lo suficientemente importante como para merecer una mención especial.

—No me puedo creer que nunca hayas querido a nadie. ¿Ni siquiera de adolescente?

Me miró con los ojos muy abiertos, masticando un pedazo de sándwich y visiblemente interesada en el tema.

Miré hacia la calle por el ventanal que quedaba de espaldas a Olivia, donde la lluvia empezaba a caer con fuerza. Nunca me había gustado hablar de ese tema. Me parecía una faceta muy íntima de la vida de una persona, porque revela demasiado. Siempre me hacía sentir expuesto. Volví a posar mi mirada en el rostro de mi preciosa Olivia y sonreí con cierto aire nostálgico. Ella quería saberlo. Quería que le hablara de mí. No por cotilleo, no por saber mis secretos. Sino simplemente por saber de mí. Por conocerme. ¿Qué había exactamente en ella que me impedía mantener las distancias? ¿Por qué no podía evitar contarle todo lo que quería saber? Peor, ¿por qué quería yo mismo contárselo todo? Había sido así desde el principio, y aun así me sorprendía cada día.

—Está bien. La respuesta correcta a esa pregunta es que sí. Tuve una novia en el instituto a la que quise, pero la cosa acabó tan mal que nunca hablo de

ella. —Di un trago a mi Coca-Cola con hielo y me sequé los labios con una servilleta de papel, mientras empezaba a contarle la historia de mi amor de adolescencia—. Se llamaba Lindsay. Sus abuelos vivían al lado de mi casa y desde los doce años yo había estado colado por ella. Era una niña muy guapa, simpática, que se convirtió en mujer muy pronto y que sabía exactamente cómo tratar a los chicos que iban detrás de ella, que para mi desgracia eran muchos. Yo era un chico muy normalito. Tardé bastante en dar el estirón, en que me saliera la barba y todas esas cosas de la pubertad, así que ella nunca vio en mí nada más que el típico amigo que te ayuda con los deberes. Cuando cumplí los dieciséis, empezó a ser evidente que me estaba convirtiendo en un hombre. Empecé a llamar la atención de las chicas de mi curso, incluida Lindsay. Y así, sin más, empezamos a salir. Ella era bastante... caprichosa. Llamémoslo así. Y yo le seguía el rollo. Era un crío y ella sabía muy bien lo que se hacía. —Trencé mis dedos a la altura de mi barbilla y seguí hablando sin apartar la vista de Olivia, que me miraba prácticamente sin pestañear—. Estuvimos juntos un año. Cuando mi madre se fue de casa tuvimos un bache. Yo estaba triste, confundido, y por primera vez desde que estábamos juntos no me desvivía por ella. Como podrás imaginar, no le gustó el cambio. Empezamos a pelearnos por todo y a vernos mucho menos. Una noche la pillé con otro en el parque de al lado de mi casa. Fue la gota que colmó el vaso. Lo dejamos al día siguiente. —Volví a dar un trago a mi bebida—. Lo que más me fastidió del asunto fue que no tuviera el valor de terminar las cosas de frente. Que recurriera al engaño y que encima lo hiciera al lado de mi casa, para que con suerte lo descubriera todo y fuera yo el que tomara la decisión.

—Dios, eso es horrible. ¿Ya no la has vuelto a ver?

Asentí lentamente, sin dejar de mirarla. Su expresión ya no era de expectación, más bien reflejaba algo a caballo entre el enfado y la tristeza.

—Sí. Coincidimos hará cosa de dos años, en una fiesta aquí en Nueva York. Apenas hablé con ella, llevaba un rollo que no me gustó nada.

Obvié el hecho de que Lindsay se mostró excesivamente entusiasmada de verme esa noche y que me propuso, con bastante descaro, que recordáramos viejos tiempos. Aún podía recordar su inquietante expresión mientras deslizaba por mis brazos sus largos dedos de pianista, y cómo a continuación invadió mi espacio personal para susurrarme al oído que me veía mejor que nunca. Solo de pensarlo me daban escalofríos, y no en el buen sentido. Con toda la delicadeza que pude, la aparté de mí y rechacé su acercamiento. Sé reconocer una oferta de sexo desenfrenado cuando la tengo delante, pero a mí

ya hacía tiempo que no me interesaba tener nada que ver con ella, ni siquiera una noche de sexo sin compromiso.

Puede que Lindsay fuera la experiencia sentimental que más me había marcado hasta la fecha, principalmente porque era la única con la que había compartido durante más tiempo algo más que sexo, pero no era de mis personas favoritas. Su manera de ser no casaba conmigo. Ese egocentrismo y superficialidad que conformaban su personalidad desde siempre no me parecían cualidades atractivas, y no entendía por qué durante un tiempo no me molestaron. Durante la adolescencia me había encaprichado de ella por su belleza, su forma de ser tan extrovertida y el hecho de que supiera exactamente cómo manejar a los chicos para mantener su interés. Pero después del divorcio de mis padres, no tardé demasiado en darme cuenta de que una persona así no me convenía para nada. No solo porque me hubiera engañado, sino porque la razón de ese engaño radicaba en que ella había dejado de ser el centro de mi vida debido a la delicada situación familiar en la que me hallaba inmerso.

Después de ella había habido otras personas que, tal vez, en otro momento de mi vida habrían sido mejores para mí. Buenas chicas; inteligentes, divertidas y de buenos sentimientos. Pero a mí había dejado de interesarme por el momento iniciar algo serio con nadie; durante todos los años de universidad y también después de eso. Lo máximo que había estado con alguien durante ese tiempo había sido un mes. Fue con una chica que conocí al poco tiempo de empezar en mi trabajo. Nos llevábamos muy bien y me gustaba mucho, pero no queríamos las mismas cosas. Ella iba muy rápido y yo no me encontraba en el mismo punto, así que tuve que poner fin antes de que aquello se fuera de madre.

Y así había seguido mi vida, sin nadie especial, hasta que un día cualquiera conocí en un restaurante a una chica cuyos ojos color miel podían ver a través de mí. Y me había quedado enganchado a ella. Y por primera vez, estaba empezando a pensar que tal vez mi vida tenía un sentido concreto, algo más allá de todo aquello que había contemplado antes de que Olivia se cruzara en mi camino.

Continuamos en el establecimiento un rato más y cuando dejó de llover, salimos y empezamos a caminar sin seguir una dirección determinada. En la calle se respiraba el bochorno que había traído la lluvia. El viento había parado y el ambiente era húmedo, lo que provocaba la incómoda sensación de que la piel estaba pegajosa.

Olivia se había quedado pensativa después de nuestra conversación. Yo no

había tenido lo que puede decirse una vida difícil, pero reconozco que el capítulo de mi vida que le había relatado esa tarde tenía varios momentos delicados. No solo por el tema de Lindsay, sino porque había dejado entrever lo que significó para mí el divorcio de mis padres. La pérdida de mi familia y de la chica que quería, al mismo tiempo y retroalimentándose una cosa con la otra, constituían la época más delicada de mi vida. Sé que eso era lo que en ese momento la tenía ensimismada.

Para mí ya no tenía importancia, y las lecciones que aprendí a raíz de aquello eran parte de quien era ahora. Me llevé nuestras manos entrelazadas a la boca y le pedí que dejara de darle vueltas.

—Hay una frase que me gusta mucho y que podría ser la moraleja que extraje de aquellos años. «La vida no consiste en esperar a que la tormenta pase, sino en aprender a bailar bajo la lluvia». —Olivia giró el cuello para poder mirarme a la cara mientras seguíamos caminando—. A veces nos tocan unas cartas en la vida que nos ponen las cosas difíciles, pero hay que aprender a jugar con ellas. Salir adelante aunque las circunstancias sean desfavorables.

Sonrió lentamente y su expresión se tornó algo melancólica.

—Me gusta esa reflexión. A veces pienso que he tenido una vida demasiado fácil. No me he enfrentado a nada complicado de verdad. Nunca. Parece que viva en una burbuja. Estoy acostumbrada a tener el colchón de un montón de gente allá donde voy. No sé lo que es sentirme sola. No sé estar sola. Necesito estar en contacto constantemente con la gente que considero cercana. No sé ni comprarme una camiseta sin compartirlo con alguien al instante. —La miré más fijamente y ella esbozó una sonrisa tímida—. Sé que te parezco muy dependiente.

—Es que eres dependiente, cariño.

Y le dije cariño. Por primera vez. Por primera vez a ella, y por primera vez en años a una mujer. Era una expresión que para mí era sinónimo de intimidad, y me gustaba tanto la posibilidad de llegar a tener intimidad de ese tipo con ella (intimidad real, estable y duradera) que durante una milésima de segundo me acojoné. Pero al segundo siguiente tuve unas ganas casi incontenibles de estrecharla en mis brazos y besarla hasta que olvidara su nombre. Estaba hecho un auténtico lío. Olivia siempre me hacía sentir demasiado.

Hasta la fecha, siempre había supuesto que al estar de manera más o menos estable con alguien los sentimientos acababan perdiendo intensidad. Pero entonces, ¿por qué cada día parecía que se me metía un poquito más adentro?

Por más vueltas que le daba, no lo entendía.

Sacudí la cabeza antes de seguir con lo que estábamos hablando.

—Eres dependiente a nivel emocional, aunque no lo hagas patente en la práctica. Eres resuelta. No tienes ningún problema en vivir sola, moverte, tomar tus propias decisiones. Pero tienes esa necesidad de... comunicarte, que no te permite ser independiente del todo. Pero no tiene por qué ser algo malo. Es parte de tu encanto.

Se quedó tan sorprendida que detuvo sus pasos sobre la acera para mirarme mejor. Me observó detenidamente, como si buscara su propio reflejo en mis pupilas. A continuación, entrelazó la mano que tenía libre con la mía y se puso de puntillas para darme un beso.

—Empiezas a conocerme de verdad, William.

—Esa es mi intención —y sonreí satisfecho.

Al día siguiente abrimos los ojos más tarde de la hora de comer, pero seguíamos con sueño. Pedimos que nos trajeran comida a domicilio y pasamos lo que quedaba de mañana y el principio de la tarde entre el sofá y mi cama, hasta que cerca de las cinco Olivia anunció que se marchaba.

La miré desde la cama, medio aturdido, mientras se hacía el ánimo de salir de allí. La noche anterior habíamos llegado a mi casa casi a las cuatro de la mañana. Ambos nos caíamos de sueño, pero nos deseábamos demasiado como para que nos importara. Nos desnudamos despacio a los pies de mi cama y nos perdimos el uno en el otro, pero yo nunca tenía suficiente. A pesar de haber pasado todo el fin de semana a su lado, no quería separarme de ella todavía. No sabía cuándo volveríamos a vernos. La semana siguiente tenía mucho trabajo y veía complicado poder sacar algún hueco para pasar juntos tiempo de calidad.

—¿Es completamente necesario que vayas? —Asintió sonriendo, mientras buscaba su ropa por el suelo de mi habitación—. ¿Seguro? ¿No puedes fingir una gripe?

—No seas así. Nadie falta a las reuniones de los domingos a no ser que sea un caso de vida o muerte. Te aseguro que si los dejo tirados, la semana que viene sí que faltaré por muerte. La mía, concretamente.

—Está bien. No me gusta esa alternativa. Te dejaré marchar en cuanto salgamos de la ducha.

—No me da tiempo a darme una ducha contigo, bobo —dijo riendo—. Tengo que pasar por mi casa a cambiarme de ropa.

Pensé que ya que llevaba el bolso del tamaño que lo llevaba, no le costaría nada meter en él una muda para casos como estos. Pero no dije nada. No quería insistir. Sabía que para ella los domingos con sus amigos eran sagrados.

—Oye, ¿por qué no...? —preguntó de pronto, mirándome fijamente mientras se abrochaba el pantaloncito estampado que había llevado la noche anterior—. No, nada.

Se calló. Yo fruncí el ceño, acomodando mejor la espalda en la almohada en la que estaba apoyado.

—¿Qué? Dime.

—Es solo una idea. No te asustes, ¿vale?

Hice algo parecido a un asentimiento e incliné la cabeza para escucharla.

—¿Te apetecería venir conmigo? Puedes decir que no, no pasa nada. Solo se me había ocurrido que podrías... acompañarme.

Parpadeé, asimilando la implicación de lo que acababa de decirme. Olivia, la chica que llamaba a sus amigos familia, la chica que tiempo atrás había sido reservada en las relaciones que mantenía, acababa de pedirme que fuera con ella a conocer a sus amigos. Puede parecer un paso sin importancia, pero yo sabía que viniendo de alguien como ella, no lo era.

—¿A tus amigos no les importará?

Parpadeó, como si estuviera esperando otra respuesta por mi parte. Enseguida se recompuso y esbozó una sonrisa adorable.

—Qué va. Llevan semanas diciendo que te tengo que llevar, pero yo siempre les doy largas. Claire y Christina dicen que no es justo que ellas no te hayan visto nunca. Creo que podría ser una buena idea —dijo, encogiéndose levemente de hombros con la esperanza de camuflar lo importante que era para ella mi respuesta—. Además, ya has pasado la peor parte: a los chicos ya los conoces.

Le sonreí y después de un rato mirándola fijamente, asentí despacio para hacerle entender sin palabras que iría con ella.

La sonrisa que Olivia me regaló en respuesta, podría haber iluminado medio Manhattan.

Cuando llegamos a The New estaban todos allí sentados cerca de la entrada, mirando expectantes hacia la puerta para no perderse nuestra llegada. Olivia no quería mostrarse nerviosa, pero sé que lo estaba. Hablaba más de lo normal y no paró de tocarse el pelo hasta que la puerta doble de la cafetería se

cerró tras nosotros.

Besó a cada uno de sus amigos en la cabeza nada más llegar, y luego hizo un comentario de los suyos para romper el hielo:

—Por si os lo preguntabais, este es Will —dijo, señalándome con una sonrisita pilla.

Todos sonrieron y se pusieron de pie. Saludé primero a Matt y a Neal, a los que había conocido el primer día que desayuné con Olivia. A continuación fue el turno de Claire y Christina, quienes me hicieron un repaso exhaustivo. Me miraron fijamente. Inspeccionaron mi pelo, mi ropa y mis zapatos. Creo que hasta comprobaron si llevaba las uñas cortas. Cosas de mujeres, supuse.

—Sí, claro, chicas. No os cortéis —dijo Matt burlonamente, apuntando a la evidencia de que estaba siendo analizado—. Mirad a ver si se le marca el paquete, ya que estáis

Christina y yo nos reímos sonoramente y Claire se ríó más bajito, mordiéndose el labio mientras se sentaba.

—No hace falta. Ya os lo cuento yo luego —bromeó Olivia, guiñándole un ojo a sus amigas mientras entrelazaba sus dedos con los míos.

Los amigos de Olivia no eran como me los había imaginado; eran aún mejor. Aunque tenía la sensación de conocerlos gracias a las innumerables veces que Olivia me había hablado de ellos, verlos a todos a la vez era un espectáculo. En cada gesto o palabra, se notaba la complicidad y el cariño que los unía. Me gustó ver que Olivia contaba con una red de apoyo como esa.

La conversación entre todos fluía, aunque inevitablemente Olivia llevaba la batuta. Se dedicaba a contar anécdotas de las suyas y a defenderse cuando alguno de sus amigos buscaba chingarla, que era bastante a menudo. Siempre acabábamos todos a carcajadas.

—Vamos, Liv. No te hagas la tonta. ¿Cuánto tiempo lleváis... juntos? —preguntó Christina cuando ya llevábamos un buen rato allí.

Me parecía curioso ver que todos la llamaban Liv o Livvy. Ninguno de sus amigos se dirigió a ella como Olivia en toda la tarde, solo yo. Eso me hizo sonreír por dentro, como si ser el único que la llamaba por su nombre completo me hiciera especial de alguna manera.

—Mañana hace siete semanas —contesté yo.

Olivia me miró confusa un par de segundos, hasta que una sonrisa en su rostro me indicó que había entendido la cuenta. Sus amigos nos miraban desde sus asientos, tratando de no sonreír. De fondo sonaba *Somewhere only we know*, de Keane, como si alguien se hubiera encargado de hacer que sonara

justo en ese momento. Al día siguiente hacía siete semanas desde que nos habíamos conocido. Técnicamente no estábamos juntos desde entonces, pero para mí, así era. Yo sentía que estábamos juntos desde que nos vimos por primera vez. Así de simple. Puede parecerle una estupidez al resto del mundo, pero desde el mismo instante en que fijé mis ojos en ella, estuve ciego para nadie más.

Me apretó la mano debajo de la mesa y yo le sonreí de lado.

—Bien. Y en siete semanas, ¿cuántas veces habéis ido al mejicano?

—¡Eso! —exclamó Claire, sonriente—. Es una pregunta muy importante. Veremos el nivel de compromiso de Will con nuestra Livvy.

—¿Tres veces? ¿Cuatro? —pregunté yo, ladeando la cabeza al mirar a Olivia.

—Cinco —contestó, falsamente avergonzada.

Sus amigos estallaron en carcajadas, mirándola con una expresión que mezclaba la reprobación con una adoración absoluta que me encantó presenciar.

La tarde siguió su curso, y durante un par de horas más estuve adentrándome en el círculo de Olivia, en aquella cafetería que tanto me había gustado la primera vez que la visité.

—Me gusta, Liv —escuché que Claire decía en voz baja, para que la escucharan solo las chicas.

No me giré hacia ellas para dejarles intimidad, así que no pude ver la cara de Olivia como respuesta al comentario. Di un trago a mi batido de plátano y fresa mientras me esforzaba por afinar el oído.

—Sí, está claro que sabe darte lo que necesitas —añadió Christina con un tono bastante sugerente que hizo reír a carcajadas a sus amigas.

¿Habría también de nuestra vida sexual con sus amigos? Creo que prefería no saberlo.

Seguimos riéndonos y hablando un buen rato más. Tenían una manera muy natural de tratarse los unos a los otros; con confianza y desparpajo. Cada uno dentro de su propio estilo, aportando un matiz particular a cada conversación. A mí me trataban como si no fuera un elemento extraño y Olivia era tan ella misma que me sentía casi incapaz de prestar atención a otra cosa que no fuera ella.

Quitando la tarde del teatro con mis amigos, nunca habíamos hecho planes con más gente. Siempre estábamos ella y yo, y esa tarde me gustó saber que también funcionábamos cuando estábamos en grupo. Pasé una tarde increíble

en compañía de todos ellos. Y para mí, que sabía lo importante que era para Olivia pasar tiempo con sus amigos, saber de primera mano que podía encajar en su círculo no tenía precio.

Sonreí mientras pensaba en todo aquello, dando un sorbo a mi batido. Recapitulé las últimas siete semanas en mi cabeza, dejándome invadir por un sentimiento que me rozó el pecho. Pese a que seguía teniendo el mismo trabajo de siempre, a que la relación que mantenía con mi familia no había variado, y a que mis amigos seguían siendo los mismos seres metomentodos de siempre, sentía que tenía una nueva vida, porque ahora la tenía a ella. A ella. A esa chica que me encantaba, que me hacía reír, que me volvía tierno, que me excitaba y que despertaba dentro de mí millones de sensaciones que no sabía ni que existían. Esa chica que, poco a poco, se había convertido en mi chica.

Di gracias en silencio por el nuevo rumbo que había tomado mi vida.

Como en mi película favorita, Olivia me llevaba a un lugar más allá del arcoíris. A su lado la vida era a todo color, y me había hecho darme cuenta de que antes de ella yo vivía en un mundo en blanco y negro.

## ¿Bailamos bajo la lluvia?

Hay días que desearías no haber salido de la cama. Hay otros en los que te levantas y todo son luces, colores y pajaritos cantando, en los que tienes una sonrisa tan grande que hasta parece falsa.

Aquel martes de agosto en concreto empezó siendo del segundo tipo, pero a las pocas horas habría matado por retroceder en el tiempo solo para atarme a la cama con las sabanas e impedirme salir de allí.

Me desperté de tan buen humor que hice arrumacos al perro de mi vecina, al que normalmente odiaba por ponerse a ladrar a las cuatro de la mañana día sí, día también. Me tomé el café mirando por la ventana, suspirando como una adolescente, y canté durante todo el camino hasta llegar al metro. Pero cuando entré en la oficina... las luces se convirtieron en sombras, los colores en tonos grises y los pajaritos se callaron de golpe.

¿La razón? Un colapso del sistema de reservas que acabó provocando un montón de cambios en las tareas de media plantilla esa mañana. Sospechosamente, yo fui una de las afectadas. Había hablado la semana anterior con mi jefe para acudir a una de las reuniones con el equipo creativo. Después de un intercambio tenso de opiniones con él, me dijo que tenía que ponerme a adelantar estadísticas para evitar que el problema con el sistema de reservas nos afectara. Así que acabé perdiéndome la reunión. Volví arrastrando los pies a mi despacho y traté de tomármelo con buena actitud.

Después de una mañana horrorosa y de una hora de la comida prácticamente inexistente, decidí que podía empezar a cundir el pánico. No tenía por qué esforzarme en justificarlo todo siempre. Me la habían vuelto a jugar. Me encontraba en una espiral sin fin en la que no solo me alejaba del trabajo de mis sueños, sino que me veía cada vez más atrapada en algo que no me gustaba lo suficiente.

Mientras me decidía a archivar los documentos que no necesitaría más para hacer hueco en mi mesa, percibí la vibración de mi móvil dentro del cajón. Me estiré en la silla para alcanzarlo con el brazo sin tener que levantarme. La pantalla brillaba con el nombre de Will en el centro. Deslicé el dedo por la superficie de cristal para coger la llamada y me puse el teléfono en la oreja.

—Hola, ¿qué haces?

—Estoy a punto de matar a alguien —contesté—. ¿Y tú?

—Pues iba a decir que estaba pensando en ti, pero mejor me lo guardo para más tarde. ¿Qué ha pasado?

Salí fuera de mi sección, al descansillo de la planta. Tras asegurarme de que no había nadie que pudiera oírme, le hice un resumen del día a Will, que me escuchaba atento al otro lado de la línea. Hizo un par de comentarios comprensivos y dedicó algunas palabras malsonantes al señor Thomson, al que a esas alturas había cogido bastante tirria. Agradecí su solidaridad y después, más calmada, le pregunté por el motivo de su llamada.

—Iba a hacerte una proposición —comenzó a decir burlonamente—, pero no sé si será mejor esperar hasta que estés más receptiva.

—¿De qué se trata? —pregunté yo, imitando su tono, ya de mejor humor.

—Este fin de semana tengo que ir a ver un cliente a Montauk. Había pensado que igual te gustaría venir conmigo.

—¿A ver al cliente?

Soltó una carcajada.

—No exactamente. Verás, Ed, el marido de mi madre, tiene una casa en Montauk que apenas usa y que está disponible para que la usemos mis hermanos y yo cuando queramos. Había pensado que vinieras conmigo, aprovechando la reunión, y que pasáramos allí el fin de semana. Tú y yo.

«Oh, joder».

Mi mal humor se fue de golpe. El sol volvió a brillar fuera de la oficina y juraría estar escuchando a los pajaritos cantando de nuevo. Empezaron a desfilar por mi mente imágenes de Will en bañador, en el mar, con el sol dorando su perfecta piel. Casi me pongo a dar saltos sobre el suelo de metacrilato.

—¿En plan vacaciones exprés en la playa? —pregunté ilusionada.

—Sí, algo así. —Casi podía notar su sonrisa pegada al auricular del teléfono—. Bueno, ¿qué dices?

—¿Qué voy a decir? ¿Cuándo nos vamos?

Salíamos hacia Montauk el viernes por la tarde. Will me recogía después de comer y, para no perder la costumbre, tocó el timbre de mi casa antes de que yo estuviera lista. Aunque prácticamente había empezado a pensar en qué llevar en la maleta desde el momento en el que él pronunció las palabras «pasar el fin de semana», no terminé de meter cosas dentro hasta cinco minutos antes de que él aparcara en mi portal.

Le di un beso rápido cuando le abrí la puerta de arriba y lo dejé pasar mientras arrastraba mi maleta de cuatro ruedas desde mi habitación hasta el salón.

—Sabes que volvemos el domingo, ¿verdad? —bromeó con la espalda apoyada en la pared, echando una mirada escéptica a mi equipaje.

Le dediqué una mueca burlona.

—Como no me has contado exactamente cuál será nuestro itinerario, he tenido que coger de todo, por si acaso. —Cogí mi bolso, que estaba abierto sobre el sofá, y comprobé que lo llevaba todo—. Aunque hay algo que no he encontrado y que nos convendría llevarnos para nuestro fin de semana paradisíaco.

—¿El qué?

—Provisiones amorosas. —Me miró con cara de confusión, así que aclaré —: Preservativos.

—Ah, sí. Lo sé. Quería hablarte de eso en llegar.

¿Lo sabía? Me hizo gracia ver que llevaba la cuenta de esas cosas.

—¿De qué dices que quieres hablar? —quise saber, intrigada.

—Es mejor esperar a que lleguemos. Más tranquilos. —Fruncí el ceño exageradamente, porque no se me ocurría qué conversación debíamos tener que exigiera un escenario relajado. Él sonrió ante mi confusión—. No pongas esa cara de susto. Venga, vale, lo hablaremos ahora. Pero rápido, el coche está mal aparcado.

Solté el bolso de nuevo y acepté la mano que me ofrecía para que ambos tomáramos asiento en mi sofá color berenjena.

Will me miró con una sonrisa comedida pero que hacía brillar sus ojos con fuerza.

—Ya llevamos juntos varias semanas y yo diría... que nos va bien.

Me relajé un poco y le devolví la sonrisa.

—Nos va bien.

Asintió, sonriendo satisfecho.

—Sé que tomas la píldora y... bueno... ¿Qué te parecería que dejásemos de usar preservativo?

A pesar de que mi cerebro no estaba seguro de haber procesado bien sus palabras, mis ojos se abrieron de par en par.

—¿Cómo?

—Había pensado que podría ser el siguiente paso. Estamos juntos, vamos en serio, estoy sano, me gustaría probar. Si tú quieres, claro. Sé que es algo

bastante íntimo, si no quieres, no pasa nada. Lo entenderé y no volveré a sacar el tema.

Lo miré alucinada. No me esperaba que dijera eso. Para nada.

—Yo también estoy sana —dije, por decir algo.

—Me alegra saberlo. Ya hemos hecho bastantes cosas que implican que ambos estemos sanos.

Le sonreí con picardía.

—Sí.

Hablamos brevemente del tema; experiencias previas, la importancia de hacerse pruebas con relativa frecuencia para cerciorarse de que todo marcha correctamente y todo lo que trae implícito tomar una decisión como aquella. La conversación fue bastante seria, como un tema como ese requería. Will se mostró comunicativo y abierto y yo temí estar mostrándome demasiado reticente. No podía negar que era algo que me atraía, pero como bien habíamos comentado, era un peldaño más en la escalera del compromiso entre dos personas y, como tal, traía implícitos nuevos planteamientos.

—No es que no quiera hacerlo, es que lo veo como un paso muy importante y me has pillado desprevenida.

—Tienes toda la razón, es un paso muy importante. Por eso te lo propongo. Porque veo que estamos en esa línea y, sinceramente, también porque me apetece hacerlo contigo a pelo. —Me guiñó un ojo de esa manera suya que... digamos, no me dejaba indiferente—. Pero podemos esperar hasta que estés preparada.

—Es algo que requiere de mucha confianza. ¿Tanto te fías de mí?

—Me fío de ti totalmente. Sé que tienes la cabeza bien amueblada. Y, sobre todo, lo digo porque confío en lo que hay entre nosotros.

Mi sonrisa se ensanchó, iluminando mi mirada y la suya. Ya me tenía.

—Yo también confío en lo que hay entre nosotros. Mucho. —Dibujé círculos con mi dedo índice sobre su rodilla, mientras él me besaba la palma de mi mano libre sin quitarme la vista de encima—. Me gusta cómo suena eso de dar un paso más.

—¿Eso es un sí?

Me acerqué más a él y dije muy bajito, cerca de su boca:

—Eso es un ojalá hubieras aparcado bien el coche y no tuviéramos prisa.

Will condujo las casi tres horas de viaje hasta Montauk de tirón, con el aire acondicionado del coche manteniéndonos a salvo de los treinta y cinco

grados que quemaban el asfalto en el exterior. Pusimos de banda sonora del viaje un disco de Bon Jovi que tenía preparado en la disquetera. Fuimos hablando de esto y aquello, como siempre. Las últimas noticias de lo que pasaba en mi trabajo. Los comentarios favorables de mis amigos sobre su aparición del pasado domingo. Jaleos de su oficina. Y a veces solo silencio. Cuando eso ocurría, yo me quedaba embobada viendo cómo tarareaba la letra de las canciones, que se sabía de memoria. Me encantaba verlo conducir, con una mano agarrando el volante con fuerza y la otra jugueteando con la piel de mis piernas que no me cubría el vestido. Su mirada permanecía fija en la carretera a través de los oscuros cristales de sus gafas de sol, aunque a veces sé que me miraba de reojo. Se lo veía tan contento y relajado... Y yo pues estaba en una nube, para qué engañarnos.

Medité sobre las últimas siete semanas junto a él. Siete semanas que se me habían pasado como un suspiro y en las que había tenido la oportunidad de empezar a conocerlo de verdad. El veredicto era que estaba loca por él, por si alguien aún albergaba dudas. Me gustaba tanto que a veces dudaba si no habría perdido la objetividad en lo referente a él. No era perfecto, claro. Nadie lo es. Pero aun así tenía todo lo que no sabía que había buscado siempre en alguien.

Will me hacía sentir cosas que durante buena parte de mi vida temí no saber sentir. Estábamos sincronizados, compenetrados y yo no me había sentido tan a gusto con nadie jamás. Me daba la dosis justa de romanticismo para no asustarme, como si supiera que el empalago no era lo mío, y la dosis justa de compromiso para saber que lo que teníamos era real y serio, sin pedirnos el uno al otro más de lo que podíamos dar de momento.

A veces sé que se asustaba. Él se esforzaba por ocultarlo, pero aun así yo lo sabía. Lo sabía porque a mí me pasaba también, con frecuencia. No podía afirmar con total seguridad por qué le pasaba a él, pero sí que era consciente de por qué me pasaba a mí. ¿Conocéis esa sensación de desbordamiento? ¿Como cuando pasas un rato viendo la lluvia caer sobre el mar y empiezas a temer que no admita más agua y acabe desbordándose e inundando todo a su alrededor? Pues así me sentía yo. Sintiendo tantísimo que no lo entendía. Sin saber si es que acababa de despertarme de un letargo que había durado años, si estaba volviéndome loca o si alguien me echaba anfetaminas en el café de la mañana. Desbordamiento. Intensidad. Emociones chispeando por todo mi organismo a cada minuto del día. Y claro, lógicamente, sentirse así asusta, sobre todo porque, a pesar de todo eso, me sentía feliz.

Continué mirando a Will mientras avanzábamos por la carretera. No pude

evitar sonreír mientras pensaba lo mucho que me gustaba hasta el simple hecho de verlo conducir, agarrando el volante con la misma seguridad que le caracterizaba en todas las facetas de su vida.

Will me gustaba de una manera absoluta, es decir, Él, en conjunto. Pero al mismo tiempo, era capaz de nombrar en voz alta todas aquellas particularidades de su forma de ser que me fascinaban: su risa, la cadencia de su voz, la forma en que se rascaba la barbilla para sentir la barba bajo sus dedos, su forma de mirarme y de sonreírme cuando decía o hacía alguna de las mías. Cuando me tocaba con toda la naturalidad del mundo y cuando lo hacía porque no podía evitarlo. Su forma de besarme, a veces dulce, a veces desesperada y otras casi demandante. Cuando me apretaba contra su cuerpo como si quisiera fundirse conmigo. Su sentido del humor, su manera de tratarme, aceptándome como soy y dejándolo siempre claro. Todo lo que aprendí de él, desde su forma de entender la vida hasta su preocupación por el medio ambiente. Lo inteligente que era. Y no me refiero a su nivel de estudios, sino a las reflexiones a las que llegaba, los comentarios que hacía, lo informado que estaba sobre algunos temas y su manera de afrontar las desavenencias; las del día a día y las que a veces te trae la vida.

Will era muchísimas cosas, pero ante todo, era él mismo. Por esa razón, a pesar del miedo que me entraba a veces y de esa sensación de estar subiendo demasiado alto, no quería estar en ninguna otra parte que no fuera a su lado. Había decidido seguir subiendo, porque las vistas desde las alturas siempre me han parecido las mejores.

Casi tres horas después de haber abandonado la ciudad, el viejo Ford Fiesta de Will atajó por un camino de arena que nos condujo hacia una propiedad privada. Se trataba de un terreno llano y con escasa vegetación, en el que predominaba una vivienda construida en alto. La casa era una pasada, con toda la fachada revestida por madera blanca que desprendía el encanto de la típica casa de verano que sale en las películas rodadas en los Hamptons, solo que esta era mucho más modesta y familiar. Se accedía a ella por unas escaleras que conectaban con el pequeño porche. Por la humedad que se respiraba en el aire deduje que, aunque no pudiera verse desde allí, estábamos cerca del mar.

Subimos las escaleritas y me moví por el porche, mirando con ojos curiosos las plantas que lo decoraban. Observé la barandilla de madera blanca que rodeaba la casa y un banco del mismo color que quedaba de frente. Entramos en el interior de la vivienda cuando Will abrió la puerta principal.

Por dentro era incluso mejor. Se notaba que había sido reformada hacía poco tiempo y el toque femenino en la decoración se captaba a la legua. El suelo era de parqué, en un tono tierra que quedaba muy natural, en consonancia con el ambiente. Todos los muebles eran blancos, combinados la mayoría con motivos azules que reforzaban esa imagen de casa de la playa. El salón tenía una gran mesa de cristal en la que podían comer cómodamente hasta diez personas, dos sofás encarados hacia una enorme televisión de plasma, una chimenea eléctrica y varias estanterías también blancas llenas de libros. Al lado de la puerta de la entrada había un ventanal que daba al porche y por el que se alcanzaba a ver un pedazo de mar unos cuantos metros más adelante.

Dejamos mi maleta y la bolsa de Will en la entrada mientras recorríamos la planta de abajo, donde además de la cocina y el baño, había un espacioso despacho. Entramos dentro y quedé maravillada. Había dos sillones de cuero negro, un amplio escritorio equipado con un ordenador y una mesa de trabajo que yo habría matado por tener. Era de madera de pino y las dimensiones debían de ser, por lo menos, el triple que la que yo utilizaba para pintar en mi casa. En un extremo de la mesa descansaba una paleta de colores y una carpeta naranja por la que asomaban algunos folios usados. Will había comentado alguna vez que su madre también tenía vocación artística, siendo su especialidad el dibujo. Supuse que cuando residían en la casa ese rincón era su refugio.

Will sonreía a mi lado al verme observar el lugar de trabajo de su madre. Me miró risueño y alcanzó la carpeta, abriéndola para dejarme ver las ilustraciones. Me quedé muy sorprendida. Eran realmente buenas. Casi todo eran paisajes inspirados en Montauk y alrededores; parecían tener vida propia y el encanto que desprendía el lugar traspasaba la lámina. Tenían magia. No era de extrañar, teniendo en cuenta que la inspiración le había pillado en un lugar como aquel, al lado del mar, con el encanto de un pueblecito pesquero alejado de la ciudad. No pude evitar imaginarme a mí misma veraneando allí, pintando mis mandalas o sacando fotos a cualquier hora que se me antojase. Mataría por tener un escenario como ese en un futuro.

—Tu madre es una artista —le dije a Will agarrándome a su cintura mientras salíamos del despacho y volvíamos a cerrar la puerta.

—Sí, lo es. Todos los cuadros de la casa los ha hecho ella.

Eché un vistazo a las ilustraciones enmarcadas que revestían las paredes de la casa, y pude distinguir el sello de la madre de Will en todos ellos. Aunque sin duda su especialidad eran los paisajes, encontré dibujos de otras

clases, todos con mucho encanto.

Antes de subir al piso de arriba, la fotografía de un aparador de madera de roble que quedaba al pie de las escaleras llamó mi atención. En ella aparecía Will, acompañado de quienes supuse que serían sus hermanos y su madre. Parecía que la foto había sido tomada el día de la boda. Cogí el portarretratos de plata de ley en mis manos para verla mejor y no pude evitar sonreír. Los cuatro tenían los mismos ojos azules, el pelo castaño y sonreían de la misma manera. Esa sonrisa que me estremecía y que estaba a punto de robarme el corazón.

—Qué guapo estás, William. Seguro que aquí ya eras todo un experto en perseguir señoritas.

Soltó una de sus sonoras carcajadas, de las que me encendían el pecho y me producían la necesidad de abrazarlo fuerte.

—Tenía veintiún años. Digamos que empezaba a saber lo que hacía. — Volvió a dejar la foto sobre el aparador y me dio un beso en la frente.

Cogimos nuestras cosas y empezamos a subir las escaleras de madera que conducían al piso de arriba, donde conté tres habitaciones y un baño distribuidos a lo largo del estrecho pasillo.

—Ed me ha dicho que podía usar su habitación sin problema. Las otras son más incómodas y no tienen baño dentro. La chica que viene a limpiar ha arreglado la casa y nos ha llenado la nevera de comida.

El dormitorio principal era muy espacioso. Los muebles eran blancos, las cortinas azules y una gran cama de matrimonio reinaba en la habitación, a mano derecha.

Dejé mi maleta en un rincón y el bolso en la vieja mecedora que ocupaba una de las esquinas de la estancia y me giré hacia Will, que estaba vaciando el contenido de sus bolsillos en la cómoda. Me senté en la cama, haciéndola hundirse ligeramente bajo mi peso, y observé su reflejo a través del espejo ovalado que le quedaba enfrente.

—¿Le has dicho a Ed que venías acompañado?

Me producía una gran curiosidad saberlo. Nunca habíamos hablado de si habíamos informado a nuestras familias de lo que pasaba entre nosotros, pero dada la situación, me intrigaba conocer cómo había tratado el tema.

—Sí, se lo he dicho. —Se giró y avanzó hacia mí lentamente, tras dejar el reloj junto a su cartera—. Pero le he pedido que sea discreto, si no mi madre estaría llamando todo el fin de semana a ver qué puede averiguar.

Se me escapó una risita.

—¿Por qué? ¿Acaso es de esas madres que se inmiscuyen en la vida sus hijos?

—Algo así, sí. Le interesa demasiado mi vida sentimental, así que nunca le hablo de chicas. Hasta ahora no se me habría ocurrido traer a nadie aquí, pero la idea de tenerte un fin de semana entero para mí solo en un lugar como este me atraía demasiado como para dejar pasar la oportunidad. —Se sentó a mi lado y me besó dulcemente, acariciando la piel de mis muslos más allá del bajo del vestido. Mis dedos decidieron actuar por su cuenta y se colaron bajo su camiseta, sintiendo los músculos de su abdomen contraerse ante mi contacto. Will tragó saliva y siguió con la conversación que manteníamos—: Pero no estoy preparado para hablarle de nosotros. No solo por mí mismo, sino por la manera en la que se pondría ella. Me agobiaría. Y se encargaría de agobiarte a ti también, te lo aseguro.

Asentí con comprensión. Entendía que no quisiera a nadie indagando en nuestra parcelita de intimidad. Yo tampoco había hablado con mis padres del tema, ni tenía pensado hacerlo por el momento.

—Y si no fuera así, ¿qué le dirías? —pregunté acariciando su nuca y buscando su mirada.

—Que el cosmos ha puesto en mi camino a una chica muy especial y que voy a hacer todo lo que esté en mi mano para mantenerla a mi lado —dijo con un tono de voz bastante más profundo y serio.

Por poco no me deshice en ese momento. Parpadeé y tragué saliva lentamente. Sus palabras penetraron en mis oídos e incendiaron mi interior. Me perdí en sus ojos azules y, sin añadir una palabra, enterré mis manos en su pelo y lo acerqué a mí. Lo besé tan profundamente como pude, sintiendo una dulce presión en el pecho cuando noté que me devolvía el beso con la misma intensidad que yo estaba sintiendo. Acaricié su piel cálida con dedos temblorosos y le quité la camiseta despacio. Hundí mi cara en su pecho y casi me mareé al sentir el olor que desprendía. Besé y mordí su piel, mientras él me acariciaba los muslos, las nalgas y aventuraba sus dedos hacia el interior de mi ropa interior. Cuando noté sus dedos rozar la humedad entre mis piernas, gemí bajito. Me quité el vestido y el sujetador y me recosté en la cama, invitándolo a que él hiciera lo mismo.

Siguió tocándome con destreza, con sus largos dedos rozando cada uno de mis puntos sensibles y su boca besándome en todas partes. En ese tiempo juntos, Will había aprendido exactamente qué necesitaba. Sabía tocarme, besarme y mirarme al mismo tiempo, y sabía que esa era la combinación que

me hacía delirar de placer. Los mordiscos en el cuello, en mis clavículas, y su lengua bien profunda dentro de mi boca mientras me llevaba al orgasmo eran la llave para hacerme explotar. Y eso acabaría pasando de un momento a otro.

Tiré de él hacia mí, acomodándolo entre mis piernas, y sentí su piel entrar en contacto con mi humedad sin nada por en medio. Me miró, pidiéndome permiso para seguir adelante sin más. Como si esa fuera mi última oportunidad de echarme atrás. Íbamos a sentirnos piel con piel por primera vez en la vida. Asentí lentamente, y la expresión que cruzó su rostro en ese momento me puso los pelos de punta. Sus ojos se cerraron y se abrieron inmediatamente, buscando mi mirada con embriaguez. Alcé las caderas para permitirle seguir entrando y Will se mordió el labio inferior al notar que mi calor iba envolviéndolo del todo. Gimió con fuerza, cerrando los ojos al entrar y se retiró. Después entró de nuevo, mucho más despacio. Tanto que fui consciente de cada centímetro de su piel que se deslizaba en mi interior. Me mordí el labio, dejando escapar un suspiro. Creo que no había disfrutado tanto nada en toda mi vida.

—Dios, Olivia.

Empezamos a movernos los dos, primero despacio, luego más rápido, y luego despacio de nuevo. Necesitábamos sentir la intensidad de cada penetración, como si quisiéramos que se grabara a fuego en nuestra piel y en nuestra memoria. El placer que sentí esa tarde era completamente nuevo. Era... mágico. Estaba cargado de mil matices que jamás había percibido. Era devoción. Eran sensaciones chispeando en cada milímetro de mi anatomía. Era diferente. Éramos Will y yo en estado puro, desnudos frente al otro en todos los sentidos. Era dejarse llevar sin pensar. Era perseguir un grado de intimidad que no habíamos alcanzado hasta ahora.

—Quiero llenarte —dijo con la voz ronca, cargada de deseo.

Me arqueé más, para sentirlo todo lo dentro que pudiera.

—Ya me llenas.

Era cierto. Todo a mi alrededor era él. Todos mis sentidos, a todas horas, estaban inundados de Will.

—Quiero dártelo todo —insistió, con la boca pegada a la piel de mi cuello.

No era sexo. Nunca lo había sido, pero esa tarde cualquier duda que pudiéramos albergar al respecto desapareció de nuestras cabezas como lo haría una pluma ante una ráfaga de viento.

Llegamos juntos al orgasmo. Como si lo tuviéramos programado. Como si

la búsqueda del alivio del otro fuera lo único que podía lograr liberarnos a nosotros mismos. Will hundió sus dedos en mis muslos y su boca mordió mi clavícula. Yo, extasiada, le clavé las uñas en la espalda hasta dejarle marca y así, muy juntos, nos corrimos los dos, piel con piel, hasta llenarme de él.

Will permaneció suspendido encima de mi cuerpo durante varios minutos. No sabría decir cuántos. El sol se iba extinguiendo en el cielo poco a poco. Yo me hallaba en trance. Aturdida. Como si aquello no me hubiera pasado a mí. Unos tenues rayos se filtraban a través de las cortinas, dejando la habitación pobremente iluminada. Tenía la mirada perdida y no me veía capaz de decir ni una sola palabra. ¿Qué narices acababa de pasar? Acababa de correrme como en la vida. Acababa de vivir una experiencia sexual sin precedente, motivada por algo mucho más profundo que el placer físico.

Fui tomando contacto conmigo misma y con la situación poco a poco. Habíamos dicho cosas. Y no las palabras sucias que de vez en cuando nos decíamos para animarnos un poco, sino otras diferentes, cargadas de significado. Sabía que no estaba en mi cabeza, algo distinto había ocurrido en aquella habitación de Montauk. No sabía si la razón había sido el sentirnos de verdad, sin nada entre nosotros. O por estar haciendo nuestra primera escapada de fin de semana. O porque simplemente teníamos muchas cosas dentro que no sabíamos gestionar y nuestros cuerpos habían decidido hablar por nosotros.

Will seguía sin reaccionar. No movía ni un músculo, pero me fijé en que sus antebrazos empezaban a temblar a causa del esfuerzo que hacía. Normalmente, al acabar se tumbaba a mi lado y me cogía de la mano, o me besaba y me decía palabras bonitas escondidas entre sus bromas. Pero no, ahí estaba, quieto y callado. Como si alguien hubiera congelado la imagen.

Finalmente se movió con brusquedad, me dio un beso torpe en la frente y, sin mediar palabra, se metió en el cuarto de baño, cerrando la puerta tras de sí.

Vaya. Eso era nuevo. Fruncí el ceño, confusa. Cuando escuché el ruido del agua de la ducha y el sonido de la mampara al abrirse sin ninguna invitación para que le acompañara, un nudo me apretó la garganta. ¿Qué mosca le había picado?

Apenas hablamos cuando yo salí de la ducha un rato después y me puse a arreglarme. Aparte de ponernos de acuerdo sobre dónde cenaríamos, no habíamos cruzado muchas más palabras.

Mientras me abrochaba las sandalias sentada en la cama, noté que Will me observaba fijamente apoyado en el marco de la puerta, ya listo para salir. Me puse de pie y alisé la falda de mi vestido con las manos y caminé hacia él para arreglarle el cuello de la camisa. Con la ventaja de los tacones, él era pocos centímetros más alto que yo. Su mirada era abrasadora, pero no pude leer nada en ella. Le pregunté, como quien no quiere la cosa, si le pasaba algo. Contestó que no con una voz que no parecía la suya, y compuso una tensa sonrisa antes de darme un beso demasiado corto.

La cena no fue mucho mejor. Hablamos algo más que durante la última hora, pero se notaba que Will no estaba donde tenía que estar. Y eso me ponía nerviosa. Así que la cena consistió, básicamente, en un monólogo por mi parte. Hablaba de cosas que no guardaban ninguna relación entre sí. De mi primer trabajo de verano, de cuando acompañaba a mi padre a su oficina o a mi madre a la consulta. De la época que llevé ortodoncia, de mi primer suspenso o de cuando me hice un piercing en el ombligo a escondidas a los dieciséis años y se me infectó, por un claro caso de mal karma. Yo qué sé.

Will se esforzaba por seguir la conversación y se reía comedidamente en algunos puntos, pero yo sabía que algo no estaba bien. Lo conocía lo suficiente como para saber que su comportamiento no era natural. No tenía sentido. Sin poder contenerme, volví a preguntarle si le pasaba algo. Él negó con la cabeza y me miró, tratando de desviar mi atención.

—Estás muy guapa esta noche.

Entrecerré los ojos y me refugié detrás de mi copa para no hacer ningún comentario indebido. Si pensaba que iba a conseguir contentarme con un piropo, iba listo.

Will separó sus ojos de mí, se desabrochó un botón más de la camisa y se revolvió el pelo, sin poder evitar mostrar su creciente incomodidad. La expresión que lucía, aunque tratase de disimularla, era de ansiedad y de repente caí en la cuenta: estaba agobiado. Asfixiado. Mierda. ¿Por qué? ¿Era por el sexo de aquella tarde? Seguro que sí. Había sido demasiado. Los comentarios en plan «quiero dártelo todo» probablemente no habían ayudado. Yo también estaba descolocada por esa intensidad, pero, ¿qué sentido tenía angustiarse si había pasado así?

Durante el resto de la velada me decidí a dejar de interpretar mi papel de monologuista y empecé a actuar más en la tónica general que parecía respirarse esa noche. No por orgullo, sino porque por primera vez desde que estaba con él no sabía si ser yo misma era una buena idea.

Cuando volvimos a la casa, Will se puso a trastear algo en el salón. Yo me sentía idiota, viéndole hacer y deshacer sumido en aquel estado de mutismo insoportable, así que salí al porche y me quedé sentada en el viejo banco blanco de madera mirando al vacío. Subí las piernas y me las abracé con fuerza para entrar en calor.

No era una noche especialmente cálida. Se notaba una agradable diferencia de temperatura con la ciudad y en el cielo se adivinaba el brillo de algunas estrellas. La brisa que azotaba las hojas de los árboles traía consigo el olor del salitre y recuerdos de veranos pasados. Desde donde estaba no se veía el mar, pero estábamos lo suficientemente cerca como para escuchar el sonido de las olas al romper contra las rocas si se prestaba atención.

Con la mente inmersa en esos sonidos, me puse a pensar en las últimas horas y en el comportamiento de Will. Por más que le daba vueltas, no le encontraba sentido a su ensimismamiento. Es decir, fue él quien me pidió venir aquí a pasar unos días los dos solos. Fue él el que propuso elevar nuestro nivel de compromiso y dejar de utilizar preservativo. Pensaba que las cosas iban bien entre nosotros, pero estaba claro que algo relacionado con el tema le preocupaba.

Inspiré, llenando mis pulmones de aquel aire con esencia de mar que me rodeaba y exhalé, tratando de calmarme un poco. Me sentía inquieta, esa era la verdad. Estábamos en un sitio precioso, lejos de la ciudad, y podríamos estar disfrutándolo juntos. Me dolía perder una oportunidad así por culpa de algo que no sabía exactamente qué era. Sonreí por dentro. Qué cosas... Me molestaba tanto el distanciamiento que Will había iniciado como el hecho de no poder disfrutar de un momento así a su lado. Creo que nunca había estado tan confusa, al menos hasta ese momento.

Traté de escuchar si había movimiento dentro de la casa, pero no pude detectar nada. No sé si porque el ruido del mar a lo lejos camuflaba los demás sonidos o porque realmente no había nada que escuchar. Me recogí el pelo en un moño y empecé a preguntarme si Will estaría ya acostado. De verdad que esperaba que no, porque arrastrar esa situación absurda hasta la mañana siguiente resultaba incómodo e innecesario. Pero claro, yo no pensaba preguntarle otra vez qué era lo que le pasaba. No me gusta ir detrás de alguien que se empeña en levantar muros porque sí. Y yo ya le había preguntado, no una, sino dos veces. Y sus respuestas habían sido tan vacías como falsas.

Empezaba a refregarme las piernas para entrar un poco en calor, cuando

escuché el pomo de la puerta al girarse. A continuación, el chirrido de la mosquitera y de la madera vieja. Will atravesó el umbral con una expresión tan seria que por un momento me vi haciendo la maleta y cogiendo un autobús nocturno de vuelta a Brooklyn, pero enseguida un principio de sonrisa se intuyó en su cara. Me enseñó una manta de hilo blanco que traía de dentro, preguntándome sin palabras si la quería. Yo asentí lentamente y me cubrió con ella, asegurándose de que me tapaba por completo.

—Gracias —murmuré, mientras veía cómo se apoyaba en la barandilla blanca que rodeaba el porche y que quedaba enfrente de mí.

Él, como contestación, asintió. Fijó sus ojos en mí y yo le intenté sostener la mirada, aunque de vez en cuando mi atención se dirigía a los mechones de su pelo que bailaban con el viento. Cerré los dedos con fuerza alrededor de la manta para contener las ganas de estirar los brazos y poder tocarlo.

Will se humedeció los labios y rompió el silencio.

—Perdona por lo de antes. A veces le doy demasiadas vueltas a las cosas.

Lo dije con un tono de voz que no parecía el suyo. Sonaba serio, arrepentido y casi vulnerable. Se me encogió el corazón al pensar que parecía estar un poco perdido. En el fondo sabía que no podía culparle por ello; yo misma tenía mis momentos a veces.

Lancé un suspiro prolongado.

—No pasa nada —dije, inclinando la cabeza—. ¿Hay algo que te preocupe? ¿Quieres que lo hablemos?

Me fijé en cómo juntaba sus manos detrás de la espalda, intentando ganar algo de tiempo.

—Es que... No sé cómo decirlo. —Cerró los ojos y un par de segundos después volvió a abrirlos—. Me asusta un poco toda esta... intensidad.

Solté aire con fuerza por la nariz. Su mirada era clara y sincera. Genial. Justo lo que me temía. Estaba sobrepasado. No supe ni qué contestarle. No podía ser hipócrita y molestarme por ello, al fin y al cabo era comprensible que se sintiera así. Yo me sentía así a veces. Nos estábamos acostumbrando el uno al otro demasiado deprisa y nuestra relación parecía volverse más intensa a cada día que pasaba. Él ya había dejado caer en algún momento que esto no era a lo que estaba acostumbrado, así que después de una tarde bañada de intimidad como la de ese día, tal vez era normal que le surgieran dudas.

Tenía que ser comprensiva. Y sincera.

—Te entiendo. A mí me pasa lo mismo.

—¿De verdad?

—Sí.

Sus ojos brillaban tanto que me dificultaban seguir una línea de pensamiento coherente. Tragué saliva con fuerza. Era increíble lo mucho que me afectaba estar con él. ¿Cómo podía significar tanto para mí en menos de dos meses? Era una locura.

Tal vez eso fuera parte del problema, pensé. Igual yo estaba siendo demasiado yo y podía resultar problemático. Para mí, que lo sentía más cerca que a ningún otro chico antes, y por tanto para él, si yo actuaba en base a dicha premisa.

—¿Puedo hacer algo para ayudarte? —pregunté con una nota de inseguridad en mi voz. Él me miró sin entender—. Yo sé que puedo ser muy... yo. No quiero agobiar.

Will frunció el ceño. Se separó de la barandilla y empezó a caminar lentamente hasta tomar asiento a mi lado, girando su cuerpo para tenerme de frente. La mirada que me dedicó por poco no me fundió las retinas. De repente parecía estar aún más nervioso y angustiado.

—No, cariño. Tú no me agobias. En todo caso te agobiaría yo a ti, que tengo ganas de estar contigo las veinticuatro horas del día y aun así no tendría suficiente.

Me acarició la cara con sus manos con una ternura tan de otro mundo que toda la piel se me erizó debajo de la manta que me cubría. Había que ver todo lo que Will despertaba en mí con unas palabras y su tacto en mi piel. Era algo que en cierto modo me reconfortaba, pero que también me hacía sentir... frágil.

—Lo que me pasa es que no estoy acostumbrado a lidiar con este tipo de sensaciones. —Soltó mi cara y siguió hablando—. No he dejado entrar a nadie en mi vida durante años y tú, poco a poco, lo vas llenando todo. Y a veces me asusto.

Joder. ¿Qué narices intentaba decirme con aquello? Hablaba con vehemencia, casi con pasión se podría decir, pero aun así parecía que aquello lo atormentaba. Esa conversación, en lugar de tranquilizarme, estaba empezando a ponerme nerviosa. Con cada frase que decía rasgaba más aquel agujerito de mi alma por el que llevaba semanas intentando colarse. Y eso me aterraba, porque no tenía claro hasta qué punto quería entrar en realidad. O hasta qué punto quería él que entrara yo.

Mi corazón empezaba a agitarse de manera bastante violenta dentro de mí pecho y notaba la boca seca. Luché para encontrar el equilibrio entre la

turbación que me sobrevinía y la importancia de aclarar las cosas.

—No sé si lo estás diciendo como algo bueno o algo malo —me aventuré a decir—. ¿Necesitas espacio? ¿Es eso?

Cerró los ojos y sonrió, negando con la cabeza como si yo no me estuviera enterando de nada de lo que pasaba allí.

—No es eso, Olivia. ¿Es que no lo entiendes? —Lo miré arrugando la nariz, conteniendo las ganas de decirle que no estaba explicándose precisamente como un libro abierto. Me miró fijamente y dijo—: Yo ya no me veo volviendo a una vida en la que no estés tú.

Dios. Vale. Aquello me dejó en tiempo muerto. Sentí el estómago casi en la garganta y mi mente se quedó bloqueada. Permanecí en silencio durante varios minutos, sintiendo solo el sonido de las olas, el de las hojas de los árboles y el de una libélula que merodeaba por los bajos del banco. Madre mía. Esa frase estaba cargada de significado. Afirmar algo así eran palabras mayores, ¿no? No estaba diciéndome simplemente que le gustaba estar conmigo. ¿De verdad era posible que se sintiera así?

Entonces, decidí hacerme esa misma pregunta. ¿Me veía yo volviendo a mi vida de antes, sin tenerle a él cerca?

La respuesta que surgió en mi mente al instante me dejó más noqueada aún si cabe.

Por Dios, ¿cuándo había pasado?

Will continuaba mirándome, esperando una respuesta. En el tiempo que nos conocíamos había aprendido que él no era un hombre precisamente paciente, así que supuse que permanecer impasible ante mi silencio tras una declaración así le estaba costando horrores. Le sonreí con dulzura.

—Creo que eres la única persona en el mundo capaz de dejarme sin palabras —susurré—. Eres brutalmente sincero.

Suspiró y se apretó los ojos con los dedos, como si de pronto se encontrara exhausto.

—Todo sería mucho más complicado si no lo fuese. Necesito que sepas cómo están las cosas porque no quiero confundirte. —No me miró casi cuando dijo aquello, y su voz sonaba lejana, aunque claramente estaba metido de lleno en nuestra conversación—. También me ayudaría saber cómo te sientes tú.

Me miró de reojo, como dejándolo caer, pero yo sabía que le importaba saberlo.

Genial. Magnífico. ¿Cómo me sentía yo? Esa era, sin duda, una gran pregunta. Yo... Sentía tantas cosas que ni siquiera podía separarlas y darles un

sentido lógico. Era todo un ovillo enmarañado que enlazaba pensamientos sobre lo mucho que me gustaba Will, lo bien que me hacía sentir, lo bien que me sentía conmigo misma cuando estábamos juntos... Pero también había miedo a lo desconocido, incertidumbre e inseguridad. Provocado por él, cuando se ponía en plan meditabundo como en ese momento, y por mí misma, porque temía que aquello se me estuviera yendo de las manos. Pero yo ya había tomado la decisión de seguir adelante con esto porque era demasiado especial como para dejarlo escapar, y no había cambiado de opinión. Es más, no tenía pinta de que fuera a hacerlo. En todo caso, lo que teníamos se hacía más fuerte cada día. Teníamos miedo, sí, pero, ¿qué pareja no lo tiene al inicio de una relación?

Él estaba poniendo de su parte, estaba dándome mucho de sí mismo y parecía sincero cuando me confesaba la profundidad de sus sentimientos. Tal vez yo también debía ser sincera con él. ¿Así que qué hice? Empecé a hablar.

—Yo también estoy asustada, Will, solo que me esfuerzo en disimularlo — confesé. Él me miró con los ojos muy abiertos y yo dirigí la mirada a lo lejos, donde se intuía la luz del faro, antes de seguir hablando—. Siempre he sido así con la gente a la que considero cercana, ¿sabes? De hablar de mis cosas, llamadas de teléfono porque sí y todo eso. Pero nunca he sido tan yo con los chicos con los que he estado, ya te lo he dicho. Nunca he sentido la necesidad de hacerles partícipes de mis ocurrencias. Y contigo no puedo evitarlo. Necesito hacerlo, como si te conociese de toda la vida. — Will me colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y acarició mi cuello con cariño—. Quiero... Quiero que estés en mi vida; que sepas lo que me pasa. —Me tembló un poco la voz, pero creo que fue imperceptible. Él apenas pestañeaba oyéndome hablar—. Lo que siento por ti... no se parece a nada que haya sentido antes. Y a veces también me da miedo, pero no quiero que cambie.

Will se sentó de nuevo de frente y exhaló como si necesitara eliminar tensión, cerrando los ojos. Yo me quedé callada, mirándolo de reojo. Al cabo de unos segundos se volvió a girar hacia mí y me abrazó con tanta fuerza que sentí la fibra de la manta clavándose por todo mi cuerpo. Me acurrucó entre sus brazos y me besó el pelo con cariño, mientras sus manos dibujaban por mi cuerpo.

De pronto todo me dio igual. Solo estábamos él y yo en ese lugar precioso, con la brisa del mar acariciándonos y con la luz de la luna y del faro de Montauk iluminando el escenario. Me dio igual el miedo que sentía yo y el que sentía él. Me daba igual no tener respuesta a las preguntas que ambos nos

hacíamos. En ese momento éramos dos personas temiendo y necesitando lo mismo: el uno al otro. Le besé el pecho, aspirando ese aroma suyo que ya me era demasiado familiar, y me perdí entre sus brazos.

Seguimos así un buen rato, abrazados pero callados, y creo que nunca nos habíamos entendido tanto como entonces. Estábamos cerca en todos los sentidos y casi me faltaba el aire de todas las emociones que se estaban desatando en mi interior. Ese algo desconocido que llevaba días sintiendo empezó a vibrar dentro de mí, desplegando tantas sensaciones por mi cuerpo que no puedo explicarlo con palabras.

—Estamos igual, entonces —comentó de repente.

Alcé la cara para mirarlo y sonreí.

—Eso parece —contesté, volviendo a besar su pecho.

Will me soltó y se alejó unos centímetros, como hacía siempre que quería verme bien.

—¿Y qué propones que hagamos?

Sonreí de nuevo. Yo no tenía más propuestas aparte de seguir haciendo lo que hacíamos. Nadar por aquellas aguas donde reinaba la corriente que nos hacía avanzar de la mano hacia un futuro que de momento desconocíamos. No tenía más respuestas que esa, y menos aún una que solucionase el tema en ese fin de semana.

—Puesto que ninguno de los dos sabemos lo que estamos haciendo, ¿por qué no dejamos aparcado el tema durante el fin de semana? Limitémonos a estar juntos. Lo demás ya se irá viendo.

Creo que conseguí convencerle de que creía a pies juntillas mis palabras, porque la sonrisa que esbozó a continuación fue enorme, sincera y concedía un brillo a su expresión que me hizo temblar entera.

—¿Bailar bajo la lluvia?

—Exacto. —Sonreí.

—Ven aquí.

Me acercó de nuevo a él, me rodeó con sus brazos y me miró a los ojos. Vi tantas cosas en su mirada que mi corazón volvió a golpearme violentamente, provocándome una incómoda molestia en el pecho que casi me dolía. Acto seguido me besó. Y qué beso. Fue dulce, intenso y tan auténtico que se quedó impregnado en todo mi organismo. Con su lengua rozándose con la mía era como si estuviéramos escribiendo un mensaje para el otro. Un mensaje que hablaba de sueños, de dudas, de incertidumbre y de necesidad. De tantas cosas como cabían en un único sentimiento al que no me atrevía a dar nombre

todavía.

Poco más duramos allí. Aún enredados el uno en el otro, nos dirigimos a la habitación. No dejamos de besarnos en todo el camino, estábamos desesperados por tenernos. Pero no arrastrados por la lujuria; era otro tipo de necesidad. La necesidad de sentirnos cerca, de estar juntos, de entrar dentro del otro.

Si pensaba que lo de aquella tarde había sido intenso e íntimo, me faltan palabras para explicar lo que vino a continuación. Eso era hacer el amor de verdad. Creo que no hubo ni un solo rincón de mi cuerpo que Will no besara o tocara aquella noche. Y yo hice lo mismo. Necesitaba tocarlo, necesitaba dejar que mi cuerpo hablara por mí porque yo no entendía lo que me estaba pasando. Cuando Will entró dentro de mí, creía que iba a volverme loca de desearlo tanto. No estaba lo suficientemente cerca, no habían besos en el mundo que pudieran aplacar mi necesidad por él. Estaba fuera de control, moviéndome, acariciándole entero para poder sentirlo todo lo que fuese humanamente posible. Y si al menos él me hubiera frenado los pies... Pero es que estaba peor que yo. Me tocaba, me miraba, me besaba sin parar, acariciándome con su lengua como si eso fuese lo único que pudiese mantenerle con vida. Gemimos en la boca del otro, experimentando ese placer que no habíamos sentido antes y que se hacía notar en cada célula de nuestro ser.

Seguimos perdidos en ese ritmo durante unos minutos más, y solo dejamos de besarnos al final, para hundirnos en los ojos del otro y poder mirar en nuestro interior mientras juntos alcanzábamos el clímax.

Fue tan alucinante que a ambos nos costaba creerlo, y eso comentábamos cuando minutos más tarde salimos de la ducha y nos acostamos de nuevo en la cama. Nos dormimos desnudos y con nuestros cuerpos enredados, hablándonos a oscuras y sin palabras. Perdidos en sensaciones y en la intimidad que ambos destilábamos, que se respiraba en cada rincón de la habitación.

Había empezado. Algo increíble y nuevo. Algo que cuando te atrapa, no vuelve a soltarte jamás.

## 10

### ¿En mis venas?

Abrí los ojos a la mañana siguiente con la sensación de que ese cuerpo no era el mío. Fue lo primero que pensé. Lo segundo, que no sabía dónde estaba. Pestañeeé repetidamente para enfocar la vista y exploré la habitación. Muebles blancos, sábanas blancas, cortinas azules y ropa por el suelo. En mi hombro, un cosquilleo causado por una mata de sedoso pelo castaño, casi negro. Sonreí.

«Olivia. Montauk».

Notaba mi cuerpo extraño, como cuando despiertas tras una noche de borrachera y sientes que algo no encaja contigo. O como cuando después de llevar meses implicado en un proyecto, este se acaba y te cuesta ubicarte de nuevo en el día a día. Algo así sentía yo esa mañana.

Las cosas entre nosotros se habían vuelto mucho más intensas el día anterior. En cuestión de horas, nuestra relación había dado un giro que nos había situado en una posición nueva. Prácticamente le confesé que no podía vivir sin ella. ¿Es que me había vuelto loco? Estaba loco por ella, sí. Pero de ahí a confesarle algo así... Tuve suerte de que no saliera corriendo y de que confesara que se siente igual que yo.

El reloj que había en la mesita de noche marcaba las siete y veintiocho. De un momento a otro sonaría mi despertador, así que cogí el móvil, desactivé la alarma y salí de la cama. Entré en la cocina y pasé un buen rato buscando la cafetera por los armarios hasta que por fin di con ella.

Mientras se hacía el café seguí pensando en mi chica, que dormía arriba. El sexo del día anterior no había sido normal. Jamás, en mi jodida vida, había sentido algo así. Sentirla sin la mierda del látex por medio casi me volvió loco, lo juro. Habría matado si alguien hubiera interrumpido ese momento. Fue demasiado para mí, demasiado intenso, demasiado expuesto; demasiado vulnerable me sentí cuando acabó. No pude soportarlo. Me encerré en el baño un buen rato para poder serenarme y ordenar mis ideas, pero solo conseguí desesperarme más. Estaba saturado por todo. Tenía hasta angustia de tantas sensaciones que me corrían por las venas que no sabía qué significaban. Cuando salí, ella seguía en la cama cubierta por la sábana y me miraba con un mar de confusión empañando sus ojos color miel. No me preguntó nada entonces, solo nos sonreímos tímidamente y ella se metió al baño. Me sentí

bastante gilipollas. Si algo había aprendido a lo largo de mis años como individuo sexualmente activo, es que todos nos sentimos algo vulnerables después del sexo. Hay quien se siente violento, otros necesitan atención y otros quieren desaparecer. Depende de la relación que te una con la otra persona (si es que te une algo), debes actuar de una forma u otra para cubrir esas necesidades y hacer frente a la vulnerabilidad.

Toda mi vida he sido cuidadoso con ese tema, incluso con las chicas con las que solo he follado una noche he tratado de evitar que se sintieran violentas al acabar. Lógicamente no las abrazaba, ni les decía que me parecían increíbles, pero me esforzaba por no ser un capullo. Con Olivia, más que con ninguna. A ella sí que la abrazaba, la acariciaba y le decía lo mucho que me gustaba haber estado con ella. Porque era la pura verdad, y porque sentirla cerca después del sexo me resultaba necesario para ponerle el broche al encuentro en cuestión. Siempre que habíamos estado juntos me preocupaba por ella después. Pero no esa vez. Menudo imbécil que fui, joder. Había sido la más íntima de todas las veces que habíamos estado juntos hasta la fecha y la dejé sola. Vulnerable y confusa. Me sentí como una mierda cuando la vi desaparecer por la puerta blanca del baño. Me enfurruñé conmigo mismo toda la tarde y parte de la noche dándole vueltas a todo. No quería agobiarla ni hacerla sentir mal, pero tampoco sabía qué decirle. Necesitaba aclararme yo primero antes de poder decirle algo que mereciese la pena.

Al final fui a ella por la noche y se lo dije todo. Todo. Bueno, tal vez no entré en detalles, como que solo con mirarla me ardía el cuerpo o que si sonreía y me miraba a mí me faltaba el aire. Eso era demasiado. El solo hecho de pensarlo me parecía demasiado. Pero le dije lo esencial de lo que me pasaba. Y le dije que ya no me veía sin ella.

Me tomé el café de pie en la cocina, enjuagué mi taza y subí a asearme y a cambiarme para ir a la reunión. Me puse unos vaqueros con una camisa verde oscura y mojé un poco mi pelo para domarlo, porque tenía pelo de haber echado el polvo de mi vida la noche anterior. Que fue exactamente lo que pasó, por cierto. Cuando volvimos después de nuestra conversación hicimos el amor con verdadera locura. Ambos nos entregamos por completo, y fue la mejor experiencia sexual que he tenido en la vida. Habíamos dimensionado el sexo entre los dos. Supe, que a partir de ese momento cada vez que estuviéramos juntos sería de ese modo.

Salí del baño pasados unos minutos y me agaché al lado de la cama en la que Olivia dormía enredada entre las sábanas de seda blancas. Le besé la

frente, los párpados y la nariz. Sus pestañas me hicieron cosquillas en la frente cuando empezó a parpadear, ligeramente confusa.

—Will... ¿Qué pasa? —preguntó medio dormida aún.

Sonreí y la besé en los labios.

—Nada, cariño, sigue durmiendo. Yo me voy ya.

Abrió los ojos de golpe, sin entender. Me miró, vio que iba vestido y el maletín apoyado en la pared, al lado de la puerta. Entonces comprendió.

—Quédate tranquila. Volveré en cuanto pueda. Llevo el móvil a mano por si necesitas algo.

Asintió una vez, esbozó una sonrisa adormilada y me echó los brazos al cuello. Hundí la cabeza en el arco de su cuello, que olía a una mezcla de su aroma con el mío, y la besé en ese rinconcito tan suave debajo de su oreja. De pronto no quería irme y dejarla allí, pero sabía que tenía que hacerlo, así que me separé poco a poco.

—En cuanto llegue no volveré a separarme de ti en todo el fin de semana. Te lo prometo. —Le acaricié el pelo, la besé otra vez y me puse en pie.

Cuando me giré para mirarla desde el umbral de la puerta, ya se había dormido de nuevo.

\*\*\*

Ese día comimos en una playa cercana a la casa, en unas toallas que extendimos sobre la arena. Olivia se había pasado toda la mañana indagando por la casa hasta que consiguió hacerse con una sombrilla e ingredientes para preparar sándwiches mixtos.

Mientras comíamos, le conté que el cliente al que había ido a visitar era un posible inversor para uno de los proyectos de energía eólica que estaba llevando a cabo mi empresa; después de nuestro encuentro de ese día, el acuerdo había quedado prácticamente cerrado. Ella me contó que había aprovechado mi ausencia para investigar y hacer fotos desde la casa. Por supuesto, la cámara se había venido con nosotros también a la playa, y de vez en cuando Olivia la sacaba con mucho cuidado de no mancharla de arena y tomaba algunas instantáneas. Casi todas del mar, la arena y de la gente que nos rodeaba.

Después de comer nos echamos un rato sobre las toallas. Yo estaba muy cansado después de haber dormido poco la noche anterior y el madrugón, así que caí en un sueño ligero con el sonido de las olas de fondo y los murmullos

que había en la playa.

Cuando desperté, Olivia me estaba mirando. Pestañeé lentamente y poco a poco los dos nos sonreímos con cierto aire tímido, sin decir nada. Estaba increíblemente guapa, sin una pizca de maquillaje en la cara y sus espesas pestañas enmarcando sus ojos, a los que la luz del sol parecía haber pintado destellos verdes. Habían aparecido unas graciosas pecas en su nariz y su piel estaba enrojecida por el sol.

Su sonrisa siempre me decía muchas cosas. Podía saber si estaba contenta, nerviosa o tensa solo por cómo brillaban sus ojos. Esa tarde me pareció que estaba feliz, aunque sabía que parte de ella aún estaba preocupada por cómo habían ido las cosas la noche anterior.

Seguí mirándola, recorriendo ese rostro que ya conocía de memoria. A veces tenía la sensación de que solo observándonos sin decir nada podíamos ser capaces de comunicarnos, diciéndole cosas al otro que no habíamos hablado ni con nosotros mismos.

—¿Por qué me miras así? —preguntó cuando no pudo seguir sosteniéndome la mirada en silencio.

—Porque eres preciosa.

Su sonrisa se ensanchó, acompañada de su característica caída de pestañas.

—No exageres.

—No exagero, te lo aseguro. Eres preciosa. Eres la chica más guapa con la que he estado nunca.

Se rio y me golpeó suavemente en el hombro.

—No seas mentiroso —dijo coqueta—. Tienes pinta de haber estado con chicas dignas de pertenecer a los ángeles de Victoria's Secret.

Ese comentario me hizo reír. ¿De dónde sacaba esas ocurrencias? Lo peor era que tenía razón. Había estado con chicas así, incluso con alguna que era modelo de profesión.

—No voy a negar que he estado con alguna de esas, pero eso es solo una belleza superficial que entra dentro de los cánones de belleza establecidos por la sociedad. —Me apoyé en la toalla, soportando el peso sobre mis codos, y doblé el cuello para mirarla a los ojos—. Tú eres preciosa de otra manera. Eres guapa, como podría serlo cualquier famosa, pero es mucho más que eso. A mí me gustas por cómo eres. Por cómo sonríes, porque tus ojos tienen luz propia, por tu forma de moverte cuando hablas. Porque eres especial, toda tú. Eres muy guapa por fuera, pero es lo que hay dentro de ti lo que hace que seas

preciosa. Así que para mí, no hay nadie más bonita que tú.

Abrió mucho los ojos y después los cerró, absorbiendo lo que acababa de decir. Se quedó mirándome en silencio durante un largo rato, parpadeando varias veces seguidas mientras hacía pasar un nudo de saliva por la garganta.

Una sonrisa juguetona se fue extendiendo lentamente en su cara y sus ojos brillaron con fuerza cuando por fin se animó a contestar:

—Tú tampoco estás nada mal, William.

Volvió a sonreírme y sin más, me dio un beso.

Pasamos el resto de la tarde en la playa. Bañándonos juntos. Besándonos en el agua. Jugando con la arena. Hablando de la vida, sin más. Disfrutando el uno del otro.

Cuando estábamos recogiendo las cosas para volver a la casa, el móvil de Olivia sonó dentro de la bolsa de la playa. Su cara se iluminó cuando vio el nombre de la persona que la llamaba. Le cogí las cosas que cargaba para que pudiera contestar, y me puse a sacudir y doblar las toallas para ganar tiempo.

—Hola, espero que llames para disculparte —dijo fingiendo estar mosqueada, pero era obvio que estaba de broma—. ¿Te parece bonito el grado de abandono al que me tienes sometida?

La miré de reojo mientras guardaba las toallas y plegaba la sombrilla. Al otro lado de la línea se distinguía una voz que claramente pertenecía a un hombre. Olivia soltó una carcajada, y después volvió a sonreír abiertamente. Hasta sus ojos brillaban. ¿Pero quién la hacía reír así? Como si fuera un adolescente inseguro, sentí una estúpida punzada de celos.

—¿En serio?! ¿Este jueves? —soltó un gritito de entusiasmo—. ¿Y cuándo pensabas decírmelo?

La observé moverse de aquí para allá sobre la arena, mientras hablaba. Se la notaba cómoda, contenta. Ella misma, en todo su esplendor. De vez en cuando me miraba e intercambiaba una sonrisa conmigo. Supuse que estaba hablando de dónde estaba y con quién. Entonces caí en que era su hermano el que la había llamado y sonreí para mí.

Cuando colgó, se acercó a mi de nuevo y poniéndose de puntillas, me dio un beso en la mejilla.

—Era Aiden —dijo sonriente, guardando de nuevo el móvil en la bolsa—. Va a casa el jueves que viene y se queda hasta el domingo. Supongo que iré a Nueva Jersey a pasar el fin de semana.

Le sonreí y le dije que me alegraba por ella. A continuación entrelazamos las manos para emprender la vuelta hacia la casa de Ed.

Mientras avanzábamos sorteando las rocas que había por el camino, la miré y sin más supe que cualquier cosa que la hiciera sonreír así, para mí siempre sería bienvenida.

Por la noche me apetecía llevar a Olivia a algún sitio diferente. Montauk era un pueblo con mucho encanto, pero era pequeño y prácticamente nos lo habíamos recorrido entero. Cuando volvimos a casa de dar una vuelta, me bajé una aplicación al móvil para turistas en la zona y al final decidimos ir a East Hampton, que quedaba a unos veinte minutos en coche.

Cenamos en el único restaurante en el que conseguí mesa avisando con tan poca antelación. No era de cinco tenedores, pero en relación calidad precio fue lo mejor que encontré. El establecimiento estaba lleno de turistas y gente de la ciudad que venía a veranear a esta zona. Ni Olivia ni yo pertenecíamos a la clase de personas que se puede permitir pasar el periodo estival en los Hamptons, pero fue divertido observar a la gente de nuestro alrededor que sí podía, mientras jugábamos a imaginarnos cómo serían sus vidas.

Después de cenar dimos una vuelta cogidos de la mano por un paseo cercano al mar. Se notaba mucho la diferencia con el pueblo pesquero que era Montauk, tanto en el ambiente de la calle como en la gente que pasaba por allí, tan distinguida y mucho menos cercana.

Nos detuvimos frente a un pub irlandés que tenía unas mesitas fuera. Por los altavoces sonaba música y algunas parejas bailaban en el espacio que quedaba entre las sillas.

Miré a Olivia y le tendí la mano, haciendo una reverencia de esas que se ven en las películas antiguas cuando el chico quiere bailar con la chica. Ella rio e hizo lo propio, aceptando mi mano.

Bailamos pegados una balada que estaba acabando, y enseguida la melodía se superpuso con la de una canción que no conocía. La nueva pieza llamó mi atención nada más sonar los primeros acordes, cuando las palabras «*nada va según lo planeado*» llegaron a mis oídos.

Mis brazos rodearon la cintura de Olivia, asegurándose de tenerla bien cerca. Me gustaba sentir sus suaves formas contra mi cuerpo. Al notarla tan cerca de mí, parecía que todo lo que sentía por ella se volvía más tangible.

La miré detenidamente. Estaba radiante aquella noche. Se había puesto un vestido palabra de honor color malva con un discreto estampado, que hacía destacar su piel bronceada por el sol. Las tenues luces de la terraza y de las farolas cercanas la alumbraban haciéndola parecer tan bonita que temí acabar

volviéndome loco.

Yo la miraba fijamente al tiempo que permanecía perdido en la letra de esa canción. Me gustaba, pero algo en ella se me antojaba desgarrador. No sé a qué se debía. Hablaba de los sentimientos de un hombre por una mujer. De que ella estaba en sus venas, y no podía sacarla. De que su sabor era todo lo que notaba en su boca cada noche. De que ella huyó de él, porque no era lo que buscaba.

De repente volví a notar ese agudo dolor en el pecho al que ya casi me había acostumbrado, y sentí que me quedaba sin aire en mis pulmones. No recordaba que ninguna canción me hubiera calado así antes. ¿O era por Olivia?

—Me encanta esta canción —comentó justo en ese mismo momento, apoyando su cabeza en mi pecho mientras sus manos me acariciaban la nuca con cariño—. La letra es muy bonita.

Asentí, con la mirada perdida. Pasé mis labios por el nacimiento de su pelo sin llegar a besarla, solo inhalando su aroma. Todos mis sentidos estaban perdidos en ella; lo envolvía absolutamente todo solo por estar a mi lado. Tuve una especie de revelación cuando comprendí que no era algo que me ocurría solo cuando estábamos juntos.

—Estás en mis venas —susurré de repente, hablando más conmigo mismo que con ella—. Como ahora. Solo me estás acariciando el cuello, pero la sensación que me provocas la siento en todas partes. Viaja por cada rincón de mi cuerpo y se queda grabada en mí, ¿sabes? —Olivia separó la cabeza y clavó sus ojos en los míos, mirándome con un dulce desconcierto grabado en su rostro—. Lo que siento no desaparece cuando dejas de tocarme. Te siento hasta cuando no estás.

Nos quedamos suspendidos en el tiempo. En silencio. Solo sintiéndonos el uno al otro y viviendo el momento. Olivia pasó a mirarme con cautela, pestañeando varias veces seguidas. No dijo nada, pero me abrazó con más fuerza, escondiendo su mirada de mí.

¿Había ido demasiado lejos al decirle esas palabras? Joder. ¿Qué estaba pasándome? Andrew Belle seguía cantando, poniendo letra a muchos de mis pensamientos y de mis miedos más oscuros. Fue como un golpe de realidad. Olivia estaba en mis venas, y no podía sacarla. Su sabor era todo lo que notaba en mi boca cada noche. ¿Acabaría ella huyendo de mi vida si yo no era lo que buscaba?

El dolor en el pecho se intensificó, irradiándose hasta mi estómago. Tuve

la sensación de que me mareaba, así que traté de coger aire a un ritmo prudente.

—¿Qué has hecho conmigo? —intenté bromear—. Me he convertido en un cursi.

Noté su sonrisa en mi pecho, produciéndome un agradable cosquilleo.

—A mí no me pareces cursi. Si lo dices de corazón, simplemente eres sincero.

—Claro que soy sincero —le aseguré.

Seguimos moviéndonos, agarrados en silencio, mientras el estribillo se repetía hasta el final. Cuando la canción terminó empezó otra, pero su melodía no llegó a registrarse en mi cerebro. En mi cabeza seguía reproduciéndose la lírica de *In my veins*, una y otra vez.

—Puede que lo que acabas de decir sea lo más bonito que me ha dicho nadie nunca —dijo unos segundos más tarde, elevando la cabeza para mirarme. Destilaba un aura algo nostálgica. Sonrió con timidez y yo lancé un suspiro prolongado que agitó ligeramente su pelo. Olivia se humedeció los labios, y en voz más baja añadió—: Y por cierto, si te sirve de algo, tú también estás en mis venas.

Tuve que cerrar los ojos; confundido, aliviado y sintiendo algo tan grande dentro de mí que no sabía si podría contener o acabaría explotando, haciéndome estallar en mil pedazos.

Fue entonces cuando se me ocurrió. ¿Y si era amor? ¿Y si estaba enamorándome de Olivia? Porque esa podría ser la única explicación a todos los sucesos que se habían desencadenado en mi interior desde que la vi sonreír por primera vez.

Resoplé ligeramente. Me aterraba el simple hecho de considerar la posibilidad de amarla, porque eso significaba tener algo que podría perder. No quería aceptar que eso era lo que me estaba pasando. Suponía asumir demasiados riesgos. En todo lo referente a ella, me asaltaba la sensación constante de andar con los ojos vendados y sin nada a lo que agarrarme. En el fondo sabía que estaba muerto de miedo, porque por primera vez en mi vida tenía algo que me aterrorizaba perder. O por lo menos a día de hoy, lo veo así de claro. Todo era demasiado delicado e inestable. Cualquier paso en falso podría hacerme caer al vacío, donde ninguna red de seguridad me ampararía.

Sentí que los pensamientos se aturullaban en mi cabeza y decidí descartar la idea de inmediato, enterrándola bajo siete llaves en mi mente por el momento, hasta que encontrase la fuerza suficiente para enfrentarme conmigo

mismo y liberarla.

Olivia me miró de nuevo. Había notado la tensión que de pronto emanaba todo mi cuerpo. Ya me conocía bastante y cada vez era más fácil para ella detectar cuándo nos estábamos acercando a terreno pantanoso.

Le sonreí para tranquilizarla y fijé mis ojos en los suyos. Dios, qué guapa era. Quise besarla en ese momento, pero no lo hice por miedo a que resultase evidente para ambos lo que me estaba pasando.

—¿Qué le echarán al agua de este sitio? —bromeó—. Puede que sí que nos hayamos vuelto cursis.

Solté una carcajada y aumenté la presión de mis brazos alrededor de su cuerpo. La besé en la frente. Ella también quería deshacerse de ese halo de intensidad que nos envolvía con fuerza por miedo a que las cosas se volvieran raras, como la noche anterior.

—Le pondremos remedio —dije, dotando a mis palabras de ese puntito canalla que sé que le encantaba—. Venga, vamos a casa. Follaremos hasta que se nos quiten las ganas de decir ninguna tontería más.

Ella ríe en respuesta y me dio la mano para que pudiéramos volver ese lugar donde ambos nos sentíamos seguros.

## ¿Prorrogamos la burbuja?

El domingo prácticamente no nos soltamos en todo el día, exprimiendo al máximo las últimas horas en aquella burbuja que había sido Montauk durante el fin de semana. Solo estábamos a tres horas de casa, pero nos sentíamos como si hubiéramos escapado a otro planeta, por lo menos.

No sé él, pero yo tenía que emplearme al máximo para no pensar que aquella especie de tregua tácita estaba llegando a su fin. Vale, tal vez tregua sea una etiqueta algo exagerada por mi parte, pero después de lo que había pasado el viernes por la noche, yo sabía que aún quedaban cosas por decir. En las últimas cuarenta y ocho horas me asaltaba la sensación constante de que mis sentimientos por Will estaban llegando a un punto de no retorno; y la certeza de que había entrado dentro de mí, y que probablemente ya no saldría, me inquietaba.

Habíamos pactado dejar la conversación acerca de cómo nos sentíamos el uno con el otro aparcada durante el fin de semana, pero era muchísimo más fácil adoptar esa postura estando lejos de todo que sumergidos en la rutina habitual. Cuando volviésemos al mundo real, donde el tiempo seguía pasando, ¿seríamos capaces de seguir evitando el tema?

Después del desayuno y de un último paseo por el corazón de Montauk, vino un rato de playa. Jugamos con la arena como niños y luego nos besamos mucho en el mar, como los adultos calenturientos que éramos. Cuando consideramos que aquello se nos iba de las manos, volvimos a nuestras toallas y más tarde fuimos a comer a un sitio que quedaba relativamente cerca.

El local era todo lo que podía esperarse de un *diner* típico de playa. Además, este desprendía un aire entre hippie y hawaiano que me gustó mucho. Tenía el suelo color azul y todo el mobiliario era de madera. Nos sentamos en una mesa al lado de una familia con cuatro hijos que estaba enfrascada en una de las típicas discusiones que tienen las familias en verano, cuando pasan demasiadas horas juntos.

Will y yo ojeamos la carta, sentados uno enfrente del otro. Pedimos un plato de esos que llevan de todo para cada uno, una cerveza para mí y una coca cola para él, que tenía que conducir de vuelta a casa.

Justo cuando me decidía a atacar mis patatas fritas con queso fundido por encima, me sonó el móvil. Pensé que sería alguno de mis amigos para reñirme

de nuevo por no llegar a tiempo a la inamovible reunión del domingo, pero arrugué el entrecejo al ver que el nombre que iluminaba la pantalla era el de mi casera.

—¿Señora Perry? —pregunté extrañada, pensando que igual se habría confundido de número.

—Hola, Olivia. Disculpa que te moleste un domingo. Pero ha surgido un problemilla en el edificio, y me he enterado de que estás fuera...

La escuché con atención mientras me contaba que el día anterior un vecino había tenido un problema en las cañerías de su cuarto de baño. Habían llamado a un fontanero de urgencia para que fuera a echar un vistazo y al hacerlo detectó un problema que afectaba a las cañerías del edificio entero, que debido al tiempo empezaban a fallar. Bueno, en realidad creo que la complejidad del problema era mayor, pero yo me quedé con esa idea. La cuestión era que al día siguiente, a primera hora, empezarían unas obras internas que nos dejarían sin luz ni agua de lunes a viernes. Dicho de otra manera, el edificio estaría inhabitable durante cinco días.

—Perdona por avisarte con tan poca antelación, pero es que no he podido hablar con el administrador del edificio hasta esta mañana. Dice que ha recomendado a todos los inquilinos que desalojen sus viviendas durante estos días, aparte de por el tema de la luz y el agua, porque las obras van a ser ruidosas. Espero que tengas algún otro sitio donde quedarte, porque el seguro que tenemos contratado no cubre gastos de alojamiento en casos como este.

La escuché con la boca abierta durante su discurso, prácticamente sin interrumpirla. Cuando acabó de hablar le di las gracias y me despedí de ella, mientras mi cabeza empezaba por cuenta propia a organizar maletas y cosas importantes que tendría que llevar conmigo allá donde fuese.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Will mirándome algo preocupado cuando bloqueé el móvil.

Desplacé la vista hacia él. Le conté atropelladamente lo que había pasado y a continuación puse voz a esos pensamientos desordenados acerca de todo lo que tenía que sacar del piso.

—Tendré que coger ropa para toda la semana. Y también para ir a Nueva Jersey el viernes, claro. O sea, para todo el fin de semana. Eso es ropa para una semana entonces, porque no sé si me dará tiempo a volver al piso antes de marcharme. Y habrá que sacar toda la comida que tengo en la nevera, que no es mucha, pero que ahí está, y si cortan la luz se echará a perder. Y los papeles y cargadores y el secador y todo lo de aseo. Tendré que coger una maleta

grande y otra pequeña para llevarme el fin de semana, ¿no? O bueno una mediana y ya lo cargo todo. Ya veré. —Hablé casi sin respirar entre frase sin sentido y frase sin sentido. Will me miraba entre alucinado y divertido, porque a esas alturas mis monólogos no le sorprendían, pero seguían haciéndole gracia. Dios, tenía que hacer muchas cosas. Miré mi reloj de muñeca nerviosa, pero no lo llevaba puesto—. ¿Qué hora es? Supongo que podré quedarme en casa de Claire. La de Christina es demasiado pequeña para las dos. Una semana allí y acabaríamos de los pelos seguro.

Will me cogió las muñecas con suavidad y me miró sonriendo comedidamente, con intención de devolverme a la realidad. Me dijo la hora que era y me pidió que me tranquilizara un poco.

—No te agobies, tenemos tiempo de sobra para pensar en todo. En terminar de comer volvemos a la casa y cargamos el coche. Come tranquila primero, no vaya a sentarte mal —dijo con una sonrisa ladeada mientras soltaba mis muñecas y cogía los cubiertos de nuevo.

Asentí repetidamente y me serené un poco. Esto es lo malo de ser un desastre, por muy previsora que yo trate de ser, los imprevistos siempre acaban descolocándome.

Seguimos comiendo en un extraño silencio, haciendo solo comentarios superficiales de cuando en cuando. Will me miraba absorto, como si estuviese diseñando los planos de uno de sus proyectos y mi cara fuese la lámina sobre la que trabajaba.

Cuando acabé mi plato lo aparté y dirigí mis manos a la bolsa de la playa para sacar el móvil de nuevo.

—Será mejor que llame ya a Claire para decirle que acampo allí una semana.

—Olivia, espera... —La mano de Will interceptó mi brazo antes de que pudiese alcanzar la bolsa. Lo miré con una mueca de confusión en la cara cuando vi que se pasaba la mano nervioso por su sedosa mata de pelo—. No hace falta que llames a Claire. Puedes quedarte en mi casa, si quieres.

Juro que intenté contenerme, pero fracasé tratando de ocultar mi sorpresa. Las palabras escaparon precipitadamente de mis labios pasados apenas dos segundos.

—¿Quieres que me quede en tu casa? ¿Yo? ¿Una semana? ¿Por qué?

Will parpadeó, como si no se lo creyese él tampoco, y sonrió ante mi reacción.

—¿Por qué no? Tú necesitas quedarte en alguna parte y yo... bueno.

Quiero ayudarte.

—Pero... ¿no es demasiado? Quiero decir, que estamos... No sé. Una semana entera... Tú y yo. Conviviendo. Tú necesitas tu espacio y yo... —me callé antes de decirle que yo también necesitaba mi espacio para poder darle espacio a él. Un momento, ¿eso tenía sentido?

Antes de que pudiera poner orden en mi cabeza, él siguió hablando.

—Ya sé que es una semana, pero cuando alguien te importa, estás ahí para lo que esa persona pueda necesitar. Soy tu novio, ¿no? Supongo que es parte del trato. —Me guiñó un ojo con esa elegancia suya tan característica y yo abrí tanto la boca que no me habría extrañado que la camarera se hubiese acercado para cerrármela. Will dio un trago a su bebida y añadió en tono de broma—: Además, me encantará tenerte una semana en mi casa. Sé que cocinar no es lo tuyo, pero puedes echarme una mano limpiando, si quieres.

Solté una risita nerviosa, más por liberar tensión que porque me divirtiese la imagen de mí misma con un plumero limpiando las maquetas que se podían encontrar en el salón de Will.

Bien. Había llegado el momento de recapitular: mi casa se quedaba sin luz ni agua durante una semana entera. Will me había ofrecido su casa durante esa semana. Con él. Quería ayudarme. Acababa de decir en voz alta por primera vez que era mi novio. Me había gustado. Quería tenerme en su casa, había dicho que le gustaba la idea. Pero mi reacción, aparte de incredulidad y aunque no lo pareciera, era de cautela. ¿Era buena idea? ¿Volver a la ciudad, romper la burbuja, y sin más convivir juntos durante cinco días? No lo veía claro.

—De verdad que no te quiero molestar —dije, y Will negó con la cabeza, diciéndome sin palabras que para él yo no era una molestia—. En realidad solo sería hasta el jueves, el viernes me voy a Nueva Jersey.

Will me miró, algo más serio pero sin dejar de sonreír del todo. Supuse que en mi voz se vislumbraba la reticencia que me salía de manera natural ante una situación así, además de esa vena cauta que trataba de tener presente en todo lo referente a Will, y en todo lo que implicase ascender un escalón en la escalera del compromiso que estábamos construyendo.

—Vamos, Olivia, no le des tantas vueltas. No te estoy pidiendo que vivamos juntos. Creo que es lo más lógico del mundo que si te quedas una semana sin casa, te quedes conmigo. ¿Es que tú no lo harías por mí?

Parpadeé y asentí de inmediato. Por supuesto que lo haría por él. Si le daba la vuelta a la situación, no solo actuaría igual que él, sino que

probablemente me molestaría que él se mostrase tan evasivo como me estaba mostrando yo.

No pude evitar que me hiciera gracia que, a pesar de que yo estaba siendo reticente con el tema, él no pudiese prescindir de marcar su propio territorio al decir que no me pedía que me mudara con él. Negué con la cabeza, con una pequeña sonrisa escéptica. Esa era la razón número uno por la que una convivencia de tantos días, en su casa, me parecía un error. Porque en el fondo sabía que Will seguía estando tan cagado de miedo como se había mostrado el viernes por la noche. Porque a pesar de que no tenía ninguna duda de lo que Will sentía por mí, mi seguridad flaqueaba al plantearme si él estaba cómodo sintiéndose como se sentía. Tenía un miedo horrible a que sus dudas crecieran de manera directamente proporcional a la intensidad de nuestros sentimientos, por lo que secretamente planeaba un leve distanciamiento para que ambos pudiésemos reflexionar sobre aquello en soledad en los próximos días. No dejar de vernos, eso nunca, pero sí vernos menos cuando llegásemos a casa para tener la mente clara. Compartir vivienda durante cinco días, sumando los tres que ya llevábamos juntos, se desviaba bastante de ese objetivo.

Miré sus ojos azules, que brillaban cautos sin despegarse de mí. Estaba tan guapo, con la piel rojita por el sol, la barba desaliñada, las gafas de sol enganchadas en el cuello de la camiseta dejando ver el suave vello que cubría su pecho... El simple hecho de mirarlo hacía que sintiese mil cosas bullendo en mi interior; no quería ni pensar cómo podía acabar después de cinco días conviviendo con él.

Suspiré y traté de esforzarme en enfocar el tema de otra manera. A pesar de todas esas dudas, neuras e inseguridades que le habían asaltado hacía dos noches, lo estaba intentando. Y sabía que Will no era de esas personas que hacen las cosas por cumplir. Era demasiado honesto. Si me había pedido que me quedase con él, aun cuando yo había propuesto la opción de casa de Claire, presumiblemente era porque me quería allí. Con él, en su casa.

«Vamos, Olivia. No seas ahora tú la cobarde de los dos. Ve con él», dijo la voz zen de mi interior.

Sonreí y estiré la mano sobre la madera de la mesa para coger la suya antes de comunicarle con una sonrisa que aceptaba su propuesta.

Tal y como habíamos acordado, nada más abandonar el *diner* fuimos directamente a la casa de Ed. Más o menos habíamos dejado todo listo antes de marcharnos por la mañana, así que solo hizo falta ultimar algunas cosas antes de cargar el coche y ponernos rumbo a Brooklyn.

Arrancamos el Ford Fiesta dejando una nube de polvo a nuestro paso, y por la ventanilla me despedí de aquella casa blanca en la que había pasado el fin de semana más intenso de toda mi vida.

Llegamos pasadas las siete de la tarde, cuando el sol empezaba a perder fuerza en el cielo. Conseguimos aparcar el coche bastante deprisa y subimos sin perder tiempo a mi piso. Will se quedó en la cocina vaciando la nevera y rebuscando entre los armarios la comida que caducaba en los próximos días. Yo monté una especie de mercadillo en mi habitación, con mil prendas desparramadas sobre la cama. Entre la ropa que me había llevado el fin de semana y que no me había puesto, los conjuntitos para ir trabajar, la ropa por si surgía algún plan informal a lo largo de la semana, la ropa de estar por casa y lo que tenía que llevarme para Nueva Jersey, pasé un tiempo que no me atrevería a concretar haciendo la maleta.

Cuando conseguí meter todas las cosas de aseo, el portátil y algunos documentos de trabajo, cerré mi maleta color caqui y la arrastré hasta el hueco que quedaba entre el sofá y la barra de la cocina.

Will miró la maleta y luego a mí arqueando las cejas con sarcasmo; al final había cogido la grande.

—Te he oído cuando has dicho que no me mudo a tu casa —le aseguré con buen humor y me puse de puntillas para darle un beso en la comisura de la boca.

Para la hora de la cena, ya me había instalado en su casa. Cenamos unas sobras que habíamos rescatado de mi nevera, compartimos una ducha y después nos metimos en la cama. Diseñamos un supuesto *planning* de división de tareas domésticas para esa semana que ambos sabíamos que no cumpliríamos y antes de que nos venciera el sueño, Will se puso a revisar unas cosas en el iPad.

Como si fuera nueva allí, no pude evitar sentirme extraña estando tumbada a su lado, observándole con la mirada fija en la pantalla.

No era la primera vez que estaba en su casa, ni que dormía en su cama teniendo que ir a trabajar al día siguiente. No era la primera vez que nos acostábamos juntos en esas sábanas ni que hablábamos hasta que el sueño nos vencía. Pero sí que era la primera vez que hacíamos todas esas cosas con mi cepillo de dientes al lado del suyo, o con un cajón para mi ropa, o con parte de mis trastos repartidos por las habitaciones de la casa. Sí era la primera vez que la intimidad entre los dos era real. Era la primera vez que hacíamos el amor en su cama de esa forma que habíamos descubierto en Montauk:

transparente, sentida, nuestra. Me daba la sensación de que aquello nuestro había dejado de ser un espejismo para pasar a ser el principio de todo lo que podíamos llegar a ser. Ya no éramos solo dos personas que juegan a conocerse, sino dos personas que empiezan a conocerse de verdad y que tienen un vínculo que puede acariciarse con la yema de los dedos.

Había sentido miedo de que al volver a Manhattan se rompiera la burbuja, que perdiéramos todo lo que habíamos encontrado en Montauk, pero, ¿y si la realidad era ahora esa? ¿Y si nuestra relación subía de nivel? ¿Y si a partir de ahora la intimidad entre los dos sería algo tangible y no solo una idea? Pensar en eso me producía una sensación de felicidad difícil de explicar con palabras. Me dije que sería la vista desde las alturas, que es la que consigue sobrecogerte de verdad. Pero aun así, la parte más escéptica de mí se preguntaba si aquello no sería más que una prórroga de la burbuja.

—Me encanta que estés aquí. No sé si habría podido dormir sin ti esta noche —dijo Will de pronto, cortando el hilo de mis pensamientos.

Apagó la luz y me rodeó con sus brazos. Nos dimos unos cuantos besos mimosos y nos acomodamos para dormir todo lo juntos que pudiésemos. Suspiré, inhalando su aroma, embriagándome de la sensación de tenerlo cerca y sentirlo casi mío.

El último pensamiento que cruzó mi cabeza antes de dormirme del todo fue que las vistas desde las alturas sí son increíbles, pero que la sensación de vértigo al asomarse es muchísimo, muchísimo mayor.

\*\*\*

El lunes a la hora de la comida me reuní con mis amigos en un restaurante cerca de Chelsea. La empresa de Claire había organizado una jornada de puertas abiertas para la degustación de distintos menús de una de las empresas de catering con la que trabajaban y Claire nos invitó a todos con el pretexto de que hiciéramos bulto, aunque sé que en realidad lo que buscaba era extraerme toda la información posible sobre el fin de semana en Montauk.

Los cinco nos fuimos paseando entre las mesas perfectamente preparadas, llenando nuestros platos con las porciones minimalistas que estaban presentadas en bandejas de plata. Había comida mediterránea, asiática, latinoamericana y otras cuya procedencia no supe identificar. Cuando todos consideramos que nuestros platos no admitían nada más, nos sentamos en una mesa redonda que quedaba más apartada que el resto.

Empecé a ponerles al día de mi fin de semana mientras estudiábamos en qué orden degustar las raciones.

—¿Te dejamos sola una semana y te vas a vivir con Will? —preguntó Christina, tamborileando los dedos en la tela azulada del mantel.

—No estoy viviendo con él, es solo esta semana.

—Pero estás viviendo con él. Esta semana, pero vivís juntos —insistió ella.

—¿Te ha dado la llave de su piso? —preguntó Neal, llevándose el tenedor a la boca cargado de arroz con frijoles.

—Claro, no tenemos el mismo horario. Lo lógico es que si me estoy quedando allí, pueda entrar y salir con normalidad. Cuando vuelva a mi casa le devolveré la llave.

—¿Y si no te la pide?

—Se la daré yo. Él no me ha dado la llave de su piso porque haya querido, ha sido por las circunstancias.

—Tiene razón, dar una llave es un paso muy importante para un hombre —comentó Matt pensativo.

—¿Y para una mujer no? —rebatí Christina.

—Sí, claro. Pero, por si aún no lo sabes, no soy mujer y no sé lo que se os pasa por la cabeza cuando dais una llave. En cambio sí que sé lo que puede suponer para un tío. —Matt se pasó la servilleta blanca por la boca y apoyó los codos en la mesa—. Mirad, para que lo entendáis, para un hombre, y más uno que vive solo, su casa es su refugio. Donde no tiene que dar explicaciones de la hora a la que llega, de cuándo se levanta, si entra, si sale, si le ha dado tiempo o no a limpiar... Es su espacio sagrado. Así que, cuando un tío te da las llaves de su casa, te está dando las llaves de su vida; te quiere en su vida. —Centró sus ojos verdosos en los míos—. Liv, si te da la llave de su casa, será una señal de que está planteándose en serio compartir su vida contigo.

Lo miré con aire reflexivo, llevándome el tenedor plateado a la boca. Ningún hombre me había dado la llave de su casa jamás, pero estoy segura al cien por cien de que algo así me habría acojonado en su momento. Imaginé a Luke o a Owen dándome la llave de su casa. Incluso a Nick, con el que compartí una relación más simétrica, en la que ambos esperábamos lo mismo. Solo de pensarlo me agobiaba, porque en el fondo sabía que el paso de la llave llevaba implícito un compromiso para el que con ellos no me sentía preparada.

Con todo lo que acababa de decir Matt en mente, imaginé que Will decidía

darme la llave de su piso. Ni siquiera sé si me sorprendí al comprobar que algo así con él no solo me ilusionaría, sino que me daría la seguridad que últimamente precisaba para no sentir que me movía a ciegas.

Agité la cabeza, sintiendo que aumentaba mi temperatura corporal. ¿Y si ya había llegado a ese punto de no retorno? ¿Y si la respuesta a todas mis preguntas era poner la etiqueta definitiva a mis sentimientos por Will?

—¿Te estás agobiando ya, Liv? —preguntó Christina con una sonrisita burlona, tras un rato observándome.

Ella sabía de sobra que, en otras circunstancias, el tema de las llaves habría provocado que tuviera ganas de salir corriendo en dirección contraria. No sé qué vio en mi mirada, pero sus ojos se abrieron de par en par y de su sonrisa desapareció todo rastro de broma, dando paso a una expresión de sorpresa.

—¿O no? —Su mano quedó suspendida en el aire cargando su copa antes de apoyarla en la mesa de nuevo—. ¿Liv?

Desvié mis ojos de los de mi amiga y los dirigí a mi manicura, que de repente me producía un gran interés. No me avergonzaba sentirme como me sentía, pero todo era tan inestable respecto a todo, que me daba muchísimo reparo desnudar mis sentimientos ante mis amigos. Toda una novedad para tratarse de mí.

Noté los cuatro pares de ojos clavados en mí, aunque yo seguía concentrada en el color coral de mis uñas. Antes de que empezara el bombardeo de preguntas, decidí decir algo.

—No me ha dado las llaves de su casa. Esta conversación ni siquiera tiene sentido —dije encogiéndome de hombros y con un tono de voz que delataba más de lo que pretendía mostrar.

—Olivia Gallagher. ¿Qué está pasando aquí?

—No sé a qué te refieres —mentí.

—Claro que lo sabes —intervino Claire, que hasta entonces se había limitado a mirarme en silencio con expresión soñadora—. Estamos hablando de tu nivel de compromiso con Will, y tú estás con esa cara de... de...

—De tonta —aportó Matt.

—Sí —corroboró Claire, pero enseguida trató de rectificar—. Quiero decir, no. Tienes cara de...

—Tiene cara de sentir algo muy profundo por Will —sentenció Neal.

Claire asintió rotunda, pero sin molestarse en mirarlo. Seguía con su penetrante mirada azul clavada en mí.

—Liv, ¿no te estarás...?

—Basta. —La corté de inmediato, porque tenía la corazonada de que iba a mencionar ese sentimiento que abarcaba todo lo demás—. No lo sé. Estoy confundida. No quiero seguir hablando del tema.

—Pues entonces sí que estás grave —bromeó Matt, provocando risas en el resto.

—No estoy grave, es solo que... Todo esto es nuevo para mí. Nunca... — Por algún milagro, supe callar a tiempo.

¿Qué iba a decirles? ¿Que nunca había sentido eso por nadie? Eso ya no era un secreto. Ni para ellos, ni para mí, ni siquiera para el propio Will. Tampoco podía decirles que me sentía desbordada por todos los sentimientos que vivían dentro de mí. Ni que me había dado cuenta de que necesitaba a Will en mi vida, de la misma manera en que los necesitaba a ellos.

Las caras de mis amigos a esas alturas de la conversación eran... indescriptibles. Y más aun teniendo en cuenta que llevaba varios minutos en un estado de mutismo totalmente impropio de mí, incapaz de continuar hablando. Me fijé en que, a pesar de las peculiaridades de cada uno, en las expresiones de los cuatro predominaba una emoción común: la sorpresa.

Christina estaba con los ojos abiertos desmesuradamente, clavados en mí como dos puñales, como hacía siempre que algo la sorprendía. Su boca formaba una especie de O, como si se preparase para expulsar humo por ella formando una sucesión de círculos. Estaba sorprendida, sí, pero era una de esas sorpresas que llevas tiempo queriendo recibir.

Claire tenía la misma cara que se le quedaba al ver el final de *Notting Hill*, cuando Julia Roberts dice que va a quedarse en Londres «indefinidamente». Lucía esa expresión soñadora que se contagia inevitablemente cuando eres testigo del cariño que se profesa una pareja, solo que en este caso le sorprendía que la pareja en cuestión contara conmigo entre uno de sus dos miembros.

Neal... Ay, Neal. Su mirada dulce y amable siempre conseguía enternecerme. Pero ese día casi pudo conmigo. La alegría que desprendía me pareció tan evidente y genuina que consiguió sacarme los colores, a pesar de lo dura que soy yo para ruborizarme.

Y Matt... Bueno, Matt tenía la misma mueca socarrona de siempre, aunque sus ojos tenían ese brillo que reservaba solo para los momentos en los que se enorgullecía de alguno de nosotros. Sonreí por dentro. A pesar de sus comentarios burlones, a mí no me engañaba fácilmente. Sabía que Matt se

alegraba por mí.

—¿Podemos cambiar de tema, por favor? —supliqué, porque no podía seguir haciéndoles frente si continuaban mirándome de ese modo.

A veces, simplemente tenía la sensación de que mis amigos conocían una ventana secreta que daba a mi interior y que podían asomarse a sus anchas a mirar siempre que quisieran.

Todos asintieron, rompiendo así el encanto del momento.

Los cinco continuamos comiendo en silencio durante los minutos siguientes. De fondo se oían ruidos de copas y cubiertos chocar contra los platos de porcelana. Como nadie tuvo los reflejos apropiados para sacar un tema neutral, Matt se hizo cargo de la situación. Y eso no suele ser buena idea.

—Bueno, ¿habéis pensado en lo que hablamos ayer? —preguntó con muy poco tacto, dirigiéndose a Neal y Claire.

Ellos asintieron, algo avergonzados, mirándose de reojo.

Fruncí el ceño sin entender y miré a Christina para que me pusiese al tanto de la situación. Me contó brevemente que la tarde anterior en The New había sido algo tensa porque seguían sin hablarse entre ellos. No había habido ningún contratiempo, pero resultaba incómodo ver que apenas se miraban. Todo muy en la tónica general de las últimas semanas, la verdad. Solo que cuando somos cinco, resulta más fácil pasarlo por alto. Al ser cuatro, lo violento de la situación se hace más evidente.

—Ya les dije que tenían que dejarse de mierdas. Los dos. Porque es cosa de los dos. ¿Y qué si han follado? Joder, no es el fin del mundo. Los seres humanos somos animales que a veces nos guiamos por instintos. Fue una jodida noche en la que se vieron desnudos y se corrieron juntos. Fin de la historia. No era la primera vez que lo hacían con alguien, ni será la última. Tienen que pasar página si ya han hablado de que no va a volver a ocurrir.

Nos quedamos todos en silencio de nuevo sin saber qué decir. Matt tenía razón en lo que había dicho. Era exactamente lo que todos pensábamos, aunque decirlo tan a lo bruto pudiese resultar chocante.

Christina frunció los labios y asintió repetidamente, dando a entender que estaba totalmente de acuerdo con él. Claire tenía cara de querer morirse y Neal se sentía tan mal por ella, que parecía haberse olvidado de que él era la otra parte afectada del asunto. Matt estaba enfadado, sin más. Ese tema lo irritaba sobremanera y era incapaz de seguir gestionándolo con delicadeza. Y yo... Yo qué sé. La tensión que se había instalado en la mesa empezaba a asfixiarme. Estaba incómoda. No me gusta sentirme tan violenta en compañía

de mis amigos. No puedo soportarlo. Así que, como siempre me pasa cuando me siento superada por una situación, me surgió la necesidad de destensar el ambiente cambiando de tema. ¿Así que qué hice? Pues romper el hielo.

—¿Sabéis? —dije sin más, llevándome un pedazo de pollo tandoori a la boca—. Es posible que sí que me esté enamorando de Will.

Aquellos días en casa de Will se me pasaron volando, pero trajeron un montón de momentos intensos que remataron de manera definitiva todo lo que habíamos vivido en Montauk.

La primera tarde que llegué a casa antes que él fue el mismo lunes. No había vuelto a pensar en lo que les había dicho a mis amigos a la hora de la comida. Mi necesidad de desviar el foco de atención me pasó una mala jugada; seleccionó el primer pensamiento que rescató de mi subconsciente y le dio a la tecla de sonido. Y no era que estuviera en total desacuerdo con la frase, era solo que necesitaba encerrar esa idea dentro de mi mente durante unos días más para que madurase.

Decidí esperarlo acomodada en el sofá con forma de L, adelantando trabajo con el portátil en mis piernas. Cuando Will llegó un rato más tarde, cruzamos una mirada cómplice por lo surrealista de la situación: yo sentada en el sofá trabajando, esperando a que él llegase de trabajar para encontrarnos bajo el mismo techo.

—Disculpe, señorita, ¿es usted la que se está hospedando en el hotel?

Yo asentí medio riéndome, incapaz de ponerme seria.

—¿Y cómo ha conseguido habitación, si puede saberse?

—Me acuesto con el dueño —le contesté con picardía.

Soltó una carcajada, de esas sexis y masculinas que hacían vibrar la parte alta de su pecho y que hacían que yo cayera un poquito más. Se sentó a mi lado después de dejar sus cosas y me acarició el cuello con los dedos. Me besó con dulzura y con algo que identifiqué como puras ganas de sexo.

—Qué suerte tienen algunos. —Y me guiñó un ojo con la promesa de hacer uso de esa suerte más tarde.

Se sentó entre mis piernas mientras yo acababa lo que estaba haciendo, pero con él ahí no podía concentrarme, sobre todo porque parecía muy interesado en meter su mano larga por debajo de mi vestidito turquesa.

Dejamos el portátil y las gafas de Will sobre la mesa del centro, y empezamos a hacer un rato el tonto sobre el sofá, bromeando con el otro, haciéndonos reír a carcajadas e incluso haciéndonos cosquillas como si

tuviéramos quince años. Parecíamos los típicos niños que se meten el uno con el otro porque son incapaces de admitir que se gustan. Solo que en este caso el sentimiento en cuestión era algo más complejo.

—¿Sabes? Había tenido un día de mierda. Pero ha sido entrar aquí, verte con ese vestidito haciendo tus cosas en mi sofá y ya no recuerdo por qué venía tan cansado. —Le sonreí con cariño y Will acarició mi mejilla con la yema de sus dedos—. Me gusta encontrarte aquí. Pasar un rato como este contigo y... no sé. Haces que lo malo sea menos malo.

Suspiré hondamente. ¿Por qué tenía que decirme esas cosas? Que nadie me malinterprete, me encantaba escucharle decir esas cosas tan bonitas que le salían de dentro y que no parecía tener preparadas, pero cada vez que lo hacía tenía la sensación de que mi corazón era un poquito menos mío y más suyo. Y sé que suena cursi decir algo así, pero no se me ocurre otra manera de explicarlo mejor.

Si tuviera que decir qué día de esa semana se produjo el punto de inflexión definitivo, escogería el martes. Tuve un día de mierda en el trabajo. La mañana pasó lentísima y después de la hora de la comida los minutos empezaron a tener el doble de segundos. Eso, o que yo ya estaba al borde del colapso. La gente estaba espesa en general y para colmo, el aire acondicionado se había estropeado y hasta última hora de la tarde no vendrían a arreglarlo.

Cuando poco antes de las cinco de la tarde, recibí un mensaje de Will que decía *<Ya estoy en casa. Te espero en la cama>*, quise llorar. Maldito suertudo. A mí aún me quedaban horas de estar allí dentro. Le contesté el mensaje todo lo rápidamente que pude para seguir con mis emocionantes tareas pendientes.

*<Te odio. Yo estoy atrapada en el infierno. Si te importo aunque sea un poquito, podrías llamar a mi oficina y fingir que tienes la fiebre amarilla o algo que me sirva de excusa para salir de aquí.>*

Volví a dejar el móvil en el cajón y me dirigí a la mesa de un compañero para pedirle prestados los archivadores de la contabilidad del mes pasado para cotejar unos datos.

Justo cuando los estaba cogiendo, Valery, la secretaria del jefe que estaba ayudando esos días con unos temas de la campaña, me dio un par de golpecitos en la espalda.

—Olivia, te llaman —dijo, señalando al teléfono que descansaba en su

mesa.

—¿Al teléfono central? —pregunté extrañada. Yo ya tenía asignada una extensión perteneciente a mi sección y rara vez sonaba buscándome a mí. No entendía quién querría contactar conmigo a través de la centralita—. ¿Quién es?

—Es tu novio. Dice que es urgente.

—¿Mi...? —Se me descolgó la mandíbula a causa de la sorpresa. ¿Cómo?

Valery empezó a andar haciendo sonar sus tacones durante el trayecto de vuelta a su mesa, dando por hecho que la seguiría. Eché a andar rápidamente, mientras veía sus rizos pelirrojos perfectamente peinados sobre sus hombros moverse al ritmo de su cuerpo.

Valery me tendió un típico teléfono blanco de oficina y enarcó una ceja, dejando claro que iba a quedarse delante durante mi conversación.

—¿Diga? —contesté algo temblorosa.

—Olivia, menos mal que te localizo —dijo Will, con un tono excesivamente dramático que enseguida me di cuenta que era falso—. No tengo la fiebre amarilla, pero pensé que debías saber que hay un hombre desnudo en tu cama pensando en ti.

—¿En Brooklyn? —pregunté con un tono de voz que hizo que Valery me mirara extrañada.

—No, en tu cama de Manhattan —contestó muy serio. Mi cama de Manhattan... no hay palabras que describan la calidez que se extendió por mi pecho cuando dijo eso—. Creo que deberías venir, parece que tiene ganas de verte y no sabe si podrá aguantarse...

Tuve que echar mano de todo mi autocontrol para que no me diera la risa. Sí que se había tomado en serio aquello de sacarme del trabajo. Este Will... siempre encontraba alguna manera de sorprenderme y dejarme sin palabras.

Aproveché que Valery no me quitaba el ojo de encima para adoptar una expresión de seriedad absoluta y teñir mis palabras de preocupación.

—Pero Will, no puedo ir ahora. Aún me queda mucho trabajo. ¿No puedes solucionarlo sin mí?

—Eso no es ni la mitad de divertido, cariño. —Le escuché sonreír, y tuve que esforzarme al máximo para contener mi propia sonrisa—. Bueno, ha valido la pena intentarlo. Y valdrá la pena esperarte.

—Gracias por avisarme —seguí diciendo con la voz falsamente afectada—. Si la cosa se pone fea de verdad, avísame, por favor. Me dejas muy intranquila con esto que me estás contando. Te veo luego.

Colgué el teléfono lentamente. Cerré los ojos con fuerza y me llevé una mano a la frente de forma bastante teatral.

—Olivia, si tienes problemas puedes irte, no pasa nada. Nosotros nos encargamos.

Miré a Valery con los ojos como platos. ¿Estaba oyendo bien? ¿La mano derecha del jefe me estaba dando permiso para irme a casa? La pobre chica tenía fama de arpía en la oficina pero conmigo siempre había sido muy amable, aunque de vez en cuando se le veía ese ramalazo que sacaba cuando quería marcar las distancias.

—¿Seguro? —Ella asintió con comprensión y sentí una fugaz punzada de culpa. Muy fugaz—. Hay un problema con mi edificio, se han roto las cañerías y nos quedamos sin luz ni agua durante una semana.

Técnicamente no estaba mintiendo.

—Ve, tranquila —me aseguró con una sonrisa cordial—. No queda tanto trabajo, yo haré tu parte si hace falta. Y si no se acaba, mañana puedes hacerlo con calma. Ve a encargarte del problema.

Le di las gracias un millón de veces y corrí a mi mesa a por mis cosas. Nunca se me habría ocurrido hacer algo así, pero, primero, yo no había hecho nada de forma activa, y segundo, mi jefe me hacía daño constantemente ninguneándome con mis aspiraciones creativas. Solo por eso, merecía ir corriendo a meterme en mi cama de Manhattan con mi hombre desnudo.

Lo primero que escuché al abrir la puerta de la casa, fueron las carcajadas de Will procedentes de su habitación.

—¿Ha funcionado? —preguntó a gritos.

Mis propias carcajadas fueron la respuesta. Dejé mis cosas a toda prisa encima de la mesa del comedor y corrí, literalmente, hacia la habitación.

—Dios, ¡no puedo creerme que hayas hecho eso! —dije deshaciéndome de mis sandalias y subiendo a la cama de un salto, hasta enroscarme en su cuello—. Te comería entero.

Su risa hizo vibrar mi cabeza, que en ese momento estaba ocupada besando sus clavículas. Will dejó el iPad a un lado para poder rodearme con sus brazos.

—Dijiste que si me importabas un poquito, y ya ves... No creo que sea un secreto que me importas bastante más que eso. —Me besó con cuidado de que sus gafas de vista no chocaran conmigo—. Además, no he mentado. Estaba en la cama y tenía muchas ganas de verte.

Pasé los dedos por los mechones destartados de su pelo y le dije con

picardía:

—Pero no estás desnudo del todo.

—Dame cinco minutos que acabe esto y le ponemos solución.

Me tumbé sonriente en el que ya era mi lado de la cama y me posicioné de lado, con la cabeza en la almohada. Will estaba apoyado en el cabecero, con una pierna extendida y la otra flexionada, sirviendo de soporte para el iPad. Como única prenda de ropa, llevaba unos bóxer grises.

Me quedé absorta observándolo. Me gustaba mirarlo, no solo mientras estábamos hablando o haciendo algo, sino como actividad en sí misma. Me gustaba esa forma tan inconsciente en la que se ajustaba las gafas o se pasaba los dedos por la mandíbula, raspando su barba con ellos. También la cara de concentración que ponía al leer sobre la pantalla y el movimiento de sus dedos sobre el cristal para teclear o darle al enter. Me gustaba hasta verlo pestañear, así de pillada estaba.

Seguí mirándolo durante un rato sin pronunciar ni una sola palabra. Creo que nunca había mirado así a nadie antes. Como si no pudiera evitarlo, como si nada en el mundo pudiera conseguir que apartara mi mirada. Creo que fue ahí cuando de verdad me di cuenta de que sí que estaba enamorada de él. Así, con todas las letras. Lo que sentía por Will era amor. Profundo, real, sincero. ¿Era acaso posible que no lo tuviera claro todavía?

Yo, que siempre había encontrado un pero en todo chico que se me acercaba, había dado con la horma de mi zapato. Me había enamorado. Quería a Will. Me veía estando con él durante mucho, mucho tiempo.

Cerré la boca con fuerza cuando me di cuenta de que llevaba un rato abierta. No solo era raro haber desarrollado sentimientos tan profundos por alguien, es que solo hacía dos meses que nos conocíamos. ¿Me había vuelto loca? ¿Estaba abducida por tanto sexo? ¿Era su forma de ser lo que me tenía trastornada? ¿O todo lo que habíamos vivido en Montauk había ayudado a materializar lo que teníamos en algo real, incluidos mis sentimientos por él?

A mi lado, Will sonrió con ternura y yo me percaté de me había pillado ensimismada.

—¿En qué piensas, Olivia? Llevas mucho rato callada. —No apuntó a la evidencia de que lo miraba con cara de tonta.

—No, en nada, que me parece increíble lo que has hecho hoy.

Lógicamente no me creyó. Soy pésima mintiendo.

—No me intentes engañar. Quiero saber qué es eso que es capaz de dejarte sin palabras.

«Ay... si tú supieras...». Pero no se lo iba a decir, claro. No quería asustarlo. La conversación que mantuvimos el viernes pasado había hecho mella en mí, y aún estaba demasiado reciente. ¿Cómo iba a decirle solo cuatro días después que ya sabía por qué estaba así, que aquello que sentía era amor? Me tendría que volver a mi casa corriendo, sin luz ni agua.

Sonreí para mis adentros. Qué irónico. Media vida preocupada por si no era capaz de enamorarme de verdad y de repente me veía en la obligación de ocultarlo cuando por fin me pasaba.

Tenía que distraerle como fuese. No podía decírselo. Además, ¿y si él no sentía lo mismo? Me moriría. Objetivamente aún era muy pronto para que las cosas se pusieran tan serias, y más con alguien como él a quien este tipo de intimidad le producía tanto respeto. Tenía que darle más tiempo.

Tracé un plan de distracción y sonreí con picardía.

—Estaba pensando en lo que dijiste el otro día sobre hacerlo al aire libre.

Me miró riendo pero ceñudo, y yo gateé hasta ponerme entre sus piernas mientras su mirada se oscurecía. Le quité las gafas, dejándolas en la mesita de noche de su lado. Sin dejar de mirarle, le di un mordisco en el cuello y él subió sus manos lentamente hasta acariciar mi trasero por debajo de la falda del vestido.

—¿Y qué pensabas, exactamente?

Empecé a descender, besando su clavícula, su garganta, su pecho. Lo escuché coger aire con fuerza mientras mi camino descendía.

—Que la próxima vez que vayamos a Montauk deberíamos hacer una visita nocturna a la playa.

Cuando llegué al final del recorrido, su miembro estaba duro completamente. Bajé sus calzoncillos y sin más ceremonia, lo llevé hasta mi boca.

«Muy bien, Olivia. Qué lista eres. Sexo oral como sustituto de una ferviente declaración de amor. Nada como mantener la boca ocupada para no decir cosas indebidas, ¿no?».

Seguí dedicándome a ello, arrancándole gemidos y algunas palabras subidas de tono.

—Para, cariño... —dijo de repente—. Necesito estar dentro de ti. Necesito correrme contigo.

Dios. Qué caliente me ponía que me dijera esas cosas. Y no es que yo quisiera leer entre líneas, pero en esos momentos él parecía estar tan perdido en nosotros como lo estaba yo.

Will tiró de mí hasta dejarme sentada a horcajadas sobre él. Metió las manos por debajo de mi ropa, acariciando mi piel y haciendo que me estremeciera con sus caricias. Me dio un beso en los labios, hundiendo demandante su lengua en mi boca. Acto seguido me despojó de mi vestido y del sujetador, dejando mi cuerpo desnudo ante sus ojos.

—Nunca en mi vida he visto nada tan bonito como tú.

Sus manos recorrían mi vientre, mis caderas y mis muslos. Sus palabras me hacían temblar. Estaba por todas partes. Y yo me estremecía, alcanzando niveles de excitación muy altos en un tiempo récord. Will lentamente empezó a besar mi cuello, mi clavícula, lamió mis pechos con delicadeza y fuerza al mismo tiempo (que nadie me pregunte cómo, pero juro que así era). Después me quitó las braguitas. Cogió su pene entre sus dedos y acarició mi clítoris con la punta, ejerciendo la presión adecuada. Me removí encima de su cuerpo. Él sonrió con malicia y se dirigió a mi entrada, que lo esperaba con impaciencia.

—Joder, siempre. —Se mordió el labio inferior, como si estuviera haciendo un esfuerzo sobrehumano por contenerse.

Sin más dilación, se metió dentro de mí. Yo estaba muy húmeda y entró enseguida, arrancándome un gemido sordo del fondo de mi garganta. Me acomodé con mis piernas a ambos lados de su cintura y empecé a moverme sobre él, tratando de sentirlo tan cerca como me fuera posible. Gemí bajito en su oído.

Santa madre de Dios, cómo me gustaba sentirlo sin nada entre nosotros. No pude permanecer callada.

—Vas a matarme.

—Eso es lo que quiero —dijo intensamente mirándome a los ojos—. Que muramos el uno en el otro.

Por Dios... Esas palabras, dichas de esa manera, se me clavaron tan hondo que no creo que vayan a salir jamás.

Entonces me besó. Y yo le besé. Y le besé con amor, porque eso era lo que sentía y lo que me removían sus palabras y sus caricias. Y habría jurado que él me estaba besando de la misma manera.

## ¿La mejor semana de nuestras vidas?

Me había despertado un grito en la calle unos minutos antes y no había sido capaz de volver a conciliar el sueño. Extendí el brazo que tenía por encima de Olivia y miré la hora en el móvil. Aún eran las cuatro de la mañana. La habitación estaba a oscuras, pero por la rendija de la ventana se filtraba la luz de la luna y de las farolas que alumbraban las calles.

Olivia estaba acostada de lado, mirando hacia mí. Con una mano debajo de la almohada y la otra descansando en mi pecho. Veía cómo cogía aire y lo soltaba lentamente, moviendo el pelo que se había extendido sobre su rostro. Aparté ese mechón rebelde de su cara y se lo coloqué con sumo cuidado detrás de la oreja. A continuación deshice el trayecto de mi mano para acariciar su mejilla.

La observé dormir durante un rato. Conté cada lunar, cada peca. Estudié la forma de sus cejas, de su boca y de su nariz. Con las facciones relajadas parecía mucho más joven. Era tan increíblemente guapa que me costaba creer que fuera real que fuera para mí. Pero todo parecía apuntar a que de momento lo era; que éramos el uno para el otro, porque yo ya no podía negar que me sentía suyo.

Estaba siendo una semana... interesante. Tenerla en mi casa durante tantos días seguidos había servido para afianzar todo lo que habíamos encontrado en Montauk. Desde la nueva dimensión que había adquirido el sexo entre nosotros hasta esa nueva forma de tratarnos, en la que hablábamos de lo que sentíamos con menos reparo que antes. Yo sentía que las pocas defensas que me quedaban se estaban derribando como lo haría un castillo de naipes en un día de viento. La parte de mí que quería dejarse llevar estaba pletórica al sentir que Olivia me correspondía, e iba arrinconando contra la pared a la otra parte, aquella en la que habitaban mis dudas y mis miedos.

Los últimos días habían dejado a su paso una nueva colección de momentos que participaban como recordatorios de las mil y una razones por las que estaba loco por Olivia. Como por ejemplo, esa misma tarde. Había llegado pronto a casa y como sabía que ella aún tardaría en llegar, decidí preparar la cena. Dispuse la mesa del salón para que cenáramos allí: puse un mantel de lino blanco que me había comprado mi madre y que nunca usaba, saqué las servilletas de tela, la cubertería buena y metí una botella de vino

blanco a enfriar. Cociné pollo a la marinera, que era lo que comíamos en casa los domingos cuando éramos cinco, y de fondo puse un viejo CD de Pearl Jam.

Cuando Olivia llegó, me encontró con un delantal puesto delante del fuego y el comedor iluminado de forma diferente. Miró con los ojos abiertos de par en par todo lo que había preparado, y tardó el tiempo que estuvo pasando la llave en procesar que estaba cocinando para ella.

—¿Qué es todo este despliegue, William?

—He llegado pronto y tenía ganas de cocinar. —Me callé que era la última noche que ella iba a estar en mi casa después de esos días de convivencia exprés, y que me apetecía hacer algo especial que recordara cuando estuviéramos separados.

Dejó su bolso en la mesa del comedor. Yo apagué el horno y el fuego y tapé la sartén que contenía la guarnición para que el calor se mantuviera. Olivia se acercó hasta quedar a mi lado e inclinó la cabeza sobre los fogones.

—Qué bien huele eso. ¿Lo has cocinado tú de verdad?

Asentí antes de darle un beso en los labios. Ella me apartó un mechón de pelo que me caía hacia los ojos y me sonrió con picardía.

—¿Intentas impresionarme?

Me reí.

—Eso depende. ¿Lo consigo? —pregunté al tiempo que me desabrochaba el delantal y me lo sacaba por la cabeza.

—Sin duda.

—Entonces no lo intento, lo hago. —Dejé el delantal en el cajón y rodeé su cintura con mis brazos.

—Bueno, ya sabes lo que dicen. Hazlo o no lo hagas, pero no lo intentes.

Mi sonrisa se ensanchó. ¿Estaba Olivia citando al Maestro Yoda?

—¿Te gusta *La Guerra de las Galaxias*?

—Gustarme... Sí, supongo que sí. Cuando éramos pequeños, a Aiden le dio por poner la trilogía en bucle un verano entero. Me convertí en fan a la fuerza. —Sonreímos los dos. ¿Cómo era posible que no lo hubiéramos hablado? Olivia puso los ojos en blanco y con fingido fastidio añadió—: Vale, puede que haya llegado el momento de confesarte que fui a ver *La amenaza fantasma* el día del estreno al cine con él y sus amigos y que todos fuimos disfrazados.

—¿Disfrazados de qué? —Contuve la risa.

—No quieras saberlo. Quiero que sigas viéndome como una mujer deseable.

—Te desearía de cualquier manera.

—¿Incluso cubierta de pelo? —preguntó, encogiéndose de hombros y componiendo una risita adorable.

—Incluso entonces —admití—. Un momento, ¿eso quiere decir que...?

—No quieras saberlo todo, William —me interrumpió guiñándome un ojo, como hacía yo con ella tantas veces, y se zafó de mis brazos para dirigirse a la habitación.

Sonreí enigmáticamente desde mi sitio y me prohibí a mí mismo decirle que eso era imposible. Que para mí no había mayor misterio en el mundo que ella y que no pararía hasta conocerla de verdad.

Terminé de servir la cena mientras se cambiaba. Siguiendo la línea de *dresscode* marcada por mí, apareció de nuevo en el salón vestida con el pijama. Sonreí al ver el contraste de la preparación de la mesa con el de nuestra indumentaria. No podía ser más perfecto.

Cenamos sentados uno al lado del otro, para tenernos más a mano. Me preguntó por qué se me daba tan bien la cocina. Valoré contarle cualquier tontería, pero finalmente no quise hacerlo. Rara vez hablaba con ella del divorcio de mis padres, porque era un tema que no me gustaba tratar. Siempre me había esforzado en normalizarlo, e incluso con ella había omitido la crudeza de la marcha de mi madre y lo que supuso para mí. Sabía lo justo. Nunca le había explicado cómo dejó la casa ni en qué condiciones quedamos mi padre y yo. Nunca le había contado que estuve meses sin hablar con mi madre, ni tampoco quise hacerlo aquella noche.

—Cuando mis padres se separaron yo me quedé a vivir con mi padre, como sabes. A él no se le daba muy bien esto de la cocina y me tocó aprender para comer algo más que pizza y congelados —fue todo cuanto le dije.

Una vez más, obvié el hecho de que mi padre pasó bastante tiempo en un estado depresivo que le impidió ir a trabajar y hacerse cargo de la casa. Tuve que aprender a cocinar y a apañarme con las tareas domésticas porque alguien debía ocuparse tanto de él como de mí mismo. Era una experiencia que me había marcado y por muy bien que estuviera con Olivia, seguía sin sentirme preparado para compartir esa parte tan vulnerable de mí con nadie.

Olivia hizo gala de ese aire perceptivo suyo y se dio cuenta de que estábamos en medio de una conversación que no me hacía sentir cómodo. Sonrió y cambió de tema. Inició un monólogo sobre cosas distintas, como sus planes para ese fin de semana en Nueva Jersey y de que se había convertido en la comidilla de la oficina tras mi llamada de hace un par de días, gracias a la

cual sus compañeros pensaban que estaba, como mínimo, desahuciada.

No aparté mi mirada de ella en todo el rato. Estaba tan guapa con el pijama y comiendo con la cubertería de plata, haciéndome reír como solo ella puede hacerlo, tocándome dulcemente de vez en cuando y, sobre todo, tirando de mí para sacarme de ese rincón penumbroso de mi mente donde yo guardaba el tema del divorcio de mis padres.

Ella lo sabía. Sabía cuándo estaba incómodo y cómo volver a hacerme sentir bien. Recordé aquella noche que la llevé a cenar al Da Pietro, cuando sus comentarios acerca de la búsqueda de esa sensación de querer y ser querido me dejaron KO durante unos minutos. ¿Se daría cuenta entonces de lo incómodo que me hacían sentir determinados temas? Ahí no la había besado todavía y ella ya se había asomado a mi interior.

Seguí escuchándola, embebiéndome del sonido de su voz y de la manera que tenía de moverse cuando hablaba.

—Tengo pensado coger el tren de la una. Con el tema de las cañerías no me ha costado que me dieran la tarde libre.

Al día siguiente se iba a Nueva Jersey. No iba a verla hasta el domingo y la idea me gustaba tan poco que ni siquiera le encontraba sentido. Al fin y al cabo, técnicamente solo estaríamos separados un día.

En el fondo sabía que lo que me molestaba de verdad era saber que cuando volviese, regresaría de nuevo a su piso. Ya no estaría aquí, conmigo. Y eso me producía una inexplicable sensación de vacío. Había disfrutado al máximo el tiempo que habíamos compartido a lo largo de esos días. Llegar a casa y encontrarla allí, o llegar y saber que en pocos minutos ella entraría por la puerta. Hacer la cena, ducharnos juntos, preparar las cosas del día siguiente, ver la tele, meternos en la cama a la vez y hablar, besarnos, tocarnos o follar hasta dormirnos en brazos del otro; día tras día. Era una jodida pasada.

Agité la cabeza en la penumbra para volver al aquí y al ahora. En mi cama, con mi chica durmiendo plácidamente a mi lado. Traté de adaptar la vista a la oscuridad de nuevo y continué mirándola, sonriendo. Luché contra mí mismo para contener las ganas que tenía de besarla, pero acabé fracasando. Acerqué mis labios a los suyos y la besé dulcemente durante unos segundos. Cuando me separé y abrí los ojos, vi cómo ella sonreía en sueños y me buscaba, pegándose más a mí.

Aquel gesto me incendió el corazón. La calidez que se extendió por todo mi pecho como reacción a esa dulzura suya activó algo en mí. De nuevo sentí esa sensación de ansiedad que me dejaba sin aire en mis pulmones. Moví la

cabeza, con el fin de deshacerme de esos pensamientos que me aturullaban y que confundían a mi cerebro y a mi cuerpo. Me desviví por intentar ignorar todas las señales que parecían apuntar a la misma idea. Pero al mismo tiempo me sentí incapaz de hacerlo, pues esa sensación de asfixia que me atenazaba las costillas hablaba por sí sola.

Parpadeé en la oscuridad de nuevo, algo confuso, al darme cuenta de que jamás podría volver a ser el mismo hombre que había sido. Todos mis esquemas sobre quién era yo y qué esperaba de la vida habían evolucionado. Fue entonces cuando decidí dejar de engañarme. Claro que estaba enamorando de ella. Joder. Era la mujer más increíble que había conocido jamás. La necesitaba. Quería estar con ella. Pasar cada noche así, juntos, abrazados; desvelarme en plena madrugada y encontrar paz mirándola embelesado.

Pero, joder... ¿Qué sabía yo de aquello? ¿Sabría querer a alguien? ¿Sentiría ella lo mismo? Teníamos algo tan especial... Había magia entre los dos. No me lo estaba imaginando. ¿Era buena idea hablarlo o era aún muy pronto? ¿Encontraría el valor para hacerlo?

Todo eso era muy nuevo para mí. Ese sentimiento que llenaba cada centímetro de mi ser era lo más increíble que había sentido en mi vida. Pero de la misma forma que me llenaba, podía conseguir vaciarme por completo. Y era algo sobre lo que necesitaba pensar a fondo.

Suspiré. Por suerte o por desgracia, ella se iba a Nueva Jersey para pasar el fin de semana. Tendría espacio para mí mismo. Para pensar bien en todo aquello. La verdad era que con Olivia cerca me costaba pensar con claridad. Y aunque no me gustaba la idea de no verla en dos días, sobre todo después de haber pasado con ella tantas noches seguidas, tomar distancia podría irme bien. Cuando estábamos juntos, ella era lo único en lo que yo podía pensar.

Tenía que tranquilizarme y volver a dormirme, no iba a solucionar aquello en ese momento.

Exhalé lentamente y me re Coloqué en la cama, abrazándola contra mi cuerpo. Cerré los ojos y volví a dejarme envolver por la tranquilidad que me daba, totalmente ajeno al hecho de que aquella sería la última vez que al abrazarla me sentiría así.

A la mañana siguiente Olivia se despertó antes que yo para meter lo que le faltaba en aquella destartalada maleta que iba a llevarse a Nueva Jersey. Normalmente yo me iba antes que ella, así que no había tenido la oportunidad de ver cómo se arreglaba para irse a trabajar.

Escuché cómo se metía en el baño nada más salir de la habitación, sin hacer ruido porque no sabía que yo estaba despierto. Sentí el sonido del agua cuando se metió en la ducha y al poco rato salió con la toalla para coger su ropa. Me dieron ganas de decirle que no necesitaba arreglarse en absoluto, que era perfecta al natural. Pero me hubiera tomado por loco.

Salí de la habitación un par de minutos después para ir preparando el café. De camino a la cocina pasé por el baño, que tenía la puerta entreabierta. Olivia estaba concentrada en su imagen en el espejo, aplicándose rímel en las pestañas. Ella ni siquiera se percató de mi presencia, y yo no quise que supiera que la observaba. Sonreí para mis adentros y retomé mis pasos hasta la cocina para esperarla allí.

Desayunamos los dos codo con codo. Yo tranquilamente, porque ese día entraba un poco más tarde, y ella con bastante prisa.

Tras terminarse la taza de café y lavarse los dientes, Olivia arrastró su maleta hasta el salón. Comentó que se llevaría la maleta al trabajo para ir directamente a la estación en terminar. Metió un par de cosas suyas que había por allí dentro del bolso y vino hasta donde estaba yo sentado en la barra de la cocina leyendo el periódico en el iPad. Me quité las gafas de vista y las dejé a un lado para poder abrazarla y darle un beso de despedida.

—Nos vemos el domingo —dijo, y me pareció que a ella también le costaba separarse de mí.

—Iré a recogerte a la estación.

Sonrió complacida y volvió a besarme. Se separó lentamente y puso cara de haber recordado algo. Caminó unos pasos hasta la mesa del salón. Cogió su copia de las llaves de mi casa y volvió a acercarse a mí, haciendo que el salón se inundara con el tintineo metalizado que salía de sus dedos.

—Te devuelvo la llave del hotel. He disfrutado mucho mi estancia aquí.

Sonreí por dentro. Olivia, siempre tan comedida para estos detalles a pesar de su espontaneidad. La observé atentamente y algo en sus ojos me dijo que aquello era una especie de desafío, aunque no sabía muy bien por qué. Dirigí la mirada al llavero con forma de taxi enganchado en su dedo índice, y pensé que ahí era donde tenía que estar. Ya no podría mirar ese juego de llaves sin acordarme de que su primera y única propietaria había sido ella.

—Quédatelas. Son tuyas. —Cerré sus dedos con los míos alrededor del llavero y besé sus nudillos.

Sus preciosos ojos color miel se iluminaron, haciendo que mi sonrisa se estremeciera. Aleteó varias veces las pestañas que minutos antes yo había

observado cómo maquillaba. Todo me parecía tan íntimo entre nosotros, que supe que era la única acción correcta.

—Ahora podrás entrar y salir del hotel siempre que quieras. Es una de las muchas ventajas de acostarse con el dueño.

Olivia contestó a aquella broma con una de esas carcajadas que tanto adoraba, de las que hacían vibrar las aletas de su nariz. Mi favorita del catálogo de las mil maneras que tenía de reírse.

La expresión ardiente de su mirada cuando volvió a fijarla en mí me dijo que había pasado aquella prueba, fuese cual fuese. Y que eso la había hecho un poco más feliz.

No dijo nada sobre que acabara de darle la llave de mi piso, pero tampoco esperaba que lo hiciese. Rara vez contestaba con palabras a mis declaraciones encubiertas, lo cual decía mucho viniendo de alguien tan expresivo como ella.

Se acomodó entre mis piernas y me abrazó fuertemente por la cintura, pegando su cara en mi pecho y depositando pequeños besos que traspasaron la fina tela de mi camiseta.

—Voy a echarle de menos, William.

\*\*\*

—¿Qué tal te va la vida, Hannigan?

Me encontraba en un restaurante ubicado en el barrio de Chelsea, en plena comida de negocios con George. Hacía días que habíamos programado ese encuentro para hacer una consulta sobre un tema legal que nos traía de cabeza en las últimas semanas. Yo, como una de las personas a cargo del proyecto en cuestión, era el responsable de reunirme con él.

—No me puedo quejar —dije sonriendo—. ¿Qué tal tú?

Estuvimos hablando brevemente de cosas sin importancia y enseguida pasamos a hablar de trabajo. Más o menos iba quedando todo claro, pero había algunos puntos del contrato que cesaba los servicios de una de nuestras subcontratas que necesitábamos aclarar cuanto antes. Estábamos comentando por encima las reservas de la empresa, cuando mi móvil vibró sobre el mantel color marfil. Vi que se trataba de Olivia y me disculpé para abrir el mensaje.

Era una foto del interior del tren, para decirme que ya iba rumbo a Nueva Jersey y que el aire acondicionado en el vagón imitaba la temperatura media de Groenlandia. Me decía que disfrutara de los días de vacaciones de ella y mandaba saludos para George.

Sonreí, tecleé una respuesta rápida y volví a dejar el móvil bloqueado sobre el mantel.

Cuando le trasladé a mi compañero de mesa el mensaje de Olivia, no pudo contener su sorpresa. Las cejas casi se juntaron con el nacimiento de su pelo.

—¿Seguís viéndoos? —Yo asentí—. Vaya, vaya... No tenía ni idea. ¿Y vais en serio o...?

—Vamos en serio —contesté de inmediato, lo cual hizo que su mueca de sorpresa fuera aún más pronunciada.

No sé qué era lo que más le sorprendía, si verme comprometido con alguien o que ese alguien fuera su amiga de la infancia.

—Con alguien como ella solo tiene sentido que las cosas sean de este modo —añadí.

—Ya veo. —Sonrió mientras pinchaba un trozo de lechuga con el tenedor plateado—. Quién lo iba a decir. Sé a lo que te refieres, Olivia es...

—Es increíble.

—Te gusta de verdad, ¿eh? —Alzó la vista y fijó sus ojos en los míos. Su sonrisa se volvió más ancha y sincera.

Gustarme... Gustarme me había gustado a primer golpe de vista. Me gustaba de verdad desde que la vi pegada al queso de la primera hamburguesa que comimos juntos. Hacía unas horas que había admitido en mi interior que estaba enamorado de ella. Y por si me quedaba alguna duda, darme cuenta de que el verbo «gustar» no cubría ni el diez por ciento de mis sentimientos, era la prueba definitiva.

—Así es —acompañé mis palabras de un asentimiento rotundo, y me llevé la copa a los labios.

—Más te vale, chaval —dijo, medio en broma, medio en serio, apuntando hacia mí con el tenedor—. Chicas como Liv hay muy pocas y suelen estar rodeadas de gente que mataría con sus propias manos al desgraciado que les haga daño.

Acto seguido soltó una carcajada para disfrazar de broma esa poco sutil amenaza. Le sonreí, más por educación que por otra cosa, y desvié el tema de nuevo hacia la reunión que nos ocupaba.

Después de la comida con George, decidí volver andando al trabajo. Tendría que andar cerca de media hora, pero necesitaba despejarme. La comida había sido cerca del trabajo de Olivia, en el mismo restaurante en el que la vi por primera vez aquel lunes de julio.

Mientras caminaba por las calles de Chelsea, recordé todas las veces que durante ese tiempo las había recorrido con ella a mi lado. Pasé por la puerta del Da Pietro, donde la llevé a cenar para agradecerle que me hubiera ayudado con el regalo de mi madre. Por supuesto, eso solo fue una excusa. La llevé a cenar porque me moría de ganas de volver a verla. Se metió dentro de mí tan deprisa que, viéndolo todo con perspectiva, puede que ya la amara cuando la besé por primera vez, aunque aún no lo supiera.

Agosto terminaba al día siguiente. Habíamos pasado juntos el verano entero. Aunque mucho me temía que cuando se trataba de ella todo tiempo era insuficiente. Yo siempre quería más.

Paseando por aquellas calles donde se esbozó el inicio de nuestra historia, decidí que debía mostrárselo. Me daba miedo decir demasiado, pero a través de hechos Olivia podría leer lo que sentía por ella. Entonces se me ocurrió una idea. Desanduve mis pasos hasta encontrar la puerta del lugar que buscaba. Me detuve y sonreí mientras observaba a través de la reluciente cristalera, hasta que alguien vino a abrirme y pasé al interior del establecimiento.

Llegué a la oficina un rato más tarde y me puse a trabajar. Al cabo de una hora, mi jefe me llamó a su despacho. No era algo inusual porque casi a diario yo me reunía con él para ponernos al día de las novedades o tratar los temas que nos ocupaban, así que no le di importancia. Crucé el umbral de aquella puerta enorme de nogal y tomé asiento frente a él. Cuando reparé en su expresión, enseguida percibí que algo no iba bien, pero tampoco esperaba la conversación que vendría a continuación.

Esa tarde, en ese despacho, mi vida dio un giro de ciento ochenta grados que cambiaría mi vida y la de Olivia para siempre.

## ¿Qué hay aquí que antes no estaba?

El viaje de vuelta a Nueva York me proporcionó unos últimos minutos para pensar en soledad antes de volver a la realidad. De fondo solo se escuchaba el murmullo apagado de la gente de mi alrededor y el inconfundible sonido del tren deslizándose sobre las vías. Me encontraba en un vagón PATH, la línea de ferrocarriles subterráneos que une Nueva Jersey con Nueva York y que me llevaba de vuelta a Manhattan. A Will.

Había sido un buen fin de semana. Hacía muchos meses que no veía a Aiden, y muchos más meses que no teníamos tiempo para estar solos y para compartir con nuestros padres. Durante esos días demasiado cortos pude hacer todas las cosas que me gustaba hacer en casa y que eran lo que más extrañaba en mi vida en Nueva York: disfrutar de mi madre poniéndonos al día de todo y mimándonos mientras se quejaba de que ya éramos demasiado mayores como para que nos mimara; comer en nuestro restaurante favorito y que mi padre hablara sin parar con el camarero, dejando bien claro de dónde había heredado yo mi lengua sin filtro; ver las estrellas desde el porche trasero de casa con Aiden, contándonos todo con una cerveza en la mano; visitar a mis tíos y a mis primos, que crecían como si fueran plantas que se riegan por las noches; ver de nuevo películas que habíamos visto un millón de veces. Esas cosas. Planes simples, pero que me procuran esa paz que necesito sentir de vez en cuando y que constituyen la vía para conectar con mi lugar seguro.

A pesar de lo entrañable de esos dos días, no había podido sacar de mi cabeza a Will ni un solo instante. Por primera vez estando en mi casa, de vez en cuando me invadía la nostalgia. Lo eché tanto de menos que llegué a pensar que sufría algún tipo de obsesión, porque fueron muy pocas horas separados y lo había tenido para mí solita durante muchos días seguidos.

Como no podía ser de otra manera, mi hermano captó al vuelo que había algo diferente en mí al poco tiempo de reencontrarnos. Abordó el tema directamente el sábado a la hora del desayuno, mientras devorábamos unos gofres sentados en la isla de la cocina.

Aiden sabía que me había estado viendo con alguien, pero no sabía mucho más. Aproveché que mis padres habían salido a hacer la compra para relatarle mi historia con Will, de principio a fin y con todos los detalles que son aptos para contar a tu hermano mayor.

Mi hermano me escuchó sosteniendo una taza de café en sus manos y con sus ojos color miel idénticos a los míos ligeramente abiertos. Él ya estaba acostumbrado a escucharme a hablar de la manera en que lo hago, pero aquella vez me sorprendió acechándome con preguntas cada dos por tres. Como si quisiera averiguarlo todo, no solo acerca de lo que teníamos Will y yo, sino de lo que había sentido a cada paso del camino.

Fue una conversación que me sirvió para poner orden en el caos que habitaba en mi cabeza; no sé si por haber desplegado cronológicamente todo lo acontecido en los últimos meses o porque hablar de ese tema en mi casa lo había hecho más real. Había traído conmigo a aquella parte de Olivia que había despertado con la llegada de Will y había logrado integrarla con la Olivia que está en casa, cerrando así el círculo y fusionándolo todo en un yo absoluto.

Di vueltas a esa idea en concreto a lo largo del trayecto en tren, y solo volví al presente cuando por megafonía se anunció que la próxima parada era la de la Calle 33, en la que debía bajarme.

Absurdamente, me puse nerviosa cuando vi que la gente a mi alrededor se ponía en pie, preparándose para salir. Noté un millón de burbujas subiéndome por el esófago y me entraron unas irrefrenables ganas de hacer pis.

Antes de abandonar mi asiento, puse la autocámara del móvil para mirarme y asegurarme de que no me había despeinado en los últimos catorce minutos, desde que salí de la estación de Hoboken. Cuando se detuvo el tren por fin, cogí mi equipaje y salí del viejo vagón.

Subí las escaleritas agarrando bien fuerte mi maleta, como si fuera mi bastón y yo estuviera tratando por todos los medios de no caerme empujada por la cantidad de gente que había en la estación. Se notaba que estábamos en el último fin de semana del verano y que media ciudad estaba regresando tras sus vacaciones.

Cuando conseguí salir a la planta cero, me puse a dar pasos por allí nerviosa. No veía a Will por ninguna parte. Pensé que estaría oculto entre las decenas de personas que ocupaban la estación. No habíamos hablado desde esa mañana, pero habíamos quedado en que estaría aquí para esperarme a la hora de llegada. Sabía que no se había olvidado.

Empecé a dar vueltas sin sentido, trazando una circunferencia con mis pasos, hasta que a los pocos segundos noté unos dedos golpeando suavemente en mi hombro derecho.

Me di la vuelta bruscamente y mis ojos se quedaron atrapados en la

imagen que se irguió delante.

—Disculpe, señorita, ¿busca a alguien?

Ahí estaba él. Con el pelo estratégicamente despeinado, una sombra que no llegaba a ser barba cubriendo su mandíbula y sus ojos brillantes mirándome solo a mí, como si no hubiera nadie más en la estación.

Algo estranguló mi garganta cuando me sonrió. Solté los dedos de alrededor del tirador de la maleta y avancé dos pasos, hasta situarme a escasos centímetros de él. Rodeé su cuerpo con mis brazos con toda la fuerza que pude y hundí mi cara en el refugio que para mí era su pecho.

Will me devolvió el abrazo y percibí su sonrisa junto a mi pelo. Sabía que lo había echado de menos, pero no fui consciente de la verdadera intensidad hasta que no apreté mi cuerpo contra el suyo.

Noté sus labios besar repetidamente mi cabeza antes de coger mi cara entre sus largos dedos, para intentar verme mejor.

—Parece que te alegras de verme —susurró, acariciando mi nariz con la suya.

—Me alegro. Me alegro mucho.

Sonrió, con ese aire misterioso suyo y unió su boca con la mía. Me besó de una manera que hizo que olvidara el tiempo que habíamos estado separados, principalmente porque el tiempo como variable era algo que de pronto parecía no existir. Me besó como si estuviera ahogándose y yo fuera una bomba de oxígeno. Rápido pero lento, fuerte pero suave. Intenso ante todo.

Tras un trayecto en metro que se nos hizo eterno, entramos por la puerta de mi piso. Hicimos las comprobaciones pertinentes para verificar el funcionamiento de la luz y el agua tras las obras. Gracias a Dios, todo funcionaba correctamente de nuevo.

Llevé la maleta a mi habitación y saqué un par de cosas que necesitaría para mañana, pero salvo eso no toqué nada más. Ya me ocuparía de mi maleta y del resto de su contenido al día siguiente, ahora tenía cosas mucho más importantes que hacer, como por ejemplo, atender a mi guapísimo novio al que hacía horas que necesitaba tocar como si me fuera la vida en ello.

Dejé la maleta apartada en un rincón y al darme la vuelta, me encontré de frente con Will apoyado en el marco de la puerta con los brazos cruzados. No sé cuánto tiempo llevaba ahí observándome, mirándome intensamente como si fuera la primera vez que me veía en su vida. Me faltó el aire una vez más al percibir el calor que desprendían sus ojos. Tragué saliva y me mordí despacio el labio inferior para mantenerme callada, porque un torrente de pensamientos

colisionaba dentro de mi cabeza y no quería acabar revelando demasiado con tal de deshacerme del ensordecedor silencio que de pronto nos envolvía.

Will empezó a andar en mi dirección sin apartar mi mirada de la suya. Sentir ese halo intenso que desprendía casi consiguió achicharrar cada una de mis terminaciones nerviosas. Estúpidamente, temí echarme a llorar. Me abrumaba ser tan hiperconsciente de lo que sentía por él, y más aún cuando me apretó contra su cuerpo y empezó a besarme con una emoción que consiguió traspasarme los huesos.

Correspondí a ese beso vertiendo mi alma en él. Sin ningún tipo de reserva. Le di todo lo que tenía para darle en ese encuentro, aunque él no lo supiera. Cada beso, cada caricia, cada expresión de placer que dejé escapar nacía de lo más hondo de mí y ponía voz a todos los sentimientos que guardaba en mi interior. Y, qué queréis que os diga, habría puesto la mano en el fuego por que el sentimiento era recíproco. La manera en la que Will se entregó esa noche y me dio placer con cada parte de su anatomía había adquirido una dimensión apremiante que incluso llegó a asustarme. Era necesidad en estado puro. De nuevo desesperación. Y algo más que amparaba una emoción muy parecida al miedo, que no supe de dónde procedía. Algo se me estaba escapando esa noche. Más que miedo, Will reflejaba desasosiego. Ansiedad. Angustia. Y al mismo tiempo, veneración hacia mi persona. No lo comprendía.

—Dime que te gusta lo que te hago —murmuró con los dientes apretados y con una gota de sudor formándose en su frente mientras empujaba entre mis piernas, haciendo colisionar mi cuerpo con el suyo.

—Dios, sí.

—Dime que nunca habías sentido lo que sientes estando conmigo.

«¿Pero qué...?». Cerré los ojos para canalizar todo lo que mi cuerpo sentía. A través del placer delirante que se había apoderado de mí, un escalofrío me sacudió de pies a cabeza. No fueron sus palabras, sino la vulnerabilidad que escapó de él al hablar lo que me afectó.

—Mírame, Olivia. Por favor.

Abrí los ojos y me perdí en el azul de su mirada, que suplicaba a gritos que hiciera algo por calmar el ansia que al parecer lo consumía.

—Jamás en la vida he sentido esto. Te lo juro.

Cerró los ojos y me besó de nuevo. Hundió aún más los dedos en la carne de mis muslos y aumentó la intensidad de sus embestidas, aunque no la velocidad.

—Oh, Dios —murmuró y pegó su boca a mi cuello—. Córrete ya. No puedo soportarlo más.

Llevó sus dedos a mi clítoris y con solo rozarlo consiguió romperme por completo. Me corrí con una fuerza que no sé dónde guardaba y lo arrastré conmigo a ese lugar que ahora ambos habitábamos y del que ya no volveríamos.

Un rato después yacíamos tumbados en mi cama. Yo con una camiseta vieja, él sin nada de ropa. Sin hablar apenas, pero sin dejar de acariciarnos.

Will tenía los ojos cerrados y respiraba regularmente, y yo sentía su corazón latir con fuerza bajo la palma de mi mano que descansaba en su pecho. Lo miré coger aire mientras masajeaba dulcemente mi nuca.

Dibujé con las yemas de mis dedos la forma de sus cejas. Paseé mi dedo índice por su suave entrecejo y por la punta de la nariz. Después acaricié sus labios al tiempo que componía una sonrisa que fue incapaz de guardarse para él.

Abrió los ojos y me besó la frente. Cuando se separó, lo miré fijamente.

—¿Has pensado en mí? —pregunté tras un rato mirándonos en silencio.

Sonrió. Él sabía que yo no solía hacer ese tipo de preguntas, y así era. Pero por alguna extraña razón, necesitaba que me lo confirmara. Quería saberlo.

—A todas horas.

Apoyé la cabeza en mi almohada y me abracé con fuerza a su brazo izquierdo, que quedaba pegado a mí. Cerré los ojos y traté de dormirme envuelta en la tranquilidad que me daba, ajena al hecho de que aquella sería la última vez que al abrazarlo me sentiría así.

Al día siguiente empezaron los problemas. La semana que vino fue... rara. Extraña. ¿En qué? Lo peor era que conforme pasaban los días no podía concretar la razón. Pero había algo en el ambiente entre los dos que no terminaba de cuadrarme.

El lunes fue un caos. Primero en el trabajo, porque parecía ser que el hecho de que el calendario marcara septiembre había enloquecido a más de uno. Segundo, en casa. Había pasado más de una semana fuera, y ahora tenía que ponerme al día con la compra, la limpieza y la colada, lo cual me llevó toda la tarde y parte de la noche. Me gustaba ser independiente y tener mi propio piso, pero eché en falta tener a alguien que pringara conmigo cuando estaba todo patas para arriba y había tantas cosas por hacer.

Entre unas cosas y otras, apenas conseguí hablar con Will diez minutos cuando acabé de cenar. Él también había tenido un día de locos en el trabajo, según dijo, y no se mostró excesivamente conversador. De hecho, me pareció que estaba muy serio. Pero como yo también tenía mil cosas en la cabeza, no quise darle demasiada importancia. Quedamos en vernos para cenar al día siguiente y le deseé buenas noches.

El martes a media tarde, Will me llamó al móvil. No era algo que acostumbrase a hacer en horario de trabajo, así que enseguida sospeché que llamaba para cancelar nuestros planes de esa noche. Salí fuera, al descansillo de mi planta, y después de contarnos cómo estaba yendo el día, me dijo con voz extraña que no nos veríamos hoy.

—Lo siento, cariño. Estoy a tope de trabajo. No sé cuándo volveré a casa.

Algo parecido pasó el miércoles. A través de los mensajes que intercambiamos ese día, me dejó entrever que seguía teniendo mucho trabajo. Un naciente malestar se me atascó en el estómago. ¿Le pasaría algo? Ya estábamos a mitad de semana y apenas habíamos hablado desde el domingo. Por no hablar de lo esquivo que se mostraba en nuestras conversaciones. Apenas bromeaba o se reía, en ocasiones incluso dudaba que me estuviera escuchando. Intenté razonar conmigo misma que en su empresa, como en la mía, estaban atolondrados con la llegada del nuevo mes. Pero... no sé. Había algo más. Antes de llevarme un chasco ante una posible negativa a vernos esa noche, me adelanté y le dije que había quedado en verme con mis amigos. Era en parte cierto. Habían quedado para cenar en casa de Neal y Matt aquella noche, solo que yo aún no había confirmado mi presencia. Me sentí imbécil por demorar mi confirmación a la espera de saber si vería o no a Will, así que decidí atajar el asunto y pasar la noche con ellos, a los que ya les debía no uno, sino dos domingos en The New.

El jueves a la hora de la comida, cuando empezaba a pensar alguna excusa con la que plantarme en casa de Will como si tal cosa, me llamó y me dijo que si tenía tiempo libre, me reuniera con él en la puerta del mercado de Chelsea en unos minutos.

Bajé del edificio a toda prisa y caminé hasta llegar allí, donde lo encontré vestido con unos chinos beige y un polo azul marino que conseguía que sus ojos luciesen aún más increíbles.

Sonrió cuando me vio llegar y cogió mi cara con sus manos para besarme despacio. Sentir su aliento mezclado con el mío consiguió calmarme un poco. Suspiré cuando nos separamos e hice un esfuerzo por apaciguar mis

pensamientos. Me resistía a pensar que algo podía ir mal entre nosotros. Simplemente, no podía ser.

—Me he escapado para verte un rato. ¿Vamos a comer algo?

Nos cogimos de la mano y entramos dentro del mercado para comprarnos algo en alguno de los puestos.

Esa improvisada comida apenas duró cuarenta y cinco minutos y, sinceramente, para lo poco que me tranquilizó finalmente, casi mejor que no nos hubiéramos visto. Ni siquiera puedo decir exactamente qué me había parecido raro en su comportamiento, porque había sido todo a la vez y nada en particular. Había estado atento, pero no cariñoso. Hablador, pero no cómplice. Cercano, pero no cálido.

Cuando nos despedimos con la promesa de comer juntos al día siguiente en un sitio de verdad, me sentía más confusa que nunca. Algo estaba pasando, y necesitaba averiguar qué era.

No era la primera vez que actuaba raro. Sé que de vez en cuando necesitaba su espacio y que se rayaba pensando más de la cuenta. Y aunque a veces me sacaba de quicio su actitud reservada cuando eso ocurría, lo entendía. Hasta me podía llegar a parecer bien que impusiera una leve distancia. Yo misma había llegado a la conclusión en algunas ocasiones que mantenernos alejados un par de días podía ser saludable para ordenar ideas. Pero es que ya habíamos tenido eso cuando me marché a Nueva Jersey. Después de un montón de días juntos, habíamos pasado un fin de semana en estados diferentes. Personalmente, a mí me había servido para aclararme y despejar las pocas dudas que me quedaban acerca de mi situación personal para con él. ¿Es que él no había hecho lo mismo?

La cosa aún tenía menos sentido si analizaba su actitud del domingo, cuando durante nuestro reencuentro actuó como si no pudiera vivir dos días sin mí. La intensidad que me mostró esa noche me había hecho pensar que los sentimientos eran recíprocos. No es posible sentirte tan conectado a alguien, tan hecho para alguien, si ese alguien no se siente de la misma manera. No es posible.

Estrujé las ideas dentro de mi cabeza, decidida a dar con la respuesta adecuada. Y dispuesta también a hallar una solución a corto plazo que acabara con la incertidumbre que empezaba a taladrarme por dentro.

Todas las dudas se despejaron por fin el viernes, cuando fui a recoger a Will a su oficina. Me presenté allí con la esperanza de que pasar juntos el fin de semana me ayudara a arrojar algo de luz al tema. Al menos, podría saber si

su actitud distante existía solo en mi cabeza. Y si no era así, confrontaría el motivo por el que las cosas habían adquirido esa nueva tonalidad desconocida.

Subí en el ascensor retorciendo mis manos y tocándome de vez en cuando las puntas del pelo, que llevaba recogido en una informal coleta ladeada. Salí cuando las puertas de acero se abrieron en la planta de Will, y caminé hasta quedar de pie justo al lado del mostrador de mármol que era la recepción.

Saqué mi móvil del bolso para comprobar las notificaciones pendientes mientras esperaba a que saliera, y de paso aproveché para mandarle un mensaje que le hiciera saber que estaba allí.

—Hola, estás esperando a Will, ¿verdad? —preguntó de pronto la recepcionista, una mujer afroamericana de mediana edad que me sonreía mientras sostenía en sus largos dedos una estilográfica dorada.

Le sonreí. La conocía brevemente de haberla visto alguna vez que había subido a recoger a Will para irnos por ahí. Recordaba que se había dirigido a ella como Jojo, pero desconocía si era su nombre de pila o si se trataba de algún mote.

—Sí. Hemos quedado para comer, pero me he adelantado —le contesté amablemente.

—Estará a punto de acabar. Están en una reunión sobre lo de China.

¿China? Arrugué las cejas. No me sonaba que me hubiera hablado sobre ningún proyecto relacionado con China, pero claro, apenas habíamos hablado esa semana, y menos de trabajo.

Le dirigí otra sonrisa y asentí con educación, dándomelas de que sabía de qué iba aquello.

—Ya llevan más de dos horas ahí metidos, no creo que tarden mucho más —añadió, dirigiendo fugazmente la mirada detrás de ella, donde estaban los despachos.

Miré la hora en el móvil y lo metí de nuevo en mi bolso. Era justo la hora a la que habíamos quedado en vernos. Me alegré de haber venido directamente a por él, así no tendría que esperarle en el restaurante dando rienda suelta a mi disparatada imaginación.

—Supongo que no.

Me re Coloqué el bolso en el hombro y me hice a un lado, dando por zanjada la pequeña conversación de cortesía que mantenía con la recepcionista, aunque al parecer ella tenía ganas de seguir hablando.

—Están todos de los nervios aquí estos días con el tema. Solo se habla de

eso. China por aquí, China por allá. Will es el que peor lo lleva, como sabrás. Un año fuera es mucho tiempo. Es un cambio muy grande.

Fruncí tanto el ceño que me hice daño. ¿A qué se refería? ¿Quién se iba un año fuera? ¿Por qué no paraba de hablar de China?

Un terrible presentimiento me perforó el estómago. La expresión de mi cara fue mutando del desconcierto a la consternación más absoluta. La señora no pareció percatarse de que mi reacción distaba mucho de la de alguien que está al tanto de la situación, así que siguió hablando con normalidad.

—Ahora se pasan todo el día con reuniones y papeleo. Quieren dejarlo todo solucionado y dejar muy claras las estipulaciones del contrato y los derechos y obligaciones que tendrá Will allí.

Se me descolgó la mandíbula de golpe. ¿Allí, dónde? ¿En China? ¿Es que se había vuelto loca?

Creo que en ese punto yo ya no estaba respirando. Noté de pronto un sonido seco que no sabía de dónde salía aturdiéndome el cerebro, a compás con el sonido de la sangre que circulaba cerca de mis oídos. Tenía que estar entendiendo mal, si no, ¿de qué cojones estaba hablando esa mujer?

En ese momento salió alguien de un despacho y se puso a hablar con la tal Jojo, así que decidí tomar asiento en una de las sillas metálicas que habían destinadas para la gente que esperaba a ser recibida.

Intenté ordenar la información sin sentido que me acababan de dar. China. Un año. Will. Todo en una misma frase. No entendía nada. Claramente, había algún tipo de error.

Crucé las piernas y empecé a golpear repetidamente el suelo enmoquetado con el pie derecho, retorciendo mis dedos de las manos los unos con los otros en mi regazo. Mientras intentaba dosificar la cantidad de aire que entraba en mis pulmones y me convencía a mí misma de que aquello era un terrible malentendido, el teléfono de Jojo sonó. Las primeras palabras que la escuché mencionar no se registraron en mi cabeza, pero escuchar el nombre de Will saliendo de sus labios hizo que clavara de nuevo la vista en ella.

—Sí, William James Hannigan. H-A-N-N-I-G-A-N —deletreó. Hizo una pausa—. Eso es. El 14 de septiembre. Correcto. Nueva York-Hong Kong. Sí, solo ida. En primera clase.

Fue entonces cuando el mundo dejó de girar. O empezó a girar más deprisa, no lo sé. Di gracias por estar sentada, porque el repentino temblor de mis piernas me habría dificultado el permanecer de pie. Sentí que me empezaba a marear y dejé de pensar en nada que no fuera salir de esas cuatro

paredes.

Vi que al otro lado del pasillo se abría una puerta y que empezaba a salir gente. Jojo me hizo una señal con la mano para hacerme saber que era la sala donde había tenido lugar la reunión en la que estaba Will. Me volvió a faltar el aire. Me puse de pie de un salto. Necesitaba salir de allí ya mismo antes de montar un espectáculo.

Corrí hacia el ascensor antes de que Will me viera. Tenía que irme a algún lugar donde no pudiera encontrarme. Pulsé repetidamente el botón de bajada, como si eso fuera a lograr que llegara antes. Después de lo que me parecieron mil años, las puertas de acero se abrieron y pasé dentro a toda prisa, como si el resto de la planta estuviera en llamas y aquel pequeño espacio de cinco metros cuadrados fuera a salvarme la vida.

Salí a la calle sintiéndome mareada. Will. Hong Kong. Solo ida. Me apoyé en la fachada del edificio y posé la cabeza en el ladrillo para poder coger aire. China. Un año. ¿Qué estaba pasando?

Escuché la melodía de mi móvil procedente de mi bolso. No me hizo falta sacarlo para saber que era él. «Capullo». Cerré la cremallera para amortiguar el insistente sonido. No pensaba contestar.

Empecé a andar por la acera, sabiendo que tarde o temprano él bajaría a la calle. ¿Adónde iba? No pensaba comer con él. Ni muerta. «¡¿China?! ¡¿En serio?!»

Mientras sopesaba si coger el metro o parar un taxi, escuché gritar mi nombre a mis espaldas.

—¡Olivia! ¡Olivia, para, por favor!

Me giré y era Will. Will caminando a toda prisa hacia mí. A la mierda el taxi. Aceleré la marcha todo lo que mis tacones me permitieron y me metí en la boca de metro más cercana. Will también aumentó el ritmo de sus pasos, pero la ventaja que le había sacado jugó a mi favor. Bajé las escaleras de dos en dos sin llegar a romperme la cabeza en el proceso y pasé la tarjeta del metro por el lector con rabia. Aun sin saber a dónde dirigirme, cogí la ruta de una línea a la que nunca me subía. Me daba igual salir a parar a la peor zona del Bronx, no podía ver a Will ahora. «¡Hong Kong! ¡14 de septiembre!» ¿Es que el mundo se había vuelto loco?

Cuando las puertas del metro se cerraron, supe que de momento estaba a salvo. Puse el móvil en modo avión para asegurarme de que no me localizaba. Mi mente empezó a ir a mil por hora. ¿En qué estaba pensando Will? Dios, de verdad que no podía respirar bien. ¿Por qué se iba el 14 de septiembre a Hong

Kong con un billete de solo ida? Maldita ventilación del metro. ¿Había entendido bien? ¿Se iba un año entero? ¿En serio?

Después de varias paradas y de un par de transbordos sin sentido, decidí volver a la oficina como una autómatas. No había comido, pero mi estómago me estrangulaba por dentro, así que no se quejó por no recibir alimento. La cabeza me daba vueltas como si la hubiera metido en la lavadora. Me dejé caer de nuevo junto a mi mesa tras haber pasado más de una hora en la ciudad subterránea que habitaba debajo de Nueva York. Saqué un par de dossiers de uno de los cajones e intenté centrarme para hacer algo de provecho en el trabajo, pero no lo conseguí.

Cuando unas horas más tarde dio por finalizada la jornada, recogí mis cosas con desgana. Creo que era la primera vez en todo el tiempo trabajando en la empresa que quería retrasar el momento de salida. Claro que, ese día, lo que me esperaba fuera era mil veces peor que cualquier cosa que pudiera pasar dentro de esas cuatro paredes.

Salí al descansillo con la cabeza gacha y nada más atravesar la puerta de cristal, me encontré con Will de frente. Estaba ahí. En mi oficina. No en la puerta del edificio, sino en el piso de arriba, esperándome apoyado en la pared.

Su pelo lucía como si acabara de levantarse y vestía una camisa de rayas grises arremangada con dos botones desabrochados. Sus náuticos repiqueteaban nerviosamente contra el suelo. Se irguió de golpe al verme salir. Genial, el muy maldito estaba guapo a rabiar. Me miró con sus preciosos ojos azules llenos de culpa y los labios fruncidos. Las cejas se le contrajeron cuando vio mi expresión de furia contenida. Me tendió la mano, pero la rechacé sin palabras.

—Olivia, por favor. Ven conmigo.

Asentí, porque obviamente teníamos que hablar. Parte de mí guardaba la esperanza de que aquello tuviera una explicación razonable. Pero si colocaba las piezas en su lugar (empezando por su distanciamiento de esa semana hasta la cara de ansiedad que mostraba en ese momento), sabía que no iba mal encaminada.

No le dirigí la palabra dentro del ascensor, ni cuando salimos a la calle, ni en todo el trayecto en taxi hasta su casa. Sabía que en cuanto pronunciase la primera sílaba, no podría parar. Su cercanía me aturdí. Todo él irradiaba calor, amargura, sentimientos encontrados. No me atrevía ni a mirarle de frente, por si acaso al hacerlo me acababa desintegrando. Me costaba hacer

que el aire entrara en mi cuerpo. Parecía que Will absorbía todo el oxígeno de cada espacio que pisábamos, dejándome a mí sin nada.

Él no dejaba de mirarme con la expresión más desencajada que le había visto nunca, como si temiera que al hablarme o tocarme yo fuera a reventar como una rueda gastada después de demasiadas horas de carretera.

Unos minutos más tarde, atravesamos por fin el umbral de su casa y Will echó la llave. Arqueé las cejas. ¿Acaso pensaba que eso me detendría? Yo aún tenía mi propia llave. Abriría sin problema en cuanto quisiera salir de allí.

Me senté sin decir nada en el sofá con forma de L, agarrada a mi bolso como si fuera un escudo y con las piernas cruzadas con tanta fuerza que no sé ni cómo conseguía circular la sangre. Will se sentó a mi lado, se revolvió el pelo con las manos y se inclinó hacia delante.

—Olivia...

Y... exploté.

—¿China? ¡¿China?! ¿En serio?

—Déjame que te lo explique. Necesito que lo entiendas.

—¿¿Explicarme?! ¡¿Crees que puedo haber malinterpretado algo?! — pregunté fuera de mí, echando el bolso a un lado—. ¡¿Crees que en la confirmación del vuelo de solo ida a Hong Kong a tu nombre puede haber algún tipo de interpretación errónea?! ¡¿O es que hay otro William James Hannigan en tu empresa?!

Contrajo el gesto con amargura.

—No es eso, Olivia, si me dejaras...

—¿Desde cuándo lo sabes? —le interrumpí.

Pestañeó varias veces, como si le costara entender esa sencilla pregunta.

—Lo comentaron el viernes pasado. Lo confirmaron este lunes.

Hice la cuenta mentalmente de los días que habían pasado. «Grandísimo capullo».

—Ya.

—Pensaba decírtelo hoy.

Solté una risa cínica que no me pegaba nada y me crucé de brazos, negando con la cabeza repetidamente. No concebía que pudiera haberse callado algo así. De verdad que no podía entenderlo.

Will resopló y pude ver que, pese a todo, estaba horriblemente angustiado.

—Déjame que te lo cuente desde el principio.

Se frotó los ojos con sus manos, haciendo que las cejas se le despeinaran. Su voz sonaba rota, y por un momento temí que se echara a llorar.

—¿Te vas un año, Will? Dime si es verdad que te vas un año y que has tardado una semana en decírmelo.

No pudo ni contestarme, pero su forma de tragar saliva me lo confirmó sin necesidad de palabras.

—Por favor, escúchame.

—No puedo creerlo... ¿Por qué no me lo has dicho?

—Porque no sabía cómo, cariño.

Cariño... Cerré los ojos y descrucé mis brazos, dejándolos de nuevo en mi regazo. ¿Cómo podía llamarme cariño cuando estaba actuando de una manera tan horrible? ¿Cuando con sus actos estaba abriéndome la puerta para que saliera de su vida?

Noté que a mi lado Will extendía un brazo para tocarme. Abrí los ojos de golpe y me aparté de él. No podía soportar que me tocara.

—No me toques, por favor. No quiero que me toques.

El dolor que vi en sus ojos casi me hizo flaquear, pero solo casi. Me mantuve en mi sitio. Le pedí que se explicara y él, con un hilo de voz, me obedeció.

Me contó que el proyecto de Hong Kong era algo que venía preparándose desde hacía tiempo. Su empresa estaba pensando en expandirse y planeaba empezar una planta propia en esa ciudad. La idea era pasar unos meses en una planta de transformación de energía y aprender sus puntos fuertes y débiles, con el fin de adaptarla para ser adquirida por la empresa de Will.

Hacia meses que se planteó el programa y que se nombró a Will y a su compañero Jimmy como encargados del mismo. Firmaron un contrato, sin fecha, para hacerse cargo del proyecto cuando pudiese seguir adelante. Podría haber pasado un año o solo unas semanas hasta que se pudiese iniciar, porque dependían de un montón de exigencias por parte de la gente que poseía en la actualidad la planta en Hong Kong. De hecho, todo era tan inestable que podría no haberse llevado a cabo nunca. Pero al parecer, se habían solucionado los trámites pendientes y a los trabajadores en China les había entrado prisa. En cuestión de una semana se aceleraron las cosas y se pusieron en contacto con el jefe de Will.

Se les comunicó a Will y a Jimmy el viernes anterior, el mismo día que yo viajaba a Nueva Jersey. Según me contó Will, allí sentados en su sofá color cámel mientras mis ojos se movían como si estuvieran en fase REM, se montó mucho revuelo. Ni a él ni a su compañero les venía bien ese cambio tan precipitado, y cuando les confirmaron que la estancia en China sería, como

mínimo, de un año, se montó una muy gorda. Primero, porque nunca se había concretado que la duración del proyecto se fuera a extender tanto en el tiempo y, especialmente, porque hacía solo unas semanas que el tal Jimmy había sido padre. El programa requería que hubiera dos trabajadores en Hong Kong y ellos habían firmado tras ser elegidos. Después de un montón de llamadas y de problemas con el equipo de China durante el fin de semana, a última hora del lunes habían conseguido pactar que únicamente Will tuviera que estar de manera permanente en la planta durante la duración del proyecto, y que Jimmy fuera solo una semana al mes, aproximadamente, para poder pasar tiempo con su recién estrenada familia.

Yo no daba crédito mientras Will me explicaba todo esto con un tono de voz impregnado de angustia. Se notaba que estaba mal. Tenía las ojeras muy marcadas y los ojos vidriosos. Sus gestos no eran los suyos. El movimiento de sus manos era tembloroso, torpe. Nada que ver con la seguridad con la que solía desenvolverse. Cada vez que tragaba saliva podía ver que arrastraba un puñado de dudas y miedos que agravaban su malestar. Sé que no lo estaba pasando bien. Pero eso no justificaba el hecho de que me hubiera mantenido al margen de una forma tan cruel.

—Lo siento tanto, Olivia... Siento que esto haya pasado, pero me voy. Me voy de verdad.

No le contesté. ¿Cómo puede cambiarte así la vida en cuatro horas? Esa mañana me había levantado de la cama preocupada por su actitud distante de esos días, pero nada me había preparado para algo así. Si él me hubiera dicho que tenía dudas en lo referente a lo nuestro, habría luchado por ayudarle a resolverlas. Si me hubiera confesado que tenía miedo, me habría desvivido por darle la seguridad que necesitase y convencerle de que lo que teníamos era lo más increíble que nos había pasado en la vida y que merecía la pena conservarlo. Nunca, ni en mis pensamientos más rocambolescos, había contemplado que lo que estaba pasando era que se iba a una ciudad que no estaba segura de poder ubicar en un mapa del mundo. Se iba a otro país. A otro continente. A otra vida. Y el hecho de que lo hubiera mantenido a escondidas de mí y que no hubiera intentando tranquilizarme todavía dejando entrever que podíamos buscar una solución a lo nuestro, me hacía darme cuenta de la realidad que se nos venía encima.

—Estás huyendo.

Entrecerró los ojos y chasqueó la lengua, con su rostro reflejando una actitud de derrota y negando levemente con la cabeza.

—Sabes que no.

—Sé que sí. Eso es lo malo, que lo sé. El que parece que no lo sabe eres tú.

—¿No me has oído? Tengo que marcharme. Firmé un jodido contrato hace meses —dijo con los dientes apretados y tratando de mantener sus nervios a raya.

De nuevo, me tomé mi tiempo para contestar. Dirigí la mirada a mi ropa; una falda marrón chocolate conjuntada con una sencilla blusa blanca; las sandalias a juego y las uñas de los pies pintadas de rojo. Pensé en todas las veces que había decidido qué ropa ponerme para salir con él. Pensé en cómo había cambiado mi vida desde que lo conocí y en cómo me había ido enamorando de él, día a día, sonrisa a sonrisa, en esas semanas. Ahora, al mirarlo, veía al hombre al que quería. Sonreí con amargura. Había caído en mi propia trampa. Había estado tan desesperada por poner a prueba mi capacidad de sentir algo de verdad por otra persona, que ya no podía encontrar el camino de vuelta. Tal había sido mi empeño, que había hecho caso omiso a las señales que me decían que ninguno de los dos estaba preparado para una relación tan intensa, aunque fuera por razones distintas. Su miedo había sido evidente para mí en más de una ocasión, y todo apuntaba a que él por fin había encontrado su vía de escape.

—No es de eso de lo que estoy hablando. No estás huyendo de Nueva York. Estás huyendo de mí. De nosotros.

Se me quedó mirando sin decir ni una palabra, entendiendo lo que estaba diciéndole. No estaba acusándolo de abandonar la ciudad, eso no tenía sentido porque no era algo que dependiera de él. Pero su forma de gestionar la noticia, dejándome al margen del asunto, hablaba por sí sola. Desde el viernes había tenido siete días para tratar el tema conmigo. Siete. Vale que solo llevábamos dos meses juntos, pero se suponía que yo pintaba algo en su vida.

Su silencio fue la respuesta.

Me levanté del sofá con bastante elegancia dadas las circunstancias, y me dirigí a la puerta. No quería permanecer en ese espacio ni un minuto más. Mi patente estado de aturdimiento me tenía un poco anestesiada, pero sabía que era cuestión de tiempo hasta que la furia se hiciera cargo de la situación.

—Olivia, no te vayas. Escúchame un momento.

—Has tenido siete días para hacer que te escuchara —musité con acritud y con una tranquilidad que no sentía—. Me has mantenido al margen, Will. Me he enterado de que te vas un año a Hong Kong por una mujer que se hace

llamar Jojo, a la que he visto una sola vez en mi vida antes de hoy. ¿Qué lectura quieres que haga? Estás cagado de miedo. Por eso no has tenido el valor de plantear ninguna opción que nos ayude a seguir adelante. Juntos.

—¿Opción? ¿Qué opción quieres que plantee? —preguntó con escepticismo.

Eso fue como una bofetada. Me quedé paralizada delante del sofá, desde donde estaba cogiendo mi bolso para irme de allí.

—Llevamos dos meses juntos, Olivia. No tenemos una relación sólida. No tenemos nada, en realidad. Solo dudas. Tuyas, mías. Límites. Marcaje de territorio cada dos por tres por ambas partes. Dios, si te costó aceptar venirme aquí una semana. ¿Qué opción te parece que puede entrar aquí en juego?

Juro que si hubiera tragado cristales no me habría dolido tanto. Me callé para no gritarle que estaba siendo un gilipollas, y que la mayoría de las dudas que yo había podido tener estaban motivadas por sus propias reticencias.

—Si eso es lo que piensas, no hay nada que hacer.

No me contestó.

Saqué el llavero con forma de taxi del bolso, y la idea de que no había llegado a usar esas llaves de verdad me atravesó, causándome un dolor agudo en lo alto del pecho. Metí la llave dentro de la cerradura y la hice girar dos veces para abrir. A continuación, las saqué y caminé unos pasos para estamparlas contra la barra de mármol de la cocina.

—Toma. Aquí se queda la maldita llave de tu casa. Otro gesto lleno de dudas en la larga lista de nuestra relación.

Y me fui. Y no lloré. No sé ni cómo. Bueno, sí lo sé. Porque yo soy dura de pelar para las lágrimas, y porque el dolor sordo que me inundaba no dejaba lugar a nada más, ni siquiera para la tristeza. Era daño. Me dolía. Me dolía el pecho, la garganta y el estómago. Me dolía la cabeza y me temblaban las piernas y las manos de manera casi incontrolable.

Me puse a andar sin sentido. Crucé Tribeca de punta a punta hasta llegar a Broadway, y después eché a andar por el puente de Brooklyn. Tardé horas en llegar. No sé cuántas. La cabeza no había parado de darme vueltas en todo el recorrido. Me sentía tan mal que me costaba aceptar que me estuviera pasando a mí, y no a otra Olivia en un universo paralelo. Me encontraba fatal. Me escocía el cuerpo por dentro, como si me hubieran rellenado de ácido y me hubieran agitado para revolverme entera. La actitud de Will me había hecho más daño de lo que recordaba que me hubiera dolido nunca nada.

Ya he comentado alguna vez que consideraba que había tenido una vida

bastante fácil. No me había enfrentado a ningún problema real. Había crecido en el seno de una buena familia que me quería, tenía una excelente relación con mis padres, con mi hermano y tenía los mejores amigos del universo entero. Había tenido todo lo que había necesitado siempre a nivel económico. Había conseguido entrar en una de las mejores universidades del país para estudiar algo que me encantaba. No tenía el trabajo de mis sueños, pero estaba cómoda y gracias al sueldo me mantenía a flote. Nunca me había sentido rechazada por nadie. Nunca, hasta ese día.

El hombre del que me había enamorado como una imbécil se cambiaba de continente en ocho días y no había sido capaz de decírmelo a la cara. Me había excluido del tema. Por completo. Y cuando por fin lo hablábamos... había dejado implícitamente claro que todo terminaba entre nosotros. Sin más. Todas las ilusiones que parecía que habíamos puesto en lo nuestro desaparecían como si alguien le hubiera dado a la tecla suprimir en un ordenador. A la mierda todo. Los planes, los besos, las conversaciones, las confidencias y grabar nuestro nombre en cada rincón de la ciudad. De nada servía que me hubiera dado la llave de su casa, ni que yo hubiera preparado una copia de la mía para dársela a él. De nada servía habernos vuelto locos el uno por el otro en Montauk, ni haber convivido una semana en su piso, ni decir que somos novios o que no nos vemos volviendo a una vida sin el otro. De absolutamente nada, porque ante la primera prueba, él había actuado como si yo no existiera. Como si lo nuestro no fuera importante, especial, único o cualquiera de los adjetivos que habíamos empleado en las últimas nueve semanas para referirnos a nosotros mismos. No servía de nada, porque no había hecho ni un solo comentario que denotase que lo nuestro le importaba mínimamente como para intentar ser salvado de alguna manera. Y yo, que jamás en mi vida había visto un futuro prometedor al lado de nadie, habría hecho cualquier cosa con tal de proteger lo que había encontrado con Will.

No me entraba en la cabeza que para él fuera tan fácil dar carpetazo al asunto. Me dolía de una manera indescriptible que hubiera dicho que en realidad no teníamos nada. Que nuestra relación no era sólida y que estaba plagada de dudas y límites por ambas partes. Me había hecho un daño horrible que tratara de eliminar con palabras todo lo bueno que habíamos tenido, que había sido mucho y de los dos. No sé si lo había hecho con tal de protegerse engañándose a sí mismo o con el único fin de ahuyentarme definitivamente.

Llegué a mi casa mucho rato después, arrastrando los pies y mucha angustia a mis espaldas. Después de calentar uno de los platos que me había

dado mi madre el fin de semana y comérmelo de pie en la barra de la cocina, me metí en la cama sin más.

Pasé una noche realmente mala, dando vueltas sin parar y soñando cosas deformes e inconexas. Me quedé dormida con los cascos puestos y me desperté a las cuatro y media de la madrugada, con Kodaly cantándome al oído *High Hopes*. Me pareció irónico, porque después de no haber recibido noticias de Will desde que abandoné su casa, a esas alturas yo no guardaba ninguna esperanza de nada. Si Will hubiera querido tener una conversación medio decente se habría puesto en contacto durante la noche, pero no lo había hecho. No había venido a buscarme.

Extendí el brazo para acariciar con los dedos su lado de la cama y desconecté la música, pero no pude volver a dormirme.

A la mañana siguiente tenía un dolor de cabeza que me quería morir y la sorpresa de que se me había adelantado la regla. Genial. Justo lo que necesitaba: una coctelera de hormonas agitándose en mi interior.

Después de comer y antes de volverme loca y hacer alguna tontería, como plantarme en casa de Will a pedirle explicaciones a gritos, convoqué una reunión de emergencia con mis amigas. Mantuve a los chicos al margen porque estaba demasiado incómoda hasta con solo mirarme en el espejo. Bastante era que me animara a llamarlas a ellas.

Llegué a casa de Claire cerca de las cinco, y diez minutos más tarde, Christina entró por la puerta.

—¿Os lo podéis creer?! ¡¡China!! ¡¡China, por el amor de Dios!! ¿Habéis visto un mapamundi últimamente? ¡Está en la otra puñetera parte del mundo!

Señalé la lámina del mapa del mundo acristalada que tenía Claire colgada en la otra parte de su salón. Me levanté del sillón para dirigirme hasta allí con paso fuerte, haciendo sonar mis sandalias sobre el mármol del suelo.

—¿Veis? Esto es América. —Posé casi toda la mano sobre el cristal abarcando América del Norte, Central y del Sur. Claire, sabiamente, no se quejó de que estuviera manoseando el cristal con mis dedos pringosos por las galletas que habíamos comido—. Y esto es Asia. A-S-I-A —deletreé—. ¿Lo veis?

Apoyé dos dedos sobre la superficie del cuadro, como si quisiera coger el continente entero con ellos y aplastarlo sin piedad.

Ellas asintieron con los ojos bien abiertos, como quien da la razón a los locos. No contenta con mi exposición de geografía mundial hasta el momento, continué:

—Nueva York. —Planté mi dedo índice de la mano izquierda sobre algún punto indeterminado de la Costa Este—. Hong Kong. —Dramáticamente, hice que el dedo índice derecho llegara a la ciudad china—. Está, literalmente, en la otra punta del mundo. ¿Lo veis o no?

—Liv, el mundo es redondo. Lo sabes, ¿verdad? —apuntó Christina, que a esas alturas tendría que estar hasta las narices de mis gritos histéricos.

La fulminé con la mirada y ella parpadeó, arrepentida de inmediato. Código de las Chicas, punto número uno: nunca, jamás, contradigas a tu amiga cabreada.

Seguí dejando aflorar mi rabia, hablando como una cacatúa colocada de anfetanas. Si ya hablo de costumbre, a nadie le gusta estar cerca de mí cuando estoy cabreada porque aumento la tasa de palabras por minuto de forma bastante catastrófica.

Volví a sentarme en el sillón azul de Claire y di un trago al vaso de té helado que acababa de servirme, que desprendía un sospechoso olor a ron. Nos enzarzamos las tres en una batalla verbal en la que nosotras éramos un equipo y los hombres otro. Mis amigas mostraron su acuerdo conmigo y trataron de disimular la decepción que sentían. A las dos les había gustado Will. Como el hombre encantador que era, por lo bien que me había tratado hasta la fecha y por lo abiertamente feliz que me sentía yo a su lado. Aun así, estaban de mi parte. Se había comportado como un gran hijo de una hiena.

Comimos más galletas y bebimos más alcohol disfrazado de té. En un momento de debilidad miré mi móvil, que había escondido en las profundidades de mi bolso. A diferencia de las últimas veinticuatro horas, estaba plagado de notificaciones. Diez llamadas perdidas de Will y cinco mensajes. Todos en la misma línea, que se podrían resumir en: «Olivia, ¿dónde estás? Por favor, coge el teléfono».

Solté una carcajada seca y falsa.

—¿Es él? —preguntó Claire.

Asentí, dejando el móvil de nuevo bloqueado sobre el cristal de la mesilla del centro.

—Ni se te ocurra contestarle. Que sufra —dijo Christina con rotundidad.

—No va a ser cuando él quiera, no te jode —convine yo, muerta de rabia.

Seguimos hablando entre nosotras, poniendo a los hombres a parir, siendo interrumpidas de vez en cuando por el sonido incesante de mi móvil. La quinta o sexta vez que sonó en menos de cinco minutos, Claire se apiadó de él.

—¿No te estarás pasando, Liv? Igual está preocupado. Es normal que

quiera hablar contigo si no sabe nada de ti desde anoche. Ponte en su lugar.

Moví la pestañita del lateral del móvil para ponerlo en silencio. Le lancé una mirada furibunda a Claire, secundada por Christina, que ya había aprendido la lección. Código de las Chicas, punto número dos: tu amiga siempre tiene la razón y actúa correctamente; él, nunca.

No volvieron a hacer ningún comentario al respecto, pero seguimos hablando acaloradamente. Las tres empezábamos a sentirnos algo perjudicadas por el alcohol.

Unos minutos después volví a mirar mi móvil de reojo para descubrir, además de tres llamadas nuevas, un mensaje que me dejó perpleja: *<Abre la puta puerta, Olivia. O me veré obligado a dar golpes hasta que salga algún vecino.>*

¿Estaba en la puerta de mi casa? «Será gilipollas...»

—No me lo puedo creer —murmuré contrariada.

—¿Qué pasa? —preguntaron mis amigas al unísono.

Les tendí el móvil para que pudieran leer el mensaje. Ninguna de las dos dijo nada, solo intercambiaron una mirada de advertencia entre ellas. Justo en ese momento volvió a vibrar mi móvil con el nombre de Will y su foto iluminando la pantalla, como si se estuviera burlando de mí.

Claire y Christina me miraron preocupadas. Sin necesidad de hablar, me dijeron lo que tenía que hacer, como cuando era pequeña y mis padres me lanzaban advertencias valiéndose únicamente de sus miradas de acero.

Suspiré, puse los ojos en blanco y a continuación deslicé el dedo índice por la pantalla para responder la llamada.

—¿Qué es lo que quieres?

—Abre la puerta.

—No puedo.

—Olivia... —Y su voz tuvo el descaro de sonar cabreada.

—Es que no estoy en mi casa.

—¿Y dónde estás?

—Eso no es asunto tuyo.

—Ya lo creo que sí.

—Ya lo creo que no, ¿serás capullo? —Mis amigas me miraron sorprendidas y me di cuenta de lo que había dicho. El alcohol me había soltado la lengua. Daba igual lo enfadada que estuviera, insultar, si no era dentro de mi cabeza, no era mi estilo. Respiré hondo y me disculpé—. Lo siento.

—Tienes razón, soy un capullo. —Suspiró sonoramente, distorsionando el sonido de la línea durante un par de segundos—. Pero estoy preocupado. Y quiero hablar contigo.

—No me apetece hablar contigo, Will.

—Pienso quedarme aquí hasta que llegues.

—Yo de ti no haría eso. No voy a dormir en mi casa.

Transcurrieron varios segundos de incómodo silencio hasta que él volvió a hablar.

—Joder, Olivia. Dime dónde estás. No te molestaré más en toda la noche, pero necesito saber que estás bien.

No le contesté de entrada. Parecía agobiado de verdad. De fondo se escuchaban los ruidos de los coches que pasaban por la zona y murmullos de la gente. En parte me apetecía que sufriera un poco, pero no soy vengativa hasta el punto de hacerle pasar un mal rato. Will, ante todo, es alguien honesto en cuanto a sus actos. No hace las cosas por hacerlas. Si había ido hasta la puerta de mi casa, seguramente estaba preocupado de verdad. Y si había detectado en mi voz que había estado bebiendo, igual eso había conseguido aumentar su nivel de preocupación.

—Estoy en casa de Claire —cedí por fin, y eché la cabeza hacia atrás abatida hasta apoyarla en el respaldo del sillón—. Vete a tu casa, Will. No voy a volver en todo el fin de semana. Pierdes el tiempo montando guardia.

Se quedó callado durante unos segundos, y el silencio de la línea fue llenado por nuestras respiraciones pausadas y por el ruido ambiente.

—Está bien. Volveré a llamarte, Olivia. No será hoy, pero no creas que esto se va a quedar así.

Casi me hizo gracia que hiciera aquel comentario, como si contásemos con un amplio margen de tiempo que nos permitiera solucionar las cosas como era debido. A esas horas la semana próxima él estaría volando hacia Hong Kong.

Le di largas y me despedí como buenamente pude, sin caer en la tentación de decirle que lo quería y que lo odiaba, todo al mismo tiempo y con la misma intensidad.

Colgué y puse el móvil en modo avión, aunque sabía que él mantendría su palabra y que no volvería a llamarme esa noche. Cerré los ojos con fuerza y los cubrí con mis manos. Quería morirme. Dios. ¿Qué era esa angustia que me ahogaba?

Claire me miró con pena, mordiéndose el labio inferior. Sirvió más té maligno de ese suyo y nos obligó a dar un trago largo a todas.

—Yo sé lo que necesitas —aseguró con un asentimiento rotundo de cabeza al tiempo que dejaba su vaso en la mesa del centro.

Se levantó del sofá de un salto y se dirigió al equipo de música. Se puso a trastear discos. Puse los ojos en blanco. Pues claro, para Claire cualquier solución del mundo debe ir acompañada por una banda sonora. Me puse a pensar qué música consideraría ella que se adecuaba a esta situación.

Dibujó una sonrisa traviesa (y bastante adorable, todo sea dicho) y con dos dedos llamó a Christina para que fuera a su lado. Ella, animada por el alcohol, hizo lo que le decían con una gran sonrisa.

¿Es que eran bobas? ¿Pensaban que las soluciones para los problemas que aplicábamos en la adolescencia iban a funcionar ese día?

Observé a Claire decir algo al oído a Christina y a esta asentir entusiasmada. Yo negué con la cabeza y volví a dar un largo trago a mi vaso de té.

Claire sacó un disco de una funda que no alcancé a distinguir desde el sofá, y lo introdujo en la disquetera. Christina se acercó a una de las lejas del mueble del salón y extrajo tres velas alargadas rojas de los candelabros de plata que habían pertenecido a los abuelos de Claire.

¿Estaban locas las dos?

De repente, Claire le dio al *play* y unos acordes muy familiares invadieron el amplio salón. Las dos sonrieron y sin más, empezaron a cantar:

—*At first I was afraid, I was petrified...*

Entonaron a dúo la letra, espalda contra espalda, fingiendo que las velas eran micrófonos. Recitaron el principio de esa canción que se sabían de memoria, moviéndose al ritmo de la música y dirigiendo sus pasos hacia mí, que las contemplaba con la boca abierta acurrucada en el sillón. Y no, no cantaban en *playback*.

El ímpetu que imprimían en la letra, como si se jugaran su estancia en algún *reality* de esos donde la gente canta, era digno de ser grabado.

Sí, se habían vuelto locas. Se me escapó una sonrisa que se iluminó en los ojos de ellas. Mis dos locas adorables... Se inclinaron cada una a un lado mío y siguieron cantando aquel grito de supervivencia que era *I will survive*, provocándome con su particular coreografía para que me uniera a ellas.

Cuando ya iban por el estribillo, Claire me tendió mi micrófono con sus enormes ojos azules implorantes y en el momento que lo acepté, Christina tiró de mí para que me levantara del sillón azul. Acabé cediendo, claro. Me uní a ellas como si nada. Bailamos y cantamos las tres por todo el salón, como si

estuviéramos dentro de un musical. Improvisamos para que cada una cantara una frase de la segunda estrofa. Una frase Claire, otra Christina, otra yo.

—*It took all the strength I had not to fall apart.*

—*And trying hard to mend the pieces of my broken heart.*

—*And I spent oh so many nights just feeling sorry for myself...*

Claire, Christina, yo. Y así. Cuando volvió el estribillo lo dimos todo, volviendo a cantar las tres al unísono. Bueno, o al menos lo intentamos. Nos reímos a carcajadas. El hecho de que había alcohol recorriendo nuestro organismo habría resultado evidente para cualquiera que nos hubiese visto. Intentamos poner a prueba nuestras voces y dotar nuestra representación de aires dramáticos. Inventamos una coreografía y nos abrazamos, en plena exaltación de la amistad.

Seguimos riéndonos escandalosamente las unas de las otras y cuando acabó la canción nos dejamos caer las tres en el sofá, exhaustas como quien corre una maratón.

—No hay nada que no arregle la gran Gloria —dijo Claire satisfecha, dejando su vela roja en la mesa del centro.

Nos reímos las tres. Yo apreté mi coleta alta con las manos y alisé la camiseta de rayas que llevaba. No había pensado en Will durante cinco minutos seguidos. ¡Bien! Un hurra por la gran Gloria.

—Y menos si va acompañada de tus letales combinados, nena —añadió Christina, elevando su vaso con el hielo ya derretido en dirección a Claire antes de dar otro sorbo.

Solté una carcajada aún más sonora. Las miré con adoración. Desde luego, si sobrevivía, sería gracias a ellas.

## ¿Debo salvarme?

Angustiado. Frustrado. Jodido. Cabreado. Y sobre todo... asustado. Así era, básicamente, como me sentía. Me quedé mirando mi móvil como un gilipollas, sentado en los escalones de piedra del portal de Olivia. Me volvió a dar dolor de cabeza. Llevaba toda la tarde esperando para escuchar su voz, pero la frialdad que había empleado en nuestra pequeña conversación telefónica me había hundido del todo.

¿Qué pensaba que pasaría? ¿Que me recibiría con los brazos abiertos y con su particular dulzura? Pues claro que no, joder. Yo había sido un cabronazo de manual. Primero al ocultarle todo durante tantos días, y segundo al decirle, sin llegar a decírselo realmente, que las cosas entre nosotros habían acabado. Que no veía ninguna opción viable a la que agarrarnos para seguir adelante con lo nuestro. Lo solté así, sin más. En plena discusión. Pero es que cuanto más lo pensaba... más claro veía que aquello debía llegar a su fin. Yo no podía soportar tener una relación a distancia. Ni tampoco iba a dejar mi trabajo por ella. Ni pedirle que viniera conmigo. Antes de que todo se fuera a la mierda por su propio peso... ¿no era más sensato parar las cosas?

Habían pasado ocho días desde que mi jefe me llamara a su despacho para darme la noticia. Yo casi había olvidado la existencia de ese jodido proyecto. Lo firmé en su día, sí. Convencido de que si alguna vez se llevaba a cabo me dedicaría a ello feliz de la vida y altamente motivado. ¿Cómo cojones iba yo a saber que las cosas iban a salir así? ¿Cómo iba a saber que encontraría el amor justo para entonces, si era algo que ni siquiera entraba en mis planes de vida? ¿Cómo sabía que ese proyecto iba a acabar convirtiéndose en una vía de escape, por mucho que tratara de negarlo? ¿Cómo?

Cogí mi cabeza entre mis manos y cerré los ojos. Si alguna vez tuviera que hablar de la desesperación, sin duda describiría mi estado en ese momento exacto. Porque a pesar de todo lo que estaba pasando, era más consciente que nunca de que estaba enamorado de Olivia. La quería. La amaba demasiado para haber compartido solo dos meses de mi vida con ella. Por eso mismo, la perspectiva de la pérdida se me antojaba insoportable, porque si dejaba pasar el tiempo, mis sentimientos se harían más fuertes y no me recuperaría jamás. Lo más inteligente era ponerle fin a aquello antes de que la propia situación nos trajese el final a nosotros.

Cada vez que la recordaba suplicándome que no la tocara, quería morirme. Había rechazado mi contacto durante los pocos minutos que estuve con ella y sus ojos de hielo me habían desgarrado por dentro. Su expresión, siempre risueña y llena de vida, estaba desencajada. Herida. Ni siquiera triste. Solo transmitía rabia, dolor y decepción. No podía cerrar los ojos sin ver su preciosa cara transformada en la de una persona a la que no reconocía; en la de alguien que sufría por mi culpa.

Un claxon sonó a pocos metros de donde yo estaba. Volví a revolverme el pelo. Iba a volverme loco allí sentado. El cielo estaba plagado de nubes que no tenían pinta de descargar, pero que hacían que la temperatura fuera moderadamente más fresca que tardes atrás. Supe, con la mirada perdida en los rincones de aquel barrio, que corría el riesgo de tomar alguna decisión estúpida. Así que sin pensarlo demasiado, me levanté de las escaleras de piedra, me dirigí a mi casa, metí un par de cosas en una bolsa y fui al garaje donde guardaba mi coche.

Llegué a Providence pasada la hora de cenar. Mi padre me recibió con alegría, pero con la sombra de la preocupación tiñendo sus ojos pardos. Yo nunca aparecía allí sin avisar, así que supuso que algo no iba bien nada más verme apagar el motor del coche y salir de su interior con una bolsa de deporte sobre mi hombro, caminando cabizbajo hasta el porche de nuestra casa.

Nos abrazamos muy fuerte. Hacía más de dos meses que no lo veía. Yo había estado muy liado y él no venía a Manhattan si podía evitarlo. Me sentí culpable por dejar que pasara el tiempo, pero sabía que él no tenía en cuenta esas cosas. Me cogió la bolsa de deporte del hombro antes de abrirme la puerta y entrar en la casa.

Sonreí al ver los muebles de madera que decoraban el salón desde que tenía uso de razón. Los doscientos ejemplares que poblaban las estanterías, el sofá de piel que habíamos comprado cuando me marché a la universidad y el aparador que recogía fotos actuales y las mismas que hacía treinta y cinco años.

Dejamos las cosas sobre la mesa del comedor y nos miramos en silencio. Mi padre insistió en que saliéramos a cenar, pero yo no estaba de humor. Ya era tarde. Además, necesitaba estar en casa, comiendo en la mesa de la cocina con mi vieja camiseta de los Yankees.

Mi padre, que cada vez tenía más claro que algo me pasaba, acabó yendo a recoger un pedido de comida para llevar, poniendo la excusa de que él

tampoco había cenado todavía.

Fue mientras devorábamos nuestra cena cuando reuní el valor suficiente para hablarle de lo de Hong Kong. Mi padre me observó con sus brillantes ojos marrones durante mi explicación de los acontecimientos que se habían desatado en la oficina hacía poco más de una semana. Creo que fue en ese momento cuando fui realmente consciente de lo que se me venía encima. Hacía días que respondía a todos los comentarios referidos al tema como si me hubieran programado, dando mi consentimiento, apuntando datos y acordando reuniones como si lo hiciera para otra persona, y no para mí mismo. Olivia. Olivia era lo único que me había importado de verdad, a pesar de que mis actos parecían contradecirme. Olivia, en todas partes y en ninguna; mi vida en color o en blanco y negro. Pero la realidad me azotó con fuerza hablando con mi padre esa noche. Yo iba a cambiar de país en menos de una semana. Iba a ser responsable de mi propia planta e iba a tenérmelas que apañar en un país cuyo idioma desconocía completamente. Iba a sumergirme en un mundo que nada tenía que ver con el mío y tendría que hacerme un hueco allí durante todo un año.

Joder, joder y joder. ¿Cómo estaba pasándome eso?

Mi padre trató de entenderme y me enseñó a ver el lado positivo en cuanto al tema del trabajo. Un año es poco tiempo, decía. Pasará rápido. Intenta vivir un día detrás de otro y ve trazando pequeñas metas que te motiven y te ayuden a no perder el norte. Él, siempre atravesándome con la mirada y asomándose en mi interior como poca gente podía. Traté de quedarme con esos consejos que me daba. Me pidió que llamara con frecuencia, que mantuviera el contacto; por la tranquilidad de mi familia, pero sobre todo por mí mismo. Juré que lo haría. Me recordó con un hilo de voz que tenía a mi alrededor a mucha gente que me quería y que no permitiría que estuviera solo. Pensé en Olivia de nuevo. Su solo recuerdo en mi cerebro me removía el estómago.

Enterré la cabeza en mis manos y la apreté con fuerza. Olivia. Di un trago a la segunda cerveza de malta que me había acompañado en la cena y volví a dejar el botellín en la mesa con un ruido seco. Sentí la mirada de mi padre tratando de cazar algo de información extra. Lo miré yo también, sin decir nada. Mi padre, con sus sesenta años de vivencias sobre sus hombros. Vistiendo una camiseta de propaganda, con su cabello librando una batalla entre el castaño y el gris. Con su amor infinito por su familia. Con sus envejecidas facciones, de gran parecido a las mías, y sus ojos chispeando sabiduría. Sonreí con nostalgia. Ahí venía, la lección de la noche:

—Te lo voy a decir, William, aunque sé que no quieres que lo haga. Sé que hay algo más en esto. Te conozco y lo sé, pero respeto tu silencio. Solo te digo una cosa: haz las cosas bien, hijo. No pongas tierra de por medio sin antes poner las cartas sobre la mesa. —Fui a hablar para hacer una aclaración, pero mi padre me hizo callar con un movimiento de la mano—. No quiero saberlo, y tú no quieres decírmelo. Pero haz caso de lo que te digo, porque es de las cosas que no hacemos de las que más nos arrepentimos con el tiempo.

No fui capaz de contestar nada valioso a esa observación.

Después de eso, recogimos la cocina y compartimos un vaso de whisky escocés con hielo en el porche. Ya no hablamos más del tema. Miramos las estrellas en silencio, como tantas veces habíamos hecho a lo largo de los años, y eso fue todo.

Al día siguiente vinieron mi hermano, su mujer y el niño a comer con nosotros. Mi cuñada puso el grito en el cielo cuando se enteró de que iba a pasar un año fuera. Y en China, nada menos. Por un momento temí que se echara a llorar. Emily y Ben llevaban juntos toda la vida, así que siempre me vería como el hermano pequeño al que hay que proteger. Mi sobrino Jack empezó a hacer pucheros al ver tan alterada a su madre, aunque con solo dos añitos y medio dudaba que estuviera entendiendo de qué iba la cosa. Ben trató de quitarle hierro al asunto diciendo que me iba a venir de puta madre una oportunidad como esa, a nivel personal y profesional. Se lo agradecí en silencio, porque quería evitar cualquier situación con aire de despedida.

Un rato después, mientras mi padre y Emily se encargaban del niño, mi hermano y yo nos quedamos recogiendo la cocina. Hablamos de todo un poco. De cómo le iba el trabajo, y de China de nuevo.

—No estarás huyendo de una mujer, ¿verdad, Will? —me preguntó con algo de desconfianza en su tono de voz.

Me quedé ahí plantado, mirándolo con cara de idiota. Terminé de enjuagar el vaso que tenía entre manos y cerré el grifo. Ben es un buen hermano, pero nunca he hablado de mis cosas con él. No tenemos esa clase de relación. Aun así, debía de tener alguna especie de radar para detectar las señales que indican que tu hermano pequeño esconde información. Eso, o que sabía bastante más que yo de la vida.

—No es tan simple —dije, intentando no sonar a la defensiva.

Ben sonrió. Había dado en el clavo.

—Claro que no. Con las que valen la pena nunca lo es.

Cogí un paño y empecé a secar cacharros sin ton ni son. No podía hablar

de ese tema ahora. Me derrumbaría.

En ese momento, Emily lo llamó desde el salón para que le llevara la papilla de Jack, y él se encogió de hombros, dando por zanjado el tema. Me quedé parado al lado del fregadero, con ganas de preguntarle cómo sabía que Olivia era de las que valían la pena, si ni siquiera había confirmado de qué iba la cosa. También quise preguntarle, ya de paso, cómo supo que Emily era para él, pero me pareció una mierda de pregunta. Además, sabía cuál iba a ser su respuesta. Es algo que se sabe y punto. Yo lo sabía. Y era lo que más miedo me daba de toda esta historia.

A media tarde, de camino a Manhattan, valoré volver a llamar a Olivia para vernos, pero supe que sería en vano: era domingo por la tarde y ella estaría con sus amigos, especialmente después de haber faltado a la cita dos semanas seguidas.

Yo seguía igual de confundido o más que cuando llegué a Providence. Necesitaba verla. Me escocía cada centímetro de piel que ella no tocaba. Pero, ¿para qué? No podía hablarle de las pocas ideas que había afianzado en las últimas horas: la quería; me daba miedo que ese sentimiento creciera hasta hacerse con el control de mi cordura y hasta de mí mismo; una relación tan endeble como era la nuestra, estaba abocada al fracaso si se planteaba a distancia; acabaría perdiéndola y nos haríamos daño. Punto. Eso era todo lo que yo sabía con certeza en esta situación. Mejor me lo callaba y trataba de calmar las aguas entre los dos antes de mi marcha.

Seguí avanzando por la carretera, escuchando a todo volumen la discografía de Bon Jovi que como siempre sonaba en el sistema de sonido de mi coche. Fui adelantando a los demás conductores que recorrían el asfalto, con la cabeza puesta en mis pensamientos. La verdad era que me daba pánico pensar cómo podía acoger Olivia esas revelaciones. Su reacción del viernes me tenía descolocado todavía. Recibir un golpe así de la persona con la que estás construyendo algo es algo que te hiere en lo más profundo. Sé que le hice daño con mi actuación, especialmente por haberle ocultado el tema. Sé que ella también sentía algo muy fuerte por mí, y de ahí que le doliera tanto. Pero aun así no estaba seguro de que no me tomara por loco al decirle que la quería.

Decidí finalmente que no iría esa noche a buscarla. No quería importunarla de nuevo. Si quería hacer las cosas bien, lo mejor era darle unas horas más de espacio; a ella y a mí mismo. Cogí la salida que me llevaba a mi casa, deseoso de encerrarme allí para poner orden en mi cerebro.

\*\*\*

Lunes... Lunes de nuevo. Mi último lunes en Nueva York y yo solo podía pensar en hablar con Olivia. No había sido capaz de reunir el valor suficiente para llamarla, por miedo a que no lo cogiera o a que me dijera que no quería verme. No podía arriesgarme a que se cerrara en banda. Y se me agotaba el tiempo.

Así que esa tarde decidí montar guardia en el portal de su casa. Solo tuve que esperar media hora hasta que la vi llegar. Tan suya, tan bonita... Con sus andares distraídos de siempre, pero sin la luminosidad que habitualmente desprendía. Llevaba las gafas de sol en la cabeza; supuse que porque no se las habría vuelto a poner tras salir del metro. Sus ojos encontraron los míos cuando aún nos separaban algunos pasos. No pareció sorprendida de verme allí de pie, junto a la fachada de su edificio.

Murmuramos un hola bastante vacío cuando llegó a mi lado y no dijimos nada más. Ella dio por hecho que la seguiría, así que subió las escaleras de piedra y me sostuvo la puerta del portal para dejarme entrar. Nos montamos en el minúsculo ascensor, donde nos habíamos besado como locos antes de acostarnos por primera vez. Me pregunté si ella estaba recordando aquello en ese momento, pero sus ojos permanecían clavados en las llaves que sujetaba entre sus dedos. El nudo que no había abandonado mi garganta desde hacía tantos días se tensó más al notar lo lejos que estábamos el uno del otro, aun respirando el mismo aire en un espacio tan reducido.

Entramos en su casa y Olivia se dirigió a correr las cortinas blancas para dejar que la luz natural iluminara el espacio. Dejó su bolso sobre el sofá y se sentó, esperando a que yo hiciera lo mismo.

La miré fijamente. La ropa que vestía, su apariencia en general, era acertada como siempre. Pero desprendía un halo de tristeza que quizá habría pasado desapercibido para cualquiera que no la conociese bien. Pero para mí, que había pasado los dos últimos meses tratando de memorizar qué significaba cada uno de sus microgestos, la certeza de cuál era su verdadero estado de ánimo me resultaba apabullante.

Respiré hondo y me decidí por fin a cubrir el espacio que nos separaba. Tomé asiento a su lado, evitando tocarla por si acaso se molestaba. Permanecimos callados durante algunos minutos más, sin saber qué decirnos. ¿Qué podía esperarse que dijéramos tanto uno como otro?

—Olivia, yo... Es que no sé qué decirte.

—No creo que haya mucho que decir, ¿no crees?

—Lo siento muchísimo. Por todo. Por haberte ocultado lo de Hong Kong y por lo que te dije el otro día en mi casa.

Se calló. Yo tampoco añadí nada más por el momento. Olivia paseó la mirada por su pequeño salón: el mueble del fondo, la tele, el equipo de música, la puerta de su habitación, la del baño... Parecía que estuviera buscando algo por allí, pero a juzgar por su expresión, no creo que lo encontrara.

—Esto iba a pasar, Will. Era cuestión de tiempo —dijo por fin, sacando una goma del bolsillo de su pantalón y haciéndose una coleta.

—¿El qué?

—El final de esto, de nosotros. Lo que dijiste el otro día... Tenías razón. Siempre hemos tenido dudas. Siempre hemos marcado territorio. En el fondo siempre hemos sabido que alguno de los dos elegiría un camino que no incluyese al otro. Y has sido tú.

¿Qué coño estaba diciendo?

—Yo no elegí que me mandaran a Hong Kong, Olivia. Yo no he elegido tener que marcharme.

—Lo sé. Pero ya te lo dije el otro día, Hong Kong ha sido la excusa. Con tu manera de actuar, has dejado clara tu postura. Has encontrado la manera de alejarme.

Ahora sé que tenía razón, pero aun así, ¿por qué sonaba tan horrible cuando lo decía ella? Había reprobación en su voz. Me estaba juzgando. Y Olivia no es de las que juzgan a la ligera; debía de estar haciéndolo todo rematadamente mal con ella.

Exhalé, llenando el pequeño salón con un sonoro suspiro. Apoyé los codos sobre mis rodillas, y enterré la cabeza en mis manos. La miré desde esa posición.

—¿Qué harías tú en mi situación? En serio, dímelo. Es muy fácil tomar el papel pasivo en esto y dejarse llevar por la corriente. Dime qué harías, teniendo en cuenta que nos conocemos desde hace cinco minutos.

Parpadeó un par de veces, y contestó.

—Te habría informado de cómo estaban las cosas nada más recibir la noticia. Lo habría hablado contigo de inmediato. No te habría excluido. Eso es lo que haces cuando estás empezando algo con alguien que se supone que te importa y se plantea un obstáculo. Hablar y buscar soluciones.

—Tú a mí me importas, Olivia. ¿Cómo puedes dudarlo? Pero es que esto es un callejón sin salida. Dime, por favor, si crees que sería sostenible tener una relación a distancia. Porque es eso lo que insinúas, ¿no? Que es una opción a tener en cuenta.

Entornó los ojos, para abrirlos de par en par unos segundos después, sin amedrentarse ni un ápice.

—Sí. Es exactamente lo que insinúo. Por lo menos creo que vale la pena valorarlo. No me cabe en la cabeza que tengas la mente tan fría como para borrar de un plumazo lo que hay entre nosotros, si realmente sientes lo que dices que sientes.

¿Pero cómo...? No daba crédito. Entendía que estuviera molesta con la situación. Reconocía que mi manera de abordar el tema dejaba mucho que desear. Pero, ¿cómo era posible que alguien como ella pensara que esa solución podía ser válida en nuestro caso?

—Vives en un mundo idealista. Las relaciones a distancia no existen, no se mantienen porque se hable todos los días. Tú misma dices que lo pasas mal estando separada de Aiden, aunque habléis a menudo. —Arqueó las cejas ante la mención de su hermano. Suavicé mi tono de voz, pero no detuve esa línea de argumentación—. Constantemente te quejas de que a vuestra relación le falta algo si no lo ves. Imagínate cómo te sentirías si pasases por eso con una pareja. Conmigo. Sin poder tocarnos, sin poder hablar cara a cara, sin hacer cosas juntos. ¿Cómo crees que acaban las relaciones a distancia? —Tragó saliva. No contestó—. Acaban mal. Mataría todo lo bueno que hemos tenido. Como lo haría que yo rechazara el trabajo y me quedara aquí. O que tú te vinieras conmigo. Son alternativas que no tiene sentido plantearse porque no llevamos juntos tanto tiempo. ¿O es que acaso lo dejarías todo y vendrías a Hong Kong conmigo?

—Claro que no.

—¿Lo ves? Un paso así no tendría sentido, dada nuestra situación. Así veo yo lo de la relación a distancia. Es que no nos conocemos prácticamente como para que esto tenga solución. ¿Cómo es posible que no te des cuenta? —Olivia me miraba atentamente, pero seguía sin contestar—. Vale la pena que nos quedemos con el recuerdo de estas semanas y que sigamos adelante con nuestras vidas.

Asintió despacio un par de veces. Cambió de postura y se humedeció los labios antes de volver a hablar.

—¿Descartas totalmente un compromiso así, entonces? ¿Intentar hacerlo

funcionar, al menos?

Joder. Se notaba que ella lo tomaba como una opción real. Tenía que pararle los pies, porque una de las pocas cosas que yo tenía claras era que eso no iba a pasar.

Después de una pausa prolongada, dije simplemente:

—Agarrarnos a dos meses de relación para seguir juntos a distancia... No tiene sentido.

No sé cómo lo dije o qué vio en mi mirada, pero algo hizo clic en ella. Su postura se tornó más beligerante y sus ojos chispearon con desilusión.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! Tienes miedo al compromiso —aseguró, apuntando con el dedo índice en mi dirección—. Al sacrificio que supondría tratar de salvar lo nuestro. Tienes miedo a tener algo de verdad con alguien. Estás eligiendo el camino fácil para no tener que enfrentarte a algo real.

Fruncí el ceño. «No, mi vida. Lo que me da miedo es perderte».

—Me mentiste, Will —me recriminó con voz dura.

—Yo no te he mentado. Jamás —contesté ofendido.

—Aquella noche en el Da Pietro. Dijiste que no tenías miedo al compromiso. Que simplemente no habías encontrado a la persona —se detuvo, inclinando la cabeza y arrugando las cejas—. ¿O es eso? ¿Yo no soy la persona para ti? Porque entonces me habrías mentado diciéndome todas las cosas que me has dicho estas semanas. Me lo he creído todo, Will. Hasta la última sílaba.

Juro que perdí los nervios al oírla decir eso.

—Yo no te mentí, joder, Olivia. Claro que siento todas esas cosas. ¿Es que no lo ves? No me da miedo el compromiso. Lo que me da miedo es lo que siento por ti. Por eso...

Me callé de inmediato, pero no lo suficientemente rápido. Olivia abrió los ojos de par en par, abrasándose cada terminación nerviosa con su mirada. Creo que parte de ella captó lo que iba a decir a continuación, y con ello la raíz de todos mis miedos. No me daba miedo el compromiso, me daba miedo lo que sentía por ella. Por eso tenía que salvarme antes de que la situación se me fuese de las manos y ese sentimiento acabase conmigo.

—He sido sincero en todo lo que te he dicho. Jamás he sentido esto por nadie. Yo...

Guardé silencio de nuevo. Joder. No podía decirle que la quería. No podía. Solo conseguiría complicar mucho más las cosas.

El silencio caía sobre nosotros como una losa demasiado pesada,

obligándonos a encogernos. Cada uno seguimos con nuestra propia línea de pensamiento, y al cabo de unos minutos ella fue la primera en hablar.

—No te importo lo suficiente como para luchar por esto. Eso está claro. Da igual que me digas que estás loco por mí. No me sirve de nada, porque para ti pesan más otras cosas. Llámalo hacer tu vida de forma independiente. Llámalo ahorrarte el sufrimiento que está por venir.

No pude rebatirle nada, porque tenía razón en casi todo. Tenía todos los síntomas de estar, literalmente, acojonado. Con la situación en general, y allí, sentado con ella en su sofá. Temblaba, tenía la respiración y el pulso acelerado, y dentro de mi mente chorreaban un aluvión de pensamientos que ejemplificaban aquello que temía más que nada. A ella. A la vida sin ella. La pérdida.

—Sí me importas lo suficiente. Te has convertido en una de las personas que más me importan. Solo que no sé hacerlo de otra manera.

No contestó a eso. Supongo que para entonces daba igual lo que dijera, ella ya no confiaba en mí lo suficiente como para dar valor a aquellas palabras. Aun así me dolió que no contestara nada. Yo no estaba acostumbrado a su silencio. Ella me había enseñado lo especial que puede llegar a ser escuchar a alguien poner voz a cada idea. Ella era el ejemplo más claro que conocía, y la única persona en el mundo de la que yo quería escucharlo todo.

—¿Qué piensas? —pregunté cuando me vi incapaz de seguir soportando su actitud reservada.

Olivia pestañeó varias veces y me sorprendí de nuevo al no encontrar en su mirada el brillo de siempre. Aquel dolor sordo volvió a atravesarme el pecho, volviéndose mucho más agudo cuando por fin habló.

—Siento no haber sabido verlo venir. Tú no eres de los que dejan entrar a la gente. Lo peor es que yo tampoco, pero aun así lo has conseguido. Me he implicado hasta las cejas. He aprendido a vivir contigo, y ahora tendré que aprender a estar sin ti. —Aquella declaración me dejó mudo a mí, y de paso me dejó sin aire durante varios segundos. Olivia, ajena a esto, siguió hurgando en mi alma con sus palabras desprovistas de su magia habitual al hablar—. Te da miedo entregarte a alguien, es por eso por lo que huyes. Porque sabes hacia dónde estamos yendo y no te gusta. Te aterra pertenecer a alguien y estamos a un paso de eso.

Joder.

—Olivia... —mi voz sonó como una súplica. Como un lamento que está a punto de transformarse en un reproche.

—Da igual. No contestes. Pero piénsalo.

No hacía falta. Estaba leyendo mi interior.

—Si esto es un adiós, te pido que te marches ya, por favor —dijo, pasados unos segundos.

—No quiero irme.

Sonrió con una tristeza que me puso los pelos de punta.

—No quieres quedarte.

Sí que quiero, pensé. Pero no puedo. Tenía que salvarme antes de que fuera demasiado tarde.

Olivia se puso de pie y caminó hacia la puerta. Joder. ¿Eso era todo? Me levanté yo también y la seguí. ¿No volvería a verla?

—Aún tienes cosas en mi casa —comenté, en un intento de ganar algo de tiempo.

—Mandaré a George a por ellas.

Arqueé las cejas. No me gustaba ese escenario.

—Olivia... Por favor. Eso es... innecesario. Ven a por ellas esta semana, te juro que no lo alargaré.

Frunció su boca, que tantas veces había besado, haciendo que los ojos centellearan como resultado. Olivia asintió con determinación y yo sentí un nuevo golpe en las costillas que me revolvió el estómago.

—Te mandaré un mensaje cuando pueda ir.

Dio dos pasos adelante y abrió la puerta de su piso detrás de mí, haciendo un esfuerzo por no tocarme. Cerré los ojos y me di la vuelta para salir.

Lo siguiente que recuerdo es un portazo y la madera oscura ante mi cara, separándome de Olivia definitivamente.

## ¿Fuiste mío alguna vez?

Llevaba prácticamente toda la semana sin dormir. Bueno, dormir dormía, pero no conseguía hacerlo de tirón. Me despertaba varias veces a lo largo de la noche y durante esos segundos en los que aún no sabes si duermes o estás despierto, era feliz sin recordar que Will iba a marcharse. Conforme me iba adentrando en el estado de vigilia, los recuerdos se desataban en cascada dentro de mí, perforándome por dentro. Will iba a desaparecer de mi vida en los próximos días. Para siempre. Y daba igual que yo creyera estar dormida o despierta, no había marcha atrás.

La semana se fue desarrollando como una rutina programada. Despertares repetidos durante la noche, levantarme con ganas de morir, meterme en la ducha, trabajar como una autómatas, volver a casa, cena, tele y cama.

Desde el lunes había dado tantas vueltas al tema que hasta las palabras habían perdido sentido en mi cabeza; habían pasado a ser una sopa de letras y pensamientos que flotaban llenando cada surco de mi cerebro. Pero antes de eso, había sido capaz de extraer unas conclusiones definitivas que me planteaba seriamente apuntar en una cartulina gigante. Incluso podría enmarcarla y colgarla en el salón para poder verla a diario.

La primera: Will estaba muerto de miedo. Le aterraba lo que había entre nosotros. Tenía pánico. La segunda: el tema de Hong Kong estaba por encima de nosotros, pero era la excusa que había encontrado para poner fin a lo nuestro antes de tener que enfrentarse a la realidad de lo que teníamos. La tercera: él era un cobarde y yo una kamikaze. Él tenía miedo, y le importaba más salir ileso de aquello que jugársela por nosotros. Yo, por otra parte, estaba dispuesta a todo con tal de no perderlo.

Estaba claro. Con ese escenario no íbamos a ninguna parte. Solo me quedaba aceptarlo de verdad.

El jueves a la hora de la comida fui a por mis cosas a casa de Will. Fui más que nada porque se me agotaba el tiempo, porque de buen grado habría pospuesto el encuentro indefinidamente. Con el fin de evitar que la situación se alargara más de lo necesario, llevé a Matt conmigo. Él esperó pacientemente en el portal y tenía instrucciones de llamarme si pasados quince minutos no sabía nada de mí.

Al final no hizo falta que mi amigo interviniese; ya me encargué yo de que

mi estancia en esa casa fuera reducida al máximo.

Cuando entré y vi la sensación de vacío que se respiraba, me entraron náuseas y me juré a mí misma que saldría de allí nada más recuperase mis cosas. Las estanterías semivacías, varias cajas repartidas por la casa y una maleta abierta en el suelo del salón era más de lo que me veía capaz de soportar.

Will me observaba atentamente. Había tenido el detalle de meter mis cosas en una bolsa. No era mucho, tan solo algunos artículos de baño y un par de prendas que habían ocupado el cajón que él había vaciado para mí y que apenas había tenido tiempo de usar.

Me alcanzó la bolsa que había preparado y al cogerla sus dedos rozaron los míos, despidiendo chispas por todo el salón. Nos miramos a la cara durante un minuto entero. Tragué saliva. Esa sería la última vez que lo vería. No podía creerlo. Era el momento de decir adiós. Adiós de verdad y para siempre. Adiós a sus ojos azules que hablaban por él. Adiós a su sonrisa de dientes perfectos. Adiós también a su sonrisa de lado. Adiós a verle rascarse la barbilla o desbaratándose el pelo o guiñándome un ojo. Adiós a verlo con las gafas puestas. Adiós a quitárselas para besarlo mejor. Adiós a su barba de tres días. Adiós a ver pasar las horas juntos, al sexo increíble y a su sentido humor. Adiós a contarle cosas. Adiós a hacerle cosquillas en los pies y acabar tirados en el suelo, muertos de risa.

Me quedé sin aire en los pulmones del esfuerzo que hice por contener tantos sentimientos. Respiré hondo. Más mareo. Náuseas. La habitación inclinándose, haciéndome perder el equilibrio. Joder. Más me valía salir de allí ya mismo.

—Bueno, si esto es todo, solo queda que nos digamos adiós. —Temblé un poco al pronunciar la dichosa palabra. Me aclaré la garganta y, echando una mirada rápida a ese salón que rezumaba tristeza y desocupación, añadí—: Ya tienes todos tus asuntos en orden.

Asintió, tragando saliva. Me miró muy serio. Se pasó una mano por la nuca y la otra la deslizó por su estómago, sobre la camiseta roja que llevaba puesta. Desvió la mirada unos segundos al suelo, antes de clavarla en mí y decirme en un susurro cargado de melancolía:

—Te deseo tantas cosas buenas, Olivia... Eres la persona más especial que he conocido. Te mereces todo lo bueno que te traiga la vida.

Aquello me dio más náuseas. No pude devolverle una frase llena de buenos deseos. Solo conseguí extraer algunas ideas inconexas como respuesta.

—Cuídate, Will. Ve con cuidado. Cómprate un diccionario. Y un mapa. Bájate una buen traductor en el móvil, aunque tengas que pagar la aplicación. Mira bien lo que vas a comer y dónde. —Me encogí de hombros—. No sé qué más decirte.

«Te quiero», pensé. Podía decirle que aquí dejaba a alguien que se había enamorado de él, y que muy pronto acabaría queriéndolo con cada milímetro de su alma. Pero no. Antes muerta que pronunciar esas palabras. Primero, porque no las merecía. Segundo, porque aún me quedaba bastante amor propio.

Aun así, creo que en mi voz reverberaron mis emociones, porque justo en ese momento sus facciones se tiñeron de pena y las sensaciones que transmitían sus ojos se desbordaron en cuestión de un segundo.

—Olivia, espera... —Me tendió una mano temblorosa y me imploró con la mirada que la aceptase.

Dios. Tenía que irme ya.

—Se acabó, Will. Por favor, no me toques. Me duele. El simple hecho de mirarte me hace daño, así que pómelo fácil y ni siquiera te quedas a ver cómo cruzo la puerta.

Me miró con una intensidad que provocó que tuviera ganas de abrir la ventana y lanzarme al vacío. Tragó saliva, haciendo evidente el lento recorrido de su nuez de Adán. Asintió una sola vez, con sus ojos aún aferrados a los míos. Asentí yo también y me di la vuelta. ¿De dónde saqué la fuerza para no despedirme de verdad? Ni idea. ¿Cómo fui capaz de no volverme ni a mirarlo? Todo un misterio. Cerré la puerta sin más y enseguida me metí en el ascensor. Tras pulsar el botón de la planta cero, apoyé mi cabeza contra el espejo de la cabina. Me llevé una mano al pecho. Me hacía daño. Me ahogaba.

«Adiós, Will».

Cuando salí, Matt estaba de pie en la calle junto al portal. Me encontraba tan mal que andaba tambaleándome. El aire de principios de septiembre agitaba su pelo y el mío y hacía que sintiese aún más frío por dentro.

La mano firme de mi amigo se extendió en mi dirección al verme llegar. Y no tembló cuando la cogí.

Las horas del resto de la semana pasaron demasiado lentas para mi bien. Los dos encuentros con Will fueron los únicos eventos reseñables, pero me habían dejado tan emocionalmente exhausta que tenía la sensación de revivirlos en mi interior cada vez que bajaba la guardia.

El viernes a última hora yo seguía sin llorar. Estaba disociada. Me dolía, sí. Pero era un dolor que no conectaba con el resto de mi cuerpo. Era una prolongación de mí misma, que arrastraba conmigo, pero que no llegaba a ser yo y que no tomaba el control de mis emociones. Era como mi sombra. Algo mío, que surgía de mí, que yo irradiaba, pero con lo que jamás entraba en contacto. Algo intangible.

Aparte del dolor, notaba una desagradable sensación de vacío. Como si hubieran extirpado alguna parte vital de mi sistema y tuviera que acostumbrarme a vivir así de ahí en adelante.

Decidí no salir esa noche. Mis amigos iban a un concierto en el Madison Square Garden. Le habían dado entradas gratis a Claire, pero yo no estaba de humor para nada. No sé ni qué grupo iban a ver. Estaba angustiada, quería quedarme sola para regodearme en mi desgracia. Me costó mucho convencerlos de que lo que quería era quedarme en mi casa y estar sola, pero lo conseguí. El único plan que me seducía era comer comida de salubridad dudosa y encerrarme en mi casa con el pelo recogido en un moño absurdo. Y más o menos seguí el plan.

Bajé la iluminación del salón y corrí las cortinas para que entrara la menor cantidad de luz posible de la calle. Así podía fingir que estaba sola en el mundo. Me atiborré a comida india que pedí a domicilio y monté el campamento base en el sofá.

Poco después de cenar, tocaron a la puerta de mi casa. No al timbre del portal, ni siquiera al timbre de arriba. Solo cuatro golpes secos de nudillos. *Toc, toc, toc, toc.*

Yo estaba tirada en pijama en el sofá, viendo *Kill Bill* por quinta o sexta vez. Miré el reloj del equipo de música, donde los brillantes números marcaban que faltaban dos minutos para las diez de la noche. Me dio un vuelco el estómago. Will se iba al día siguiente, pero de alguna manera supe que era él y que se las había apañado para subir aquí directamente y evitar que le prohibiera el paso. Me levanté y caminé arrastrando los pies para mirar por la mirilla, más por seguridad que por cerciorarme de que era él.

Abrí la pesada puerta de madera blindada y una bola de plomo se me instaló en el fondo del estómago. Allí estaba. Afeitado, con unos vaqueros y una sencilla camiseta gris oscura. Guapísimo, pero con expresión de estar a punto de tener un ataque de ansiedad. Sus ojos azules más vacíos que nunca y las ojeras exageradamente marcadas. Sentí un golpe en el pecho que me dejó sin aire.

Will permanecía de pie mirándome intensamente, sin decir nada con palabras, pero hablándome con los ojos de una manera que consiguió traspasarme.

Nos miramos sin abrir la boca, de pie cada uno a un lado de la puerta. Silencio. Silencio. Silencio. Más silencio. Pasados unos segundos, entró y cerró tras él. Sentí que perdía el equilibrio, como si el suelo del piso estuviera en movimiento. Se acercó a mí. Tanto que pude notar el sonido de su garganta al tragar saliva. Tanto que tuve que alzar la cabeza para seguir mirándole a la cara. Tanto que su cuerpo y el mío se pegaron, fundiéndose con el calor que desprendía el otro.

Y ya no sé si fue él o si fui yo, pero lo siguiente que recuerdo es respirar en su boca, con mi lengua y la suya tratando de unirse para siempre. Recuerdo notar calor en cada centímetro de mi cuerpo y sentir un deseo que fácilmente podía hacerme explotar. Solo que no era deseo, era necesidad.

Lo besé con toda la angustia y el amor que palpitaba dentro de mí, que ya no era capaz de contener dentro de mi cuerpo. Intenté traspasarle toda la desesperación que sentía. No sé qué me pasó. Pero me ahogaba sin él y tenía que hacérselo saber.

Él me besó con tanta fuerza que en una situación normal me habría hecho daño. Pero aquella no era una situación normal; era una despedida. Esa vez sería la última. Así que sentir semejante premura viniendo de él solo consiguió incendiarme por dentro.

Will me agarró con fuerza la cara y me besó casi con violencia. Hundió su lengua en mi boca, presionando su erección contra mi vientre al pegarme contra la pared. Nos besamos como si nos hubiéramos vuelto locos. No podíamos parar. Todo me sabía a él. Notaba mi propia sangre quemándose en las venas. El corazón me latía exageradamente rápido y me costaba horrores respirar, pero me daba igual todo. Todo menos él. Necesitaba fusionarme con él, entrar tan dentro de su cuerpo que jamás, de ahí hasta el final de sus días, olvidara ese momento.

Nos abrazamos y lo sentí jadear. Eso me encendió todavía más y me apreté contra él todo lo que pude. Will me levantó a peso y yo enrollé las piernas en su cintura, mientras se dirigía a la mesa del comedor para situarnos allí.

Nada más dejarme sobre la madera, se deshizo de su camiseta y la tiró al suelo. Alargué la mano para tocarle. Estaba caliente y su piel vibró cuando deslicé mis dedos con urgencia sobre él. Enseguida se deshizo de mi camiseta también. No llevaba sujetador, así que su boca tardó menos de un segundo en

devorar mis pechos. Me arqueé sin reparo. Estaba tan excitada que ya no podía pensar.

En el salón se oía la tele de fondo. Creo que distinguí una escena de pelea al más puro estilo Tarantino, pero omití todo lo que no tuviera que ver con nosotros.

Will volvió a besarme desesperadamente. Y yo le respondí. Lo necesitaba muchísimo. Como respirar.

Dirigí las manos al botón de sus vaqueros y él hizo el resto. Se los quitó de una patada y a continuación coló un dedo dentro de mí. Gemí bruscamente cuando arqueó la muñeca. Dios, iba a morirme.

Me arañó el cuello con los dientes y de un tirón me quitó el pantaloncito del pijama y las bragas. Lo hizo todo tan rápido que di un saltito en la mesa. A continuación volvió a besarme con ferocidad.

Me separé de él sumida en aquel estado de excitación y al mirarlo me di cuenta de que estaba muy alterado. Tan ansioso que se volvía brusco. Parpadeó varias veces, volviendo en sí. Cerró los ojos y volvió a besarme, esta vez con más calma.

—Lo siento... Pero te necesito tanto que me duele.

Asentí y moví las caderas en dirección a él, sentándome casi en el borde de la mesa. Entendía perfectamente cómo se sentía. Will cogió su pene y acarició mi clítoris con él. Como si yo necesitase más preparación... Estaba fuera de mí. Ambos fijamos nuestras miradas en aquel lugar en el que él buscaba darme placer. Una corriente me invadió por completo y desembocó en el punto que él acariciaba. Volví a gemir cuando repitió el proceso una, dos, tres veces más.

—Hazlo. Métemela ya —supliqué cuando sentí que no podía más.

Will no se hizo de rogar, deslizó su miembro unos centímetros más abajo y se coló dentro de mí, cerrando los ojos como si le doliese sentir mi calor a su alrededor. A mí también me dolía ser tan consciente de tantas sensaciones. No lo miré a la cara en todo el rato. Estaba demasiado abrumada por todo.

Lo hicimos rápido y duro, en la mesa de mi salón. Había mil cosas acompañando cada embestida. Había dolor. Desesperación. Amor. Deseo. Lujuria. Traición. Rabia. Había tanto que no sé cómo era capaz de seguir sintiendo sin explotar de saturación a cada segundo.

Entre todas esas cosas, sentía una necesidad que me abrasaba por dentro. La necesidad de entrar en él y poseerle para siempre. Necesitaba sentir que era mío. Mío, mío, mío. Y llegué a sentirlo durante unos segundos, hasta que el

orgasmo nos alcanzó a ambos y nos hizo estallar junto con esa sensación.

Gritamos mucho, los dos. Nos corrimos con la misma intensidad con la que habíamos sentido todo nuestro encuentro, presos de la desesperación. La certeza de si Will había sido mío en algún momento de nuestras vidas se esfumó en ese momento para siempre. Me quedé con los ojos cerrados, notando cómo parte de mí se rompía por dentro.

No hablamos demasiado. Intercambiamos las palabras justas y en un tono de voz muy bajito, como si de esa manera pudiera pasar desapercibido lo que acababa de suceder. Me levanté de la mesa, manchada de él, y apagué la tele. Nos miramos cuando el silencio nos envolvió de pronto. Me acerqué a Will de nuevo y entramos juntos en la ducha, como si fuera justo el paso que tocaba. Nos limpiamos a nosotros mismos en compañía del otro, con el ruido del agua de fondo.

Acto seguido, sin preguntarnos si lo que estábamos haciendo estaba bien o si era normal, nos metimos los dos en la cama. Seguimos en silencio, uno al lado del otro. A oscuras. Sin tocarnos casi. Solo siendo conscientes de nuestra presencia y del sonido de nuestra respiración.

Pasados unos minutos, Will me acarició con cuidado la cara. No lo veía, porque no había luz, pero su respiración me advertía que él también estaba rompiéndose por dentro. Apoyó su frente en la mía, en silencio, y respiró profundamente en mí.

—Déjame hacer que te corras de nuevo —me pidió en un susurro.

Respiré hondo. Sabía que no lo pedía por pedirlo. Sabía que lo necesitaba. Que necesitaba aliviar mi dolor y el suyo propio. Y esa era la única manera que estaba a nuestro alcance.

Le contesté que sí en voz muy bajita, aunque tal vez lo más lógico llegados a ese punto hubiera sido que le pidiera que se fuera de mi casa. Pero no podía. Necesitaba fingir durante unos minutos más que teníamos todo el tiempo del mundo, aunque solo fuera para hacer aquello.

Will se situó encima de mí y me besó muy despacio y con tanta dulzura que me estremecí entera. Fue deslizándose su boca por todo mi cuerpo, acariciando cada centímetro de mi piel, lamiendo e incendiando todo a su paso. Consiguió lo que quería; hizo que me corriera con su lengua. No una, sino dos veces. Fueron dos orgasmos demoledores que no sé de dónde salieron, porque sentía que cada vez que me dejaba ir con él me iba quedando un poco más vacía.

Me aterró que acabara llevándose todo, pero aun así no pude contenerme. Me puse encima de él y lo besé, sin importarme que supiera más a

mí que a él mismo. Cogí su miembro que palpitaba duro de nuevo y lo llevé a mi interior con cuidado. Me moví con él dentro, cerrando los ojos para no tener que enfrentarme a su mirada. Si no veía el dolor que teñía sus ojos, tal vez podía ser capaz de olvidarme del mío propio.

Will cambió de posición y se sentó conmigo encima, para seguir dándonos placer el uno al otro abrazados. Así conseguíamos estar mucho más cerca.

Estuvimos así mucho rato, moviéndonos juntos, preocupándonos solo de disfrutar. Will no dejó de besarme ni un solo segundo. Me dio todos los besos que había en su repertorio, porque sabía que eran los últimos. Ahora sí, todo lo que hacíamos sabía a despedida. Ya no tendríamos más de aquello. Ahí terminaba todo. Quise llorar, pero no pude. Me lo prohibí a mí misma. Dejé que mi mente se llenara solo de sensaciones, para poder recordar durante el resto de mis días cómo había sido hacer el amor con Will por última vez.

Traté de memorizar cada embestida, cada caricia, cada respiración acompasada. Grabé a fuego en mi piel su calor, la suavidad con la que sus manos recorrían mi cuerpo. Quise quedarme con el sonido que salía de su garganta cada vez que se contenía para no terminar todavía. Me obsesioné con cómo nuestros cuerpos se acoplaban y me obligué a almacenar en mis recuerdos la lentitud con la que ambos nos movíamos, como si buscásemos alargar ese momento hasta el infinito.

Pero todo en esta vida llega a su fin. La urgencia, la pasión y la fricción de nuestros cuerpos deslizándose sobre el otro, dieron el pistoletazo de salida. Will incrementó la presión sobre mi carne y me tumbó boca arriba sin salir de mí. Aumentó la fuerza y la rapidez de sus empujones y la desesperación de su orgasmo para salir a la superficie abrió la puerta para que se produjera el mío. Se corrió dentro de mí con fuerza, llenándome por última vez.

Parpadeamos en la oscuridad. No nos separamos durante bastante tiempo. Volvimos a besarnos, mucho, mucho, muchísimo. Me despedí de su boca, recreando una sucesión de fotogramas en mi mente con todos los besos que nos habíamos dado hasta la fecha. Como si pudiera acumularlos todos en el que nos estábamos dando y así atesorarlos en mis recuerdos de por vida.

Al sentir cómo salía de mí unos minutos después, me entró frío por todas partes. Empecé a tiritar por dentro, sintiendo una ráfaga de aire glacial viajando por cada capilar de mi sistema circulatorio. Mi piel reaccionó ante aquella sensación, erizándose sin remedio. Había pasado. Me había quedado... vacía.

Adiós, Will.

Cuando las primeras luces del día se colaron por mis párpados a la mañana siguiente, supe que estaba sola. No necesitaba abrir los ojos para asegurarme. Simplemente lo sabía. Lo sabía porque tenía un agujero en el pecho que me dolía tanto que me impedía respirar con normalidad.

Will se había ido. Me había dejado.

Estuve quieta con los ojos cerrados lo que me pareció el equivalente a mil años. No podía moverme. No podía pensar. No podía sentir. No podía llorar. Yo, de alguna manera, no me sentía yo misma. Me sentía como si me hubieran vaciado por dentro y me hubieran puesto en ON; como esos muñecos infantiles que siguen moviéndose cuando les quitan el sonido.

Me quedé en la cama hasta que la naturaleza me lanzó un grito desesperado para que cumpliera con mis necesidades básicas de ser humano.

Durante buena parte del día estuve ejecutando todos los movimientos con la mente prácticamente en blanco. Solo pensaba en el paso que venía a continuación, como si estuviera disociada de mi cuerpo.

Subir la tapa del váter, bajarme las bragas, sentarme.

Abrir la nevera, sacar la manzana, morderla.

Así pasé lo que debió de ser toda la mañana y parte del medio día. En trance. Abducida. Actuando por inercia. Hasta que estando sentada en mi sofá color berenjena con la mirada perdida, reparé en que uno de mis mandalas descansaba sobre la mesita del centro. Y yo sabía que no lo había puesto ahí.

Me levanté despacio y avancé dos pasos hasta la mesa. Lo cogí con cuidado. Era uno que me había quedado precioso, pero que no se había secado bien y la hoja había quedado deteriorada por la humedad de las acuarelas. Le di la vuelta y, para total conmoción de todo mi ser, vi que había un mensaje. Unas cuantas palabras escritas con aquella estúpida caligrafía de imprenta que en su momento me pareció adorable, pero que en ese momento se me antojó vacía e impersonal:

*«Esto no tiene por qué ser un nunca, solo que no es un ahora».*

Oh, Dios. Sentí cómo el suelo se abría bajo mis pies, y habría pagado hasta el último céntimo que tenía en el banco por dejarme caer por él hacia otro mundo. Maldito gilipollas. Su mensaje me dolió tanto que tuve que gritar. En mi vida había gritado de dolor, y puedo asegurar que no es algo agradable. Grité como si me estuviesen matando, y el alarido que solté se convirtió en un llanto desesperado que nacía del fondo de mi ser y moría en el aire que escapaba de mi boca, envolviendo el salón de amargura.

Entonces rompí, por fin. Y lloré. Lloré, lloré y lloré. Un festival de lágrimas y sollozos que no recordaba haberme dado en la vida. Lloré por todo: por haber encontrado a una persona que me hacía sentirme yo misma, por haber sentido una conexión mágica y genuina por primera vez con un hombre, por haberme enamorado como una loca de alguien que me hacía reír, disfrutar y en cuyos brazos me sentía adorada y protegida. Porque esa misma persona se iba de mi lado sin poder evitarlo, pero sin luchar lo más mínimo por nosotros. Pero sobre todo lloraba por esa maldita nota que me quitaba la vida y a la vez trataba de mantener en mí viva la esperanza, cuando era evidente que no la había.

Y lo odié por ello. Por ser tan miserablemente cobarde como para no pelear por nosotros y al mismo tiempo tratar de que yo siguiera enganchada a él de alguna manera con «esto no tiene por qué ser un nunca». Por haberse marchado a hurtadillas de madrugada con la cabeza agachada y sin mirarme a los ojos. Porque a esas horas estaría cogiendo un avión que lo llevaría a otro continente, donde empezaría una nueva vida.

Me hice un ovillo, tirada en el suelo entre la mesa y el sofá. Lloré durante horas, hasta que me dolieron la garganta, los oídos, el estómago y me cayeron los mocos. No podía parar. Cada vez que me obligaba a serenarme y hacía amago de incorporarme, acudía alguna imagen que me llevaba de nuevo al punto de partida. Quería desaparecer. Joder. ¿Por qué estaba así? Yo no era así. Yo podía ser melodramática en cuestiones pequeñas, pero por Dios que los grandes golpes solía encajarlos bien. Ni cuando lo dejé con Luke después de cuatro años de relación me sentí morir de ese modo.

Me dije que el mundo no se acababa. Que habían sido solo dos meses de mi vida y que podría recuperarme, que estaba a tiempo de olvidarlo todo. Sollocé con más fuerza. Solo se oía mi llanto en todo el salón, tan agudo e irregular, y mis esfuerzos por coger aire al ritmo adecuado. No se escuchaba ni un solo ruido procedente de fuera. Era como si me hubiera quedado sola en Brooklyn.

Un nuevo sollozo arañó mi garganta. Yo no quería olvidarlo. ¿Cómo te olvidas de alguien que ha cambiado tu vida? ¿Cómo iba a querer olvidar todo lo bueno que me había pasado? Había evolucionado con la llegada de Will. Había dimensionado conceptos, había crecido, me había puesto a prueba, había reinventado a Olivia; la había conocido mejor.

Olvidarlo a él, supondría suprimir una parte de mí misma.

Pasado un rato, escuché vibrar mi móvil en mi habitación. Sonó bastantes

veces, pero no fui a cogerlo ninguna de ellas. No estaba para nadie. No quería hablar. De hecho, estaba segura de que si lo cogía y me escuchaban iba a ser peor. Dudaba poder formular una frase sin ponerme a llorar, y mi voz seguro que sonaba gangosa y deprimente. En un rato mandaré un mensaje a quien fuera (Claire, Christina, o alguno de los chicos, seguramente), y ya está. Por el momento... me trasladé de nuevo al sofá. El suelo estaba muy duro y estar allí tirada daba una imagen demasiado patética que no me ayudaba a salir de aquella espiral de autocompasión en la que me hallaba inmersa.

Pasaron las horas. Veía las distintas posiciones del sol a través de la ventana, siguiendo su recorrido para esconderse hasta el nuevo día. Poco a poco mis lágrimas se tornaron más silenciosas y pude encontrar un mínimo de calma. Me acurruqué en el sofá a ver pasar los minutos, que brillaban en el reloj del equipo de música. Creo que en algún momento me quedé dormida, porque lo siguiente que recuerdo es el timbre sonando con insistencia. Me levanté y me arrastré hasta la puerta. Ya estaba aquí el comité de crisis.

Cuando Claire y Christina aparecieron al otro lado de la puerta y vi en sus caras aquella expresión de lástima, los sollozos volvieron. Dejaron en la mesa grande unas bolsas que habían traído y me arrastraron al sofá, donde me acurrucaron entre ellas.

—Llóralo todo, nena —me susurró Christina—. Saca todo lo que te duela para que no se te enquiste.

En medio del llanto sonreí por esa frase tan suya que me pareció increíblemente apropiada. Claire acercó unas servilletas para que me secara la cara y me sonara los mocos. No quería ni pensar en el aspecto que tenía. Para empezar, iba con una camiseta viejísima de Aiden que Will se había puesto en alguna ocasión. Y para terminar... eso era todo. No llevaba ni pantalones. Y del pelo mejor ni hablamos.

—Saldrás de esta, Liv.

Claire me besó el pelo con cariño y vi que sus ojos también estaban empañados. Me acurruqué en su regazo y me dejé envolver por los mimos de mis dos amigas, casi hermanas.

Después de un rato enterrada entre ellas, explicarles entre aspavientos la última noche y enseñarles la dichosa nota, me empecé a tranquilizar un poco.

Christina y Claire habían traído comida mejicana para un regimiento y propusieron avisar a los chicos para que se unieran. Yo accedí. No porque me apeteciese especialmente tener compañía, sino porque sabía que con ellos aquí distraerme sería mucho más fácil y me costaría más abandonarme a otra

sesión de llantos.

Ellas se encargaron de arreglarlo todo y yo me levanté por fin y me metí en la ducha, tratando de no mirarme en el espejo para no descubrir mi aspecto de derrota. La ducha me sentó bastante bien; el agua caliente ayudó a borrar de mi cuerpo el olor de Will y parte de la desidia que arrastraba. Cuando salí de la ducha me fui a mi habitación, donde me vestí con mi viejo vestido azul turquesa, tratando de no acordarme de que la última vez que me lo puse Will se había colado dentro de mí con él puesto, enrollando la falda en sus manos en el sofá de su casa. Pero me acordé. Así que me lo quité y me puse unos shorts y una camiseta de manga corta con el logo del *Doctor Who*. Después recogí mi pelo mojado con una pinza, sin importarme que quedara marca más tarde, y salí.

Cuando abrí la puerta de mi habitación, me encontré con que estaban todos sentados en mi salón y la mesa preparada. Matt ya estaba discutiendo con Christina por alguna tontería y Claire y Neal entablaban una conversación claramente incómoda, en la que hacían lo imposible con tal de no mirarse a los ojos. Sonreí de verdad por primera vez en el día, porque sabía que aquel consejo de sabios que eran mis amigos eran la mejor terapia de este mundo.

Nos sentamos todos a la mesa, que era lo suficientemente grande como para que cupiésemos los cinco, aunque estuviéramos apretados los unos contra los otros. Yo debía de seguir teniendo un aspecto horrible, porque Matt dejó que fuera la primera en servirme sin rechistar, sin importarle que llenase mis fajitas con mucha carne y dejase la mezcla con más pimienta del que tocaba (cosa que normalmente lo ponía furioso). Empezamos a comer y a tertuliar. Yo no hablaba mucho, ni tampoco me reía tanto como ellos. No estaba de humor. Aun así, hacía lo posible por participar, tratando de centrarme solo en lo que se hablaba allí. Pero me costaba mucho, puesto que hasta el sabor de la comida me dolía porque me recordaba a que la noche de nuestra primera vez bajamos a comer fajitas.

Suspiré. Maldito fuera que estaba en todas partes...

Pero mientras oía cómo mis amigos hablaban y se esforzaban por que aquella fuese una cena normal, decidí que no estaba dispuesta a permitir que esa historia empañara mis rutinas y los rincones de la ciudad que tanto adoraba. Como él mismo me dijo una vez, «la vida no consiste en esperar a que la tormenta pase, sino en aprender a bailar bajo la lluvia». Y eso fue lo que hice.

## Epílogo

Caminé cabizbajo desde que salí del portal hasta que monté en el taxi color amarillo que me esperaba junto al portal de mi edificio. Ya había cargado una de las maletas grandes y la de cabina. Solo faltaba la de quince kilos y la mochila donde llevaba todo aquello de lo que no quería desprenderme a bordo.

Subí en el vehículo con la mente embotada y cada partícula de mi ser quejándose de la decisión que había tomado. Solo mi parte sensata, aquella cuya misión era buscar la ruta más segura para sobrevivir a cada situación, seguía susurrándome que había hecho lo correcto.

Rememoré las últimas doce horas, desde que había irrumpido en el apartamento de Olivia hasta que decidí escapar de allí en plena madrugada sin ser capaz de mirar atrás. Solo un beso, una mirada y una nota. Es lo único que me había permitido a mí mismo. Y horas después seguía sin saber si me había excedido o si había sido insuficiente.

Llegué al aeropuerto con tiempo de sobra para todo. Facturé las dos maletas que contenían buena parte de mi ropa y de mis artículos personales y seguí las indicaciones de un trabajador de la aerolínea que me explicó cómo llegar a la sala VIP y cómo acceder a ella.

Estuve tentado de escapar de allí e irme a esperar junto a la puerta de embarque, como había hecho toda mi vida, pero ni siquiera tenía fuerzas para desafiar las leyes de la inercia que me conducían a través de la puerta doble de la sala en cuestión.

Cuando entré, me senté en uno de los sofás que predominaban en el centro de la sala y saqué mi móvil del bolsillo del pantalón. Aunque la pantalla de bloqueo me advertía de que no tenía notificaciones, lo desbloquéé y me quedé mirándolo como si esperara que fuera a entrarme algún mensaje. Por supuesto, no pasó. Ya le había dicho adiós a todo el mundo. Y la única persona de la que realmente esperaba noticias de última hora nunca me escribiría. Estaba seguro.

Es curioso cómo algo más de dos meses dan para conocer a alguien e incluso predecir sus reacciones. Yo ya sabía de sobra que después de todo lo que nos habíamos dicho, y todo lo que nos habíamos demostrado sin palabras la noche anterior, Olivia jamás se pondría en contacto conmigo.

Perdí los dedos por mi pelo y resoplé. Estaba cansado, hastiado, cabreado conmigo mismo. Pero yo solo me lo había buscado.

Seguí mirando mi móvil y eché un vistazo al tiempo local en Hong Kong.

No era demasiado diferente al que había en Nueva York aquellos días, así que pensé que había algo menos a lo que debía acostumbrarme. Actualicé la aplicación del traductor de Google, desactivé las redes wifi y puse el teléfono en modo avión.

Una hora más tarde, embarcamos. Sentí, mientras arrastraba mi equipaje de mano, que pesaba más allá de los diez kilos permitidos. Y no porque me hubiera excedido. No. No era por eso. Sabía que lo que me molestaba era el peso de mis errores. De aquellas cosas de las que no había podido deshacerme a pesar de mis intentos; de aquello de lo que me había obligado a despedirme, sin importar mis deseos de que solo fuera un comienzo.

Pensé una vez más en Olivia cuando me abroché el cinturón de seguridad y eché un vistazo por la ventanilla. En su risa. En sus ojos. En mi dedos enredados en su pelo cada vez que tenía la oportunidad. En la certeza de que lo que teníamos creaba la ilusión de hacerme más fuerte, pero bien sabía yo cuál era el riesgo.

Me dolió el pecho. Me obligué a coger aire a un ritmo tranquilo. Ignoré el martilleo de las sienas. Ignoré también el tacto de mi chica, que se había quedado impregnado en mis huellas dactilares. Debía pensar en mi futuro. Sí. Hong Kong. Mi nuevo lugar seguro. Mi vía de escape. La manera en la que, sin ser todavía consciente de ello, había condenado nuestro futuro.

En definitiva: mi nueva vida. En un mundo en blanco y negro.

## AGRADECIMIENTOS

Cuando esta historia nació yo estaba pasando por un mal momento. Había habido algunos cambios importantes en mi vida personal y, además, estaba «encerrada» dentro de una oposición que se llevaba todas las horas de mi día y también toda mi energía.

Will y Olivia parecían haber llegado en el peor momento posible, pero la verdad es que fueron mi tabla de salvación. Le dieron la vuelta a mi vida, aunque al principio yo viviera todo aquel proceso como un caos total.

Por eso, quiero dar las gracias a todas las personas que estuvieron a mi lado y que me ayudaron a hacer frente a esta nueva etapa.

Gracias a Marta, por ser y estar. Por ser la primera en descubrir mi secreto, la primera en leer mis palabras y por cada WhatsApp de buenos días y de buenas noches. De aquí a las estrellas de *La La Land*.

Gracias a Lorena. Por enamorarse locamente de la historia. Por animarme siempre a seguir adelante. Por tirar de ellos y de mí cuando no tenía fuerzas. Por leer capítulo a capítulo y pedirme siempre más. El juez dice... corazoncito.

Gracias a Juank, *my brother from another mother*. Por haber vivido conmigo la historia. Por aquella factura de teléfono que te llegó por estar desmenuzando cada palabra de cada capítulo. Por tantos años de amistad.

Gracias a René, por todo aquello que me diste y todo aquello que me das día a día. Gracias a mis padres y a mi hermano, por estar siempre esperándome al otro lado de cada decisión que tomo. A mis abuelos y abuelas, por haber hecho de mí quien soy.

A María y a Julia, por ser las primeras en enseñarme el significado de amistad incondicional. A los DAMAMI, por todos esos domingos en los que, a pesar de las nubes, conseguimos que brille el sol. A mis tías Araceli y Marisol, por haber estado a mi lado toda mi vida, incluso cuando os entregué un manuscrito gigante y sonreísteis antes de leerlo con ilusión.

Gracias a Víctor Ruiz, por esa maravillosa portada que hasta ahora solo existía en mi cabeza.

Y por último a ti, que tienes este libro en las manos. Mil gracias por haber decidido entrar a formar parte de la vida de l@s chic@s de The New. Espero que se queden contigo mucho tiempo.

## Table of Contents

[Índice](#)

[Sinopsis](#)

[Nota de la autora](#)

[Prólogo](#)

[1 ¿Quién inventó las casualidades?](#)

[2 ¿Qué tienes que me llama tanto?](#)

[3 ¿Qué piensas de eso?](#)

[4 ¿Qué es esto?](#)

[5 ¿Qué quiero decirte?](#)

[6 ¿Y si sí significa algo?](#)

[7 ¿Quiero algo más?](#)

[8 ¿La vida en color o en blanco y negro?](#)

[9 ¿Bailamos bajo la lluvia?](#)

[10 ¿En mis venas?](#)

[11 ¿Prorrogamos la burbuja?](#)

[12 ¿La mejor semana de nuestras vidas?](#)

[13 ¿Qué hay aquí que antes no estaba?](#)

[14 ¿Debo salvarme?](#)

[15 ¿Fuiste mío alguna vez?](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)